

CC
17

AVENTURA
DE LAS
TABLAS
DE ANTIQUIDAD



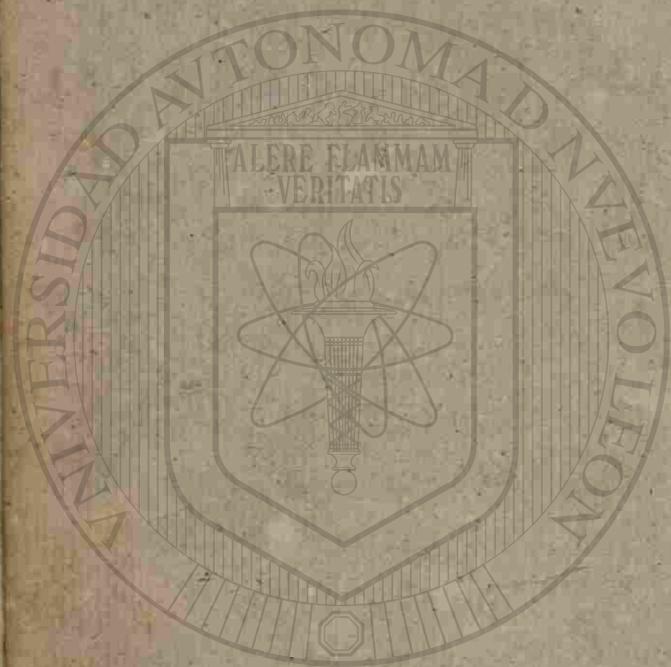
PQ1997
.G6
S6
v. 5
1791-97

1791-97



1080029610





AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

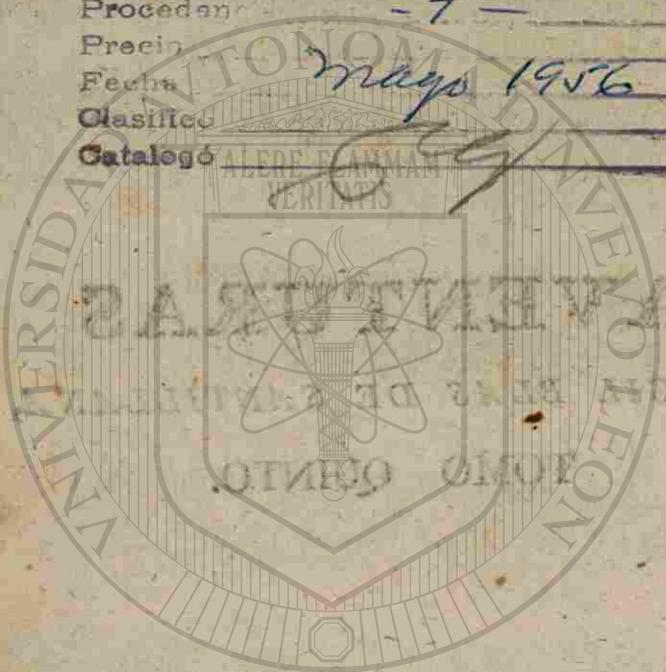
TOMO QUINTO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 847.4
Núm. Autor L 622a
Núm. Adg. 34424
Proceden. -7-
Precio _____
Fecha mayo 1956
Clasific. _____
Catalogo _____



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA,
ROBADAS A ESPAÑA,
Y ADOPTADAS EN FRANCIA
POR MONSIEUR LE SAGE,
RESTITUIDAS A SU PATRIA
Y A SU LENGUA NATIVA
POR UN ESPAÑOL ZELOSO
que no sufre se burlen de su nacion.
TOMO QUINTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



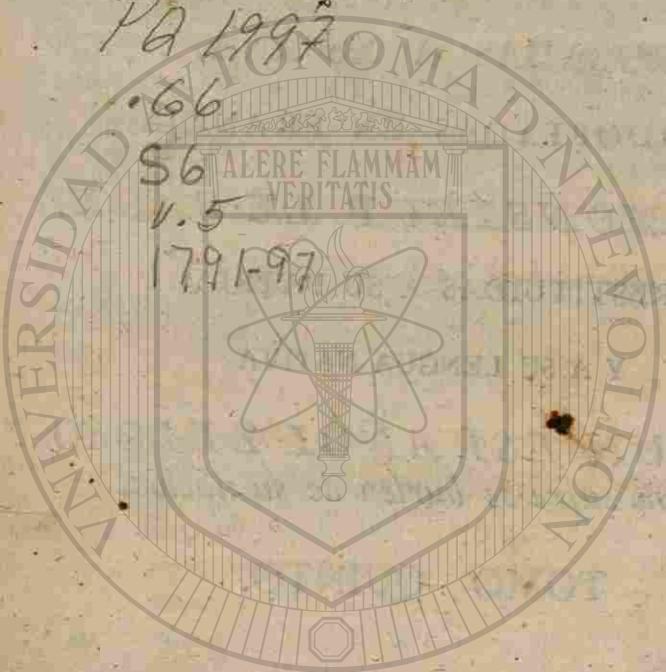
EN LA IMPRENTA DE LA VIVIENDA DE LOS MARINOS
AÑO DE MDCCXCVII.
FONDO
SALV. DON TOSCANO

97781

34424

868
B

PA 1997



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA. LIBRO DECIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educación, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene.



MI nacimiento fué en Mazara, antigua, y noble Ciudad del Reyno de Sicilia; en el Bautismo me pusieron el nombre de Cesar. Mi Padre fué de una familia honrada, introducida en la Nobleza con Executoria, ó Título del Rey de España. Traía su origen de un Castillo en el Reyno de Valencia, y tenía un hermano, á quien amaba mucho y con quien frecuentemente consultaba en punto á mi mejor educación. A mi Madre no la conocí, porque

TOMO V.

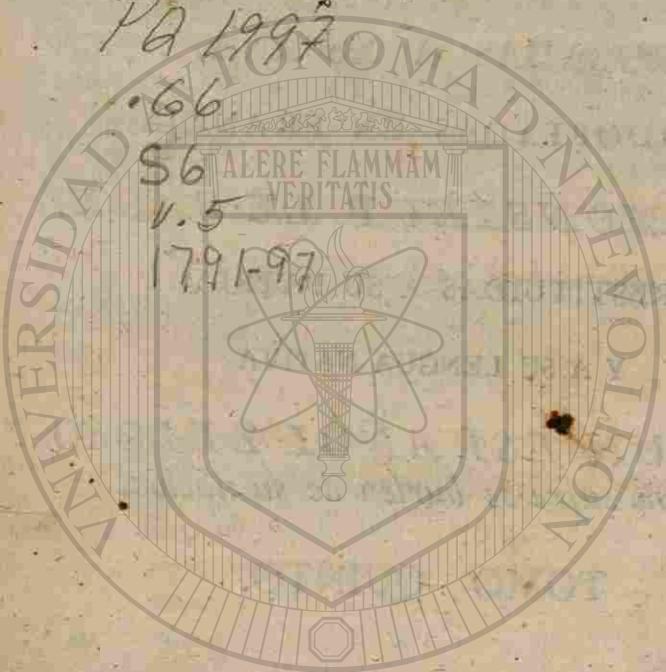
A

mu-

GENERAL DE BIBLIOTECAS

868
B

PA 1997



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSSANO



AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA. LIBRO DECIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educación, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene.



MI nacimiento fué en Mazara, antigua, y noble Ciudad del Reyno de Sicilia; en el Bautismo me pusieron el nombre de Cesar. Mi Padre fué de una familia honrada, introducida en la Nobleza con Executoria, ó Título del Rey de España. Traía su origen de un Castillo en el Reyno de Valencia, y tenía un hermano, á quien amaba mucho y con quien frecuentemente consultaba en punto á mi mejor educación. A mi Madre no la conocí, porque

TOMO V.

A

mu-

GENERAL DE BIBLIOTECAS

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

murió antes que rayasen en mí las lucés del primer discernimiento. Luego que salí de la infancia dí señales de un juicio bastantemente perspicaz, por lo que pensaron mis parientes aplicarme al estudio de las letras. Aprendí con facilidad los primeros rudimentos, siendo mi maestro un pedante, reputado por el mejor y mas habil de todo aquel país. Quando cumplí los trece años me enviaron á la Ciudad de Noto para estudiar la Gramatica baxo el magisterio de un Preceptor, que tenia fama de muy erudito en la lengua Griega y Latina. Era un hombre muy estimado de todos, y enseñaba la juventud con un método muy particular. A un mismo tiempo me hacia aprender los dos idiomas, mediante las reglas, que él mismo me dictaba en mi lengua Italiana y natural. Obligabame á leer muchos Autores de los mas clásicos, y me exercitaba en escribir á imitacion de ellos algunas composiciones en ambas lenguas, proponiendome por originales aquellos, que en su juicio estimaba por mas castizos, perfectos y corrientes. Ciceron era su ídolo entre los Romanos, y queria que este fuese (por decirlo así) mi pasto ordinario; pero al mismo tiempo de quando en quando me hacia gustar las sales de Plauto las gracias de Terencio y la hermosura de Horacio. No por eso dexaba enteramente olvidados, á Salustio, ni á Tito Livio; antes bien se complacia en que hiciese algunas excursiones en ellos, pero haciéndome siempre observar las *Patavi-*

Lib. XIII. Cap. I. 3

nidades del uno, y los *Atticismos* del otro. De quien hacia mas poco caso era de Ovidio, y á solo Virgilio permitia que le diésemos algun lugar en nuestras tareas.

En punto á los Griegos daba la preferencia á Aristóteles por la solidez de su doctrina, y pureza del estilo. Despues de este queria, que leyésemos alternativamente á Teocrito, Anacreonte, Pindaro y Homero entre los poetas; y no se oponía á que diésemos alguna ojeada á Aristofanes, mezclando sus sabrosas y divertidas lecciones con las graves de los trágicos Euripides y Sofocles. Tampoco le disgustaba, que dedicásemos algunos ratos á la lectura de Herodoto y de Tucídides entre los Históricos; á la de Demostenes y Lisias entre los Oradores, y mucho menos á la de Platon entre los Filósofos. Con esta bella eleccion, y no menos bello método gustaba yo todas las mas exquisitas flores de la antigüedad, y poco á poco me iba enriqueciendo con un caudal de noticias superficiales, que, segun decia mi Maestro, con el estudio y con el tiempo yo mismo las perfeccionaria, de manera que llegase á ser un insigne literato.

Confieso que estaba muy gustoso en aquella escuela, la qual nunca me fastidiaba, porque la misma variedad me la hacia divertida. En algunas horas que destinaba el Preceptor á nuestra recreacion procuraba hacerme conocer en qué consistia la perfeccion y el buen gusto de mi

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

mi propio idioma nativo, dandome noticia de aquellos libros, que le parecian mas castizos y puros para enseñarme con su imitacion á escribir bien en él. Esto era puntualmente lo que mas se conformaba con mi genio, y así me dediqué tanto á esta especie de aplicacion, que insensiblemente se me fué entibiando aquel ardor, con que me aplicaba á los estudios precedentes. Particularmente los Poetas Italianos eran todas mis delicias, y comenzando á componer versos, me lisongeaba de que llegaría á ser un grande hombre en este genero de profesion. Era tan ciegamente adicto á todas las opiniones de mi Maestro, que hacia el mas alto desprecio de la escuela contraria, pareciendome absurdo y pernicioso todo lo que ella enseñaba. A todos sus sequazes, solo porque lo eran, los media por un mismo rasero. Si tomaba en la mano alguno de sus libros, hacia burla de toda su doctrina, y sin dignarme siquiera de exâminar sus razones, la juzgaba digna de censura. Se me habia hecho tan familiar la critica, que pretendia distinguir los Sofistas de los Oradores, sin tener para esto mas reglas que ciertos principios generales y arbitrarios, que se me habian encajado en la cabeza. Pronunciaba *ex tripode* con ligereza y con precipitacion sobre todas las obras, declarando por malas, y aun por perversas todas aquellas, que no estaban en el gusto, que á mí me habian enseñado. Recitaba de memoria y con frecuencia discursos Academicos, Eglogas,

Lib. XIII. Cap. I.

5

gas, canciones y sonetos, que yo mismo habia compuesto con la misma facilidad con que otro escribiría una carta familiar al Baquero que cuida de sus bueyes.

En estos ejercicios me entretuve hasta la edad de diez y siete años. Todo aquel tiempo se le llevó la niñez y los estudios, sin dar lugar á aquellas distracciones que suelen desviar los animos, enervar los ingenios, y llenar de sarro los entendimientos. Era enemigo de la dissolution, del juego y de la glotonería. Ninguna inclinacion tenia á los teatros, ni á los espectáculos, y el amor aun no habia encontrado lugar en mi corazon para ninguna de aquellas disposiciones que suelen abrir el camino á su tiranía. El concepto que hacian de mí los hombres doctos, gracias á lo mucho que me ponderaba mi Maestro, me entretenia alegremente con la esperanza de que algun dia sería yo igual á ellos; y el dulce sonido de sus continuas alabanzas me hacia creer seriamente que era un muchacho singular, y como un prodigio de mi pueril edad. Pero de repente se mudó todo el teatro.

Acompañábame regularmente con un primo mio, cuyas costumbres no eran las mas loables. El estrecho parentesco que nos unia á los dos, me vendaba los ojos para que no conociese tanto sus vicios, ó para que no percibiese bien todo su horror y disonancia, por lo que no me consideré obligado á evitar su compañía; y así in.

6 Las Aventuras de Gil Blas.

insensiblemente me fui cebando en ciertos pasatiempos, que si bien á los principios eran muy inocentes, bastaron sin embargo para desviarme enteramente de la inclinacion á los estudios. Condúxome un día á cierto sitio, que fue el principio de mis grandísimas y por lo comun desgraciadas aventuras, y ví en él á una muchachuela, que podia entonces tener como unos quince años, en cuya bellísima cara se unian todos los atractivos del amor, de tal modo, que no se podian mirar sin sentirse aquellos movimientos y alagueños ímpetus del corazón, que están muy lejos de la indiferencia. Sus negros y brillantes ojos, encontrandose algunas veces con los míos, excitaron en mi pecho un no sé qué, que hasta entonces no habia experimentado; y la turbacion que sentí en mi interior, me hizo desde luego comprender, que eran muy débiles mis fuerzas para resistir á tan dulce como poderoso enemigo de mi sosiego y de mi quietud. Por la trémula voz con que la saludé, conoció ella tambien, que su vista no habia tropezado con ningun tronco, ó con qualquiera otro objeto insensible: ella tambien por su parte, queriendo quizá darme á entender que no era mas fuerte que yo, me respondió con la misma conmocion.

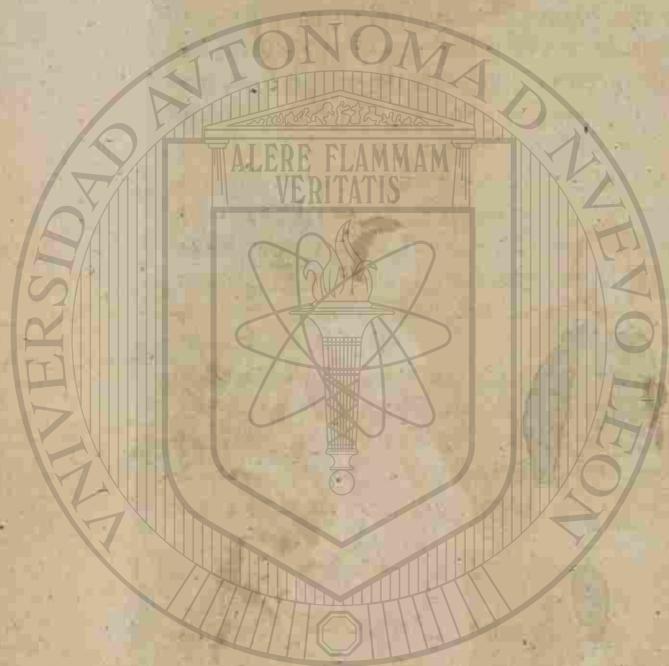
A esta casualidad de haberla visto se siguieron otras muchas que yo mismo solicitaba con particular cuidado, pero sin dar á entender que las buscaba, y dexando creer que todas eran dichas casualidades. Sin embargo, habiendome ense-



J. Camaron le dibuó

M. Camborno lo grabó.

Principio de los Amores del joven Siciliano con la bella Irene.



ñado mi pasión adulta ya y predominante, que los negocios de amor se tratan mejor sin testigos, procuraba escusar la compañía de mi primo, y en las horas que me parecían más oportunas, paseaba la calle donde vivía mi dama. Pero como la vigilancia con que era guardada de sus gentes, no daba lugar á que nos hablásemos, suplían esta fatal desgracia los villetes que la escribía en estilo culto, y con las expresiones más vivas y más enérgicas para excitar el amor. Los villetes iban muchas veces acompañados de canciones y madrigales que la daban mucho gusto por las amorosas voces que se mezclaban en ellos, y en sus respuestas se mostraba la Niña muy agradecida, y no menos penetrada de mi fineza. Aunque ella nunca había hecho estudio de elocuencia, escribía con tanta naturalidad, que me agradaba en extremo, y prefería yo su claridad y su llaneza á toda la facundia de Demostenes y de Ciceron.

CAPITULO II.

Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su prision; cómo le trataron en ella y el partido que tomó.

Continuó por muchos meses nuestra correspondencia sin que ningún siniestro accidente la perturbase. Viendo mi Preceptor que no frecuen-

8 *Las Aventuras de Gil Blas.*

qüentaba tanto la escuela, y que era menos aplicado á sus lecciones, facilmente sospechó qual sería el verdadero motivo de aquella novedad. Fundado en esta sospecha me hizo mil preguntas, y se valió de otros tantos conjuros para que le confesase la verdad; pero yo siempre me mantuve en una obstinada negativa; porque á buena cuenta ya me habia enseñado á mentir el tirano mas faláz de los corazones. Como vió que nada adelantaba con sus amonestaciones y consejos, escribió á mis parientes para que me retirasen por algunos meses á la patria, persuadido prudentemente á que la ausencia y la distancia del objeto amado, iria poco á poco desvaneciéndose, y aun olvidando el amor. Este golpe puso en grande agitación todos mis espíritus. Parecióme que me costaria la vida la separacion de aquel mi adorado ídolo. Bañé con lágrimas el villete en que la anunciaba aquella fatal desventura, y en el que ella me respondió estaban todas las señales de su inmoderado llanto en testimonio de su dolor. Pedíame encarecidamente que no dexase de ir á despedirme de ella por la noche, y en el sitio acostumbrado; y yo tan solícito como lo suelen ser los amantes en semejantes casos, fui puntual á la dolorosa despedida, bien que me hallaba sin aliento, y poco menos que enteramente desmayado. Nuestras palabras fueron pocas, y esas interrumpidas con los sollozos y suspiros. Despues de habernos recípro-

ca

Lib. XIII. Cap. II. 9

camente jurado eterna fé, nos separamos, sintiendo que se venia acercando gente por la calle. Apenas habia andado algunos pocos pasos, quando un hombre á quien no pude conocer por la obscuridad de la noche, me plantó á la cara una linterna, y diciéndome: ¿eres tú mozo disoluto y temerario el que tienes atrevimiento para turbar mi reposo? me descargó una furiosa bofetada, y un gran puntapie, echándome con él en tierra con la misma facilidad que si yo fuese un muchacho de siete años. Una afrenta tan ignominiosa y tan impensada, aunque me llenó de confusion, no por eso me acobardó, ni me hizo perder mi natural valor. Levantéme prontamente del suelo, desembayné la espada, comencé con ella á dar tajos, reveses y estocadas á ciegas y en el ayre: con una de éstas herí al que me habia asaltado, y sintiéndose herido gritó á los que le guardaban las espaldas: *socorro amigos, que me han ofendido.* Acudieron prontos á esta voz doce personas, que cogiéndome en medio de sus armas, me hicieron conocer que eran soldados de patrulla, y que el herido era su Capitan. Sin decirme una palabra me conduxéron al quartel, que correspondia á las murallas de la ciudad, y me encerraron en un aposento muy estrecho, donde me dexaron solo toda aquella noche sin luz, sin cama y sin tener donde sentarme sino en el duro suelo, sirviendo de pasto á las pulgas, á los piojos, y á otros mas asquerosos insectos que me devoraron. Qual-

TOMO V.

B

quie-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

quiera se puede imaginar quales serian mis pensamientos quando me ví en tan miserable estado. No era solo, ni lo que me atormentaba mas el temor de un tratamiento cruel; el amor era el que causaba la mayor parte de mi afliccion: haciendo reflexion sobre las palabras que habia proferido mi enemigo luego que se sintió herido, se suscitó horriblemente en mi corazón el pernicioso frio de unos furiosísimos zelos, el qual mas que todo hizo crecer mis penas hasta lo sumo. Yo mismo era el artifice de mil desastres imaginarios, y mi descompuesta fantasia, combatida de fantásticas especies, forjaba en la mente las mas funestas ideas, que me llenaban de tristeza y desesperacion.

Aquel hombre (decia yo dentro de mí mismo) me llamó *perturbador de su reposo*: luego es mi ribal en el objeto de mi amor; y noticioso de mi correspondencia con la bella Irene (esté era el nombre de aquella damita), intentó vengarse con la vergonzosa afrenta que me hizo baxo sus mismas ventanas, y de la qual tomé yo pronta satisfaccion á costa de su misma sangre. Si esto es así, ¡ah! ¿quién sabe si la misma infiel le dió parte de lo que pasaba entre mí y ella, y si los dos fueron de acuerdo en la ofensa que se me hizo, y en el peligro que corrió mi vida en esta ocasion? Mas de una vez he leído que la muger es una especie de animal tan infiel como feróz; que el disimulo y la perfidia son sus qualidades esenciales, y que en ella la inconstancia y la

instabilidad están en perpetua competencia con la ligereza y la ambicion. Por otra parte representandoseme toda la ternura, y toda aquella ingenua sinceridad con que me trataba, no me podía persuadir que un cuerpo tan bello y tan amable pudiese ser depositario de una alma pérfida y faláz. Entregado enteramente á tan aereos como encontrados pensamientos pasé toda aquella noche, la qual se me hizo mas larga que la otra, en que Hercules fue concebido: tan prolija me pareció su duracion respecto de las demas. Despuntó finalmente la aurora, y comenzó á iluminarse mi aposentillo á merced de un agujero con presuncion de ventana mal abierta en la pared, defendido por la parte exterior con una gruesa regilla de hierro, para mayor seguridad contra la fuga de los que fuesen encerrados en aquella jaula. Asoméme como pude á la tal tronera para ver adonde correspondia, y solo pude descubrir una altísima y medio derrotada pared, que á distancia de muy pocas varas la hacia perspectiva. Entonces sí que acabé de concebir todo el horror de mi destino, y volviendo en aquel punto á sufocarme de tropel las profundas reflexiones sobre la infelicidad del estado en que me hallaba, fueron despues pasando revista una á una por mi pobre imaginacion todas mis desgracias. La libertad que habia perdido, el dolor de mis parientes, que esperaban estrecharme entre sus brazos dentro de dos dias, el desconsuelo de mi maestro, que me habia dado tantas pruebas de su

dadero amor, y el inminente incierto mal que me esperaba, y sobre todo la memoria de mi amante, que no bastó á borrar de mi pecho todo aquel conjunto de penas inevitables, me causaba una angustia inexplicable, haciendo en mi fantasia mucha mayor impresion, que todos los demás desastres. Pasáronse muchas horas sin haber sentido ni el mas minimo rumor; pero al acercarse el medio dia sentí que abrian la puerta de mi aposentillo. Entró en él un Soldado, que presentándome un gran vaso de agua, y un pedazo de pan todo mohoso, me dixo bufonescamente: refocílese usted, y regálese con esa esplendida comida que le envia mi Capitan. Quise entablar conversacion con él, para ver si podia sacarle algo por donde pudiese inferir en qué habia de parar aquella mi desventura; pero el Soldado me hizo luego callar diciéndome, que tenia orden rigurosa para no hablar conmigo. Con efecto él se salió luego de mi camaranchon, echando tras sí la puerta que cerró con diferentes llaves y candados. Era grande mi pusilanimidad, y así volví luego á los impetus de la desesperacion, tanto, que lejos de querer alimentarme, estuve deliberando si me dexaria morir de hambre. Llegó en fin la noche, y se dobló mi tormento, hasta que cansado de llorar y de echar suspiros al ayre, comenzó á rendirme el sueño, y me dexé caer en la tierra, dond me cobijé lo mejor que pude, pasando la mayor parte de la noche en los acostumbrados funes-

tos

tos pensamientos de mi desdichada fortuna. Acia el amanecer volvió á retozarme el sueño, y aunque no estaba acostumbrado á dormir en colchones tan empedernidos, al fin me adormecí; pero mientras dormian los miembros, velaba la fantasia, desvariando en los sueños mas horribles. Fue de poca duracion un descanso tan inquieto; porque el ruido de no sé qué cosa, que hirió en la rejilla de la tronera, llamada ventana, del aposentillo, me desveló enteramente, é hizo ponerme en pie con la mayor ligereza. Comenzaba ya á salir el sol, y daban sus rayos en la parte superior del paredon que estaba enfrente, de manera que el reflexo iluminaba mi carcel lo bastante para que descubriese dentro de ella un papel en que estaba envuelta una piedrecita. Levantéle luego, y desenvolviéndole ví que era una carta bien cerrada, pero sin sobrescrito. Conocí que no podia ser para otro, que para mí. Abrila con toda aquella prisa y sobresalto, con que un infeliz desea saber las cosas de cuya noticia puede creer, que su vida ó su muerte esté pendiente. ¡Quál fue mi pasmo, quando reconocí por la letra que la carta era de mi adorada Irene! Pasé velozmente los ojos por toda ella, sin hacerme mucho cargo de su contenido; pero volviendo á leerla con sosiego hallé que contenia lo siguiente: *Sé muy bien todo el peso de tu desgracia, y amargamente la lloro. El Capitan Arnaldo es nuestro cruel enemigo, tuyo y mio. Pretende que yo le dé la mano de esposa, amenazándome con tu muerte,*

te,

te, si se la niego. Dos solos dias me dá de tiempo para esta barbara resolucion. El amor que te tengo vencerá el odio mortal con que miro á esta persona, y será preciso que muera yo para que tú vivas. A Dios para siempre.

¿Qué hombre no se desesperaria al oír un anuncio tan fatal? Perdí todo mi espíritu; caí desmayado en tierra, y bramando y rugiendo, me revolcaba en ella como un loco agitado de las furias. Pero finalmente despues que la razon cobró alguna superioridad sobre mis arrebatadas pasiones, se comenzó á aquietar el furor, dando lugar á la mente para admitir ideas y pensamientos mas tranquilos sobre mi cruel situacion. Acordéme que tenia algun dinero en el bolsillo, y en el dedo un anillo de valor. Parecióme que con aquello podia cebar la codicia del Soldado, que el dia antecedente me habia traído la comida, y facilitarme por su medio la suspirada libertad. Con efecto, aunque no con aquel modo, al cabo por su medio se verificó mi pensamiento. Volvió, pues, el Soldado, y aun no bien habia abierto la puerta, le pregunté, si habia renunciado la humanidad. Sorprendióle mi pregunta, y mirándome con ojos compasivos y amorosos, pobre mozo (me respondió) conduélome de tí, pero no puedo ayudarte. Mi Capitan es inexorable en cumplir lo que amenaza, y me costaria la vida qualquiera transgresion de sus ordenes. Intimóme que me haria moler á palos hasta que espirase en es-

este suplicio sino te trataba con el mayor rigor. Hasle herido en lo mas vivo de su corazon y de su alma, dándose por muy ofendido de tí, no tanto por la ligera herida que le hiciste en un brazo, quanto por la osadia de haberte declarado ribal suyo en una amorosa pretension. Si no logra el consentimiento de su dama, y tambien el tuyo, piensa acusarte á la Justicia de un delito que infaliblemente te conducirá á la muerte, y mas quando tiempo ha que los padres de la misma Señorita se la concedieron. Ella hasta ahora se ha mantenido constante en negarse á los brazos de un hombre á quien no puede amar, y todos están persuadidos á que el amor que te tiene á tí, es la unica causa de la aversion con que le mira á él. Pero ya me he detenido demasiado contigo. Si tardo mas en presentarme á mi Capitan, quizá sospechará que contravengo á la estrecha orden de no darte conversacion. No, no, le repliqué: por amor de Dios, oyeme no mas que dos palabras. No puedo, me respondió, éste no es el tiempo oportuno; y dexándome el pan y el agua, cerró la puerta, y se escapó volando. Sus ultimas palabras me consolaron no poco. *¿Este nó es el tiempo oportuno?* repetia yo entre mí mismo. Luego es señal de que buscará y encontrará otra hora mas oportuna para oírme. Con esta alegre esperanza me puse á roer el pan del dia antecedente, y el que acababa de traerme, sin el hastío que me podía causar la calidad de uno y otro, por-

porque á buen hambre no hay pan malo. Con efecto no hay salsa como el hambre para que todo sepa bien, y fuera de eso es un específico universal y muy seguro para hacer olvidar todos los demás males, quando llega la necesidad á dominar con imperio en los hombres afligidos.

CAPITULO III.

Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto.

Emplée lo restante de aquel dia en fantásticas consideraciones, alegrándome el mas mínimo ruido que sentia con la esperanza de que fuese el Soldado que volvía á visitarme; pero este deseado momento no llegó hasta ya muy avanzada la noche. Entonces entró el buen hombre en mi quarto con una luz en la mano y una cestilla con una botella de vino y algunas tajadas de carnero asado. Sentémonos, amigo, en el suelo, me dixo, y gocemos juntos estos bocadillos, que han sobrado de la cena de mi amo. Lo mucho que me compadecen tus sucesos me hizo olvidar la obediencia que le debo, y estoy pronto á contribuir al alivio de tus trabajos hasta donde alcan-

zã.

zãren mis fuerzas. Estas palabras pronunciadas con un cierto ayre de sinceridad, que no dexaba la menor duda al hombre mas desconfiado, me consolaron mucho mas que la suntuosa cena con que me regalaba, y habia extendido ya sobre una servilleta. Usted, señor soldado, le respondí, verdaderamente es un hombre tan honrado, como generoso, puesto que, no contento con reforzar mi lánguido cuerpo, se ofrece tambien á confortar mi abatido y amilanado espíritu. Lo que ahora conviene (me replicó) ante todas cosas es, que tomemos un bocado, y despues hablaremos de nuestros negocios. Facilmente creará qualquiera, que le obedecí prontamente; y despues que devoramos todo lo que estaba delante, y agotamos la botella de vino que me pareció exquisito: ahora bien, me dixo, dime, en qué te puedo servir. Ofrecíle entonces todo quanto tenia conmigo, si hallaba modo de librarme de la prision, añadiendo que mis parientes explicarian mucho mas su agradecimiento, siempre que le reconociesen por único autor de tan señalado beneficio. Descubríle quien era yo, el origen de mi familia y el nombre de mi patria. Soy le añadí la única esperanza de Alonso de Liria, mi anciano padre, y este buen viejo se moriria de dolor, si llegára á saber el estado en que me hallo. Señor Estudiante, me respondió, quando yo no tuviese otros motivos superiores para solicitar con todas mis fuerzas librar á usted de tan dura situacion,

TOMO V.

C

cion,



porque á buen hambre no hay pan malo. Con efecto no hay salsa como el hambre para que todo sepa bien, y fuera de eso es un específico universal y muy seguro para hacer olvidar todos los demás males, quando llega la necesidad á dominar con imperio en los hombres afligidos.

CAPITULO III.

Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto.

Emplée lo restante de aquel dia en fantásticas consideraciones, alegrándome el mas mínimo ruido que sentia con la esperanza de que fuese el Soldado que volvía á visitarme; pero este deseado momento no llegó hasta ya muy avanzada la noche. Entonces entró el buen hombre en mi quarto con una luz en la mano y una cestilla con una botella de vino y algunas tajadas de carnero asado. Sentémonos, amigo, en el suelo, me dixo, y gocemos juntos estos bocadillos, que han sobrado de la cena de mi amo. Lo mucho que me compadecen tus sucesos me hizo olvidar la obediencia que le debo, y estoy pronto á contribuir al alivio de tus trabajos hasta donde alcan-

zã.

zãren mis fuerzas. Estas palabras pronunciadas con un cierto ayre de sinceridad, que no dexaba la menor duda al hombre mas desconfiado, me consolaron mucho mas que la suntuosa cena con que me regalaba, y habia extendido ya sobre una servilleta. Usted, señor soldado, le respondí, verdaderamente es un hombre tan honrado, como generoso, puesto que, no contento con reforzar mi lánguido cuerpo, se ofrece tambien á confortar mi abatido y amilanado espíritu. Lo que ahora conviene (me replicó) ante todas cosas es, que tomemos un bocado, y despues hablaremos de nuestros negocios. Facilmente creará qualquiera, que le obedecí prontamente; y despues que devoramos todo lo que estaba delante, y agotamos la botella de vino que me pareció exquisito: ahora bien, me dixo, dime, en qué te puedo servir. Ofrecíle entonces todo quanto tenia conmigo, si hallaba modo de librarne de la prision, añadiendo que mis parientes explicarian mucho mas su agradecimiento, siempre que le reconociesen por único autor de tan señalado beneficio. Descubríle quien era yo, el origen de mi familia y el nombre de mi patria. Soy le añadí la única esperanza de Alonso de Liria, mi anciano padre, y este buen viejo se moriria de dolor, si llegára á saber el estado en que me hallo. Señor Estudiante, me respondió, quando yo no tuviese otros motivos superiores para solicitar con todas mis fuerzas librar á usted de tan dura situacion,

TOMO V.

C

cion,



cion, sobraria para mí solo el saber que es originario de España. Sepa usted, que esta misma noche tengo dispuesto sacarle de la prision. Mañana por todo el dia estará usted escondido en una casa á donde yo le llevaré; y luego que la obscuridad de la noche dé lugar á la fuga, le haré salir por cierta callejuela desconocida fuera de la ciudad, y le pondré donde pueda escaparse á su patria, y descansar en los brazos de su señor padre. Pero cómo (exclamé yo transportado de alegría) cómo, ó con qué podré nunca corresponder á tan singular favor? Toma esto que te prometí: á la verdad ello es bien poco, pero es todo lo que al presente poseo. Diciendo esto, le alargué la bolsa y el anillo; mas él no lo quiso recibir, respondiendome. No señor Licenciado, aun no es tiempo ni este es lugar para que os mostreis reconocido á un beneficio, que hasta ahora no pasa de pura intencion, y es poco mas que deseo. En poniendose en execucion mi proyecto, no me negaré á recibir los favores de vuestra noble y caballerosa generosidad. Ahora seguidme, procurando hacer el menos ruido que os sea posible. Entonces abrió la puerta, salí, y él cerró luego con la misma diligencia, y con todo aquel ruido que metia quando me dexaba dentro. Guióme por una escalerilla secreta, y entramos en un quarto, donde habia muchos uniformes de soldado, haciéndome vestir y disfrazar con uno de ellos. Salimos despues al ayre abierto, y con-

duciéndome por ciertos senderos que yo jamás habia frecuentado, abrió con una llave una portezuela, y nos metimos en una casuca subteranea, donde solo habia dos quartos, y una cocinilla, en que estaba hilando una vieja septuagenaria sentada en una banquetta, medio dormida, y dando cabezadas; la qual luego que nos vió entrar, se levantó apresurada, alegre y festiva á recibirnos, y á componer el quarto, donde me dixo el Soldado que habia de dormir aquella noche, añadiendo que el dia siguiente vendria él á concertar el modo de asegurar mi fuga.

Poco despues se retiró á su quartel, y luego que quedamos solos, me dixo la buena vieja: Señor Estudiante, bien puede su mercé dar muchas gracias á Dios por la fortuna de haberse escapado de las garras del cruel Capitan Arnaldo. Tengo larga noticia de toda su desgracia, y no he tenido yo poca parte en verle libre de ella. Mañana lo sabrá todo su mercé, ahora vayase á dormir, que no dexará de tener necesidad. Diciendo esto me acompañó á mi quarto, metióme luz, salióse de él, cerró la puerta, y me dexó solo. ¡Pero cuántos fueron los pensamientos que de tropel me acometieron, luego que me eché en la cama! No acertaba á comprender por donde, ó como podia haber tenido parte aquella buena vieja en librarme de la prision, y reventaba por saber como se habia manejado aquel negocio. Ofreciaseme, que podia ser la madre del Soldado, y que por pura compasion, ó qui-

zà por interés con la esperanza de algun buen regalo, aconsejaría á su hijo, que hiciese todo lo posible para ponerme en salvo; pero de qualquiera manera no cesaba de dar mil gracias á la Divina Providencia por haberme visiblemente asistido en tan inminente peligro. Parecíame, que en llegando mi fuga á noticia de la bella Irene, no haría caso del bárbaro Capitan, y que repelería con indignacion su cruel mano, esperando yo siempre que todavía nos podíamos amar reciprocamente, y con mas felicidad que en el tiempo pasado. Lisongeado con este pensamiento andaba discurriendo el modo de hacerla saber como ya me hallaba libre, antes que se cumpliese el término prescrito para violentarla á dar su consentimiento, de manera, que sin recelo de exponer mi vida, pudiese con toda resolucion despreciar el partido de una boda tan aborrecida de ella. Ocurrióme, que el bueno y honradísimo Soldado me podría ayudar tambien en esto, y que por su medio podíamos entablar una inocente amorosa correspondencia de cartas, dirigida al fin mas Christiano, y mas honesto. Esperé para esto á la mañana; y en medio de la ansia con que la deseaba, el desvelo y los cuidados de las noches precedentes ocasionaron tal cansancio y tal languidez en mis miembros, que la misma fatiga se convirtió en un profundo sueño. Sin embargo, luego que comenzó á rayar el Sol en nuestro Orizonte desperté, y saltando inmediatamente de la cama me vestí.

Quan-

Quando la vieja sintió que me habia levantado, vino prontamente á abrir el quarto, que habia cerrado por afuera, y me dixo apenas me vió: hijo mio, si te quieres divertir un poco, entrate en ese huertecillo que está aqui contiguo, y en él encontrarás con que pasar con gusto alguna hora de la mañana. No temas que persona alguna te vea, porque no cae á él mas que una ventanilla de la casa de los hortelanos, la qual ahora está deshabitada. Agradóme la proposicion, y entrando en el huertecillo le encontré pulidamente cultivado, con grande simetria en las calles, con bello orden de pequeñas plantas y de flores exquisitas, cuya variedad de vivísimos colores, y suavidad de su gratísima fragancia, hizo sumamente divertido mi paseo. Creía yo que mi diversion consistiria solo en esto; pero me encontré con otra cosa, que me sorprendió mucho mas, y se llevó toda mi atencion. Observé entallado mi nombre, y el de mi querida Irene en la corteza de un arbol, juntamente con algunos epitetos expresivos de nuestro reciproco amor. ¿Quién pudo ser (exclamé todo admirado) el que se entretuvo en esculpir tales caractéres en este sitio? ¿Quién tendria el gusto de renovar nuestra amistad, uniendo con las letras dos personas que viven tan unidas con los corazones? ¡Ah! si serán estos artificiosos recuerdos para entristecer la memoria con el recuerdo del bien pasado, representando á los ojos el dulce objeto de mi felicidad, puntualmente quando me hallo en el fa-

fatal momento de perderle? Pero si es así, ¿á qué fin esculpirlos en esta frondosa planta, cuya verde lozania parece estarme anunciando el retorno de mi felicidad? Por tanto antes me inclino á creer, que quieran enseñarme á no estar tan penetrado de la inconstancia de las cosas humanas, pudiendo mas bien suceder que recobremos hoy lo que perdimos ayer. Asi iba filosofando mi amor, yendose el discurso á donde le guiaba el deseo, quando sentí caer á mis pies una piedrecita. Levanté los ojos para ver de donde habia salido, quando ví á mi Irene asomada á una ventanilla de la deshabitada casa de los hortelanos. Observé que estaba confusa y agitada entre alegre y pensativa, haciendome señas de que me acercase. Ahora sí que expresára yo con entusiasmo poetico los diversos movimientos que asaltaron mi amante corazon en un lance tan impensado, si el Preceptor me hubiera permitido leer las arrebatadas y enérgicas fantasías de Ovidio en ocasiones muy parecidas á esta. Pero me baste decir, que á un mismo tiempo me sentí elado y encendido, tímido y fogoso, pálido y arrojando llamas por los ojos y la cara. Volé al pie de la pared perpendicular á la ventana, donde se dexaba ver mi dueño; pero sin acertar á hablar palabra, esperé á que ella hablase primero, persuadido ya á que los caracteres que habia leído en la corteza de los árboles no eran de otra mano que de la suya; y que habia alguna comunicacion secreta entre su casa y la de

de la vieja que me habia albergado y recogido.

César, me dixo Irene, ya puedes conocer si te amo, habiendo sido yo la que ha solicitado tu libertad. La vieja que te ha recibido en su casa, fue mi ama de leche: esta tenia conocimiento con el Soldado, á cuyo cargo estaba tu custodia: de ella me valí para que llegase á tus manos el villete mío, que recibiste en la prision, y de la misma me valí tambien para disponer al Soldado á que facilitase la libertad que ya gozas. ¡O, y cuánto gusto tengo de que la goces! Quise que te divirtieras hoy aqui solo por lograr el consuelo de hablarte antes que nos separe una cruel division, la qual sabe Dios quanto durará. No te olvides, querido, de una infeliz doncella, que queda sacrificada á los mas duros tratamientos de sus Padres, solo por la averision que tiene al matrimonio del Capitan: correspondeme con una fidelidad que te merezca la continuacion de mi amor, y que ya te han merecido las demostraciones de una pasion mas que vehemente. No des lugar á que la distancia produzca en tí aquel olvido, que es tan comun en la inestabilidad é inconstancia de los hombres. Si estás separado de mí con el cuerpo, tenme siempre muy presente en el corazon, haciendole guarda fiel de aquella imagen, que hoy solo te es lícito mirarla con los ojos.

No pudieron menos de sacarme las lágrimas de los míos unas palabras tan expresivas, y explicandome con aquellos mas que con las voces:

ces: ¡ó gran Dios! la respondí. ¿Y será verdad que yo debo dexarte, y alejarme de tí, ó mi bella Irene? ¡Ah! permíteme que exále el alma á manos de mi aborrecido ribál, antes que padecer mil muertes en vez de una sola, la qual finalmente me libraré de tantos afanes, quantos serán los momentos que respire viviendo lejos de tí. ¿Pues qué, replicó ella, estimas tan poco la seguridad de llamar *tuya* á la afligida Irene, que no tengas valor para sufrir algunos dolores, ni espíritu para adquirir la posesion interminable de este corazon mas tuyo que mio, á costa de tolerar una separacion, que al cabo ha de tener fin? Valgo yo tan poco que te espante la idea de un dolor, que durará pocos meses; ó desconfias tú tanto de tu constancia, que te parezca imposible conservarme tu fidelidad, sino tienes siempre á la vista el objeto de tu amor? No por cierto, la respondí, adorada prenda mia; antes bien por lo mismo que es tan excesivo mi amor, temo, que la privacion de tu vista me quite la vida á violencia de aquellas angustias, que no pueden dexar de ser mortales en quien solo subsiste, y se alimenta con ella.

Duró algun tiempo esta amorosa conversacion, que cada instante se hacia mas y mas apasionada, compitiendonos los dos en buscar las mas vivas expresiones, que nos asegurasen de una eterna reciproca fidelidad, quando vino á interrumpirla el discreto y finísimo Soldado, para prevenirme que debía estar pronto á partir á las

las dos de la mañana, pues ya tenia concertado y dispuesto un calesín que me estaria esperando fuera de la ciudad en cierto sitio que me declaró. Retiróse entonces Irene, por no hacer sospechosa á sus padres su larga mansion en un parage, que si bien dentro del territorio de su casa, y sin otra comunicacion que con la de su ama de leche, podia excitarles algun recelo, respeto á la vigilancia con que la observaban y guardaban. Prometiome que se dexaria ver de mí antes que se pusiese el sol, y yo me fuí á buscar á mi buena viejecilla, la qual me tenia dispuesta una decente comida, y á contemplacion de Irene me hizo todas quantas finezas y caricias se podian esperar de una muger de aquella edad.

CAPITULO IV.

Medidas que se tomaron para salir de la ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano quando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embarcanse en Siracusa, y su viage á Corfú.

Quedóse con nosotros el Soldado, y me dixo, que su Capitan aun no sabia mi fuga, y era muy

TOMO V.

pro-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

probable que tampoco la supiese hasta el día siguiente, por lo que convenia mucho solicitar todo lo posible la marcha, para sustraernos quanto antes de la jurisdiccion de aquel Magistrado, y hallarnos donde no nos pudiesen prender. Viendo que me era indispensable el partir, procuré animarme, y me dispuse al viage con toda aquella superioridad de espíritu que podia permitir la vehemencia de mi pasión. Mas acordándome que Irene me había prometido, que me volvería á ver antes que el sol se pusiese, me fui á pasear con esta esperanza al huertecillo; pero quedó aquella burlada, porque no pareció, y se pasó todo el tiempo convenido, sin que me hubiese consolado con su presencia. Mil pensamientos y sospechas agitaron mi pobre imaginacion. Estaba medio desesperado, quando vino el Soldado á decirme, que era preciso acelerar la marcha, porque el Capitan habia tenido ya noticia de mi fuga. Es menester no perder instante de tiempo, me dixo. Vente conmigo, porque yo estoy resuelto á acompañarte, y cogiéndome por un brazo, me arrancó, muy contra mi voluntad, de la contemplacion de aquellas paredes, donde dexaba encerrado todo mi bien. Pasamos por la casuca de la buena vieja, y me conduxo á los recintos de la ciudad, de la qual salimos por un camino subterraneo, que el Soldado tenia bien conocido. El foso, por nuestra buena fortuna, estaba entonces tan escaso de agua, que sin dificultad le pudimos pasar. La anublada luz de la luna nos

via de guia en el camino, que yo hice arrastrando mas que andando, y con paso siempre trémulo llegué al sitio, donde debia esperarnos el carruage. Quedamos admirados de no encontrarle en él, y nos vimos precisados á esperarle, retirándonos y escondiéndonos tras de un matorral donde nos sobresaltaba qualquier rumor que sentiamos, temiendo fuese gente que venia tras de nosotros. Pasóse una hora entera antes que pareciese el carruage. Llegó finalmente; pero ¡quál fue mi pasmo, quando ví dentro de él á mi querida Irene! Venia vestida de hombre, y aunque es verdad que el sobresalto habia robado el color á su bellissimo semblante, todavia me pareció mas hermosa en aquel mentido traje. No te admires, César (me dixo en voz baxa) de una resolucion que consideré necesaria. Habia jurado mi padre, que mañana me habia de casar con Arnaldo. El horror que me causó el pensamiento solo de esta boda, me turbó de manera, que no me dexó luz para conocer lo disonante que era en una muger de mi corta edad, de mi estado, y de mi condicion, escaparse sola de la casa paterna, y fiarme á un jóven, cuyo amor debo temer mas que todo el furor de mis padres; porque estos me pueden quitar la vida, pero aquel puede dexarme sin honor. No, Irene mía, la interrumpí prontamente, y con extraordinaria viveza, no tengas ese temor. Trataréte con todo el respeto que se debe á tu virtud y á tu sangre; seré perpetuo defensor, y guarda fiel de tu honor,

nor, y de tu honestidad. Siempre estaré pendiente de tus insinuaciones, y si no mereciese ser tu legitimo esposo, á lo menos tendrás perpetuamente en mi un discreto y amorosísimo hermano. El Soldado, que estaba presente á esta conversacion, Señores, nos dixo, no perdamos el tiempo en inútiles discursos: monten ustedes en el calesín, y marchemos quanto á antes á nuestro destino. Así se executó puntualmente: partiendo con toda diligencia para salir de la jurisdiccion y territorio de Noto, tomando aquellos caminos que se desviaban del real, y sabia el calesero. Quando amaneció nos hallabamos ya en el deseado término; y porque los caballos habian caminado toda la noche, fue menester pararnos para que tomasen un pienso, y descansasen un poco. Mientras tanto me persuadió el Soldado á que dexase el uniforme militar que habia usado hasta entonces, y me volviese á mis vestidos, que habia tenido el cuidado de traer consigo. Lo mismo hizo él por su parte, cambiando el uniforme de militar por un vestido de ayuda de cámara, ó de criado. Mientras tanto me contó Irene, como amedrentada con las furiosas amenazas de su padre, despues de haber recogido algunas joyas de mucho valor, se fue á la casa del hortelano, donde el día antes me habia hablado en el huertecillo, de donde se pasó á la de su ama de leche, pensando encontrarme en ella, para poder unir su suerte á la mia desde aquel momento. Pero habiendo sabido que habia partido

de ella por la prisa que me daba el Soldado, se ingenio á abrir una portezuela, por la qual se entraba en el huerto, y estaba en un rincon de ella, y por donde solia entrar algunas veces á visitar á su segunda madre; y habiéndose hecho dar un vestido de un hijo de ésta, que habia muerto pocos dias antes, siendo poco mas ó menos de su misma estatura, nos siguió acompañada de la propia muger; y habiendo encontrado dichosamente el calesín que nos debia servir, ella misma se habia animado á no tener miedo de agregarse á nuestra compañía.

No pude menos de admirar el espíritu y el valor de aquella doncellita, reconociéndome sumamente obligado á una resolucion tan fina como valerosa. Pero el Soldado, á quien el amor no ofuscaba la razon, y el miedo le inspiraba prudencia: Señores, nos dixo, éste es un lance que pide mucho juicio: nuestra fuga es negocio muy serio y de grandísima importancia: hará mas ruido de lo que se piensa, y mucho mas siendo acompañada con toda la apariencia de raptó. El padre de la Señora Irene, y el Capitan Arnaldo no crean ustedes que se estén con las manos en la cinta. El Magistrado de Noto se dará la mano con el de Mazara, y con el de otras ciudades de Sicilia: por todas partes despacharán requisitorias, y embiarán tras de nosotros gentes que nos prendan. ¿Qué será de nosotros, si caemos en manos de la Justicia? Por tanto mi parecer es, que mudemos de destino, y si antes, Señor Licenciado,

pen-

pensaba usted irse derecho á su patria , ahora es menester refugiarnos sin detencion en el puerto de mar mas vecino , solicitar embarcacion lo mas presto que sea posible , huir de todas las costas de este Reyno , y asegurarnos en algun país extranjero , de donde pueda usted escribir á sus señores padres para que le embien algun socorro , y negocien mientras tanto el que dexen de perseguirnos el padre de la Señora Irene y la Justicia.

Pareciónos bien el consejo del Soldado , y reconociendo todos que era el mejor , y el mas saludable , hicimos nuevo ajuste con el calesero , y aumentándole su estipendio , tomamos el camino de Siracusa , á donde llegamos dentro de dos dias. La fortuna que desde los principios se nos mostró favorable , y que á la sombra de un semblante en la apariencia risueño , nos estaba disponiendo las mas estrañas y dolorosas aventuras , nos presentó la ocasion de un navio Inglés , que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la isla de Corfú. Admitiónos con mucho gusto el Capitan , y con próspero viento nos alejamos luego de las costas de Sicilia con aquel desconsuelo que es natural en quien pierde de vista á su amada patria , dudoso si la volverá jamás á ver. Mi querida Irene padeció aquellas ordinarias incomodidades , que comunmente padecen todos los que no están acostumbrados á viajar por el mar , y á mí me faltó muy poco para no padecer lo mismo que ella , por la nausea que me causaba la navegacion. Casi todo el

tiem-

tiempo que ésta duró , se estuvo ella en la cama , y yo le hacia perpetua compañia , sin abandonarla jamás. Pasábamos el tiempo en conversaciones tiernas y afectuosas , consolándonos mutuamente con la esperanza de ver presto cumplido el deseado fin de nuestras legítimas y honestas intenciones. El Soldado , que en todo trance deseaba divertirnos en quanto le era posible , nos dixo un dia. Quiero , Señores , que me oygan ustedes la historia de mi vida , llena por cierto de sucesos curiosos , y de accidentes que no son vulgares. Nosotros nos mostramos muy deseosos de oírlos , y él dió principio á su relacion del modo siguiente.

CAPITULO V.

Principio de la historia del Soldado , y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá.

Yo nací en la gran ciudad de Palermo , y hoy justamente hace veinte y cinco años que salí del vientre de mi madre , la qual era oriunda de España , y descendia de una familia noble de Granada. Quando la Sicilia estaba sujeta al Rey Católico , vino mi padre á ella al servicio de un Virrey , trayendo consigo á mi abuela , que era de extraordinaria hermosura , y se hallaba á la sazón en lo mejor de su juventud.

Aña-

pensaba usted irse derecho á su patria, ahora es menester refugiarnos sin detencion en el puerto de mar mas vecino, solicitar embarcacion lo mas presto que sea posible, huir de todas las costas de este Reyno, y asegurarnos en algun país extranjero, de donde pueda usted escribir á sus señores padres para que le embien algun socorro, y negocien mientras tanto el que dexen de perseguirnos el padre de la Señora Irene y la Justicia.

Pareciónos bien el consejo del Soldado, y reconociendo todos que era el mejor, y el mas saludable, hicimos nuevo ajuste con el calesero, y aumentándole su estipendio, tomamos el camino de Siracusa, á donde llegamos dentro de dos dias. La fortuna que desde los principios se nos mostró favorable, y que á la sombra de un semblante en la apariencia risueño, nos estaba disponiendo las mas estrañas y dolorosas aventuras, nos presentó la ocasion de un navio Inglés, que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la isla de Corfú. Admitiéonos con mucho gusto el Capitan, y con próspero viento nos alejamos luego de las costas de Sicilia con aquel desconsuelo que es natural en quien pierde de vista á su amada patria, dudoso si la volverá jamás á ver. Mi querida Irene padeció aquellas ordinarias incomodidades, que comunmente padecen todos los que no están acostumbrados á viajar por el mar, y á mí me faltó muy poco para no padecer lo mismo que ella, por la nausea que me causaba la navegacion. Casi todo el

tiem-

tiempo que ésta duró, se estuvo ella en la cama, y yo le hacia perpetua compañía, sin abandonarla jamás. Pasábamos el tiempo en conversaciones tiernas y afectuosas, consolándonos mutuamente con la esperanza de ver presto cumplido el deseado fin de nuestras legítimas y honestas intenciones. El Soldado, que en todo trance deseaba divertirnos en quanto le era posible, nos dixo un dia. Quiero, Señores, que me oygan ustedes la historia de mi vida, llena por cierto de sucesos curiosos, y de accidentes que no son vulgares. Nosotros nos mostramos muy deseosos de oírlos, y él dió principio á su relacion del modo siguiente.

CAPITULO V.

Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá.

Yo nací en la gran ciudad de Palermo, y hoy justamente hace veinte y cinco años que salí del vientre de mi madre, la qual era oriunda de España, y descendia de una familia noble de Granada. Quando la Sicilia estaba sujeta al Rey Católico, vino mi padre á ella al servicio de un Virrey, trayendo consigo á mi abuela, que era de extraordinaria hermosura, y se hallaba á la sazón en lo mejor de su juventud.

Aña-

Añádanse á ésta las grandes prendas de alma, de que estaba adornada, por todo lo qual era la dama mas querida de la Virreyna, haciendose distinguir en todas las conversaciones su espíritu y su virtud, con general aplauso y aun admiracion de quantos intervenian en ellas. Entre otros Caballeros que freqüentaban la corte, era uno que se llamaba el Conde de Mossí, segundon de una casa noble del Lenguedoc, que se hallaba desterrado de todo el Reyno de Francia por un duelo que habia tenido con otro Señor igual suyo. El tal Conde no podia mirar á la muger de mi abuelo materno sin abrazarse en un amor excesivo. Y como la Nación Francesa es tan fogosa como audáz, llevó tan adelante su intencion, que no habiendo podido reducirla á ella con otros medios menos violentos, tomó la resolucion de arrancarla por fuerza de los brazos de su marido. Coligóse con algunos asesinos, de que hay abundante cosecha en Sicilia, y una noche, en que volvía mi abuela un poco tarde de la conversacion de Palacio, salieron de una casilla poco distante de nuestra calle, donde estaban escondidos, y el Conde que se hallaba con ellos, hizo parar la carroza en que venia: y poniendo en fuga al cochero y criados que la acompañaban, la sacó en brazos del coche, y la entregó á los asesinos. A los gritos y clamores de la pobre Señora, que llegaban hasta el cielo, se alborotó la vecindad, y mi abuelo, que por casualidad se hallaba en casa de

un

un Caballero, que vivia en aquel barrio, conociendo la voz de su muger, acudió sobresaltado á socorrerla con la espada en la mano, hiriendo á los primeros asesinos que se le pusieron delante. Voló el Conde Mossí á defenderlos, pero encontró valerosa resistencia en el desgraciado marido, cuyo tálamo pretendia deshonar: y tanto que fuese fortuna del Conde, ó que el valor del Francés excediese al del Español, el hecho es, que á éste le dexó muerto y tendido en tierra. Mientras tanto la gente de toda la calle, que habia concurrido al estruendo, logró librar la Dama de los que la querian robar, y al mismo tiempo obligó al Conde á retirarse á toda prisa, teñidos sus vestidos en la sangre del inocente consorte. Superfluo sería que yo me detuviese en ponderar el dolor de la afligidísima Señora, quando vió muerto y desangrado al Caballero su marido, porque ya ustedes se lo imaginarán, sin que yo pierda tiempo en tan superflua, como funesta amplificacion. Se le hizo llevar á casa, y agotó todas las lágrimas de sus bellísimos ojos, derramandolas sobre aquel frio cadáver. Dispuso que se le diese honorifica sepultura, y resuelta á retirarse del mundo, fue á pasar su temprana y triste viudez en una corta hacienda que su difunto marido habia comprado en las cercanías de Palermo. Apenas llegó á su retiro, quando se reconoció embarazada, y mi madre fue el fruto que dió en aquella soledad. Podia la niña haber cumplido nueve me-

TOMO V.

E

ses,



ses, quando el malvado Mossí, no obstante de haber sido tambien desterrado de Sicilia, por el atroz delito que acabo de referir, halló modo de penetrar hasta la casa de mi abuela, y sacando de la cuna á la inocente criatura, la hizo trasportar á una embarcacion que tenia prevenida no muy distante de la Quinta. Qual haya sido el paradero de aquella niña en sus primeros años hasta ahora no lo he podido saber, por mas que se lo pregunté; solo me dixo, que hallándose á un mismo tiempo sin su madre, y sin el ama que la criaba, se encontró con la muger de un Pastor, que estaba criando á un hijo suyo de dos meses, y que ésta le dió tambien leche á ella, hasta que llegó á cumplir un año. Y como era la legitima heredera del corto patrimonio que su padre la habia dexado, toda la idea del Pastor era disponer las cosas de modo, que el patrimonio viniese á caer en su familia, con cuyo pensamiento destinaba á la niña, para que con el tiempo fuese esposa de aquel hijo suyo que se criaba con ella. Con este fin la ocultó siempre su verdadero nacimiento, dándole una idea de él muy diferente de lo que en realidad habia sido, y llegó hasta la edad de quince años, creyendo siempre no ser otra cosa que hija de un pobre y miserable Labrador. Aquella era la edad que el Pastor habia destinado, para que se efectuase el matrimonio, el qual se celebró con aquel género de rústicos y groseros regocijos que usan en sus bódas los villanos.

Y como No

No era fea mi madre, antes bien era verdaderamente linda, y á pesar de su tosca educacion, tenia espíritu, gracia y despejo. El marido era un patán, záfio y lleno de una bestial arrogancia, viendose dueño de una posesion, que juzgaba superior á las rentas del Arzobispo de Montreal. Comenzóse á tratar á lo grande, y fuese á vivir á la Ciudad, donde en breve disipó el pequeño patrimonio en los bodegones y en las tabernas. Durante este tiempo vine yo al mundo, hijo legítimo de un matrimonio tan desigual, y me pusieron el nombre de Isidoro en la Pila del Bautismo. Dentro de pocos años desaparecieron todos nuestros bienes, y nuestra familia quedó reducida á tres personas (porque el bendito Pastor y su muger ya habian muerto) y comenzamos á padecer todas las miserias que trae consigo la pobreza. Esta nos obligó á volvernos á nuestra campiña, y algunas de aquellas mismas mugerzuelas, que habian contribuido mas á nuestra ruina, abrieron los ojos á mi madre, y la dieron noticia de su verdadero nacimiento: imprudente aviso, que por entonces solo sirvió para exâcerbar sin medida sus disgustos y sus ahogos. Conoció la pieza que la habian jugado, y el gravísimo perjuicio que la habian hecho, ocultándola su verdadero origen noble y Español. Cierta Abogada de Palermo, que acostumbraba venir á gozar el ayre del campo á nuestra Quinta, y á gastar alegre y viciosamente el dinero, que habia chupado á sus clientes,

sup

E 2

el

el qual sabía muy bien quien era mi buena madre, halló modo de hablarla á solas, y pintándola con retóricos colores el mal trato que la daba su marido, y la indecencia de un matrimonio tan desigual y vergonzoso, se ofreció, si le daba facultad, á disponer y lograr que se declarase nulo, y se disolviese. Horrorizada la virtuosa muger al oír semejante proposición, se negó á ella con invencible constancia; pero la muerte tomó de su cuenta facilitar lo que no podía hacer sin un atroz delito el señor Abogado. Llevóse al indigno esposo de mi inocente madre, y luego que el Causídico tuvo esta gustosa noticia, voló á la Quinta, y describiendo á la pobre viuda los peligros del estado en que se hallaba, y por el contrario, lo ventajoso que sería para ella el pasar á segundas nupcias, escogiendo un marido que supiese defender sus incontrastables derechos, la indujo á que le diese á él la mano. Tenia yo solos ocho años, quando me hallé sujeto á la educación del tal discípulo de Justiniano, y tardé poco en conocer que verdaderamente habia encontrado un legítimo padrastro. Me destinó á los oficios mas baxos de la familia, y olvidado de que me habia parido su muger, solo me consideraba como hijo de un villano. Por lo que toca á mi buena madre, la era preciso sufrir con paciencia lo mal que á mí me trataban, sino queria exponerse á ser ella misma tratada mucho peor. Mientras tanto el señor Causídico, aprovechándose de las ventajas que

que le proporcionaba su profesion, logró recobrar todos los bienes que eran de su muger, y comenzó á vivir con mayor fausto que antes vivia. Un dia que me envió á guardar un hato de ovejas, habiendo encontrado á otros muchachos de mi edad, me puse á jugar con ellos; mientras tanto el rebaño se fue alejando de mí, y las ovejas por sí mismas se volvieron á su redil, sin que yo las acompañase. Viólas mi padrastro, y esperó á que viniese yo á casa, para castigar una falta tan ligera con un suplicio cruel. Me dió una terrible vuelta de azotes, y no contento con esto, me encerró en una pocilga, donde venia todas las mañanas á repetir la misma zurrubanda, dexándome al mismo tiempo un pedazo de pan, y un vaso de agua por todo alimento: penitencia que duró no menos que doce dias, sin que me valiesen los clamores con que imploraba el socorro de mi madre. Pasado aquel tiempo, se me puso en libertad, y se me volvió á encargar el mismo empleo de conducir al pasto el ganado. La memoria de mi pasada flagelación, estampada demasiadamente en mis tiernas y delicadas espaldas, me hizo andar mas vigilante en el oficio de pastor. Todas las tardes al caer el sol sacaba las ovejas al campo, y por diez dias nadie tuvo que decir contra mi vigilancia y atención; pero al undécimo dia, quando yo conducia mi rebaño á un empinado monte, en una parte del qual habia un altísimo precipicio, se levantó de

de repente una horrible tempestad de truenos y relámpagos, que llenándome de espanto, me obligaron á recoger á toda prisa el ganado, para reconducirle al redil. Mientras procuraba juntarle con los silvos, con el cayado y con los estallidos de la honda, un corderillo se espantó, se despeñó en el precipicio, y yo quedé preocupado de una grande consternacion. Representóseme con la mayor viveza en mi débil fantasía todo el horror del mal tratamiento pasado, y al mismo tiempo resolví librarme de él con la fuga, á que di principio en el mismísimo instante, abandonando las ovejas á su discrecion. La tempestad, y la copiosa lluvia que comenzó á desprenderse del cielo, no fueron bastantes á contener la ciega prisa que me daba á correr, sin saber yo mismo á donde, y así me hallé metido en un espesísimo bosque, y embreñado en él, sin advertir, ni saber donde encontraria la salida. Continuaba con furor la lluvia, y los rayos, que sentía caer de quando en quando, me aterraban con su estruendo, y con los continuos relámpagos que me deslumbraban. Procuré abrigarme baxo la copa de una gruesa y frondosa encina; pero qual fue mi estupor, quando ví á mi dichoso padrastro, que se habia puesto á cubierto baxo la misma, porque sin duda habia salido á caza, y le habia cogido en ella la tempestad? Comencé á temblar de pies á cabeza, y mas quando me dixó: ¿qué haces tú aqui, bribon? ¿Quién te ha tra-

traido á este sitio? ¿Qué se han hecho las ovejas? ¿Es este el cuidado que tienes de ellas? Tú me la pagarás, picaronazo. Mas sentí estas palabras, y mas miedo me causaron, que todos los truenos y todas las centellas, sin exceptuar una de ellas, que casi al mismo tiempo cayó en el mismo arbol, á que estabamos acogidos, y tronchó de él una multitud de ramas, que nos pusieron en gran peligro.

Conociendo entonces el marido de mi madre, que las encinas no eran laureles, y que los rayos de Júpiter no las respetaban, se determinó á partir, no obstante el diluvio que se desgajaba del cielo; y cogiendome de un brazo, comenzó á llevarme casi arrastrando por los estrechos senderos de aquel bosque, cuyos intrincados y espinosos matorrales punzándome sin piedad la cara, los brazos y las piernas, me hacían llover sangre por todos los miembros de mi cuerpo. De esta manera llegué á casa, hecho pedazos el vestido, lleno de llagas el cuerpo, y faltándome el aliento; pero el desapiadado padrastro, cuyo maldito humor se habia exáltado á lo sumo, viendose empapado en agua, y todo cubierto de lodo, me hizo encerrar luego en la acostumbrada pocilga, prorrumpiendo en fieras amenazas, y maldiciones capaces de hacer temblar al hombre mas valeroso del mundo. Mi pobre madre lloraba; pero su llanto solo servia de encender mas la cólera, y aun el furor del marido; y tengo para mí que la triste Señora da-

ria algo por verse todavía viuda del hijo del pastor, á pesar de toda la miseria, que entonces habia padecido. Pasé la noche tendido sobre un monton de paja ya podrida, esperando el destino que me darian por la mañana. Se me estremecieron de espanto todos los miembros de mi cuerpo al sentir abrir la portezuela de mi choza, y al oír una bronca y carraspeña voz, que no era ciertamente de orador, y me intimaba que saliese luego de la pocilga. Obedecí prontamente, y apenas me vió el padrastro, quando me dixo: Villano, infame y bribonazo, ya no estarás mas conmigo, ni me darás mas enfados: el Rey ha mandado, que se limpie el reyno de vagamundos parecidos á tí, y que se reclute de ellos su Marina. Hoy mismo te entregaré á los Comisarios Reales para que te destinen á algun navio, donde entrarás en una escuela, que te hará desear la *vita bona* que has pasado en mi casa, y que tú no supiste agradecer. Diciendo esto, me hizo montar en un pollino, acompañado de un criado, que era peor que el amo, con orden de que me llevase á Palermo. Inútilmente derramaba mi madre un mar de lágrimas; porque ninguna mella hacian en aquel empedernido corazon, á quien solo movia el interés, y no la dió otra respuesta, sino que de aquella manera se quitaba de la vista una persona, que continuamente le estaba avergonzando, trayendole á la memoria la indecorosa accion de haberse casado un hombre como él con la viuda de un pastor.

Con

Con efecto todo el fin que tenia en alejarme de sí, era por apoderarse impunemente de todo lo que algun día podria considerarse mio, como único heredero de mi madre.

Conducido al puerto de Palermo, me matricularon luego entre la marinería, y me hicieron embarcar en un navio, que debia conducir á Barcelona toda la chusma de los nuevos marineros. Nunca habia entrado en el mar, y aquella inmensidad de agua, que veía al rededor de mí, me puso en una aprehension, que no encuentro voces para explicarla. Metíme baxo escotilla, y llorando amargamente mi desgraciada suerte, que de pastor de ovejas me habia convertido en marinero, á vista de tantos peligros, y sujeto á los indiscretos castigos que veía usar con los que actualmente servian en la misma nave, no me podia consolar. Viéndome en tan miserable estado un Superintendente de aquella novicia chusma, se movió á compasion, cosa bien rara en aquella casta de gente, y me dixo: pobre muchacho, no te aflijas tanto, pues no sabes la fortuna que pueden encontrar los iguales tuyos: en el mismo empleo que tú me hallé yo, quando era de tus años; al principio me parecia muy penoso, pero despues conocí por experiencia, que era el mejor de toda la marinería. Serví en él por algun tiempo, y habiendo tenido la fortuna, por mi viveza y actividad, de caer en gracia de mis Capitanes, logré ascender por grados al subli me puesto en que me ves, en el qual

- TOMO V.

F

ten-

34424

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

tengo el gustazo de poder vengarme á mi satisfaccion de lo mucho que me hicieron rabiarse algunos compañeros míos. Considérome un hombre muy feliz, y mas habiéndome dado esperanzas y aun prometido, que presto me adelantarán un poco mas, con tal que me salga bien, como lo espero, enganchar en el espacio de dos meses otros cien muchachos como tú, y hacerlos pasar revista ante el Comisario General de Marina. Por lo que toca á tu persona, cuyo génio y talento me han gustado mucho, desde luego te ofrezco que serás mi predilecto entre todos, y para proporcionarte mas presto tus ascensos, te prometo destinarte con preferencia á todos los demás, á las fatigas de mayor trabajo. Subirás á las antenas, tirarás los cables, ayudarás á amarrar, arrojar, izar y recoger las áncoras, de manera que en breve tiempo te aseguro que saldrás maestro en el arte. Estas palabras, que sin duda hubieran alegrado á un marinero voluntario, á mí, que contra toda mi voluntad me habian traído arrastrando al servicio de la armada, me causaron tan diferente efecto, que en virtud de ellas me entregué mas que nunca á mi acostumbrado llanto, y poco menos que furiosa desesperacion. Dexóme sumergido en ella el tal Superintendente, y la siguiente mañana volviendo á visitarme, luego que me vió: ánimo, me dixo, habiendo conocido que no te quieres aprovechar de mis consejos, y que nada se adelanta en las profesiones, quando se toman contra pelo, he determi-

nado, por el amor que tengo á tu persona, colocarte en otro empleo. El Capitan del navio me ha encargado que le busque un muchacho de espíritu, poco mas ó menos de tu edad, que le sirva en su cámara, advirtiéndome que le escogiese entre los que acababan de venir de Sicilia. Entre estos no veo otro que le pueda agradar mas que tú; sígueme pues, que quiero yo mismo presentarte á él. No puedo explicar quanto me consoló aquel anuncio; enjugóse de repente mi llanto, y levantándome prontamente, fui siguiendo al que ya consideraba como mi libertador. Entramos en la cámara del Capitan, y aquel hombre derecho, serio, y sostenido, como lo suelen ser los Españoles, sin hacer caso de las profundas inclinaciones y reverencias del Superintendente de la chusma, le preguntó con Española gravedad, si era aquel mozuco el escogido para su servicio. Respondióle con grandísima humildad el Superintendente que sí, y que su Señoría se hallaría bien conmigo, porque era un muchacho de buena índole; está bien, repuso el Capitan, déxale aquí, y tú vete á cuidar de tu oficio. Aquel modo con que le trató el Capitan, me hizo conocer, que su empleo no debía de ser muy sublime, y de contado comprendí que habia gran diferencia entre el Capitan y el Superintendente de la chusma. Luego que nos quedamos solos el Señor Capitan y yo, se informó de mi nacimiento, de mis padres, y del motivo por qué me hallaba escrito en la matrícula de los mari-

neros de la nueva leva: satisfícele á todo con la mayor puntualidad, y enseñándome la misma naturaleza á ser adulator, le traté algunas veces de *Excelencia*, título que habia oído á mi padrastro, quando se divertía en la Quinta, repitiendo alguna de aquellas declamaciones ó alegatos, que habia recitado á presencia del Magistrado. Persuádome á que no le desagradó aquel tratamiento, pero creo que mucho mas se pagó de la sinceridad con que le hice una fiel relacion de todos mis sucesos. Mostró que se compadecia de mi suerte, y me dixo, que me queria hacer un grande hombre. A buena cuenta dispuso luego que aprendiese á leer y escribir, de que tenia algunos principios desde antes que mi madre tomase segundo marido, y en fuerza de mi buena disposicion, aprendí uno y otro con bastante facilidad. Llegamos á Barcelona sin ninguno de aquellos molestos y peligrosos accidentes, que suelen encontrar en el mar los navegantes; y luego me envió mi Amo á una escuela, donde concurrían muchísimos muchachos de mi edad. Contaba á la sazón solo trece años, y siendo mi espíritu muy superior á lo que estos prometían, en breve tiempo me adelanté á todos mis condiscipulos. El Capitan hizo otro viage á Italia, y quando volvió, tuvo el gusto de verme muy adelantado en los estudios.

Encendióse por aquellos días la prolixa y terrible guerra sobre la sucesion de la Monarquía Española, y mi Amo tuvo orden de unirse con

una

una Esquadra de navios de guerra, destinada á pasar á la América, para escoltar hasta Cádiz la flota de los Galeones. Era ésta una expedicion igualmente larga que peligrosa, y así mi Amo, por el gran amor que me tenia, estuvo muy dudoso si me llevaria consigo, ó me dexaria en Barcelona, pareciéndole igualmente arriesgado para mí qualquiera de los dos partidos. Finalmente se resolvió á que me embarcase en la Armada para hacerme ver mundo. Partimos de Cádiz el año de 1703, y quando llegamos á las islas afortunadas, nuestro navio se separó de la Esquadra, y anduvimos largo tiempo por el Occéano antes de poder tomar puerto. Se sabía que los Ingleses y Olandeses venian en busca de la Esquadra Española, por lo que se caminaba siempre con el mas vigilante cuidado y recelosa prevencion. Era mi Amo tan práctico en la Náutica, que sabía mejor la brújula y la carta de marear, que yo las reglas de la Gramática. Esto nos salvó, pues fue causa de que arribásemos felizmente á Vera-Cruz, quando todos nos juzgaban perdidos á violencia de las borrascas, ó á lo menos que hubiésemos caído en manos de los enemigos. Los Galeones habian ya partido, y nos fue preciso esperar otro año para incorporarnos con la nueva flota que habia de salir para España. En este medio tiempo hizo un viage á México mi Amo, y yo le acompañé gustoso, por el gran deseo que tenia de ver la antigua Corte del famoso Motezuma. No me detendré en hacer á

us-

ustedes una descripción de aquel país, pues ya los considero bastante informados de él, por la discretísima historia del célebre Hernán Cortés; solo diré, que en los cuatro meses que nos detuvimos en México, me sucedió la mas extravagante aventura que se puede imaginar. Contaba yo á la sazón diez y seis años, mi estatura pasaba de lo regular, y puedo decir sin vanidad, que no era mal parecido. En la navegación me habia perfeccionado en los estudios, porque mi Amo se empeñó en enseñarme todo lo que sabia.

Estábamos alojados en casa de un mercader de Madrid, que se habia establecido en México, y poseía algunos plantíos hácia el Canadá, á no poca distancia de la Metrópoli. Es el Canadá un país, donde en un cierto espacio de sus confines se encuentran muchos Indios, que viven independientes de los Europeos, los cuales nunca los han podido sujetar, ni reducir á su devoción. El mercader que nos alojaba, queria ir á dar una vuelta por aquel parage para visitar su hacienda, y yo, movido de mi curiosidad, importuné tanto á mi Amo, que al fin me dió licencia para que fuese acompañando á nuestro patron en aquella su visita. Llegamos á sus haciendas, y yo comencé á divertirme en la caza de volatería, de que hay grande abundancia en aquel país. Habíame advertido el mercader repetidas veces, que no me alejase mucho de la casa, porque varias cuadrillas de Indios

dios hacian de quando en quando algunas correrías por el país, con el fin de coger al que podian, y que despues le maltrataban. Hice poco caso de aquel aviso, y no dexé de traspasar muchas veces los límites que se me habian señalado. Salia inconsideradamente de ellos, siguiendo con sobrada indiscrecion el vuelo de las aves, las cuales se juntaban en mayor número en aquellos sitios solitarios, donde era menor la frecuencia de los hombres. Un dia me interné demasiado en cierto valle, que dividia dos elevadísimos montes, corriendo por medio de él un rio bastante respetable. Disparé algunos tiros, cuyo estruendo resonó en los peñascos y cabernas de aquellas cercanías, y repitiéndole muchas veces el eco en las cabernosas peñas de uno y otro monte, me tenia sumamente divertido. Pero esto fue puntualmente lo que hizo salir á los Indios de sus cuebas. Vine rodeado de repente de un peloton numeroso de aquellos bárbaros, sin darme ya tiempo para retirarme. Quedé atónito y sin aliento, quando me hallé casi sobre mí con toda aquella gente, y mas viéndolos casi enteramente desnudos, armados de flechas las manos, sin poder discurrir de qué materia eran. Espantéme de manera, que enteramente me olvidé de que tenia en la mano mi escopeta, con la qual, si la hubiera disparado, habria quizá hecho mas proezas que Orlando, entre aquella gente tímida y cobarde. Rodeáronme, pues, y yo me dexé

pren-

prender, sin hacer la mas mínima resistencia, y ellos comenzaron á dar unos descompasados gritos, que á mi modo de entender eran demostraciones de alegría, por la valerosa hazaña que acababan de executar.

Uno de ellos, que por el respeto con que los demás lo trataban, me pareció podia ser su Gefe, ó Capitan, tomó en la mano mi arcabúz, y comenzó muy atentamente á mirarle y remirarle. Mientras le estaba manoseando con intrepidez y sin conocimiento, se disparó al ayre el arcabúz, y espantados aquellos valentones, llenos de terror cayeron todos en tierra. Hubiera yo aprovechado aquella ocasion para escaparme de sus manos, á no haberme ellos atado fuertemente á un arbol luego que me cogieron. Quando volvieron en sí de su pavor, no se atrevian á tocar el fusil, haciendo tales gestos de admiracion y de miedo, que me hubieran hecho reir, á no verme en su poder. Volvian y revolvian por todas partes la escopeta, para ver por donde la podian tomar, sin que les hiciese daño. Finalmente, uno que presumia de mas valeroso que los otros, la cogió por la culata, y se la echó á la espalda con grandísima arrogancia, quedando ufano y contentísimo por tan glorioso suceso. Entonces me desataron del arbol aquellos bárbaros, y me llevaron medio arrastrando hácia un altísimo monte, cuya eminencia parecia inaccesible. Llegamos en fin á ella, despues de haber caminado al-

-3317

gu-

gunas horas, y observé en aquella cima un mediano espacio de llanura, cubierto de una fresquísima yerba, y poblado de frondosos árboles, distribuidos por la naturaleza mas que por el arte en figura de un perfectísimo círculo. Este sitio, que podia parecer un vistoso teatro fabricado aposta para representar una accion cómica, era justamente el que habian destinado los Indios para la representacion de mi tragedia. Al estruendo de rústicos y disonantes instrumentos concurren las mugeres del contorno, y en menos de un quarto de hora se cubrió de mirones la funesta escena de aquel sitio fatal. Atáronme con algunos mimbres á un grueso madero, que habian plantado en medio de la llanura, el qual observé manchado todo de sangre, indicio claro de haber servido á otras crueles carnicerías. Comenzaron los Indios á dar vueltas al rededor de mí, cantando no sé qué lúgubres canciones, que yo no podia entender. Acercóse á mí uno, que parecia ser su Sacerdote, el qual, con grande admiracion mia, hablaba perfectamente la lengua Española. Hijo del Sol, me dixo, es preciso que aplaques con tu vida la sombra de nuestros antecesores. Una notificacion tan terrible nada añadió al terror, de que ya estaba poseído, preocupada mi imaginacion con la cruel idea del horrible sacrificio, que se me estaba preparando. ¿Qué edad tienes? prosiguió preguntándome aquel hombre. A lo que nada le respondí; pero él insistió en

TOMO V.

G

re-

®

repetirme la misma pregunta, como si fuese cosa de gran importancia la noticia de mi edad. Importunado de sus preguntas, casi se me escapó de la boca la siguiente respuesta: Señor, diez y seis años cumplidos há, que salí del vientre de mi madre en el Reyno de Sicilia, y pluguiese á Dios, que nunca hubiera salido de él, ó á lo menos de mi Patria. Mostróse altamente sorprendido el Sacerdote, al oír lo que le dixé, y retirándose á un lado de la llanura, estuvo un rato hablando en secreto con los principales del concurso. Observaba yo con la mayor atencion todos sus gestos y movimientos, esperando con indecible sobresalto que de momento en momento acabasen conmigo, y me librasen de aquel suplicio. Pero volviendo poco despues á mí el mencionado Sacerdote: Mozo dichoso y feliz, me dixo, ya no eres tú la víctima que nos estaba pidiendo nuestra Religion. No se aplacan con sangre Siciliana las sombras de nuestros mayores: la sangre que piden sus holocaustos es otra: tú podrás gozar alegremente en nuestra compañía una vida que infaliblemente hubieras perdido, si tuvieras la desgracia de ser de otra Nacion; yo te enseñaré las leyes en que vivimos, las que deberás observar rigurosamente de la misma manera que nosotros las observamos. Dicho esto me pusieron en libertad, y en el mismo punto ví, que todos los Indios é Indias venian á mí corriendo, baylando y saltando con extravagantísimos gestos

tos, y movimientos de alegría, para darme mil parabienes, y complacerse conmigo. Figúrense ustedes, qué gozo seria el mio, quando en un instante me ví pasar de la muerte á la vida. Inmediatamente que me recobré, y pude articular algunas voces, me arrojé á los pies del Sacerdote, y le dixé: Señor, disponed de mí como mejor os pareciere. Pronunciadas estas palabras con una voz lánguida y penetrante, hicieron grande impresion en aquel Indio, y cobrandome amor desde el mismo punto, me dixo que le siguiese por un denso y umbroso bosque, en medio del qual habia una rústica cabaña, capaz de alojarse en ella una mediana familia. Hízome entrar en un pequeño, y simplicísimo camarote, sin más adorno que unas ridiculas pinturas, que me dixo ser imágenes de sus Dioses. A estas (añadió) has de hacer voto de ser fiel, luego que te hayas instruido en los dogmas de nuestra Religion; y con efecto me los comenzó á enseñar desde el dia siguiente, y salva la impiedad del rito, no encontré en su Catecismo más que cosas singulares por estafalarias, y ridículas. No me detengo en hacerlos de ellas un resumen, porque, sobre no ser necesario, me desviaría mucho de mi intento. Mientras tanto me picaba grandemente la curiosidad de saber, cómo aquel Sacerdote Canadiense habia podido aprender con perfeccion la lengua Española, y un dia me atreví á preguntárselo. Sábeta, me respondió, que por muchos años fui esclavo de un

Caballero Aragonés, que me hizo prisionero en cierto encuentro que tuvimos con los Españoles casi en el mismo sitio donde te encontramos, y prendimos. Llevóme á su Patria consigo, y habiéndome experimentado fiel, docil y apacible, mandó que se me diese buen trato. Con este motivo aprendí aquella lengua, y habiendo vuelto á la América en compañía del mismo Amo, el deseo natural de volver á ver mi Patria, y el amor de mis parientes me movió á escaparme, y restituirme á mi País. Desde entonces me consideraron mis paysanos como hombre particular, y me elevaron al sublime grado de Sacerdote, sirviéndolos al mismo tiempo de intérprete en las frecuentes ocasiones que ocurren sacrificios. Tú debes dar gracias á nuestros Dioses, de que yo hubiese aprendido el Español, puesto que debes la vida á esta feliz casualidad; por lo demás, si no se hubiera sabido tu verdadera Patria, infaliblemente hubieras sido inocente víctima de un sacrificio, para el qual á ninguno se perdona. Esto me dixo el Indio, y yo viendome ya donde no tenía que temer á mi Padrastro, insensiblemente me iba olvidando de la Sicilia, y aun de mi querida madre. No veía cosa que me disgustase en el trato de aquellas gentes, y poco á poco iba aprendiendo su lengua. No me disonaban sus ceremonias, y sin duda me hubiera hecho un perfecto Idólatra, si la Divina Providencia no me hubiera abierto camino para detestar de todo corazón un culto tan abominable.

CA-

CAPITULO VI.

Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á donde los conduxo su fortuna.

Habia en la familia del Sacerdote un mozo, que parecia de mi edad, de quien él hacia particular estimacion. Nunca le dexaba hablar conmigo, y le tenía siempre cerrado con suma vigilancia. Andaba vestido como yo, á diferencia de todos los demás, que iban casi enteramente desnudos. En su bella disposicion habia un cierto no sé qué, que le hacia muy amable: sus ojos vivos y brillantes verdaderamente me encantaban, quando alguna vez se encontraban con los míos. Tenia yo grandísimos deseos de saber quien era, no dudando, que habria sido muy semejante á la mia su desgraciada suerte. Habíanse pasado muchos meses despues de mi habitacion entre los Indios, y aunque desde los principios fui inducido por el Sacerdote á declararme Catecúmeno de su Religion, todavia no me consideraba suficientemente instruido para abrazarla. Quería él que esta ceremonia se celebrase con la mayor solemn-

®

Caballero Aragonés, que me hizo prisionero en cierto encuentro que tuvimos con los Españoles casi en el mismo sitio donde te encontramos, y prendimos. Llevóme á su Patria consigo, y habiéndome experimentado fiel, docil y apacible, mandó que se me diese buen trato. Con este motivo aprendí aquella lengua, y habiendo vuelto á la América en compañía del mismo Amo, el deseo natural de volver á ver mi Patria, y el amor de mis parientes me movió á escaparme, y restituirme á mi País. Desde entonces me consideraron mis paysanos como hombre particular, y me elevaron al sublime grado de Sacerdote, sirviéndolos al mismo tiempo de intérprete en las frecuentes ocasiones que ocurren sacrificios. Tú debes dar gracias á nuestros Dioses, de que yo hubiese aprendido el Español, puesto que debes la vida á esta feliz casualidad; por lo demás, si no se hubiera sabido tu verdadera Patria, infaliblemente hubieras sido inocente víctima de un sacrificio, para el qual á ninguno se perdona. Esto me dixo el Indio, y yo viendome ya donde no tenía que temer á mi Padrastro, insensiblemente me iba olvidando de la Sicilia, y aun de mi querida madre. No veía cosa que me disgustase en el trato de aquellas gentes, y poco á poco iba aprendiendo su lengua. No me disonaban sus ceremonias, y sin duda me hubiera hecho un perfecto Idólatra, si la Divina Providencia no me hubiera abierto camino para detestar de todo corazón un culto tan abominable.

CA-

CAPITULO VI.

Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á donde los conduxo su fortuna.

Habia en la familia del Sacerdote un mozo, que parecia de mi edad, de quien él hacia particular estimacion. Nunca le dexaba hablar conmigo, y le tenía siempre cerrado con suma vigilancia. Andaba vestido como yo, á diferencia de todos los demás, que iban casi enteramente desnudos. En su bella disposicion habia un cierto no sé qué, que le hacia muy amable: sus ojos vivos y brillantes verdaderamente me encantaban, quando alguna vez se encontraban con los míos. Tenia yo grandísimos deseos de saber quien era, no dudando, que habria sido muy semejante á la mia su desgraciada suerte. Habíanse pasado muchos meses despues de mi habitacion entre los Indios, y aunque desde los principios fui inducido por el Sacerdote á declararme Catecúmeno de su Religion, todavia no me consideraba suficientemente instruido para abrazarla. Quería él que esta ceremonia se celebrase con la mayor solemn-

®

lemnidad, y en aquel día debía yo despojarme de mis vestidos, y parecer en público á la usanza de ellos. Mi pudor, aunque acostumbrado á objetos que continuamente le estaban ofendiendo, no se podia acomodar con aquella vergonzosísima costumbre, y la conciencia sentia mucho mayor dificultad en vencer el horror, que la causaba aquella detestable apostasia. Hacía mi Catequista todo lo posible para animarme á vencer todos estos espantajos (asi los llamaba él) de mi imaginacion y de mi delicadeza, insinuándome con una bestial filosofia, que los hombres debian imitar á los otros animales de la tierra, los quales no tenian otro vestido, que el que los Dioses les habian dado en su primitiva creacion. Y aunque mi estudio no alcanzaba á responder á su argumento, conociendo yo, que tenia mas de sofisticado que de sólido, no me dexé persuadir. Lo que sé es, que si el temperamento de aquel País fuera tan frio como el de la Noruega y Países Septentrionales, en vano se rompería el Sacerdote del Canadá la cabeza, en quererme persuadir que anduviese desnudo. Mientras tanto se iba acercando el fatalísimo día en que yo debía reconocer y adorar los Dioses Canadienses, sintiendo yo dentro de mí mismo una congojosa turbacion, que se aumentaba al paso que se aproximaba aquel funesto día. Una noche, que poseído de una profunda melancolía, me estaba paseando por la plazuela de enfrente de nuestra

cabaña, y en que el Sacerdote habia salido de ella á dar providencia para la gran solemnidad que se estaba disponiendo, oí suspirar y llorar á una persona de un modo tan lastimoso, que moveria á compasion á un peñasco. Apliqué atentamente el oído, por si podia discernir de dónde salian tan dolorosos gemidos, y conocí claramente, que salian de debaxo de un espesomatorral, que estaba á un lado de la plazuela, ó campillo por donde se entraba á nuestra cabaña. Lleno de curiosidad fui al instante hácia aquel sitio, y quando me hallé mas cerca de él, percibí con toda claridad, interrumpidas con las lágrimas, y en lengua Italiana, las siguientes palabras: *¡ Desdichada Matilde, con que tan distante de tu país nativo, y en países bárbaros y desconocidos, has de exponer tus castos y virginales miembros á los impúdicos y brutales ojos de una Nacion punto menos que irracional!* A estas voces se siguió un torrente de lágrimas, y un cierto ruido de manos, el qual me hizo sospechar, que aquella pobre muger se estaba arañando, y ensangrentando de sentimiento. Metíme prontamente en el matorral, y hablándola en el mismo idioma, en que ella se habia quejado: Matilde (la dixé) no eres sola en tu desgracia: aqui tienes compañero: baxo el mismo cielo en que tú naciste, nació yo, y tambien debaxo de otro mismo cielo amenaza á los dos la mayor de todas las desdichas. No bien habia pronunciado estas palabras, quan-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1925 MONTERREY, MEXICO

do conocí, que la tal muger era aquel que yo creía mozuelo, y cuyos ojos me habian hecho tanta impresion: por lo demás no dexaria ella de alegrarse de ser descubierta por una persona, cuya Patria, y semejanza de fortuna no podia menos de serla de mucho consuelo, y de no menor utilidad en la triste constitucion en que se hallaba; pero solamente me respondió estas palabras: desconocido Mancebo, si eres Italiano, exerce una virtud digna de tal nombre: libra á una noble doncella del peligro en que se vé, y sea mi muerte, recibida por tu caritativa mano, la que me escuse la verguenza de descubrir mi sexó á los lascivos ojos de toda una nacion brutal. Mientras le pude esconder, sufrí con paciencia la pérdida de mi libertad; pero me siento morir, quando pienso que me he de dar á conocer por muger á vista de un pueblo numeroso de Idólatras. Comprehendí entonces, que el pudor obraba con mayor fuerza que en mí, en aquella virtuosa doncella, y concibiendo desde aquel punto la inmutable resolucion de librarnos á los dos de la esclavitud en que nos hallábamos, ó perder antes la vida, comencé á confortarla, y á consultar con ella el modo de hacer efectiva mi resolucion. La misma Matilde me sugirió, que solo de noche se podia intentar con bastante seguridad, porque así el Amo como todo el resto de la familia eran de un profundísimo sueño: fuera de eso me informó del quarto ó camarote que ella

ocu-

ocupaba (porque todos estábamos en quartos separados) advirtiéndome la facilidad con que se podia entrar y salir de él, por ser de junco ó mimbres entretegidas las puertas, y las paredes que formaban las divisiones. Al mismo tiempo me insinuó lo conveniente que sería que el día siguiente fuese yo á reconocer y examinar todos los senderos del bosque, á fin de tomar las medidas mas prudentes para efectuar nuestra fuga. Nos separámos despues uno de otro, por no hacernos sospechosos al Canadiense si volvía á casa, y nos encontraba en conversacion. Despues que volvió á ella, yo me fuí á dormir con grandes esperanzas de que nuestro proyecto tendria un éxito feliz, porque no se ofreció ningun inconveniente. Me levanté muy temprano el día siguiente, recorrí el bosque, y en medio de él me hallé con un sendero llano, que conducía derecho al valle, en que caí en manos de los Canadienses, por donde corría aquel caudaloso rio, cuya corriente nos podia llevar á la casa del mercader Español, de que yo con tanta inconsideracion me habia alejado. Encontré la manera de dar aviso de todo á la bella Matilde, y mostrándose muy agradecida á tan importante servicio, esperámos los dos á que viniese la noche. Todos nuestros *contubernales* estaban sumergidos en el mas profundo sueño, quando silenciosamente, y paço entre paço nos salimos de aquella detestable caverna. Nos entrámos en el bosque á merced de una

-L TOMC V.

H

cla-

clara luna, que por nuestra buena suerte nos sirvió para que no torciésemos un punto del camino derecho, y dexando la choza á las espaldas, nos hallamos dentro de poco en el río, cuya corriente fuimos siguiendo hasta salir de los montes. Era camino de muchas horas, y Matilde, poco acostumbrada á viages tan largos, se sintió sumamente fatigada quando llegamos á la llanura. No lo estaba yo poco; pero el miedo de que nos siguiesen y alcanzasen los Indios, me daba fuerzas para marchar mas adelante; y no pudiendo ella seguirme, determiné cargarla sobre mis espaldas, hasta ponerla en parage mas cómodo, y de mayor seguridad. Me acordé entonces de los sucesos del piadoso Eneas, que habia leído en la escuela de Barcelona, y me pareció que lo que yo estaba haciendo era mas heroico, que el hecho tan decantado del hijo de Anquises. Comenzó á despuntar el día, y quando el sol principió á dorar las cimas de los montes, descubrí á lo lejos la casa del mercader Mexicano, que conocia muy bien.

Facil es imaginar el gozo que tendria, quando me ví cerca del término tan deseado. Me volví hácia mi dulce peso, y le dixé: bella Matilde, ya estamos en puerto seguro; no hay que temer que los bárbaros Canadienses nos obliguen á dexar nuestros vestidos, ni mucho menos á abrazar sus diabólicos ritos. ¿Ves allí aquella casa? pues es de un rico mercader Es-

pañol, establecido en México, conocido mio, donde nos recibirán con mil amores, y será tanta su alegría de volver á verme, quanto sería grande su dolor, quando me lloraron perdido. Volvió los ojos Matilde hácia donde yo la señalaba, y toda sobresaltada: ¡ah no! me respondió, no, jóven honradísimo, primero escogería morir á manos de los bárbaros Indios del Canadá, que meterme en una casa, donde nuevamente peligraría mi honor, habiendo sido el teatro donde sufrí los mas infames é ignominiosos combates y atentados contra mi castidad: déxame volver al bosque á ser pasto de las fieras, antes que exponerme otra vez á las iniquas solitudes de un monstruo lleno de lascivia. Pronunció estas palabras de un modo que enteramente me sorprendió. Me alivié de su carga, y viéndola aferrada en su proyecto, determiné no separar mi suerte de la suya, y torciendo hácia la izquierda del camino, volvimos á encontrar el río, á cuyas márgenes nos sentamos para reposar un poco. Estaba ya el sol tan alto, que se hallaba perpendicular á nosotros; y aunque nos veíamos en un sitio, donde los árboles hacian alguna sombra, era esta un defensivo tan corto, que Matilde sentia mucho mas que yo las incomodidades del excesivo calor, y á mí me atormentaba mas que á ella el no hallar modo para defenderla de los abrasados rayos que furiosamente la herian. Procuraba hacerla un poco mas de sombra con mi

persona, y no encontrabamos otro refrigerio, que el de un soplo de ambiente fresco á beneficio de los humedos vapores que se elevaban del rio. Pero detenernos en aquel sitio hasta que el planeta mayor se alejase de nosotros, era muy peligroso; por otra parte la incertidumbre de no saber donde abrigarnos aquella noche, nos solicitaba á proseguir quanto antes nuestro camino.

En virtud de esto, despues de cerca de una hora de reposo, en la qual estuvo mi compañera altamente sumergida en tan profundo silencio, que no me atreví á estorbarla, volvimos á caminar, siguiendo siempre la corriente del rio, con la esperanza de hallar en sus orillas aunque no fuera mas que alguna choza pastoril, donde pasar aquella noche. Pero esto que sería facil en Europa, no era siquiera verosimil en aquella region de la América. Aun no habíamos tomado el mas mínimo alimento, y deseabamos encontrar alguna fruta silvestre, ó algun animal selvático de aquellos con que nos sustentabamos entre los bárbaros; porque no hay cosa mas insufrible que el hambre. Yo estaba tan impaciente, que por poco ito me quejé agriamente de la obstinacion de Matilde en no haber querido proseguir nuestro viage á pesar de todos los peligros á que nos veíamos expuestos. Elevábase hácia nuestra mano derecha un empinado monte, que debia hacernos temer vernos otra vez entre las manos de los Salvages del Canadá, ó servir de pasto á las fieras. Parecía que todas las

las cosas conspiraban en nuestro daño, y condenaban nuestra temeraria resolucion. No obstante Matilde se mostraba superior á todo, y quando por la mañana se habia fatigado tanto, que me fué forzoso cargarla sobre mis espaldas, por la tarde la ví con un aliento, que dexaba muy atrás á mis varoniles esfuerzos. Fuera de esto mostraba una alegría en el semblante, que verdaderamente me admiraba, y un valor, que despreciaba animosamente todos los peligros. Iba ya á ponerse el sol, y era preciso pensar en ponernos á cubierto contra el rocío de la noche, que en aquel clima es tan copioso como nocivo. Fué nuestra fortuna, que á la falda del erguido monte descubrimos una luz, que nos hizo creer que habitaba alguna persona en aquellas cercanias. Y no podíamos temer que fuese alguna cabaña de Bárbaros, acostumbrados á la verdad á tener su habitacion en los montes y en las sierras; lo uno porque aquel sitio estaba muy expuesto á las correrias de los Europeos, y lo otro porque los Indios nunca tenían luz en sus barracas, por el miedo de ser descubiertos, segun lo habíamos observado en el largo tiempo que estuvimos entre ellos.

Enderezámos, pues, nuestros pasos hácia donde nos convidaba la luz, y en breve tiempo nos vimos tan cerca de ella, que pudimos claramente conócer que era una linterna, ó pequeña lámpara, que ardía delante de una devota y sagrada Imágen, esculpida en una piedra.

dra. Quando vimos burlada nuestra esperanza de hallar el deseado refrigerio á la hambre que padecíamos, y el descanso tan necesario á nuestros fatigados miembros, nos mirámos uno á otro sin hablar palabra; pero Matilde sacudió presto de sí aquella especie de estupidez, diciendo: una luz encendida en este sitio, y delante de aquella Santa Imagen, es señal de que no está lejos alguno que la enciende, y sin mas ver tengo por cierto que será por lo menos un bonísimo Christiano. Recorramos atentamente este parage, y Dios nos descubrirá el devoto varon que rinde á la Santa Imágen este culto. Pero ante todas cosas arrodillemonos devotamente ante la misma, é imploremos su proteccion. Asi lo hicimos, mas si la oracion de Matilde no fué la que penetró los cielos, la mia ciertamente no llegó tan allá, porque la consternacion en que me hallaba no permitia que el corazon atendiese á lo que pronunciaba la lengua. Luego que mi heroina cumplió con su devocion, se puso en pie, y volviéndose hácia mi mano izquierda, descubrió á poca distancia en la tierra un boqueron, que servia de ventana, tronera, ó respiradero á una profunda caverna, en cuyo fondo se veía encendido un fuego mas que mediano. Esto me alegró en extremo, y recobrado algun tanto mi espíritu: hé aquí (exclamé) que gracias á la divina Providencia, ya estamos esta noche á cubierto, y en seguro.

CA-

CAPITULO VII.

Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado, y á Matilde. Descripcion de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana.

Oyó estas palabras el que habitaba la caverna, y tomádo en la mano un tizón encendido, como si fuese una vela, se vino á nosotros, diciendo: ¿quiénes son estos huespedes que la providencia ha traído á honrar un sitio tan separado de todo el resto del mundo? Somos, respondió Matilde, dos infelices dichosamente escapados de los bárbaros Canadienses, á quienes sirvió de guía nuestro farol, para turbar vuestra quietud por esta noche. El buen hermitaño, que por su larga y blanquísima barba, por su cuerpo encorbado y sostenido de un báculo, por su voz trémula y baxa mostraba pasar ya de cien años, mirándonos atentamente con sus ojos medio anublados: seáis muy bien venidos, hijos míos, nos dixo con grandísimo cariño, y con no menor urbanidad. Entrad á serviros de mi casa y de mis bienes; reposad en ella que tendreis necesidad, mientras yo voy á disponer la cena, que espero no os desagradará, porque pienso que el hambre y el cansancio os habrán fatigado bien por iguales partes. Asi es,

re-

dra. Quando vimos burlada nuestra esperanza de hallar el deseado refrigerio á la hambre que padecíamos, y el descanso tan necesario á nuestros fatigados miembros, nos mirámos uno á otro sin hablar palabra; pero Matilde sacudió presto de sí aquella especie de estupidez, diciendo: una luz encendida en este sitio, y delante de aquella Santa Imagen, es señal de que no está lejos alguno que la enciende, y sin mas ver tengo por cierto que será por lo menos un bonísimo Christiano. Recorramos atentamente este parage, y Dios nos descubrirá el devoto varon que rinde á la Santa Imágen este culto. Pero ante todas cosas arrodillemonos devotamente ante la misma, é imploremos su proteccion. Asi lo hicimos, mas si la oracion de Matilde no fué la que penetró los cielos, la mia ciertamente no llegó tan allá, porque la consternacion en que me hallaba no permitia que el corazon atendiese á lo que pronunciaba la lengua. Luego que mi heroina cumplió con su devocion, se puso en pie, y volviéndose hácia mi mano izquierda, descubrió á poca distancia en la tierra un boqueron, que servia de ventana, tronera, ó respiradero á una profunda caverna, en cuyo fondo se veía encendido un fuego mas que mediano. Esto me alegró en extremo, y recobrado algun tanto mi espíritu: hé aquí (exclamé) que gracias á la divina Providencia, ya estamos esta noche á cubierto, y en seguro.

CA-

CAPITULO VII.

Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado, y á Matilde. Descripcion de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana.

Oyó estas palabras el que habitaba la caverna, y tomádo en la mano un tizón encendido, como si fuese una vela, se vino á nosotros, diciendo: ¿quiénes son estos huespedes que la providencia ha traído á honrar un sitio tan separado de todo el resto del mundo? Somos, respondió Matilde, dos infelices dichosamente escapados de los bárbaros Canadienses, á quienes sirvió de guía nuestro farol, para turbar vuestra quietud por esta noche. El buen hermitaño, que por su larga y blanquísima barba, por su cuerpo encorbado y sostenido de un báculo, por su voz trémula y baxa mostraba pasar ya de cien años, mirándonos atentamente con sus ojos medio anublados: seáis muy bien venidos, hijos míos, nos dixo con grandísimo cariño, y con no menor urbanidad. Entrad á serviros de mi casa y de mis bienes; reposad en ella que tendreis necesidad, mientras yo voy á disponer la cena, que espero no os desagradará, porque pienso que el hambre y el cansancio os habrán fatigado bien por iguales partes. Asi es,

re-

repliqué yo , alegrándome mas que todo el nombre de cena. Sentámonos inmediatamente en unos bancos rústicamente trabajados , y observámos, que estaba hirviendo una olla arrimada al fuego, en la qual el viejo Anacoreta echó á cocer una gran cantidad de legumbres. Mi apetito , ya demasiado excitado por el hambre, se encendió mucho mas á vista de la tal olla , tanto que pareciéndome demasiado prolijas las disposiciones del hermitaño , estaba rabiando porque llegáse la hora de cenar. Llegó finalmente , y nos sentámos á una mesa cubierta con sus manteles blancos , y aseados , servilletas de la misma calidad , platos de Talavera finos , y cubiertos muy decentes , tanto que me pareció estar en una fonda de Barcelona. Devorámos todas las legumbres; despues de las quales el generoso hermitaño nos sirvió carne salada de Europa , fruta confitada, con otros varios géneros de dulces , que nos parecieron muy exquisitos , y se terminó el banquete con un vasito de vino Español de bonísima calidad , diciéndonos el Anacoreta , que aquello era para corregir las crudezas de la mucha agua que habíamos bebido. Padre , le dixé entonces, yo verdaderamente estoy pasmado de ver las delicadas y exquisitas prevenciones que teneis reservadas en este desierto rincón del nuevo mundo. Hijo , me respondió , quando sepas quien soy , y el modo con que me mantengo aquí , dexarás de admirarte de lo que has visto hasta ahora , y de lo mucho que despues verás. No es tiempo éste de

que

que yo os detenga en inútiles conversaciones, porque ambos teneis mucha necesidad de dormir. Venid conmigo : y tomando una luz , nos fue conduciendo hácia un ángulo de la caverna , y abriendo una portezuela , nos hizo entrar en una estancia adornada de manera , que á la simplicidad y pulidéz de los muebles , añadía mucha gracia el buen gusto de su disposicion. Lo que mas me sorprendió fue ver una muy limpia y decente cama á la moda de España , con tres ó quatro mullidísimos colchones , sábanas mas blancas que la nieve , y una sobrecama de finísimo algodón, pintada á la chinesca , que al verla Matilde ; Padre mio , dixo , no es razon que vos os priveis de vuestra cama para dárnosla á nosotros ; ni lo debemos permitir de modo alguno , porque ha mucho tiempo que estamos acostumbrados á dormir sobre la yerva ; ó quando mas (y eso por gran regalo) sobre las secas hojas de los árboles: y hecha ya nuestra naturaleza á este género de cama , la alteraria mucho el desórden y exceso de dormir en un lecho tan delicado. No (respondió prontamente el buen viejo) este es el quarto destinado para los huéspedes ; el mio es otro , que mañana vereis ; y diciendo esto , nos dexó la luz, cerró la puerta , y se retiró á su habitacion. Luego que nos vimos solos , se volvió á mí Matilde , y me habló de esta manera : Amigo mio , ya sabes que soy muger y doncella : te he dicho que nací noble , y no te he ocultado que estoy resuelta á conservar mi honor aun á costa de mi

TOMO V.

I

vi-

vida. Si eres honrado y discreto, como lo pareces, no abusarás de la ocasion que te ofrece nuestra situacion, para admitir pensamientos que sean contrarios á la distincion con que nací, y al temor de Dios en que me educaron. Vé pues, y acuéstate en la blanda cama que te ofrece la generosidad de tan extraordinario hermitaño, que yo dormiré en una de estas sillas. Me pareció que era obligacion instarla, y aun importunarla á que ella se sirviese del lecho, jurándola, que me portaria con todo aquel decoro, respeto y circunspeccion que se merecia su persona; mas al fin me fue forzoso darla gusto y obedecerla. Dormimos profundamente toda la noche, y no despertamos hasta que el sol estaba ya muy alto en el Oriente. Abrimos las ventanas del quarto, y vimos que caían á un jardinillo, el mas bello y mas bien dispuesto de quantos habíamos visto en toda la América: estaba ya en él nuestro solitario divirtiéndose en coger unas flores, que nada envidiaban á los mas finos y mas fragantes jazmines de España. Luego que él nos vió, nos saludó con indecible urbanidad, y viniendo él mismo á abrir la puerta de nuestra estancia, nos convidó á que entrásemos en el jardín, donde encontramos una copiosa fuente, ó manantial, que á borbotones brotaba de un peñasco, y desprendia de sí una agua fresca y cristalina, con la qual labamos manos y cara. No nos hartábamos de alabar un sitio tan delicioso, que nunca creíamos se pudiese hallar en un parage selvático é inculto, y

era

era el mas contrario al horror que naturalmente infunde la soledad.

Salimos del jardín, y el buen Anacoreta nos conduxo á su quarto, que estaba inmediato al nuestro, pero mas sencillamente, aunque con no menor aseo alhajado que el primero. Una pobre camita, una banquetá, dos sillas, una mesita ordinaria, y algunos libros cerrados en dos ó tres alacenas, que se dexaban ver por las zelosías que los resguardaban, eran todo el ajuar de aquella estrecha celdilla. Enfrente de la portezuela por donde entramos, se descubria otra que nos introdujo en un oratorio adornado con grandísima decencia. Arrodillámonos á rezar nuestras acostumbradas oraciones de la mañana, y entendimos era el mismo en que el hermitaño se retiraba á cumplir con sus devociones quatro veces al dia. Salimos de aquel piadoso lugar, y restituyéndonos á la caverna, subimos al boqueron por donde se baxaba á ella. Ya habeis visto, hijos míos (nos dixo el hermitaño) que lo mejor de mi habitacion está escondido á los pasajeros que transitáren por aquí, y estoy bien seguro, que ninguno creará al ver esta horrorosa entrada, que pudiese conducir á una habitacion igualmente cómoda, que apacible y deliciosa. Desfiéndela por el Septentrion aquel empinado monte, y un precipicio que cae á un lago de mas que mediana amplitud, que se dilata entre el Poniente y Mediodia, impide que ninguno pueda acercarse á ella por aquella parte. Cómo, ó de qué mane-

12

ra

68 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ra tuvé la fortuna de encontrar este sitio , y por qué motivo le escogí para mi perpetua habitacion , mientras Dios fuere servido de conservarme la vida, lo sabreis , hijos míos , si me hiciéreis el favor de sentaros aqui conmigo , y tuviéreis paciencia para oír los extraordinarios sucesos que me han pasado. Deseosos mas que nunca de saber la historia de aquel hombre , que nos parecia muy particular , nos sentamos en unas piedras que estaban á la boca de la gruta , como si la naturaleza aposta las hubiese puesto allí para este efecto ; y el Anacoreta , despues de habernos suplicado , que le oyésemos con silencio , comenzó á hablar asi.

Yo soy Gil Blas de Santillana. Al oír este nombre , no me pude contener sin cortarle la relacion , y decirle con grandísima algazára : ¿ luego usted , Señor Hermitaño , es aquel famoso Gil Blas de Santillana , cuya historia anda en las manos de todos , no digo ya en España , sino en toda Europa , traducida en las principales lenguas de ella , y cuya letura ha sido toda mi diversion en la prolija navegacion de Cádiz á Veracruz ? ¡ O varon incomparable ! ¿ Y será posible que yo mismo me he de certificar ahora , de que fueron verdaderos , reales y efectivos tantos y tan estraños sucesos , como usted refiere de sí , los quales tuve la temeridad , como tantísimos otros , de tenerlos por graciosas invenciones de una imaginacion viva é ingeniosa ? ¿ Y seré yo tan afortunado , que logre saber de pe á pa , y por la



UNIV

JUANIL

NOMADE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



El Anacoreta del Canadá cuenta al soldado, y á Nabil de su retiro, y se le dio á conocer Gil Blas de Santillana.

la misma boca de Vmd. todo lo que le sucedió despues de su matrimonio con la hermana del Hidalgo de Juntella, y despues del nacimiento de aquellos dos hijos, que eran toda la diversion y todo el consuelo de su dichosa vejez? Sí, respondió el hermitaño, ese mismo soy yo; y quién sabe, si Dios, que se ha dignado concederme una vida mas larga que la comun de los hombres, ha dispuesto traerlos aquí para que seais testigos de mi cercana muerte, y podáis publicar qual fue el fin de un hombre de quien se habló tanto en el mundo.

Quería el Soldado que el Anacoreta del Canadá fuese adelante con su historia; pero quando yo oí nombrar una persona, que reconocía por mi abuelo paterno, de quien tantas veces había oído hablar á mi padre y á mi tio, no obstante lo mucho que me estimulaba la curiosidad de saber quanto antes una aventura tan rara, corté el hilo de la relacion, para que entendiesen todos lo mucho que me había sorprendido el gusto de haber llegado á conocer por un medio tan irregular á un ascendiente mio, cuya fortuna no habían logrado mi tio, ni mi padre, los quales ni siquiera habían tenido la menor noticia de él desde que había partido de Liria. Buscáronle, dixen, vanamente los dos hermanos luego que fueron capaces de razon por toda España, y por toda la Francia, giraron la Alemania y la Italia, y al fin no menos cansados, que desesperanzados de encontrarle, no teniendo valor

lor para volverse á su Castillo de Liria, se establecieron honradamente en Sicilia, y emplearon aquel dinero, que les habia quedado de las grandes riquezas de su padre Gil Blas. Mostráronse muy contentos, así el Soldado, como mi bella Irene, quando supieron que yo era nieto de un hombre tan extraordinario, y esta última apuró mucho mas á Isidoro, para que fuese adelante con su curiosa relacion.

CAPITULO VIII.

Prosigue el Soldado la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotéa. Muerte de esta su segunda muger, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad.

Quando tu abuelo (continuó) me oyó dar razon tan puntual de su matrimonio con Dorotéa, y de los dos hijos que habia tenido en ella, prosiguió su relacion, diciendo así. No es menester que yo os cuente todos los pasos antecedentes de mi vida, supuesto que ya la habreis leído, ó á lo menos tenido noticia de ellos, y así bastará que prosiga desde esta época, la qual sin du-
da

da fue la mas memorable para mí. Tenia gran confianza en mi cuñado Don Juan, y Scipion, aquel famoso, querido y fidelísimo criado mio, con su amorosa asistencia me aliviaba mucho el peso de aquellos graves cuidados, que rara vez dexan de oprimir á quien se halla constituido cabeza de una familia. Mi muy amada esposa me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu, que sumamente me consolaba. Teniame por un hombre feliz, y haciendo reflexion á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecia mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi Castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de Don César, en mi jardin, en la caza, ó en la pesca. ¡O qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! ¡Mas ó, y qué inconstante es la felicidad humana! Apenas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, quando comenzaron á llover sobre mí las mas terribles desgracias. Mi muger, la gentil, la discreta Dorotéa murió en muy pocos dias de una maligna calentura, de que no la supieron curar, ni el disparatado método del Doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué éste un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mugeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos ama-
bi-

lor para volverse á su Castillo de Liria, se establecieron honradamente en Sicilia, y emplearon aquel dinero, que les habia quedado de las grandes riquezas de su padre Gil Blas. Mostráronse muy contentos, así el Soldado, como mi bella Irene, quando supieron que yo era nieto de un hombre tan extraordinario, y esta última apuró mucho mas á Isidoro, para que fuese adelante con su curiosa relacion.

CAPITULO VIII.

Prosigue el Soldado la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotéa. Muerte de esta su segunda muger, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad.

Quando tu abuelo (continuó) me oyó dar razon tan puntual de su matrimonio con Dorotéa, y de los dos hijos que habia tenido en ella, prosiguió su relacion, diciendo así. No es menester que yo os cuente todos los pasos antecedentes de mi vida, supuesto que ya la habreis leído, ó á lo menos tenido noticia de ellos, y así bastará que prosiga desde esta época, la qual sin du-
da

da fue la mas memorable para mí. Tenia gran confianza en mi cuñado Don Juan, y Scipion, aquel famoso, querido y fidelísimo criado mio, con su amorosa asistencia me aliviaba mucho el peso de aquellos graves cuidados, que rara vez dexan de oprimir á quien se halla constituido cabeza de una familia. Mi muy amada esposa me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu, que sumamente me consolaba. Teniame por un hombre feliz, y haciendo reflexion á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecia mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi Castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de Don César, en mi jardin, en la caza, ó en la pesca. ¡O qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! ¡Mas ó, y qué inconstante es la felicidad humana! Apenas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, quando comenzaron á llover sobre mí las mas terribles desgracias. Mi muger, la gentil, la discreta Dorotéa murió en muy pocos dias de una maligna calentura, de que no la supieron curar, ni el disparatado método del Doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué éste un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mugeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos ama-
bi-

bilísimos hijos, me fue mucho mas sensible que la de la primera, tanto, que ni todo el buen humor de mi Secretario, ni todos los esfuerzos de su amor y de su lealtad, fueron bastantes para consolarme, ni aun para suspender por algun tiempo el desesperado dolor que dia y noche me atormentaba. El sitio de Liria, que hasta entonces era para mí el mas delicioso, se me hizo mucho mas odioso que la prision de Segovia, y todo lo que antes me divertia, ahora me enfadaba, causándome un tédio y un horror, que no me era posible tolerar. Si Scipion y mi cuñado pretendian confortarme, no solo perdian el tiempo y las palabras, sino que ellos mismos quedaban mas condolidos y desconsolados, conociendo que todas sus caritativas y amorosas atenciones no producian otro efecto, que aumentar mas mi melancolía. Manteníanse todavia en Zaragoza mis grandes y amados protectores Don César, y Don Alonso de Leyva, los que luego que llegó á su noticia el funesto accidente que me habia sucedido, me hicieron mil instancias, para que me transfiriese á su corte. En medio del horror que habia cobrado al gran mundo, por esta vez no me pude negar á complacerlos, y mas con la esperanza de que alexándome de un lugar, donde todo quanto se me presentaba á la vista era nuevo incentivo á mi dolor, podia la distancia hacerme olvidar poco á poco, y facilitar el modo de recibir algun consuelo. Entregué mis tier-

-10

nos

nos hijos á la custodia de Scipion, y recomendándolos á mi cuñado, me partí con un solo criado á la Capital del Reyno de Aragon. Luego que llegué á sus confines, oí decir, que pocos dias antes habia muerto Don César: noticia que exáltó mucho mi tristeza. Segun eso, me decia á mí mismo, yo voy á consolar, y no á ser consolado; y efectivamente encontré afligidísimo á Don Alfonso, luego que le ví.

Ni él ni yo pudimos contener las lágrimas. Tú (me dixo), amigo amado, has venido á confundir tu dolor con el mio. El Cielo me ha dexado á mí sin el mejor padre, y ha querido que tú perudieses la mejor de las mugeres. Si el ser compañeros en la afliccion no sirve de consuelo á dos amigos, viendo estoy, que nosotros dos seremos dos afligidos inconsolables. ¡Mas ay! que otra gran desgracia sucedió inmediatamente á la primera. Acometió á Serafina una calentura con todos los síntomas de la que habia llevado á la sepultura á Dorotéa, y de ella murió al dia noveno, sin que los mas acreditados Médicos del Reyno de Aragon, que fueron llamados para socorrerla, la pudiesen librar de la guadaña inexorable. ¡Qué tormento para Don Alfonso! ¡Qué pena para mí! Aquel no pudo resistir á tanta desventura, porque el excesivo amor á su adorada esposa, le sugeria continuamente nuevos motivos de grandísimo dolor, y se apoderó enteramente de su corazon una cruel melancolía, que absolutamente le oprimió todo

TOMO V.

K

511

su espíritu. Cada día le veía mas afligido, y mas atormentado: ni mis palabras, ni todos quanto arbitrios discurria para divertirle, fueron bastantes para disminuir un punto su desconsuelo y su dolor. Finalmente, no pudiendo resistir á tan repetidas desgracias, se rindió enfermo en la cama, y pasó á hacer compañía al otro mundo á aquella su amada mitad, sin la qual ya no podia vivir en este. Hasta que dió el último suspiro le asistí con una atención y con un amor digno de mi reconocimiento; y él observando bien aun en aquella hora la fidelidad de mi servicio, me dexó un legado de seis mil doblones. ¿Quién lo creerá? Algun otro quizá facilmente se hubiera consolado en una muerte, que le hacía dueño de tan quantioso legado; pero yo, acostumbrado ya á mirar con desprecio las riquezas, no supe moderar el entusiasmo de mi dolor, ni aun á vista del oro que me presentaron luego sus herederos. En el breve espacio de solos dos meses habia perdido todo quanto mas amaba en este mundo. La memoria de mi Dorotéa me hacía mirar como funesto y fatal para mí el sitio de Liria; la de los tres funerales de mis mayores bienhechores me habia hecho cobrar, no ya tedio, sino grande horror á la Metrópoli de Aragon. Solo me podia consolar la compañía de mis pequeñitos hijos, pero este consuelo se convertiría en mayor tormento, haciéndome acordar siempre que los viese, de que ya no vivia su madre.

Ha-

Hallándome en tan deplorable estado, tomé un partido, que á muchos les pareció cobarde efecto de la desesperacion, antes que valeroso hijo de un racional y justo desengaño. Resolví, pues, abandonar todo lo que mas estimaba en esta vida, y esconderme en un sitio, donde jamás pudiese llegar á mis oídos noticia alguna de mi familia, ni de algun otro conocido mio. A tan extravagante resolucion me movió el conocimiento práctico, adquirido con mi propia experiencia, de la inconstancia y ninguna seguridad que hay en las felicidades de esta vida. Quando la fortuna comienza á divertirse, y á jugar con los mortales, se atropellan unas á otras las desgracias, y habiendo aquella comenzado á mirarme á mí con ojos tan malignos, temí con razon, que las mias ya no tendrían fin, sino con el de mi vida. Preocupada mi imaginacion con estas ideas de un ingenioso terror, ya me parecia estar viendo la muerte de Scipion, la de mi cuñado y de mis hijos, con la pérdida de todos mis bienes. Ea pues, me decia yo á mí mismo, prevengamos animosamente todos estos golpes con un valor digno del espíritu de Santillana: abandónese el mundo, antes que el mundo me abandone á mí: dexese la España para siempre, y huyan mis ojos de ver aquellas cosas, que están sujetas á que la violencia me las quite de la vista. Sea mi sepultura en vida un retiro extravagante: sea un asilo, que me defienda, y una tumba que á to-

K 2

dos

dos me esconda estando vivo. Dicho esto, sin atender ya á otra cosa, me dispuse para mi partida, que puse en execucion no mas tarde que el dia siguiente. Dexé escrita una carta para Scipion y para mi cuñado, recomendándoles mucho el cuidado de mis tiernos hijos, y diciéndoles que quizá ya no me verian mas.

Partí pues de Zaragoza, llevando conmigo los seis mil doblones del legado en otras tantas letras de cambio para varios mercaderes de Cadiz. Llegué á este puerto á tiempo que estaba para hacerse á la vela la flota de México. Me embarqué con todo mi tesoro, y habiendo fletado para mí un camarote en el navio del Vice-Almirante, comencé á divertirme á solas con la lectura de varios libros morales, de que habia hecho provision antes de meterme en el mar. Consumieronse algunos meses en el viage, y finalmente toda la flota dió fondo en Vera-Cruz con la mayor felicidad. Ninguno de los que habian venido en mi navio sabia quién era yo; y mi vida retirada y melancólica habia excitado la curiosidad del Vice-Almirante, deseosísimo de averiguar qué personage era. Luego que saltamos en tierra, me hizo llamar, y con grande arte procuró exâminar mi condicion, y el motivo de mi viage: á lo que respondí, que era Castellano, y que solo el deseo de ver mundo, y particularmente las Indias Occidentales, me habia hecho emprender aquella navegacion. Quedó poco satisfecho de mis respuestas,

tas, y así me replicó: en vano disimula usted los verdaderos motivos de su salida de España, pues leyendo estoy en su semblante causas mucho mas graves de semejante resolucion, que las que Vmd. me quiere dar á entender. Su profunda melancolía me hace creer, que no fue mera curiosidad la que le indujo á arrojarse á todas las incomodidades y peligros del mar, y el espíritu de soledad, que constantemente ha manifestado Vmd. en toda la navegacion, casi me persuade, á que algun trabajo, ó (lo que sería mucho peor) algun enorme delito, que Vmd. ha cometido, le ha puesto en precision de abandonar para siempre la amada Patria. Soy Caballero, y solo pretendo que Vmd. se desahogue conmigo, para servirle y ayudarle hasta donde llegaren mis fuerzas, y así descúbrame su corazon con entera libertad. Señor, le respondí, estoy muy pronto á complacer á Vmd. solo con que me dé palabra de Caballero de no descubrirme jamás á ninguno. Me la dió prontamente, y á su palabra de honor añadió el sagrado vínculo del juramento. Entonces le manifesté claramente quién era yo, informandole de los motivos que tenia para dedicarme á una vida absolutamente muerta á todo comercio del mundo. Es cierto que le pareció muy estraña mi resolucion, mas no por eso dexó de admirar la firmeza y el teson con que me mantuve en la misma, á pesar de las muchas y fortísimas razones, que me expuso para reducirme á mu-

mudar de parecer. Usted, me dixo, verdaderamente es un hombre extraordinario, pues ninguna fuerza le hace el amor de padre. El bello mundo, y el trato con los hombres, tan dulce para todos, pero mas particularmente para aquellos que tienen algunos bienes de fortuna, tampoco le mueve nada. La patria ha llegado para Vmd. á ser una cosa muy indiferente: solo se complace en la contemplacion, y en un perpetuo silencio, pues piensa retirarse á un parage, donde no tenga otra compañía que la de los brutos y las fieras. Señor Santillana, ya me parece estar viendo en usted un perfecto Anacoreta; y sin duda se hará mas glorioso por los últimos años de una vida terminada de un modo tan raro y tan admirable, que por aquellos, que empleó en el servicio de dos primeros Ministros. Solo deseo deber á Vmd. el favor de que me confie el sitio donde piensa sepultarse antes de morir, para lograr el consuelo de poder verle alguna vez, con motivo de mis frecuentes viages á la América. Respondióle á esto, que pensaba pasar á México, con el fin de visitar algunos desiertos, de cuya situacion tenia alguna noticia por los mapas, para escoger el lugar que me pareciese mas á propósito para mis intentos. Ciertamente que en la eleccion de este sitio anduvo conmigo la divina providencia, pues fue tan afortunado para mí, como lo oiréis en adelante.

No me fue posible disuadir al Vice-Almirante,

te, que me acompañase en este viage, teniendo la comodidad de hacerlo durante el largo tiempo que se habia de pasar, antes que llegase el acostumbrado para el regreso de la flota á España. Partimos pues á México, y desde allí nos venimos á girar por las incultas y vastas llanuras que se descubren desde aquí. Trajimos con nosotros bastantes provisiones, y quatro criados del Vice-Almirante, armados todos con sus fusiles, nos servian de escolta, y despues de haber visitado inutilmente los mas retirados escondrijos que rodean estos llanos, sin haber encontrado sitio alguno que me contentase, llegamos impensadamente á esta dichosa caberna, guiados de aquella misma luz que á vosotros os conduxo á ella. Ardía tambien entonces toda la noche, y la descubrimos desde las márgenes del rio, cuya corriente veniamos siguiendo. Desde luego hicimos juicio, que sería habitacion de algun Hermitaño, y no nos engañamos. Vimos en la entrada de ella un venerable anciano, que nos recibió lleno de pasmo, pues segun nos dixo, habia veinte años que no habia visto persona de nuestro traje y de nuestro porte. Nos saludó con grande afabilidad y cortesía, y por entre las arrugas de la cara y lo espeso de las barbas, se dexaban ver ciertas facciones delicadas, y al mismo tiempo magestuosas, que daban un ayre noble al semblante. Quedóse muy admirado el Vice-Almirante de tan singular aventura, y despues que

nues-

nuestros criados nos dispusieron la cena, á la qual convidamos al Hermitaño, nos sentamos á aquella misma mesilla que visteis ayer, y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos conduxo al quarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran entonces un poco mas rústicos, que los que ahora estais viendo. Dormimos en dicho quarto, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la cábena. La mañana siguiente, picándonos la curiosidad de saber quien era aquel venerable anciano, que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo ó de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario, y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano, y habiendo encontrado al buen viejo, que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable Anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

CAPITULO IX.

Historia del Nieto de Motezuma, último Emperador de México.

Yo soy nieto del famoso Motezuma, último Em-

Emperador de México, y ahora es la primera vez, que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion, que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y mas quando mi edad, mi estado presente, y y el género de vida que he abrazado, pueden ser el mas seguro fiador contra los políticos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer Monarca de estos países. Quando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la Corona, quitándose la de las sienas á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mugeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mí la mia. Buscaban con las mas vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los mas densos y mas solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hizonos prisioneros un Capitan en los confines del Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos conduxo á México. Quiso mi buena fortuna, que en la esclavitud no me separaron de mi padre, y que el Amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con el mismo atendió á que se me diese la mejor educacion, instruyéndome en los dogmas de nuestra Santa Religion. Murrió mi padre entre mis brazos, quando yo tenia ya

nuestros criados nos dispusieron la cena, á la qual convidamos al Hermitaño, nos sentamos á aquella misma mesilla que visteis ayer, y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos conduxo al quarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran entonces un poco mas rústicos, que los que ahora estais viendo. Dormimos en dicho quarto, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la cábena. La mañana siguiente, picándonos la curiosidad de saber quien era aquel venerable anciano, que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo ó de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario, y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano, y habiendo encontrado al buen viejo, que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable Anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

CAPITULO IX.

Historia del Nieto de Motezuma, último Emperador de México.

Yo soy nieto del famoso Motezuma, último Em-

Emperador de México, y ahora es la primera vez, que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion, que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y mas quando mi edad, mi estado presente, y y el género de vida que he abrazado, pueden ser el mas seguro fiador contra los políticos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer Monarca de estos países. Quando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la Corona, quitándose la de las sienas á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mugeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mí la mia. Buscaban con las mas vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los mas densos y mas solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hizonos prisioneros un Capitan en los confines del Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos conduxo á México. Quiso mi buena fortuna, que en la esclavitud no me separaron de mi padre, y que el Amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con el mismo atendió á que se me diese la mejor educacion, instruyéndome en los dogmas de nuestra Santa Religion. Murrió mi padre entre mis brazos, quando yo tenia ya

quince años, y antes de espirar me declaró qual era nuestra familia; pero al mismo tiempo exorándome, y aun conjurándome con todas las veras de su paternal corazón, sobre que jamás, ni de ninguna manera me diese por entendido, antes bien disimulase, y me conformase con mi destino, acomodándome en todo á él, lo que he observado así religiosamente todo el tiempo de mi vida. Nunca di lugar en mi pecho á la ambicion, á lo que cooperó no poco la buena doctrina que mi Amo me enseñó, acompañada en todo con su exemplo: gracias á Dios, y á Hernan Cortés, que me destinó al servicio de tan christiano y tan timorato patron. Este buen hombre habia adquirido grandísimas riquezas; pero temiendo quizá, que los medios no hubiesen sido los mas legitimos, segun el moral que se usaba en aquellos peligrosos tiempos, tomó la heroyca resolucion de abandonarlas todas, y retirarse del mundo; escogió este sitio para su retiro, y fabricó los quartos ó camarotes que hay en él, adornándolos con mucha sencillez, pero al mismo tiempo con igual decencia y aseó. Trajo consigo varios libros ascéticos, ó espirituales, dexando orden en México á un buen Clérigo, su amigo y corresponsal, que repartiese entre los pobres, particularmente entre los Indios esclavos, todas las rentas anuales que le producian sus grandes haciendas y posesiones, reservando solamente lo preciso para comprar las legumbres, carnes saladas, y otras provisio-

LIBRO I. Y COMONES

nes semejantes, que cada año le habia de enviar para su propia subsistencia. Preguntó á todos sus criados, si entre ellos habia alguno, á quien le diese ánimo de acompañarle, y solamente encontró este valor en el nieto de Motezuma. Víneme pues con él á esta soledad, y viví en su compañía por espacio de veinte años, y el buen Clérigo de México era puntualísimo en enviarnos cada año todo lo que habiamos menester. La vida frugal que haciamos, el benigno clima de este cielo, y la distancia de todos aquellos objetos, que suelen inquietar á los hombres, parece que habian remozado á mi santo Amo. En medio de esto lá lima sorda de la muerte llegó en fin á sacarle de este mundo, quedando yo único poseedor y dueño de la gruta. Dí sepultura á su cuerpo á los pies de aquella santa Imagen, ante la qual ardía aquella lamparilla, cuya luz os conduxo á este parage; y hecho esto, resolví no salir de esta soledad hasta que el Señor me retirase de entre los vivos.

Mientras tanto la pia y generosa resolucion de Don Fernando (este era el nombre del illustre Anacoreta) se habia esparcido por todo el Imperio Mexicano, y concurrían muchas personas á visitarle, ya fuesen movidas de cierta piadosa devocion, ó ya de un espíritu de vaná curiosidad, de modo que en aquel tiempo era muy frequentada esta gruta de los peregrinos, que venian á ella como pudieran ir á un milagroso Santuario. Aun no se habia extendido la noticia de

L 2

SU

su muerte, quando una mañana se dexaron ver en ella dos personas de diferente sexô, ambas muy jóvenes, las quales preguntaron por el hermano Fernando. El hermano Fernando (les respondi) ha ya algunos dias que entregó el alma á su Criador, y espero estará gozando en el cielo el fruto de sus santas obras. No bien oyeron esto los dos jóvenes, quando penetrados de un vivísimo dolor, prorumpieron en un amargo y deshecho llanto, de manera que las lágrimas y los suspiros ahogaban en la boca las palabras. ¿Qué parte teneis vosotros (les pregunté) en la muerte del hermano Fernando, para honrar su memoria con tan extraño dolor? Muchísima, me respondió el que parecia de menor edad, porque éramos sus nietos, como hijos de una hija única suya que vino á México con el deseo de volverle á ver, y hallando que ya no estaba en aquella ciudad, y que no se sabia donde habia ido á parar, murió en ella de puro dolor. Quedamos huérfanos los dos, y noticiosos al cabo de que se habia retirado á este sitio, inmediatamente nos pusimos en camino, con el fin de participarle la pérdida de nuestra madre, y de consolarlos con el hallazgo de nuestro abuelo, esperando que éste nos enderezaria por el camino derecho de la virtud. Y ahora vemos desvanecidas nuestras esperanzas, frustrados nuestros deseos, y malogrados nuestros trabajos, pues ya no le hallamos vivo.

Conmoviéronme mucho unas palabras tan do-

lorosas, acompañadas de tan tiernas demostraciones; y reconociendo que la flaqueza y el cansancio tenían igualmente rendidos á los dos pobres peregrinos, los exorté á que se retirasen á descansar, tomando primero algun alimento para reparar las fuerzas, y recobrar los espíritus. Entráronse en la gruta, y yo los introduxe en la misma estancia donde ustedes han descansado. Admiráronse mucho, quando se vieron en un quarto pobre, pero decentemente acomodado, donde se habían imaginado no encontrar otra cosa, que muebles de penitencia y de horror. Estuvieron conmigo muchos dias, sin que en todos ellos se disminuyese un punto su tristeza. Observaba yo, que de quando en quando prorumpian en un deshecho y amarguísimo llanto, y no me acordaba de haber visto jamás en una edad tan verde y tan voluble, un dolor tan maduro y tan constante. Me esforzaba á confortarlos, pero todo era tiempo perdido. El hermano, que segun él me dixo, tenía el mismo nombre que su abuelo, era el que se mostraba mas afligido que la hermana, y tanto, que creciendo cada dia mas y mas su melancolia, se convirtió en una enfermedad irremediable, que le reduxo á los extremos; y conociendo él mismo, que se acercaba su muerte, poco antes de espirar me habló en esta substancia: Padre mio, porque así os debo llamar, puesto que os considero como el hijo predilecto de mi querido abuelo; Padre mio, yo estoy ya para exá-

lar

lar el último aliento, os recomiendo la única persona que amo en este mundo; os suplico, que esa hermanita mía, esa pobrecita huérfana, destituida de toda humana protección, sea el objeto de vuestra caridad, el empleo de vuestro cuidado, y viva siempre á vista de vuestro exemplo, y al abrigo de vuestra virtud. Vuelto despues á la hermana, y tú, hermanita mía, (la dixo) obedece con todo rendimiento á este santo hombre, siendo su exemplo y sus consejos la segura guía que te conducirá al término de la vida, sin que ninguna culpa grave haya manchado el candor de tu inocente alma. No pudo proseguir mas adelante: comenzóse á turbar la luz de sus ojos, apretóme la mano, hizo lo mismo con la de su inconsolable hermanita, y espiró plácidamente.

Ya ustedes se figurarán quales serian los dolores extremos de la traspasada doncellita sumergida enteramente en un interminable llanto, y combatida al mismo tiempo de los diversos funestísimos afectos de su presente constitucion. Hice quanto pude de mi parte para consolarla; pero considerando, que solo el tiempo era capaz de curar aquella profunda llaga, procuré dar sepultura al joven Fernando para retirar de sus ojos el objeto que le traspasaba el corazón. Le enterré pues junto al sitio donde estaba sepultado su abuelo, y desde entonces comencé á encender todas las noches aquella luz que vieron ustedes. La muchachuela, que á la sazón

po-

podria tener trece años, cuidaba todos los dias de adornar con flores de mi huertecillo la sagrada Imagen; ante la qual ardia aquella pequeña lámpara; y diriamente empleaba algunas horas en hacer oracion sobre la sepultura de su hermanito. Lo restante del dia se ocupaba en la lectura de libros espirituales, en algunas labores mugeriles, en regar y cultivar las flores de nuestro jardinito, de modo que viviamos los dos con una paz envidiable, y por muchos meses miraba yo á la niña con la mayor indiferencia. Pero qué peligrosa es la ocasion! Yo contaba solos treinta años, edad demasiadamente sujeta á los estímulos de la carne, y á las flaquezas de la humanidad; Dionisia (que así se llamaba la doncellita) era de bellissimo parecer, sin que disminuyese su hermosura la negligencia en el vestirse, ni el ningun cuidado que ponía en ayudarla; antes bien la modestia, inseparable compañera de todas sus acciones, añadía muchos grados á su mérito, y su dulce y delicadísima voz daba extraordinaria gracia á sus discursos. Tenía yo continuamente á la vista todos estos atractivos, y comenzaba ya á mirarla con cierta inclinacion muy diferente de la que produce una inocente y aun virtuosa complacencia. No me contentaba con que me mostrase en todo una condescendencia de hija; deseaba que ésta se convirtiese en las ternuras de esposa. ¿Qué mal hay (me decia yo á mí mismo) en que un hermitaño sea tambien marido? Yo no he li-

ga-

gado mi libertad con ningun género de voto: tan libre estoy, y tan dueño soy de mí mismo en esta soledad, como lo era en México; Dionisia es la legítima heredera de todo quanto tenia su abuelo Don Fernando, yo no puedo con buena conciencia pretender sustituirla, si los derechos de un matrimonio no me hacen legítima la posesion: el corresponsal del buen viejo ya difunto, quizá se negará á enviarme las acostumbradas anuales provisiones, quando tenga noticia de su muerte, si no sabe que está conmigo la única y legítima heredera que le representa. Por otra parte, mantener un hermitaño en su compañía y en esta soledad una doncella de estas circunstancias, escandalizará al mundo, quando se sepa, y cada uno dirá lo que se le antojáre, aunque nunca sea verdad; pero si al mismo tiempo se sabe, que es mi legítima muger, cesarán todas las murmuraciones, y ninguno tendrá que decir, si no que sean los ociosos y los bufones de profesion.

Estas reflexiones, tales quales ellas fuesen, me convencieron de manera, que ya me parecia no solo cosa honesta, sino absolutamente necesaria para mí, el abrazar el estado del matrimonio; y desde aquel punto solo esperé á una buena coyuntura, para hacer la proposición á Dionisia. La única dificultad que se me ofrecia para inducirla á que consintiese en mi pensamiento, era el haber conocido que mostraba en todo una sencillez y un candor superior

á quanto se puede imaginar, tanto que Dionisia aun mas que la paloma podia ser el símbolo de la inocencia. No obstante este tropiezo, que me ponía delante mi consideracion, se me vino á la mano la oportunidad una mañana, que hallándose ella conmigo en este mismo sitio en que estamos, me hizo el siguiente discurso: Padre mio, ya sabe Vmd. que frecüentemente inquietan mi sueño ciertas imágenes, que me llenan de horror, y me perturban mucho. Se me representan en la medio despierta y medio dormida fantasía obgetos espantosos, sombras y fantasmas, que me hacen temblar de miedo. Veo en sueños la figura de mi hermano, y quando despierto, toda me estremezco. La noche pasada me pareció que le estaba viendo con un vestido mas blanco que los jazmines, y aun la misma nieve: tenia en la mano una hacha encendida, la que me aplicó al lado izquierdo, y sentí como que se me abrasaba el corazon: desperté toda sobresaltada, y considerando la extravagancia del sueño, no me fue posible volverme á dormir. ¡Ah, Señor! si su ciencia, si lo mucho que usted ha estudiado, si la gran contemplacion á que se ha dedicado en este retiro, le han sugerido alguna luz para interpretar una vision tan extraordinaria, hágalo por caridad, y libreme de una inquietud, que verdaderamente tiene agitado mi corazon. Este discurso de Dionisia no podia serme mas grato, ni venir mas á propósito para

mi intento. Hija (la respondí, revistiendome de una cierta gravedad) pensaré maduramente las circunstancias de tu sueño, y esta noche espero consolarte con mi respuesta. Facilmente creerán ustedes, que no fui á consultar libro alguno para explicar el sueño á la inocente nieta de mi amo, y que nada me costó el interpretarlo á favor de lo que yo deseaba. Dionisia, la dixé, espero dexarte consolada: los espectros, sombras y fantasmas, que has visto entre sueños en las noches antecedentes, te dan evidentemente á entender, que no te conviene mantenerte sola en el estado en que te hallas; porque si consideramos estos fenómenos, segun el orden de la naturaleza, se comprende, que el hervor orgulloso de la sangre no es compatible con el estado de la virginidad; y si les queremos dar un sentido figurado y misterioso, los debemos mirar como avisos que te dan, de que admitas en tu lecho una legítima compañía, la qual te asegure contra los espantos de las visiones nocturnas. Es grande confirmacion de todo lo que te digo, el haber visto á tu hermano con un vestido tan blanco, y una antorcha encendida en la mano, aplicándotela al lado izquierdo, abriendo y abrasando tu corazón; porque el vestido blanco es símbolo muy propio del puro y legítimo matrimonio; la llama, que te abrasaba el corazón, lo es muy claro del casto y conyugal amor á un esposo, que debes conservar encendido mientras te du-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 M 2 10

rare la vida. Un hermano tuyo es el que te anuncia este destino. Pues ¿qué mayor fortuna puedes esperar, que la que te intima una persona que tanto te ama, y que siendo, como piadosamente debemos creer, del número de los predestinados, no te puede engañar? Pronuncié estas últimas palabras en tono de oráculo, y como de un hombre inspirado: tanto como esto me habian trastornado mis pasiones la verdadera idea de la sólida virtud, aplicándome mientras tanto á observar todos los movimientos de la inocente doncellita. Víla como enteramente sobrecogida de un extraordinario asombro, ya ponerse pálida, ya cubrirse de un encendido rubor su amabilísimo semblante: dudé por algun tiempo, si aquellas eran señales poco favorables á lo que yo deseaba, pero presto me desengañé, conociendo que eran efectos del sobresalto y la perturbacion, ocasionados de su imponderable sencillez y simplicidad. Los términos de *Amor*, *Esposo* y *Matrimonio*, eran para aquella bendita criatura un language del todo desconocido; porque ignoraba qué significaban aquellas palabras, ni cómo se habia de poner en execucion el consejo que su hermano la habia dado, segun mi exposicion. Pero al mismo tiempo el gran concepto que habia hecho de mi persona, la hacía creer que yo no era capaz de engañarla, y en virtud de esto luego que volvió un poco sobre sí, me preguntó, cómo ó de qué manera habia de executar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 M 2 10

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1925 MONTERREY, MEXICO

92 *Las Aventuras de Gil Blas.*

lo que su hermano la habia aconsejado , en qué consistia el matrimonio , qué cosa era amor , y quién habia de ser su esposo? Me fue preciso responder á todas estas preguntas , y la expliqué lo que era el matrimonio , tanto en la forma , como en la materia ; describíla el amor como una pasión dulcísima y tiernísima , cuya madre es la misma naturaleza , y que entonces se perfecciona , quando es acompañado de una legítima correspondencia ; pero quando llegué á la última pregunta , me hallé un poco embarazado , y me fue forzoso valirme de grandes rodeos y circunloquios de palabras , para darla á entender , que el esposo que el cielo la habia destinado no podia ser otro que yo. Díxela en este asunto , que la soledad en que nos hallábamos los dos , no dexaba lugar á la menor duda en punto á la eleccion de esposo ; que si estuviera destinada para otro que para mí , no la hubiera traído la Providencia á un lugar , donde sus ojos no tenían otro objeto que mirar , ni su eleccion otro sugeto en quien escoger ; y en fin , que los varios sucesos y accidentes que la habian privado de todos y de todo , fuera de mi compañía , eran los medios ó las causas segundas de que se habia valido el cielo para llevar al fin un matrimonio que estaba escrito con caracteres indelebiles sobre las mismas estrellas. Todo este farrago de frívolas razones hicieron consentir á la sencillísima muchacha en que me daría la mano ; pero aunque fui poco escrupuloso en la eleccion

Lib. XIII. Cap. IX. 93

cion de los artificios de que me valí para vencer el ánimo de Dionisia , lo fui muchísimo en punto á las substanciales ceremonias de nuestro esponsal , porque no quise que faltase á su legitimidad ni la mas mínima circunstancia. Con este fin la llevé conmigo á México , donde publicamente nos desposamos con toda solemnidad. Dionisia tenia en su poder los documentos mas auténticos , para hacerse reconocer por hija legítima del difunto Don Fernando , y como tal única heredera suya despues de la muerte de su hermano ; y el Sacerdote que administraba la herencia , no tuvo el menor reparo en suministrar nos las acostumbradas provisiones , prometiendo aumentarlas , quando mi muger me diese sucesion.

Y vean ustedes aqui dos esposos Hermitaños , que pudiendo vivir mucho mas comodamente en la ciudad , quisieron mas volverse á su desierto. No se puede explicar quan felices fueron los dos primeros años de nuestro matrimonio. Parecia que el cielo nos habia llenado de bendiciones , y yo me lisongeaba de que esta felicidad duraria mientras nos durase lo vida. Mas ¡ó inconstancia de las cosas humanas ! Veía yo hacer graciosos pucheritos en la cuna á un hijito mio , que mi esposa habia dado á luz lo mas felizmente del mundo , aunque sin asistencia de comadre , ni de ama , que á lo menos la ayudase á criarle. Ella sola le criaba con la leche de sus pechos , esperando que con el tiempo tam-

tambien ella misma le daria una santa educacion. Nos ayudábamos los dos recíprocamente, cada uno á proporcion de sus fuerzas, y cumplia cada qual con sus respectivos oficios, aliviandonos con el peso de nuestra corta familia. Habia aprendido ya Dionisia, qué cosa era amor, y conocia por su propia experiencia, que verdaderamente era una cosa tan dulce como yo se la habia pintado. Finalmente, ninguna cosa turbaba nuestra paz ni nuestro contento, quando un diluvio de desastres nos vino á precipitar en un abismo de dolores. Habiasse esparcido por todo México la noticia de nuestro matrimonio, de manera que no se hablaba de otra cosa en los corrillos de las plazas, y era el asunto mas comun de todas las conversaciones. Celebrábase la hermosura de mi esposa, como la de una segunda Elena, y algunos mozos disolutos, movidos de su brutal concupiscencia, se compadecian de ella, y lloraban su desgracia, ni mas ni menos como llora el Crocodilo la muerte del infeliz que tiene entre sus dientes para despedazarle. Decian que nuestra soledad era una sepultura de vivos, y que no se debia sufrir que una hermosura, que ella sola bastaba para ser el honor y las delicias de México, estuviese enterrada en el horrible boquerón de una caberna. El Sacerdote mi corresponsal me dió aviso de estos discursos que se hacian en la capital de aquel Imperio, y este fue el primer disgusto que tuve en mi nuevo estado ma-

tri-

trimonial. No se puede negar, que es defecto, ó quando menos una gran flaqueza del amor sentir disgusto de que el objeto amado sea mirado por otros con inclinacion, ó con parcialidad. Querriase que á ninguno agradase, antes bien que fuese aborrecida de todos aquella persona que uno ama; pero con todo eso hice poco caso de lo que el Sacerdote me escribia, no creyendo pudiese llegar á tanto el furor de los que envidiaban mi fortuna, que pensasen en privarme de ella. Suponia que mi yermo sería el mas seguro asilo de la inocencia, y que sería mas respetado, que lo fue la Corte de Menelao del atrevido Troyano que le arrebató la esposa. Pero una noche, quando estaba todo en la mayor quietud y silencio, y me hallaba en el lecho con mi querida Dionisia y nuestro adorado hijito, senti no sé qué ruido dentro de la caberna. Me levanté de la cama apresurado, me arrimé á la puerta, y apliqué el oído, para escuchar mejor lo que se decia, ó lo que pasaba allá fuera. Mas ¡ó Dios! he aqui que veo echar en tierra la puerta á grandes golpes de un mazo, y entrar de repente una gabilla de asesinos, que me echaron un lazo al cuello con intencion de ahogarme; mientras otros intrepidamente se metieron en el quarto donde estaba la cama, de la qual sacaron arrastrando á mi querida Dionisia, tal qual estaba, y sin que la valiesen sus ruegos, sus lágrimas, ni sus lastimosos clamores, se la llevaron fuera de la gruta,

no

no siéndome posible socorrerla, por hallarme en mi quarto medio muerto por lo apretado del lazo, que me sufocaba. No puedo decir el tiempo que estuve en aquel peligroso estado, y solo sé, que luego que volví en mí, y me pude levantar, salí afanado en busca de mi esposa, pero no hallé el menor vestigio de ella. Reynaba en todo el contorno una grandísima quietud, y un profundo silencio, lo que añadido al horror de la noche, contribuía mucho á que se me hiciese mas sensible mi desgracia. Me volví á mi ya viudo lecho, donde solo habia quedado el tiernecito niño, el qual con sus dolorosos vagidos pedia el debido alimento á los pechos de su ya perdida madre. ¡Pobre hijito mio! exclamé entonces, ahogándoseme las palabras en las lágrimas. ¿Qué cruel destino te ha separado de aquella que te dió el sér, y te le conservaba, alimentandote con una porcion de sí misma? Eres bien desgraciado, hijo querido, pues solo te ha quedado un padre incapaz de sustentarte, y que sabe Dios si tendrá fuerzas para sobrevivir á la desventura que le oprime. Amada Dionisia mia, ¿qué mano sacrilega, qué malvado París te arrebató de los brazos de tu esposo, y te separó de tu hijo? Pero todas las cosas se hacian sordas á mis lamentos, y la Aurora, que ya comenzaba á despuntar, vino á renovar con mayor fuerza mi afliccion. Era puntualmente aquella hora, en que, abandonando las blandas y ociosas plumas del lecho, nos levantába-

or

mos

mos losidos, y despues de haber rezado nuestras acostumbradas oraciones, íbamos todas las mañanas al jardin para gozar de aquella aura apacible que suele acompañar á la bellissima precursora del sol. La memoria de aquella inocentísima diversion, cuya mejor parte veía que me faltaba, me suspendió de repente todos los espíritus, de manera que caí en tierra, perdidos enteramente los sentidos, poco ménos que si estuviera muerto. Pero me dilataria mucho, y sería muy pesado y molestísimo á ustedes, si me detuviera en describir todas las extravagancias de un vehementísimo dolor, cuya fuerza no se comenzó á mitigar hasta pasados dos años. Procuré en este tiempo sustentar á mi pobre hijo con aquellos alimentos que me parecieron mas proporcionados á su tierna edad, y tuve el consuelo de verle criarse, y crecer prósperamente. Este era el único alivio mio, y tambien el único dique contra los frecuentes raptos á que me incitaban, alborotándome la imaginacion, mis furiosas manías. Comenzaba ya á mover sus piececitos, y á dar por sí solo algunos pasos, como tambien á pronunciar con lengua balbuciente algunas palabras, y contaba ya el niño seis años, sin que en todo este tiempo hubiese yo podido adquirir la mas mínima noticia de su madre. En vano habia escrito sobre el asunto á mi corresponsal, bien que este buen Sacerdote, no habiendo descubierto nunca rastro alguno seguro de Dionisia, me con-

TOMO V.

N

SO-



solaba con sus christianas cartas, inspirándome resignacion, ánimo y valor para sufrir con paciencia mi desventura. En este medio tiempo, hallándome yo sentado al pie de un árbol no muy distante de aquí, en compañía de mi niño, poseído enteramente de mi acostumbrada melancolía, oí una voz, como á distancia de cien pasos, que pronunció claramente estas palabras: *Traidor, tú me has muerto; pero el cielo vengador de los inocentes, castigará quando menos lo pienses, tu delito, y te hará probar el rigor de su justicia.* Levantéme apresurado al oír dichas palabras, y corriendo hácia aquel sitio, de donde me pareció que habia salido la voz, me encontré con un hombre tendido en el suelo, bañado todo en su sangre, y ví á otro que se escapaba con un puñal en la mano. Arrojáme blandamente sobre el infeliz herido, viendo que todavía respiraba, le desnudé como pude de medio cuerpo arriba, y sacándole la camisa, hice de ella varias vendas, con las cuales restañé la sangre, y até una grande y profunda herida que tenia en el pecho. Toméle dulcemente por un brazo, y conduciéndole á mi gruta poco á poco, le eché sobre una cama para procurarle algun remedio. Tenia algunos preciosos bálsamos que habia heredado de mi amo Don Fernando, el qual siempre llevaba consigo algunos de ellos para lo que podia ocurrir, y aplicándole el que me pareció mejor, muy en breve dió señales de sanar, y

grandes esperanzas de vida. Durmió un poco aquella noche, y yo me eché sobre un colchon en su misma cama, haciéndole compañía hasta que amaneció el dia siguiente. Luego que me vió, se puso en pie como pudo, y mirándome de hito en hito: ¿quién eres tú, me dixo con voz lánguida y trémula, que has querido tomarte el trabajo de cuidar de un merecedor de mil muertes? Soy, le respondí, un hombre, que por la ley natural, y por la christiana que profeso, estoy obligado á socorrer á mi próximo. Entonces me miró mas fijamente, dió una ojeada por toda la estancia, iluminada ya bastantemente con los primeros rayos del sol, cerró otra vez sus ojos, volvióme las espaldas, arrancó del corazon un dolorosísimo suspiro, y prorumpió en un amarguísimo y copiosísimo llanto. No se hartaba aquel hombre de llorar, y me pareció que mi presencia le acrecentaba el dolor, por lo que tomé el partido de dexarle solo, pero dando orden á mi hijo, que estuviese á la mira, y me avisase de qualquiera novedad. Mientras tanto yo me fuí al huerto á proseguir ciertas labores que habia comenzado para su mejor cultivo. Podia haberse pasado como una media hora, quando me llamaron las voces del chicuelo, el qual gritaba á todo gritar diciendo: padre, padre, acuda usted aprisa, que el señor herido quiere acabarse de matar. Discurran us-

tedes si al oír esto no me calzaria yo alas en los pies, y á la verdad, por poco que me hubiéra detenido se habria acabado la tragedia. Llegué á tiempo que el enfermo se habia desatado las vendas, y desesperadamente se estaba rasgando mas la herida con las uñas, y brotaba de ella un torrente de su sangre. Soseguéle como pude, obligándole á estarse quieto, y le volví á poner el bálsamo que tanto le habia mejorado. Impacientísimo aquel hombre se volvía y revolvia hácia todas partes, sin atreverse jamás á mirarme derechamente á la cara. Era este un misterio que yo no podía comprender, y mucho ménos quando le oí decirme: buen hombre, tened menos piedad con un enemigo vuestro, y vengáos de mí, que os sobraré la razon, pues os lo tengo bien merecido. Fuera de esto os hago saber que es demasiada vuestra caridad, pues me pretendéis curar de otras heridas mas crueles, y harto mas dignas de vuestra cólera, que las que habeis visto hasta aquí. Pidoos esta merced por justa recómpensa de mi maldad, y creedme que moriré muy contento, si lográre la fortuna de recibir la muerte por vuestra mano. Sea lo que fuere aquello en que me hayas ofendido (le respondí), que yo no lo sé, ninguna cosa será capaz de hacerme olvidar de lo que debo executar como hombre, y como christiano. Si me has ofendido, desde luego te perdono, y tú debes procurar vivir para darme una

una sincera prueba de que ningun ódio tienes contra mí. Al oírme estas palabras parece que el herido se aquietó algun tanto, porque se mostró ménos furioso, y aun tomó de mi mano un ligero alimento que le suministré. Antes de dos dias la herida dió indicios de sanidad; disminuyóse mucho la calentura, y yo comencé á esperar, que dentro de poco quedaria enteramente curado.

Con efecto, viéndose ya fuera de peligro por mi cuidadosa asistencia, me llamó un dia, y haciéndome sentar junto á su cama, me habló de esta manera. Si un verdadero arrepentimiento puede merecer perdon entre los hombres, el mio es tal, que desde luego puedo prometerme de vos con toda seguridad esta gracia. Grande fué sin duda el delito que cometí habiendo sido cómplice en el rapto de vuestra amada consorte; pero sabed, que habiendo descubierto en ella una virtud de las mas perfectas y mas extraordinarias que se admiran en su sexô, me constituí su defensor contra los impúdicos intentos de mis malvados compañeros, y con efecto encontré en mí un invencible protector de su intacta honestidad. No pretendo hacer mérito contigo por esta mi declaracion, pues sé muy bien, que hubiera sido mejor dexarla en brazos de su marido, que defenderla contra las manos de los que la arrebataron de ellos. Ni la sangre que poco ha derramé por librarla de sus garras, y restituirla intacta á su esposo, quiero me sirva de otra cosa, que de persuadirte á

á que no fuí yo el lobo rapáz que te arrebató tu inocente corderilla.

Un discurso como éste, que nunca esperaba oír, me sorprendió, me conmovió, me enterneció. Amigo, le dixé, te perdono todo lo que me ofendiste, y aunque me toca tanta parte en una injuria tan atróz y tan sensible, desde luego me confieso muy obligado al generoso valor con que defendiste el honor de mi querida Dionisia. Pero, así Dios te haga feliz en todo, ¿no me dirás por caridad dónde podré hallar aquella incomparable muger? Eso es, me respondió, lo que yo no os sabré decir. Luego que la arrebatamos de vuestro lecho, la llevaron mis compañeros á una casilla, distante una legua de aquí, donde ellos tenían no sé que conocimiento; allí la vistieron de hombre para engañar vuestras diligencias, y ocultarla á las de la justicia, dando por supuesto, que no dexaríais de recurrir á ella. En vano se valieron de todos los medios, de lisonjas, requiebros y amenazas para reducirla á sus adúlteros deseos. Resistióse constantemente á toda especie de seducción, y aun mas de una vez despreció con heroico valor los puñales y espadas desembainadas, que la pusieron al pecho y á la garganta los furiosos lascivísimos rufianes. Tengo por cierto que la decantada fidelidad de la esposa de Ulises no hubiera manifestado tanto espíritu y tanta constancia, si los pretendientes que la solicitaban, se hubieran valido mas que de pa-

palabras para traerla á sus malvados intentos. Entónces puntualmente fué quando el cielo me abrió los ojos, y conociendo todo el horror de mi delito, propuse borrar su fealdad, resolviendome á hacer quanto pudiese para preservar de la lascivia de aquellos insolentes y temerarios á una muger tan singular. Procuré persuadirlos á que siguiesen mi exemplo; pero desconfiado de conseguirlo, viendo que se encendian mas, quanto mas repetidas eran las repulsas, tomé finalmente el partido de ir ganando tiempo. Díxeles, que pues estaban tan resueltos á deshóñar una muger tan constante, era menester dar lugar á que el tiempo poco á poco la fuese disponiendo con irla borrando insensiblemente la memoria de su marido. Con el tiempo (les decía yo) se van amansando hasta los mismos leones, y hay mugeres tan fieras, que no se rinden á las amenazas, y hacen vanidad de no dexarse vencer de otra cosa que de la constancia y duracion de los servicios, de las complacencias y de los rendimientos. Muchas veces es en ellas obstinacion lo que parece virtud, y aquella no se supera sino con darlas en todo gusto. A estas es menester conocerlas bien el genio, para llevarsele adelante, en lugar de combatirle, y se las debe tratar con todas las atenciones del respeto, de la modestia, de la circunspeccion y honestidad. Abrazaron todos mi consejo, y dexando á la Señora Dionisia en casa de una muger que conocia-

ciamos; cada uno se empeñó en afectar de allí adelante una grandísima condescendencia á todo quanto creíamos que podía ser de su gusto. La visitábamos con frecuencia; pero siempre con la mayor modestia, cada uno á competencia se esmeraba en rendirla los obsequios y atenciones mas cortesanias, aunque todo era en vano para conquistar su virtud. No fué bastante el curso de los años para hacerla perder la mas mínima parte de su natural aversion á todo lo que la parecia ménos honesto: tanto, que los mas de los que la solicitaban, ó cansados de cortejar una hermosura tan rígida, ó atraídos de otros amores mas fáciles, ó encantados de su virtud, abandonáron voluntariamente la empresa. Solamente dos mas disolutos que los otros se empeñaron en llevarla adelante hasta los últimos días, en los cuales, aburridos ya de esperar tanto, determináron dar el último asalto á la muger, resueltos en caso de no reducirla por bien, á usar con desenfrenada bestialidad de su honestísimo cuerpo. Tuve noticia de esta resolución, y espantado de ella, para librar á la infeliz Señora de tan dolorosa afrenta, determiné escaparme con ella, para restituirla á vuestros brazos. Tomámos bien nuestras medidas, y como habia visto las veras con que yo habia tomado la defensa de su honor, ningun reparo tuvo en fiarse de mí, entregándose á mi compañía. Saquéla de la casa donde estaba, y tomámos el camino hácia este parage,

don-

donde nos vinieron siguiendo los dos malvados mozos, y nos alcanzaron poco antes de llegar al sitio, en que vos me encontrasteis bañado en mi propia sangre. Uno de ellos se llevó por fuerza á vuestra amada Dionisia, y el otro me dió una puñalada en el pecho, abriéndome la mortal herida, que con tanta caridad me habeis curado. Esto es lo único que yo os puedo decir; lo que haya sucedido despues, lo ignoro tanto como vos. Señores (prosiguió entonces el Hermitaño) dexo á vuestra discrecion el considerar lo perturbado que mi ánimo quedaria con una relacion que me dexaba tan inquieto, y tan incierto como antes, fluctuando entre el temor y la esperanza. Pero en medio de eso no pude menos de concebir un grande amor á mi huesped, sin embargo de haber cooperado tanto al fatal principio de mis desventuras. Prendáronme tanto sus últimas christianas y generosas acciones, quanto horror me causaron las primeras. Estreché con él una cordialísima amistad, y tuve el gran consuelo de verle en pocos días dexar la cama, perfectamente curado de su peligrosa herida. Entonces me dió cuenta de su nacimiento, y hallé que era de lo mas noble y mas calificado de México, prometiéndome, que en restituyéndose á aquella Capital, haría tantas diligencias para saber el paradero de mi muger, como podria hacer yo mismo.

Así lo executó; porque habiéndose partido á México una mañana, al cabo de seis semanas

TOMO V.

e

le

le ví entrar en mi gruta con grande admiracion mia. Amigo (me dixo luego que me vió, arrojandose á darme un estrecho abrazo), vive tu dignísima muger, y no solamente vive en el mismo estado en que la dexé, sino en otro mucho mejor, libre enteramente de las manos de sus infames perseguidores. Pocas horas despues de mi mortal herida, los dos enemigos suyos, vuestros y míos, se encontraron con una tropa de Soldados enviados por el Virrey para reprimir la insolencia de los Indios, que infestaban nuestros confines. Apenas los vió la Señora, quando comenzó á implorar su socorro con dulces lágrimas y con dolorosos gritos. El Oficial se movió á compasion, y haciendo prender á los dos infames mozos, despues que la afligida Señora le informó menudamente de su desgracia, los encerró en una prision, y entregó vuestra muger á la Virreyna, y aquella gran Señora, noticiosa de sus infortunios, la recibió en su palacio con el mayor amor, donde se mantiene muy estimada de todos, y tratada con particular distincion. Llegué á México, quando todos me creían muerto, y hallé que se habian expedido varias órdenes para que te se buscáse por todo el Imperio Mexicano, y te fuese restituida tu muger. Quise yo tomar la delantera á todos los emisarios para anticiparte una noticia, que te ha de llenar de tanta satisfaccion. Con efecto inmediatamente partí á dicha Capital, llevando conmigo á mi pequeñito hijo, y acompañándome tam-

tambien el agradecido Mexicano, despues de haber dexado bien asegurada mi solitaria habitacion. En el camino encontramos á los que la Justicia había despachado para que me buscasen; díme á conocer á ellos, é incorporados todos, llegamos á la Corte de la Nueva España. Luego me fue restituida mi esposa; y los extáticos transportes de los dos por una aventura tan dichosa, como extraordinaria, son mas fáciles á la viveza de la imaginacion para concebirlos, que accesibles á la limitada fuerza de las palabras para explicarlos. Volví con ella á mi yermo, y viví en su amable compañía todo el tiempo que Dios fue servido dexármela en esta vida, con infinita satisfaccion de uno y otro. Nuestro feliz matrimonio fue por mucho tiempo el asunto de todas las conversaciones de México, y la fama de nuestros extraordinarios sucesos se extendió hasta la otra parte del mar. Murió Dionisia á los cinquenta años de edad, quando yo había ya cumplido setenta y tres. Lloré su muerte tanto como se dexa considerar en un marido, que tan tiernamente la amaba; pero todos los dolores tienen fin, y yo poco á poco me fui olvidando de su pérdida. El Sacerdote mi corresponsal había pagado ya el inevitable tributo á la naturaleza: pero sus herederos no fueron menos fieles, ni menos puntuales que él en proveerme muy á tiempo de todo quanto había menester. Mi hijo, ya muy hombre quando murió su madre, sucedió á ésta

en las labores del huerto, y en otras ocupaciones de la familia. Es muy aficionado á la caza, y habiendose hecho traer de México una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la mas delicada caza, asi de quadrúpedos, como de volatería que hay en este contorno. Ayer salió á este exercicio, y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas, para alargar un poco mas su diversion favorita.

CAPITULO X.

Prosigue la Historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del Hermitaño Motezuma; vuelve de su viage, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.

Así terminó su historia (continuó Gil Blas) el virtuoso nieto del Emperador Motezuma. El Vice-Almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan extraños de su vida, y el saber que era de sangre Real añadió muchos grados á la reverencia, con que ya le mirabamos por su venerable ancianidad, y por sus exemplares costumbres. Yo desde luego

go hice ánimo á quedarme con aquel santo Hermitaño, con tal que él se dignase de admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él luego que supo quien era, no tuvo la mas mínima dificultad en recibirme. Mientras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volatería de todas especies, y de exquisito gusto, y se admiró mucho, quando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vinole la gana de entrar en la marina, y me empeñó para que habláse al Vice-Almirante, pidiendole la gracia de admitirle en el número de sus Oficiales; pero le respondí, que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el qual á ruegos míos se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos de conserva la vuelta de México, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregandoselos á los herederos del Sacerdote corresponsal de Don Fernando, para que negociasen con ellos, y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen Hermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas, y sin obligarle á dar palabra de volver á verle, quando la flota hiciese otro viage á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la Ca-

en las labores del huerto, y en otras ocupaciones de la familia. Es muy aficionado á la caza, y habiendose hecho traer de México una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la mas delicada caza, asi de quadrúpedos, como de volatería que hay en este contorno. Ayer salió á este exercicio, y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas, para alargar un poco mas su diversion favorita.

CAPITULO X.

Prosigue la Historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del Hermitaño Motezuma; vuelve de su viaje, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.

Asi terminó su historia (continuó Gil Blas) el virtuoso nieto del Emperador Motezuma. El Vice-Almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan extraños de su vida, y el saber que era de sangre Real añadió muchos grados á la reverencia, con que ya le mirabamos por su venerable ancianidad, y por sus exemplares costumbres. Yo desde luego

go hice ánimo á quedarme con aquel santo Hermitaño, con tal que él se dignase de admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él luego que supo quien era, no tuvo la mas mínima dificultad en recibirme. Mientras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volatería de todas especies, y de exquisito gusto, y se admiró mucho, quando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vinole la gana de entrar en la marina, y me empeñó para que habláse al Vice-Almirante, pidiendole la gracia de admitirle en el número de sus Oficiales; pero le respondí, que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el qual á ruegos mios se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos de conserva la vuelta de México, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregandoselos á los herederos del Sacerdote corresponsal de Don Fernando, para que negociasen con ellos, y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen Hermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas, y sin obligarle á dar palabra de volver á verle, quando la flota hiciese otro viage á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la Ca-

Capital de la Nueva España, estipulé mi contrato del resto de los seis mil doblones, y me restituí muy contento á esta caverna, despues de haberme despedido del Vice-Almirante, y del viznieto del Emperador Motezuma, á quien aquel habia hecho su Ayudante. Traxe conmigo algunos muebles menos rústicos, y de mejor gusto que los que habia entonces, y alhajé nuestra habitacion con los que ahora veis en ella. El solitario me esperaba con impaciencia, y luego que me vió, exclamó diciendo: O digno sucesor del Anacoreta Fernando! pareceme que vuelvo á vivir de nuevo, pues en tí estoy viendo todas las virtudes de aquel santo hombre: él abandonó como tú todas sus riquezas y todo quanto mas amaba en el mundo, retirandose á vivir en esta gruta; aunque pudo hacer gran figura en el mundo, todo lo despreció, reputandolo por nada en comparacion de la bienaventurada tranquilidad, que se goza en este ameno desierto. De aqui nos fuimos insensiblemente introduciendo en discursos graves y serios, sobre la inconstancia y vicisitudes de las cosas humanas, moralizando en este asunto, de manera, que ni aun el mismo Séneca se hubiera desdeñado de mezclarse en aquella nuestra conversacion. Unieronse nuestros ánimos en una indisoluble uniformidad, sintiendo tal consuelo y alegría en nuestro corazon, que no la acertaré á explicar. En suma nos parecia estar mal siempre que no estabamos juntos. No me acuer-

do,

do, repetia muchas veces el nieto de Motezuma, no me acuerdo de haber tenido dias tan alegres como los presentes, despues que mi Dionisia hizo el gran viage á la eternidad; y despues que mi Dorotea (le respondia yo) cerró para siempre sus bellos ojos á la luz del mundo, tampoco he tenido horas de tanto gusto como las que ahora pasamos. Ni la Corte, ni las Guardias, ni las mas ostentosas diversiones de todos mis Imperiales abuelos (replicaba el Hermitaño) eran tan estimables para mí, como lo es la sencilla conversacion con un hombre como vos. Ni el favor del Duque de Melar, ni toda la confianza del Duque de Oreslavi (reponia yo) fueron nunca para mí de tanto consuelo, como lo es vuestra sincera amistad.

Tan contentos viviamos entrambos los dos primeros años, quando al cabo de ellos comenzó mi compañero á entrar en alguna aprehension, viendo que se tardaba la vuelta de su hijo. Yo tambien me interesaba bastante en la misma expectativa; porque á pesar del total desprendimiento que deseaba tener de todas las cosas del mundo, la sangre que abogaba en causa propia, supo inducirme á encargarle mucho, que se informase diestramente de toda mi familia. Este cuidado alteró un poco la tranquilidad de entrambos; y quanto mas se dilataba la deseada vuelta del hijo de Dionisia, tanto mas crecia nuestra inquietud, y se iba cansando nuestra paciencia; pero lle-

gó

gó al fin el día tan deseado. Acababamos un día de comer, quando vimos entrar á Diego (asi se llamaba el muchacho) acompañado de otros quatro hombres vestidos á lo militar, los quales nos traían ciertos regalos demasiadamente preciosos para el estado en que nos hallabamos. Luego que entre padre é hijo se acabaron aquellas primeras demostraciones del paterno y filial amor, me introduxe yo en la conversacion, y le pregunté qué noticias me traía de mis hijos, de Scipion y de mi cuñado Don Juan Juntella. Señor, me respondió, para poder informar á Vmd. con fundamento de todo lo que ha pasado en su familia, hice expresamente un viage á los contornos de Liria, y ví con mis propios ojos á sus dos hijos que gozaban de perfecta salud, y estaban en casa de Beatriz, la muger de Scipion, visitados frecuentemente de su cuñado de usted, el qual ha tomado á su cargo el darles la mejor educacion. Por lo que toca á Scipion, este buen hombre y fidelísimo criado de Vmd. luego que recibió su carta, montó acaballo, y partió de Liria solo, sin decir palabra á nadie, ni saberse á donde haya ido; de manera, que ninguna noticia se habia tenido de él, quando yo fui á visitar vuestro castillo. Todos sospechan que andará por el mundo en busca vuestra, y debo deciros, que toda vuestra casa está en una grandísima pena, por no saber dónde os habeis retirado. Todo esto lo averigué con destreza de los vecinos de

Sta-

Stamo, sin que ninguno pudiese sospechar, que yo tuviese arte ni parte en lo que ellos me contaban. Gran consuelo tuve (interrumpió aquí Gil Blas) con las buenas noticias que me dió aquel mozo de mis amados hijos, y no dexó de enternecerme un poco el amor y la fidelidad de Scipion y de mi cuñado Juntella. Mientras Diego hacía su relacion, mi compañero estaba disponiendo la cena para los huéspedes que nos habian venido. Era á la verdad un cocinero primoroso, y tanto, que el del Arzobispo de Granada, ni mucho ménos el de Valencia la hubieran sazonado tan bien en un sitio, de donde estaba desterrado todo género de especias y drogas. Nos sentamos á una misma mesa, sin la melindrosa distincion de que los soldados esperasen á cenar en la segunda. Acabada la cena, el sucesor de Fernando dixo á su hijo: Cuéntanos algo de las cosas mas memorables que sucedieron en vuestro viage. Obedeció Diego prontamente, y comenzó á hablar de esta manera.

Señor, quando partí de México para Veracruz, en compañía del Vice-Almirante, este Caballero me cobró grande amor, y desde luego me hizo Ayudante suyo, distinguiéndome mucho entre todos los demás Oficiales. Nos embarcamos en la flota, y haciéndonos á la vela, la oposicion de los vientos nos hizo perder mucho tiempo á la altura de la isla de Santo Domingo, hasta que abonanzando el mar, nos en-

TOMO V.

P

gol-

golfamos en el Occéano, y llegamos con felicidad á la mitad de nuestro viage. No me detengo á describir los trabajos que padecimos en él: el menor de todos comer una galleta mohosa, y mas dura que un peñasco, bebiendo una agua corrompida, que de mas á mas estaba hirviendo en gusanos. Padecí los acostumbrados efectos de la náusea que causa el mar á los que no están hechos á él; pero todo esto no sería nada, si una furiosa y repentina borrasca, que se levantó al ponerse el sol, no nos hubiera puesto á todos en peligro evidente de la vida. Ninguna esperanza teníamos ya de salvarnos, si nuestro piloto, expertísimo náutico, habiendo avistado tierra á no corta distancia, no hubiera enderezado la proa hácia ella, y si á pesar de la tempestad no hubieramos tenido la fortuna de invocarnos en un seno, ó sea cala, bastante cómoda, donde las olas no tenian mas alteracion, que la que resultaba de la grande que se padecía en alta mar. Exâminóse la tierra, y se halló ser un país enteramente desconocido. Lo restante de la flota se habia separado de nosotros, y el Almirante se halló muy sorprendido, viéndose anclado en una isla, que no hallaba notada en la carta de navegacion, que tenia delante de los ojos. Midióse la altura, y se encontró pocos grados distante del derrote-ro acostumbrado que siguen todos los que navegan desde la América á Europa, y esto mismo era lo que causaba mayor admiracion. Final-

men-

mente fué grandísimo nuestro consuelo, quando vimos acercarse á nosotros algunos hombres vestidos á la Española, y convidarnos á que saltásemos en tierra, para repararnos de las fatigas que habiamos padecido en la navegacion. El equipage aceptó gustoso el convite, y nos vimos desembarcados en el mas bello país del mundo. Era una isla, como de trescientas millas, esto es, cien leguas de circunferencia, poco mas ó menos, de figura casi perfectamente redonda, y en el centro de ella se elevaba una colina casi de la misma figura circular, rodeada toda de casas, donde vivian sus afortunados habitantes, y á su falda brotaban un sin fin de fuentes, todas de una agua delicadísima, cuyos desperdicios formaban limpios y cristalinos arroyuelos, que serpenteando, y como retozando por la llanura, conducian al mar su clarísimo tributo. Algunos árboles de prócera y corpulenta estatura, no menos que de singular belleza hacian una sombra sumamente apacible, en gracia de la qual se sentia una aura ligera y muy suave, que duraba todo el año, desterrando para siempre los excesivos rigores del invierno, y los inmoderados ardores del estío. Reynaba en aquel sitio una perpetua primavera, y un continuo abundantísimo otoño, cuya multitud de fragrantísimas flores, y copia increíble de exquisitísimas frutas, hacian pasar una vida la mas feliz, y la mas bienaventurada que se puede lograr en este mundo. Contentísimo el Vice-

P 2

Al-

Almirante de un descubrimiento tan particular, estaba muy deseoso de saber, cómo ó con qué motivo habian venido los Españoles á poblar aquel deliciosísimo sitio; y habiendo venido á visitarle un venerable anciano, que parecia ser el principal de la isla, le suplicó que se tomase el trabajo de satisfacer su curiosidad, haciéndole fiel y menuda relacion de todo lo que sabia en punto al establecimiento de los Españoles en aquel sitio incomparable.

CAPITULO XI.

Relacion del establecimiento de los Españoles en la isla desconocida. Sus costumbres, leyes y admirable gobierno.

Señor (le dixo) yo soy tercer nieto de un Capitan de Caravela, que quando Cristobal Colón volvía la segunda vez á España desde América, se separó del resto de la armada por un temporal, y despues de haber andado mucho tiempo perdida por estos mares, consumidas casi todas las vituallas, arribó como ustedes, dichosamente á este puerto. La gente de su equipage llena de sed y de hambre, y además de eso ansiosísima de reposo, despues de tan larga y

penosa navegacion, saltó luego en tierra, y viéndose en un país, por una parte enteramente desierto, y por otra tan rico de todo quanto puede servir, no solo al mantenimiento del hombre, sino tambien á su comodidad y regalo, determinó quedarse aquí, y fixarse en él por todo lo restante de la vida. Venian en la Caravela artifices de todos los oficios, con los instrumentos correspondientes al de cada uno, y así nos fue muy fácil, añadiéndose los materiales, que nos suministró la isla, fabricar las casas, y todas las demás cosas que ustedes ven, al uso y á la manera de Europa. Sus mugeres, que se les habia permitido se embarcasen con ellos, sirvieron para la propagacion, y en poco tiempo creció aquel pueblo de manera, que se pudo formar una numerosa colonia, y cierta especie de gobierno, con sus leyes particulares. Todos los frutos de la tierra se depositaban en unos almacenes públicos, á cargo de ciertos Comisarios, que tenian la incumbencia de distribuirlos entre las familias, á proporcion de lo que necesitaba cada una para su manutencion. Por lo que tocaba al vestuario, dispuso la providencia, que descubriésemos lino y cáñamo, que cuidadosamente cultivado, nos produce lo que basta para cubrirnos con decencia, puesto que el temperamento de este clima, siempre dulce é igual, no nos permite usar para nuestro abrigo de materiales mas gruesos y pesados. De cinco en cinco años se mudan los Magis-
tra-

trados y los empleos ; de manera , que los que antes estaban destinados á trabajar en el campo , y á cultivar la tierra , pasan despues á exercitarse en los oficios y artes mecánicas , y tanto de unos como de otros se extraen los que son propuestos para el gobierno , y de este modo en breve tiempo todos participan , y á todos toca la autoridad y superioridad del gobierno. Esta solamente se exercita en lo que es puramente económico , porque entre nosotros no hay pleytos internos , ni disputas forasteras que turben , ni alteren nuestra quietud. Todos nuestros estudios se reducen á instruirnos bien en todas aquellas artes , que son necesarias para nuestra cómoda subsistencia , y asi todos estamos obligados á ser sastres , zapateros , carpinteros , rexedores , panaderos y labradores , porque debemos exercitar todos estos oficios periódicamente , ó por cierta especie de turno. Nuestras mugeres están retiradas y guardadas con la mas vigilante cautela. Los quartos de su habitacion están siempre á las espaldas de las casas , con vistas únicamente á la colina , la qual es toda nuestra diversion. Al ponerse el sol se juntan ellas solas en un sitio de la misma , y allí tienen su conversacion , sin que sea lícito á ningún hombre concurrir á ella. En orden á nuestros matrimonios hay una ley harto particular , y es , que antes de cumplir quince años , ninguna muchacha puede pretender marido , ni antes de los veinte y cinco ningun mozo puede tener

mu-

muger. Hay un Magistrado , que se llama *el Magistrado de los Matrimonios* , compuesto de los hombres mas ancianos y mas sesudos de la isla , al qual toca disponer las bodas , y unir los dos esposos , no solo sin su consentimiento , pero aun sin que ninguno de ellos tenga la menor noticia hasta que ya se ven casados. La regla por donde el tal Magistrado se gobierna , es únicamente por la proporcion de las edades , que deben corresponder á los dos esposos. Por exemplo : una muchacha de diez y seis años se debe casar con un hombre de veinte y cinco , una de diez y ocho con uno que tenga diez años mas , &c. Quando no se puede observar perfectamente esta regla , se procura á lo menos acercarse á ella todo lo posible. Tiene dicho Magistrado una exáctísima nota de todos aquellos , y de todas aquellas que pueden y quieren casarse , con la puntual noticia y apuntamiento de su edad , para acomodarlos á todos segun corresponde á sus respectivos años. Pónese el mayor cuidado en no juntar en matrimonio á ninguno que tenga algun grave defecto corporal , y asi todos aquellos defectos que afean visiblemente las personas , son impedimentos absolutos. Un coxo , un tullido , un corcobado , un sordo , un ciego y un mudo no pueden absolutamente casarse , y lo mismo se debe entender de las mugeres. En nuestros matrimonios observamos todas las ceremonias de nuestra Santa Religion Católica , porque tam-

®

tambien se salvaron algunos Sacerdotes; y por lo que hace á lo político, se observa otra ceremonia que es la siguiente. Quando el Magistrado ó Tribunal autorizado para disponerlos, ha determinado ya la esposa correspondiente á tal esposo, la entrega á las mugeres que viven en la casa de éste, á tiempo que las mugeres están juntas en su conversacion; aquellas la llevan á su casa, y quando el esposo vuelve á ella de noche, la encuentra con las demás, y conociendo que aquella es la muger que le ha tocado, sin otro requisito ni cumplimiento, se casan con las ceremonias de la Iglesia. De esta manera no se ven entre nosotros ciertos desórdenes que se leen en los pocos libros que nos han quedado. Amancebamientos y adulterios aquí no se conocen; zelos, riñas y domésticas desazones, no tienen lugar en las familias, y todos vivimos con la mayor paz, con la mas perfecta union, y con la mas envidiable harmonía. Como los maridos no tratan, ni han tratado jamás con otra muger que con la suya propia, creen que ésta es la mas linda, y la de mas espíritu; ámanla mientras viven con ella, sin que ninguna otra entre á la parte en su amor.

Asi hablaba aquel anciano y venerable Isleño, teniendo encantados al Vice-Almirante, y á todos los que veniamos con él, no acabando de admirarnos de las maravillosas cosas que nos habia contado, de manera que no nos har-

tábamos de alabar un gobierno tan extraordinario. De buena gana nos hubiéramos todos detenido mas tiempo en aquella isla; pero el Vice-Almirante, despues de haber provisto al navio de todo lo que necesitaba, quiso que nos hiciésemos á la vela, y prosiguiésemos nuestro viage á España. Partimos, pues, con dolor de un sitio tan digno de nuestra embidia, y habiéndonos juntado con el resto de la flota, llegamos con felicidad, y sin otro siniestro accidente á la Bahía de Cádiz. Durante mi permanencia en España nada me ocurrió, que merezca vuestra atencion, y me restituí á Vera-Cruz sin que en toda la navegacion me sucediese cosa digna de contarse. Asi concluyó Diego su relacion, quedando admirados todos nosotros de lo que le habiamos oido acerca de aquella isla desconocida.

Concluida la relacion, y avanzándose la noche (dixo entónces Gil Blas) cada qual se fué á dormir. Diego solo se detuvo quatro dias en nuestra compañía, pasados los cuales quiso absolutamente partir, para volverse á embarcar. Su padre, y mi compañero, no pudo contener las lágrimas; pero al fin despues de haberle hecho prometer de nuevo, que si volvia á la América, no dexaria de vernos ni de traerme nuevas noticias de mi familia, le dexámos ir con Dios.

CAPITULO XII.

Muerte del Hermitaño nieto de Motezuma. Afliccion de Gil Blas. Vuelta de Diego á la gruta: sus terribles desgracias: aconséjale Gil Blas que haga un viage á Roma.

Nos quedamos, pues, solos los dos compañeros por la segunda vez, y proseguimos en nuestros acostumbrados ejercicios. Pero ya el soberano árbitro de todas las cosas del mundo tenia dispuesto que llegase el fin de su carrera al nieto de Motezuma. Observó en sí ciertos síntomas, que nunca habia experimentado en todo el curso de su vida. Sentía en todos sus miembros una extraordinaria laxitud, su espíritu estaba muy oprimido, y padecía una cierta especie de letargo habitual. A estas morbosas afecciones sobrevino una calenturilla lenta, que en poco tiempo le puso á las puertas de la muerte, y ántes de morir me habló con grandísima piedad, y con igual confianza en la misericordia de Dios, mostrando una gran resignacion, y ningun temor á un paso tan tremendo. Me

dejó muy recomendado á su hijo si acaso le volvía á ver, y me pidió que tuviese muy presente á su pobre alma en todas mis oraciones. En medio del consuelo que me daba su vida exemplar, y unas disposiciones tan Christianas, quando llegó el caso de darle sepultura, no pude reprimir el llanto, considerando que ya no habia de volver á verle en esta vida. He aquí (me decia yo á mí mismo) que ya has quedado solo, pobre Santillana: tu melancolía te hizo abandonar á tus hijos, á tus parientes, á tu familia y á todos tus amigos, y hoy el cielo te ha llevado al que te habia dado por compañero para suplir la falta de aquellos. ¿Quién te iluminará con sus consejos, y te alentará con sus exemplos en lo que te resta de vida? ¿Quién te hará menos intolerable el tedio que naturalmente causa esta silenciosa y desierta soledad? ¿Quién te ayudará á llevar con ménos trabajo el peso de las indispensables funciones de la vida, y te asistirá en las extremas necesidades de la muerte?

Pero al fin era menester que yo tomase algun partido: procuré consolarme, y desde aquel punto los libros fueron toda mi única visible compañía. Me llegó de México la acostumbrada provision anual, y volví á mi puntual proveedor aquella parte que tocaba á mi difunto compañero, previniéndole reservase para el hijo lo que correspondia á su padre. De esta manera viví por espacio de quatro años, sin que

en todo este tiempo hubiese visto llegar á mí albergue persona alguna viviente fuera del criado de mi corresponsal, que me traía los viveres acostumbrados para mi manutención. Diego no se dexaba ver, y yo me persuadí á que noticioso de la muerte de su padre, no tendría quizá valor para presentarse en un lugar, que necesariamente le habia de renovar funestísimas memorias, que le atormentásen el corazon. Pero se engañó mi pensamiento, pues el año siguiente le ví, pero en muy diferente estado que la primera vez, en que venia bien equipado, con un ayre jovial, alegre, desembarazado y vestido con mucha decencia. Ahora llegó melancólico, afligido, andrajoso, y medio alelado. ¿Qué es esto Diego? le dixé lleno de compasion luego que le ví. ¿Qué mudanza es la tuya? Ah padre mio! (me respondió llorando) porque así te debo llamar despues que perdí el que Dios me dió. ¿No me bastaban mis terribles desventuras, si no se añadía á ellas para mi mayor desesperacion la que me ha causado la muerte, privándome de aquel á quien debí la vida? Ya no soy aquel Diego, ó por mejor decir, ya no soy ni aun siquiera hombre, pues ya no tengo ni razon que me gobierne, ni espíritu que me anime. Al principio quedé atónito, oyendole hablar de aquella manera; pero acordándome de que yo tambien habia tenido desgracias, que casi me habian reducido al mismo estado de desesperacion en que veía á aquel pobre mozo, procuré

con-

consolarle, diciéndole, que mientras vivimos en este miserable mundo todos sin excepcion estamos sujetos á la inconstancia, caprichos y extravagancias de la que se llama fortuna: añádile despues, que el desahogarse con otro, comunicándole sus afanes, sirve de gran lenitivo al dolor, el qual pierde mucho de su fuerza, quando se descarga el peso de los disgustos en el pecho de un fiel y discreto amigo. Por tal me debes tú tener, le dixé apretándole cariñosamente las manos, y así te ruego que me cuentes sinceramente todo quanto te ha sucedido. Oirá usted, me respondió, aventuras tanto mas miserables, y tanto mas espantosas, quanto tuvieron principio en unos antecedentes, que prometian las mayores felicidades. Escuche usted pues, ya que lo quiere así.

Luego que llegamos á España, despues de mi segundo viage á América, me picó la curiosidad de ir á ver la Corte de nuestro Rey, y partiéndome á Madrid, quedé extrañamente admirado á vista de su grandeza, de su magnificencia y de su verdaderamente real suntuosidad. Hábiame recomendado el Vice-Almirante á varios Ministros amigos y confidentes suyos, que me hicieron la merced de conducirme á ver todas las cosas mas raras de aquella villa, y me introduxéron en conocimientos y conversaciones, á las quales no á todos era lícito penetrar. Era mi vida en la Corte una continua y variada diversion, y ésta no se hubie-

ra

ra alterado á no haber sido mi detencion mas larga de lo que debiera, porque este fué el principio de todas mis desventuras. Habia contrahido estrecha amistad con un cierto Don Gabriel de Torres, Caballero Andalúz, que hacia en la Corte buena figura, y la frequentaba mucho con el fin de obtener un empleo lucroso en su patria. Este habia traído consigo á su muger, que sobre ser muy hermosa, gustaba mucho de ser aplaudida y cortejada. Nunca se dexaba ver en público sin hacer nuevas conquistas, y quando salia á la Iglesia la iban haciendo la corte los petimetres mas brillantes del *chichisveísmo* de Madrid, sitiándola todos, y mirándola con unos ojos que arrojaban fuego. Uno de ellos, que se llamaba Don Alonso de la Fuente, no contento con la lengua de sus ojos, se valió de la de una Camarera de la Dama, á quien ganó con regalos, para que le solicitase el permiso de una visita secreta. Como la muger de Don Gabriel hacia tanta vanidad de ser cortejada, no tuvo virtud para rebatir la proposición. Apalabróse la visita del Caballero en su casa para cierta hora de la noche; y recibido efectivamente en ella, hablaron los dos largamente. Duró por algun tiempo esta secreta comunicación, hasta que hallándose un dia Don Alonso en cierta conversacion, donde se hallaba tambien Don Gabriel, se tocó el punto de las raras aventuras que sucedian en amor. Después que muchos de los concurrentes contaron

las

las que á ellos les habian sucedido, yo (dixo Don Alonso) por lo que toca á mí, puedo llamarme muy afortunado, teniendo, como tengo la dicha de ser correspondido de una Dama, cuyo garbo, cuyo espíritu y hermosura son prendas, que ninguno las disputa, y todos se las celebran. Su marido la juzga otra Penelope en la fé conyugal; pero no desconfio de que dentro de poco tiempo sea como el comun de las mugeres, que no disgustan de ser amadas aun hasta mas allá de lo que permiten las obligaciones del matrimonio. Entraron los amigos en gran curiosidad de saber quién era aquella Dama, él no incurrió en la torpeza de declarar su nombre, pero sí en la indiscrecion de dar tales señas de ella, que Don Gabriel entró en grandes sospechas de que fuese su muger. Penetrado de amargura, se retiró luego de un lugar, donde habia oído una especie que tanto le inquietaba, por lo que podia herir á su honor. Por una parte le parecia imposible que su muger fomentase, ni mucho menos diese entrada á ningun amor forastero; mas por otra lo que habia oído á la Fuente, le excitaba grandes dudas. No obstante, como en realidad era un hombre prudente y detenido, determinó no dar el menor indicio de sus sospechas, hasta haberse asegurado por sus propios ojos. Estuvo á la mira varias noches tras la puerta de una casa muy vecina á la suya, desde donde vió entrar en ella á Don Alonso. Entonces no se pudo contener, y mientras

tras

tras los dos amantes estaban en los primeros cumplimientos, se dexó ver de ellos repentinamente. Ya ustedes se podrán imaginar la seriedad y el peso de palabras con que afearía en su muger el olvido de la fé conyugal, y en Don Alonso la torpeza de introducirse en su casa, sin noticia suya, á secretas conversaciones con su esposa; lo que bastaba para convencerle, de que entraba en ella con alevosas intenciones perjudiciales á su honor. Miéntras tanto la muger, cubriéndose la cara por la vergüenza se retiró á otro quarto silenciosamente, y Don Alonso sin hablar palabra se salió de la casa de Torres, cubierto de confusion y de rubor.

Aquella misma noche me envió este Caballero un recado, suplicándome que luego, luego y sin la menor detencion le hiciese el gusto de llegarme á su casa. Hícelo prontamente, y me quedé pasmado quando me contó lo que había descubierto en su muger. Estoy seguro, me dixo, de que hasta ahora no llegó el caso de que diese gusto á Don Alonso, condescendiendo con sus infames deseos, pero no obstante quizá tardaría poco en precipitarse en tan vergonzoso error, sino tomáse yo prontamente las medidas mas eficaces para desviarla de este peligro. He resuelto, pues, que mañana ántes de amanecer pártas á la Andalucía, y no pudiendo yo acompañarla, no encuentro manos mas seguras á que fiarla, que las vuestras. Amigo Diego no me niegues este singular favor, y dé-

débate nuestra amistad, que en gracia de ella tomes el trabajo de ir acompañando á mi pobre y mal aconsejada muger. No pude resistir á prestarle aquel servicio; y así montando la mañana siguiente en un coche de quatro caballos, la muger de Don Gabriel y yo, abandonamos á Madrid, y partimos para Andalucía. Iban con nosotros dos criados y una doncella, y con este equipage tardamos pocos dias en llegar á aquella provincia, y fuimos á parar á un castillo, de que Don Gabriel era Señor. Pasada una semana recibí una carta de Torres, en que me avisaba, como, habiendo reñido en un desafio con Don Alonso, este habia quedado herido, despues de lo qual se habian los dos reconciliado, precediendo por parte de aquel la diligencia de pedirle perdon por haber pretendido expugnar la resistencia de su esposa. Suplicábame que me detuviese algunos dias mas en la compañía de esta Señora, mientras él se desembarazaba de algunos graves negocios pendientes en la Corte, que entonces él mismo vendria á relevarme, y yo podría restituirme á Madrid. Esta dilacion fue la piedra de escándalo, y la ocasion de mis horrendos precipicios. Doña Isabél (que este era el nombre de la esposa de mi amigo) me echaba de quando en quando unas ojeadas, las quales me hicieron demasiadamente conocer, que no me miraba con indiferencia. La grande vanidad que hacía de su hermosura no la dexa-

ba sufrir por largo tiempo, que yo mostrase reparar muy poco en ella. Parecíala, que una tierna ojêada suya era bastante para hacerla señora de todos los corazones, y observando la poca ó ninguna fuerza que á mí me hacia, mas de una vez con discreto disimulo me dixo algunas palabras, que sonaban á dulces quejas de mi insensibilidad. Yo confieso la verdad: es cierto que Doña Isabél no me disgustaba. Era una de aquellas mugeres peligrosas, que sorprenden luego que se vén. Despues que yo estaba en el mundo, nunca habia tenido ocasion de tratar tanto, ni con tanta comodidad con persona de otro sexó. Advertí que el trato con Doña Isabél producía en mí ciertos efectos, que no quisiera sentirlos, y claramente conocí, que no habia resistencia contra sus poderosos atractivos, tanto, que al cabo mi virtud vendria ciertamente á rendirse. Por lo mismo deseaba que volviese quanto antes Don Gabriel, persuadido á que su presencia me libraria del peligro de caer en un error, que tanto habia yo mismo abominado en Don Alonso. Pero por mi fatal desgracia se vió Torres obligado á detenerse en la Corte mucho mas largo tiempo de lo que habia pensado. Conociendo muy bien Doña Isabél, que yo comenzaba ya á titubear, y se me andaba un poco la cabeza, me llevó un dia diestramente á su jardin, y estando los dos solos: Don Diego, me dixo, ya es tiempo de hablar con liber-

tad

tad y sin rebozo. No ignoráis, que al amor le pintan desnudo, para dar á entender que no puede estar encubierto. Desde la primera vez que os ví, sentí cierta comocion, que no pude menos de considerarla como un afecto ó amor que acababa de nacer. Este fue creciendo al paso que vuestra continua presencia me hacia conocer mas; y habiendo descubierto unas prendas tales, que una muger de espíritu no puede menos de mirarlas con mucha parcialidad, en una palabra, y ahorrando circunloquios, me declaro vuestra amante. Una declaracion como esta, y hecha por una muger de mis circunstancias, debe bastarte para arrimar á un lado todos los respetos y miramientos que os podían estimular á no corresponderme. Si no se admiten los favores de una muger como yo, que ofrece su corazon, es tan facil como natural el peligro de irritarla, convirtiendose de repente el exceso del amor en un implacable odio; y el odio de una muger, quando es hijo del amor, es muy superior al de todas las furias del infierno. Ni porque vos hayais sabido, que tuve la ligereza de dar oídos á las insulsas y lisongeras expresiones de Don Alonso, pero nunca á sus atrevidos deseos, me habeis de tener por una muger caprichosa é inconstante; porque os juro que todo aquello no pasaba de pura conversacion, sin que jamás hubiese sentido en mí la mas mínima inclinacion á corresponderle, ni á amar-

le

le de veras. Me divertian sus prontos, y me burlaba de las necedades, que me decia quando se apartaba, ó se despedia de mí. Solo vuestro mérito ha podido vencer mi indiferencia, y toda mi vida hubiera yo sido fiel á mi Don Gabriel, sino os hubiera conocido. No siempre somos dueños de nosotros mismos, y toda nuestra virtud no pocas veces solo consiste en la apariencia; pues no siempre son las mas castas aquellas que tienen mayor fama de serlo, ni los exteriores aparatos de la virtud dexan de ser alguna vez un especioso manto, que cubre nuestras miserias. Mientras Doña Isabél hacia este bello elogio á gran parte de las mugeres, acompañaba sus palabras con una cierta languidez, que no contribuyó poco á derribar todas las reliquias de mi constancia. Nada me paré entonces á considerar si era ó no verdad lo que decia en comun de las mugeres, porque en aquellas circunstancias su mismo exemplo me lo estaba persuadiendo; sin advertir que la facilidad de algunas pocas no debe perjudicar al honor de muchísimas honestas y recatadas.

Étame aquí ya el galán de Doña Isabél: y aunque á los principios el remordimiento de la conciencia me despedazaba continuamente el corazon, afeándome la enorme y torpísima traicion, que cometia contra Don Gabriel, poco á poco me fui acostumbrando á mi delito, de manera, que ya no le miraba con horror; antes

bien

bien ella y yo nos reíamos mucho de la infamia con que manchabamos su tálamo, y nuestras bufonadas se convertian despues en desprecio de su persona. De esta manera el mayor de mis amigos por una abominable gradacion poco á poco se me iba haciendo el enemigo mas aborrecido; tanto, que de acuerdo con su malvada muger, resolví quitarle la vida, quando volviese de Madrid. Con efecto pasé á executar esta exécrable resolucion, y lo logré con una felicidad muy indigna de tan alevoso exceso. Y habiéndolo sido sacrificado á nuestra infernal disolucion, todo el mundo creyó haber muerto á manos de algunos saltadores y asesinos. Lo mas admirable de todo fue, que habiéndole conducido al Castillo antes de espirar, nos hizo venir á su muger y á mí junto á su cama, y á presencia de toda la familia, ninguno (me dixo á mí) es mas digno que vos de poseer la esposa de Don Gabriel; y volviéndose á su muger, ni tú puedes (la dixo) encontrar mejor marido que Don Diego, para que te consuele en la triste memoria del primero, que ya está para espirar. La turbacion y el horror, que se dexaba ver en nuestros semblante, así del moribundo, como de todos los demás, se atribuyó al dolor que nos causaba su pérdida, siendo así que eran efectos muy naturales de los atrocísimos remordimientos de nuestra negra conciencia. Hallándose ya Isabél viuda, y heredera de un pingue patrimonio, afectando que vencia su grande repugnancia

cia

cia á segundas nupcias únicamente por conformarse con la última voluntad de su difunto marido, y por obedecerle hasta más allá de la muerte, me convidó con su mano, y yo pasé á ser usurpador de los bienes y muger de Torres por medio de la más infame y más alevosa traición. Para cubrir mejor nuestra maldad, afectamos una inconsolable aflicción por haber perdido á Don Gabriel, y habiendo honrado su memoria con ostentosos y solemnísimos funerales, nos pareció haber hecho lo bastante para aplacar aquella alma, y para expiar lo enorme de nuestras gravísimas culpas. Nuevo Egisto de aquella pérfida Clitemnestra, apenas habia vivido un año con ella, quando conocí, que se iba entiviando mucho en sus cariños y ternezas. Desde luego sospeché que acaso querría irse poco á poco enagenando de mí, para repetir segundo delito muy semejante al primero. Fingí no obstante no haber notado en ella ninguna novedad, pero al mismo tiempo andaba muy vigilante en observar todas sus acciones. Conocí que un *criaduelo* mio, de fresquísima edad, sin pelo de barba, y muy desayrado en el cuerpo, habia entrado por sucesor mio en sus amores, y una noche la oí hablar en gran confianza con él, y no tuve la menor duda, de que ya habria entrado tambien en la posesión de su cuerpo, el que se hallaba nuevo dueño de su corazón. Persuadido firmemente á esto entré en una furiosa cólera contra aquella diabólica muger,

y

y considerándola causa única de todas mis antecedentes maldades, determiné vengarme, y con un nuevo delito librar al mundo con su muerte de aquella furia infernal. Nada tardé en poner en execucion lo que habia determinado, y con una espada la pasé de parte á parte al mismo tiempo que iba ella á recibir en sus brazos á su nuevo Adonis. Este tuvo la fortuna de escaparse prontamente, escondiéndose á mi cólera, pero ella quedó rebolcándose en su propia sangre en premio de los muchos delitos que habia cometido contra su primer marido: pero yo luego que dí el fatal golpe, salí todo espantado de aquel quarto, que habia contaminado con tantos adulterios, y acababa de manchar con un homicidio, despues que la difunta la habia hecho exécrable con su desenfreno y con sus disoluciones. Yo mismo me sentia embestido de todo el furor de Orestes, y no hallando reposo en ningún lugar, me parecia, que continuamente estaban infestando mi imaginación (alborotada ya con el horror de tantas culpas) el amigo pérfidamente sacrificado á nuestra lascivia, el tálamo teñido con la inocente sangre del marido, y bañado segunda vez con la de su pérfida muger. Todo quanto veía parecia que me estaba dando en cara con mi barbaridad, todos quantos objetos se me presentaban, juraría que me estaban amenazando, y no habia rincón en aquella funesta casa, que no me tragese á la memoria muchos motivos de abominación. Hallán-

®

llándome en tan lastimoso estado, tomé el partido de alejarme para siempre, y lo hice tan precipitadamente, que ni siquiera pensé en proveerme de la mas mínima cosa entre tanta riqueza de que abundaba aquella casa. Anduve perdido y sin objeto por aquí y por allí, arrebatado de mi espíritu furibundo, y corrí por toda España, pareciendome, que siempre me venia persiguiendo á las espaldas la sombra de Don Gabriel. Creí, que solo con abandonar un cielo, que ya me miraba con ceño, y que sin cesar me estaba amenazando, bastaria para que á lo menos se disminuyesen un poco aquellos crueles remordimientos, que continuamente me estaban despedazando el corazon; pero la experiencia me enseñó que el castigo de la conciencia es inseparable de la culpa en qualquiera parte donde se halle el delinquente. La Francia, la Inglaterra, y la Olanda, que giré de Provincia en Provincia, como un hombre fuera de sí, no se mostraron menos crueles con mi conciencia, que lo habia sido España. Embarquéme en las Dunas sobre un navío, que se hacia á la vela para las Colonias Inglesas de la América; y luego que desembarqué, tomé desde allí el camino para México, donde me dieron la noticia de la muerte de mi padre. Se doblaron mis penas con este funesto anuncio, y me faltó poco para que con la desesperacion no me quitase la vida; pero un rayo de luz me traxo á la memoria, que por ventura podria hallar en los dul-

ces

ces y prudentes consejos de usted, ¡ó mi buen Señor, y mi buen padre Santillana! alguna esperanza de consuelo. Con este fin he venido á depositar en vuestro compasivo y nobilísimo corazon todo el horror de mis desastres.

Me dexó tan atónito (prosiguió Gil Blas) la relacion del pobre y desgraciado Diego, que no me acuerdo haberlo estado mas en toda mi vida. No pude menos de confesarle, que lo enorme de su delito hacia muchos excesos á la del pecado de David; pero al mismo tiempo le alenté á que no desconfiase de la infinita misericordia del Señor; asegurándole, que si á la gravedad de la culpa se seguia un verdadero y doloroso arrepentimiento, sería infaliblemente borrado de los archivos del cielo el decreto del castigo. Y he aquí que de repente me hallé sin saber cómo, hecho y derecho Director espiritual, siendo mi penitente Diego; el qual oía mis consejos con grandísima compuncion, y con no menor docilidad. Tuve la fortuna de sosegar aquel hombre, poniéndole en una especie de tranquilidad, y quando le ví en disposicion de no desesperarse ya en vista de sus maldades, le aconsejé que emprendiese una peregrinacion á Roma para descargarse del peso de sus pecados á los pies de un prudente y benigno Confesor, autorizado para su absolucion con todas las correspondientes facultades. Abrazó mi consejo, y dos meses despues tomó el camino de México, con el fin de proveerse de todo lo necesario

TOMO V.

s

pa-

138 *Las Aventuras de Gil Blas.*

para tan largo viage, y desde allí enderezarse al de la gran Metropoli del mundo, despues de lo qual no volví á tener noticia de él.

CAPITULO XIII.

Exercicios de Gil Blas en su desierto. Improviso arribo de Fabricio con otro compañero. Quién era éste; y relacion de las aventuras de aquel, desde la última vez que habia visto á Santillana.

Veisme aquí pues, real y verdaderamente solitario por la segunda vez. Mi continua aplicacion á la letura de los libros, que enseñan la filosofia moral, me habia llenado la mente de las ideas mas singulares de aquella ciencia utilísima sobre todas las demás ciencias: y cotejando entre sí todos los sistemas de los Filósofos, asi Etnicos como Christianos, compuse un libro en el espacio solo de dos años, cuyo título era *Etica universal*. El libro primero trataba de todas las sectas de los Filósofos Gentiles, y de sus diversas opiniones, deteniéndome mucho en las de los Estoycos, Epicuréos, Platónicos y Aristotélicos. En el segundo discurre sobre las de los Hebreos y Christianos, haciendo

Lib. XIII. Cap. XIII. 139

una análisis de todos los libros Morales de los Santos Padres y sus Comentadores. En el tercero procuraba conciliarlos á todos lo mejor que me fue posible. Puntualmente al mismo tiempo que acabé de componer este volumen, sentí resonar en mi caberna el eco de una voz, que me pareció haber oído ya otras veces, y queria conocerla. Lleno de curiosidad salí apresurado de mi pequeño estudio, ó estrecho gabinetillo, y (¡ó Santo Dios!) ¡qué admirado me quedé, quando ví entrar en mi hermita al Poeta de Asturias, acompañado de una muger desconocida! ¿Qué es esto, Fabricio? le dixé todo sobresaltado. ¿Quién te dixo dónde estaba yo? ¿Y qué vienes á hacer á esta soledad con ese objeto peligroso y tentador? Si fue grande mi admiracion al ver á Nuñez en un lugar tan separado de todo humano comercio, no fue menor la suya de haberme encontrado en él. Amigo Gil Blas (me respondió) una pura casualidad me conduxo á este sitio, y yo verdaderamente estoy pasmado de verte inquilino de una cueva, que solo creí pudiese ser habitacion de alguna fiera. Por lo que toca á la compañia que traygo conmigo, sábeta que es mi legitima muger, qualidad que debe bastar para quietarte, y para no dar lugar á los escrúpulos, que sin esta noticia podian perturbar tu delicadeza. Ora bien (repliqué yo) entra mas adentro, sentémonos, y cuéntame por qué has dexado á Madrid, y cómo te trata tu poesia en estas sole-

®

138 *Las Aventuras de Gil Blas.*

para tan largo viage, y desde allí enderezarse al de la gran Metrópoli del mundo, despues de lo qual no volví á tener noticia de él.

CAPITULO XIII.

Exercicios de Gil Blas en su desierto. Improviso arribo de Fabricio con otro compañero. Quién era éste; y relacion de las aventuras de aquel, desde la última vez que habia visto á Santillana.

Veíame aquí pues, real y verdaderamente solitario por la segunda vez. Mi continua aplicacion á la letura de los libros, que enseñan la filosofia moral, me habia llenado la mente de las ideas mas singulares de aquella ciencia utilísima sobre todas las demás ciencias: y cotejando entre sí todos los sistemas de los Filósofos, asi Etnicos como Christianos, compuse un libro en el espacio solo de dos años, cuyo título era *Etica universal*. El libro primero trataba de todas las sectas de los Filósofos Gentiles, y de sus diversas opiniones, deteniéndome mucho en las de los Estoycos, Epicuréos, Platónicos y Aristotélicos. En el segundo discurre sobre las de los Hebreos y Christianos, haciendo

Lib. XIII. Cap. XIII. 139

una análisis de todos los libros Morales de los Santos Padres y sus Comentadores. En el tercero procuraba conciliarlos á todos lo mejor que me fue posible. Puntualmente al mismo tiempo que acabé de componer este volumen, sentí resonar en mi caberna el eco de una voz, que me pareció haber oído ya otras veces, y queria conocerla. Lleno de curiosidad salí apresurado de mi pequeño estudio, ó estrecho gabinetillo, y (¡ó Santo Dios!) ¡qué admirado me quedé, quando ví entrar en mi hermita al Poeta de Asturias, acompañado de una muger desconocida! ¿Qué es esto, Fabricio? le dixé todo sobresaltado. ¿Quién te dixo dónde estaba yo? ¿Y qué vienes á hacer á esta soledad con ese objeto peligroso y tentador? Si fue grande mi admiracion al ver á Nuñez en un lugar tan separado de todo humano comercio, no fue menor la suya de haberme encontrado en él. Amigo Gil Blas (me respondió) una pura casualidad me conduxo á este sitio, y yo verdaderamente estoy pasmado de verte inquilino de una cueva, que solo creí pudiese ser habitacion de alguna fiera. Por lo que toca á la compañia que traygo conmigo, sábete que es mi legitima muger, qualidad que debe bastar para quietarte, y para no dar lugar á los escrúpulos, que sin esta noticia podian perturbar tu delicadeza. Ora bien (repliqué yo) entra mas adentro, sentémonos, y cuéntame por qué has dexado á Madrid, y cómo te trata tu poesia en estas sole-

da

dades, de que dicen ser las musas tan amigas. Todo lo contaré (repuso Fabricio); pero ya que he encontrado á un amigo (y tal amigo) donde nunca podia imaginar que fuese posible encontrarle, debo ante todas cosas decirte con la mayor confianza, que mi hambre y la de mi muger es muy superior á los deseos que tengo de complacerte, porque en día y medio no hemos probado bocado, y en los días antecedentes toda nuestra comida se reduxo á algun poco de fruta y algunas yerbas silvestres. Considera ahora tú, si estaré para empeñarme en hacerte una larga relacion de mis sucesos, y la que deseo oírte de los tuyos, con tanta curiosidad, como tú tienes de informarte de los míos. Ninguna dificultad tuve en creer lo que me decía, y quedé enteramente persuadido de su verdad, quando poniéndole delante algunos platos de lo mas exquisito y reservado que habia en mi despensa, vi que en un instante se lo engulló todo con grandísima voracidad. Su muger hizo lo mismo, tanto que uno y otro me dexaron muy pagado del honor que habian hecho á mi repentino desayuno ó colacion.

Despues que dexaron contento y satisfecho su apetito, refocilado Nuñez y revestido de su natural acostumbrado desembarazo: ahora sí, amigo Santillana, me dixo, que puedo complacerte; mas para que todavía lo pueda hacer con mayor espíritu, será preciso, que la relacion de tus sucesos preceda á la de los míos, y que así

como has satisfecho mi hambre con una colacion digna de Lucúlo, así tambien sácies mi curiosidad, refiriéndome el motivo que tuviste para enterrarte vivo en una sepultura tan contraria á las grandezas de la Corte. Tomé entonces la palabra, y le informé muy por menor de todo lo que me habia sucedido despues de la desgracia del Conde de Orvalies, que el mismo Nuñez me habia pronosticado, y se mostró el buen amigo muy penetrado de la valerosa resolution con que abandoné todo lo que poseía en el mundo, y me vine á sepultar en esta cueva. Despues de esto, para cumplir lo que me habia prometido, dió principio á la singular historia de sus raras aventuras, y su relacion fue de la substancia siguiente.

Ya te acordarás que la última vez que nos hablamos, salia yo de casa de un impresor, donde se estaba imprimiendo cierta obra Cómica, que la necesidad me habia obligado á componer, de la qual estaba yo tan pagado, que consentí en que me habia de valer tesoros; pero la misma experiencia me enseñó lo mucho que me habia engañado en aquel juicio, porque ninguna aceptacion tuvo en el público, tanto que me ví precisado á vender en las especierias á peso de papel un trabajo, que me habia costado tanto tiempo y tanto sudor. Al descrédito de la obra se siguió tambien el desprecio del Autor, de manera, que en todo Madrid ninguno hacia ya caso de mí, cesándome tambien el beneficio de

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ade. 2025 MONTERREY, MEXICO

de la mesa *gratis data*, que todos los días hallaba puesta en casa de aquel rico Contador, de quien te hablé alguna vez. Facilmente hubiera vuelto al hospital, si mi espíritu, fecundo en recursos, no me hubiera sugerido el modo de vivir y de comer, á pesar de la fortuna, que ingratamente se me escapaba, sin que la pudiese asir ni siquiera por un cabello. Supe que una compañía de comediantes estaba en visperas de embarcarse para México, puntualmente por aquel mismo tiempo en que tú te estabas regodeando en tu castillo de Liria. Sabía que los tales cómicos eran todos de poquísimas habilidades, y sin aquellos requisitos que son necesarios para hacer buena figura en el teatro. Su impresario, ó llámese sino su director, era un tal Leandro, que en el corral del Príncipe había servido de soto-espavilador. Este hombre tuvo valor para ofrecerse á suplir por uno de la tropa, que había enfermado gravemente, y debía representar uno de los primeros papeles en cierta tragi-comedia, y le favoreció tanto la fortuna, que logró el aplauso universal, y desde luego fué admitido en el número de los comediantes. Había conocido yo al tal hombre, ó chuchumeco, porque quando era soto-espavilador, muchas veces me había alumbrado, para que leyese mi original, mientras hacía yo de apuntador en algunas comedias mías que se representaron. Viéndole pues ahora elevado á la dignidad de director de la tropa, destinada pa-

ra

ra Nueva-España, me le fuí á ofrecer para servir á su compañía en todo lo que podía ocurrir, como v. gr. para mudar las relaciones de alguna escena, desterrar algunas antiguallas teatrales, y substituir otras de moda, &c. &c. No crearás el modo con que aquel hombre me recibió: no se descubria en él el menor rastro del antiguo soto-espavilador. Presentábase con una grandísima magestad y gravedad: sus palabras eran pocas, pausadas y guturales; el ayre tan altanero, tan tieso y tan desdeñoso, que qualquiera otro de menos espíritu que el mio, se hubiera cortado, acobardado y enmudecido. Pero yo afecté una grande serenidad é indiferencia, y mezclando las súplicas con la persuasion, conseguí en fin ser admitido al importante empleo de poeta de la tropa, con una asignacion á la verdad baxísima, y aun indecentísima; pero al cabo con la apreciable añadidura de sentarme á la mesa de los comediantes, la qual, quando tal vez no sea la mas delicada, siempre es abundante y substancial.

Con efecto nos embarcamos en Cádiz, llegamos á México sin desgracia; y durante el viaje, di un repaso á las comedias, animé con algun brio varios pasages insípidos y frios, que se encontraban en medio de las declamaciones, y en suma reformé insensiblemente todo su sistema. No paraban aquí mis atenciones. Enseñaba á representar á los actores, y á fuerza de obligarlos ya á alzar, y ya á baxar la voz, procuraba

ra-

raba corregirles sus defectos, acomodando lo mejor que me era posible á la naturaleza los particulares tonillos con que la echaban á perder los recitantes. Quería que las acciones fuesen correspondientes á las palabras, y que tanto unas como otras expresasen bien las pasiones de que se suponían poseídos. En fin no perdoné diligencia alguna de mi parte, para que mereciese la general aprobacion hasta el mas zambo de los comediantes. Lució bien mi trabajo, como se vió en la primera representacion. No se oía otra cosa, que continuas alegrísimas palmas, acompañadas de repetidos y aun interminables *vivas*, siempre que salía al teatro algun nuevo personaje, como tambien quando se terminaba alguna escena; por lo que quedáron muy contentos de lo que yo les habia enseñado; y yo quedé mucho mas satisfecho que ellos, no tanto por la vanidad de ser reconocido por autor de su reforma, como por el interés del aumento que con este motivo añadieron á mi pensión.

CAPITULO XIV.

Costumbres de los Comediantes de México, y matrimonio de Fabricio con una Comediante de la misma tropa. De un Charlatán famoso en aquella Capital, y con que ocasion ó motivo se halló el Poeta de Asturias en la gruta del Anacoreta del Canadá.

Mientras tanto (prosiguió Fabricio) con motivo de estar continuamente tratando con aquella casta de gentes, insensiblemente fui tomando el gusto á las irregularidades y desordenes de su género de vida, y me parecia que era una envidiable libertad, y digna del siglo de oro la que ellos se tomaban, para abandonarse sin el menor reparo á todo genero de disoluciones. Observé que, sin hacer el mas mínimo misterio, los maridos eran los rufianes de sus propias mugeres, que ellos mismos las llevaban á casa los galanes y los petimetres, dexandolos á solas con ellas, quando creían que pagarian bien las complacencias, que les dispensasen. Lo mismo hacian la madres con las hijas, teniendose por una grosería y rusticidad imperdonable, sino dexaban

raba corregirles sus defectos, acomodando lo mejor que me era posible á la naturaleza los particulares tonillos con que la echaban á perder los recitantes. Quería que las acciones fuesen correspondientes á las palabras, y que tanto unas como otras expresasen bien las pasiones de que se suponían poseídos. En fin no perdoné diligencia alguna de mi parte, para que mereciese la general aprobacion hasta el mas zambo de los comediantes. Lució bien mi trabajo, como se vió en la primera representacion. No se oía otra cosa, que continuas alegrísimas palmas, acompañadas de repetidos y aun interminables *vivas*, siempre que salía al teatro algun nuevo personaje, como tambien quando se terminaba alguna escena; por lo que quedáron muy contentos de lo que yo les habia enseñado; y yo quedé mucho mas satisfecho que ellos, no tanto por la vanidad de ser reconocido por autor de su reforma, como por el interés del aumento que con este motivo añadieron á mi pensión.

CAPITULO XIV.

Costumbres de los Comediantes de México, y matrimonio de Fabricio con una Comediante de la misma tropa. De un Charlatán famoso en aquella Capital, y con que ocasion ó motivo se halló el Poeta de Asturias en la gruta del Anacoreta del Canadá.

Mientras tanto (prosiguió Fabricio) con motivo de estar continuamente tratando con aquella casta de gentes, insensiblemente fui tomando el gusto á las irregularidades y desordenes de su género de vida, y me parecia que era una envidiable libertad, y digna del siglo de oro la que ellos se tomaban, para abandonarse sin el menor reparo á todo genero de disoluciones. Observé que, sin hacer el mas mínimo misterio, los maridos eran los rufianes de sus propias mugeres, que ellos mismos las llevaban á casa los galanes y los petimetres, dexandolos á solas con ellas, quando creían que pagarian bien las complacencias, que les dispensasen. Lo mismo hacian la madres con las hijas, teniendose por una grosería y rusticidad imperdonable, sino dexaban

ban á los atrevidos gavilanes en toda libertad para domesticarse y familiarizarse con las inocentes palomas. Mi hija, decia una, bien puede estar rodeada de los mas intrepidos, y mas fogosos amantes, se mantendrá mas firme que una roca, burlandose de todas sus amorosas baterías, y de todas sus lascivas sollicitaciones. Sabrá hacer burla de todos, y tenerlos á todos engañados, sin conceder á ninguno el mas mínimo favor. A los mas apasionados los entretiene con esperanzas, que nunca llegan á ser posesion: á los mas atrevidos con promesas, que al cabo los contentará, con tal que moderen un poco su genial temeridad. De esta manera logramos que de todas partes corra el dinero por nuestras casas, sin mancha de nuestro honor. Gran arte es, decia yo entre mí, la de hacer creer que es pura apariencia la que es efectiva realidad; y al contrario, saber embocar por realidad la que solo es una superficial apariencia. Entre las otras Comediantas estaba ésta que usted vé aqui presente. Habia yo puesto en ella los ojos, y ella no me miraba con aversion. La comodidad que teniamos de hablarnos con libertad, nos hizo entrar á los dos en un discurso bastante apasionado. Díxela un dia, que aunque estaba persuadido, á que parecia poco necesario á las mugeres de teatro, hacer grande aprecio de la verdadera honestidad, todavia no sabria yo sufrir, que una á quien de veras amase, se tomase ciertas libertades muy ajenas de la modestia y de las obligaciones de una muger. Soy del mismo

sen-

sentir, me respondió Angelica (este es su nombre) y alabo infinitamente ese christiano y juicioso modo de pensar. En tantos años como llevo de esta profesion, á ninguno de nuestros hombres he oido hablar de esa manera; y mas de una vez he tenido gana de casarme, pero nunca me atreví á hacerlo, porque hasta ahora no he encontrado hombre alguno entre nuestros Comediantes, que pensase con esa vuestra solidez, y honrada delicadeza. Me dan muy en rostro asi las licencias que se toman mis compañeras, como la infame condescendencia de sus maridos: me causan grandísimo horror las disoluciones que veo cometer con la capa, y á la sombra del santo matrimonio. La mayor parte de nosotras solo se casa por poder dar á luz hijos, sin miedo de la murmuracion, y pudiera citaros mas de un exemplo, si quisiera decir, que el hijo de Aurelia no lo es del que se llama su padre, sino del Señor Gomez de Argualto, y el de Liseta no tuvo otro padre que el Cocinero del Virrey. Poco á poco, bella Angelica, la interumpí, no nos empeñemos mas en una materia tan delicada. Basta, y aun sobra lo dicho. Ahora hablemos de nosotros: si me das palabra de serme fiel mientras te durare la vida, ninguna dificultad tendré en darte desde luego la mano. Acepto, me respondió ella prontamente, y desde este mismo punto te miro ya como mi muy amado esposo, á quien unicamente sacrificaré todos mis afectos mientras me durare el aliento. Con efecto hasta aquí me ha

T 2

man-



mantenido rigurosamente su palabra mi querida Angelica, enemiga mortal de toda galantería: apenas acaba de representar el papel que la toca, inmediatamente se retira á un ángulo del teatro, donde pueda ser vista de todos, para librarse de los atrevimientos y sollicitaciones de los pisaverdes. No admite los villetes que la quieren entregar, y llega á tanto su virtud, que desprecia hasta los mas ricos y mas distinguidos regalos. Con un método como este, facilmente creerás, que no puede ser grande nuestra fortuna. Pero qué me importa á mi esto? si por otra parte logro la de tener una muger, que se puede llamar la Penelope de las Comediantas. Muchos años ha que vivo con ella en una perfecta harmonía, ni jamás he tenido el mas mínimo motivo para dudar de su fidelidad, sino en la ocasion que ahora te contaré, y aun en esa es un motivo tal, que bien considerado, redundará en su mayor gloria.

Vino de España á México un famoso Charlatán, hombre de una facundia tan particular, que encantaba con sus discursos á todos quantos concurrían á oírle. Jamás subía á su tablado, sin ver al rededor de sí un grandísimo número de personas á las quales vendía por poco dinero gran cantidad de drogas inútiles, y de remedios impertinentes, quando no fuesen nocivos para todo género de males. Jactábase de ser gran Filósofo, perfecto Alquimista, y singular Zaorí para descubrir los tesoros escondidos en los mas profundos senos de la tierra.

Ofre-

Ofrecía enseñar oculta y reservadamente secretos infalibles para fabricar la piedra filosofál, con tal que se lo pagasen bien, protestando que esta condicion solamente la añadía, para tener con que suplir los inmensos gastos que eran indispensables para lograr la perfeccion de sus químicos experimentos. Se esparció luego por todo México la voz de lo mucho á que se obligaba aquel hombre universal, y la gente de poco entendimiento facilmente creyó que era verdad todo lo que él aseguraba serlo con el mayor descaro, franqueza y seguridad. Muchos deramaban profusamente su dinero para comprarse el disgusto de quedar al cabo burlados, y de que los demás se riesen de ellos, mientras el Charlatán les echaba siempre la culpa del mal efecto de sus químicas operaciones. ¿Por qué no echaste á su tiempo (les decia) en mi alambique aquella yerba? ¿Por qué no atendiste á minorar, ó aumentar el fuego como lo pedía el estado de la operacion, segun yo te lo tenia advertido? Por tu descuido me haces perder el tiempo, la paciencia y el honor: y así no quiero ya servirte. Tal vez un ingenioso juego de manos, con que aparentaba que el cobre, el bronce, ó algun otro metal se convertía en oro, quando le echaba en el hornillo, era bastante para mantenerle el credito, mientras salían hue-
ras tantas otras experiencias.

Por mi desgracia fuí uno de los tontos que mas le creyeron, porque me persuadió mi co-
di-

®

dicia, á que me podia hacer rico á poca costa, y con muchísima facilidad; y mi buena muger, que era aun mas crédula que yo, no me dexaba vivir, azuzandome continuamente para que fuese á verme con el Charlatán, y me ajustase con él. Con efecto, para poder hablarle con mas despacio, y mayor comodidad, aquella misma noche fui á su casa, donde le encontré cenando alegremente con sus compañeros, á costa de los mentecatos que habia engañado aquel día. Me recibió con una seriedad mas que filosófica, y habiendole significado el fin de mi visita; habia hecho firme resolución (me respondió) de no comunicar á nadie, mientras me mantuviese en México, fuese quien fuese, los recónditos arcanos de mi ciencia; pero no obstante, por la particular estimacion que hago de usted (y jamás me habia visto) quiero dispensarme en este propósito, haciendole excepcion de la regla general. Además de eso tampoco quiero pedirle á usted tanto como he pedido á todos los demás; basta que mañana me entregue en un bolsillo no mas que cien doblones, y que por su parte coopere, yendo á los desiertos que yo le indicaré, á buscar ciertas yerbas, cuyas señales tambien se las describiré, las cuales son absolutamente necesarias para la química operacion que se debe elaborar, y puntualmente deben ser cogidas en la luna en que nos hallamos. Quando le oí hablarme de cien doblones con tanta franqueza y serenidad, me

quedé casi sin aliento. No obstante, para que no me despreciase, y salir de aquel apuro lo menos mal que pudiese, solamente le respondí que el día siguiente nos veriamos, y levantando con esto la visita, me fuí derecho á contar todo lo sucedido á mi muger. Lamentabase esta pobre de no tener á la mano aquel dinero, que segun á ella la parecia nos habia de producir ciento por uno, y yo la acompañaba tambien en lamentarme de nuestra miseria. En este desconsuelo estabamos los dos, quando llamó á nuestra puerta un Mercader muy rico de Sevilla, que pocos dias antes habia trabado conmigo una estrecha amistad, y luego que nos vió, conoció que uno y otro estabamos turbados: ¿qué teneis amables esposos? nos preguntó: ¿qué desgracia os ha sucedido, y os tiene tan abatidos? Señor, le respondí, nuestra desgracia es de aquellas que apenas tienen remedio. Mañana muy temprano debemos pagar cien doblones, y no sabemos donde nos hemos de revolver para encontrarlos. ¿Y no mas que por cien doblones, replicó el Mercader, os afligís tanto? Toma Fabricio esta llave de mi cofre, y en él encontrarás una bolsa, donde hallarás justamente esa cantidad. Anda al instante, cógela, sirvete de ella, y vuelve á restituirme la llave, que aquí te estoy esperando. Me sorprendió la no esperada generosidad del Mercader; pero como tenia tan en el corazon la piedra filosofál, nada me detuve en aceptar el generoso regalo. Agar-

ré la llave, y partí volando para traer á mi casa los cien doblones, sin advertir que no era la cosa mas segura, ni mas prudente dexar sola á mi muger con un hombre tan liberal. El tal Comerciante con efecto no tenia otro fin en deramar su dinero con tanta profusion, sino precisamente el de ganar el corazon de mi esposa con aquella bizarría. Asi, pues, mientras yo iba y venia, no tuvo poco que hacer mi fidelísima Angelica en valerse de todo su espíritu, y de toda su modestia para repeler las proposiciones que la hizo el falso amigo Sevillano. Este solamente me habia franqueado tan liberalmente su oro, para comprar con él mi infamia y la traicion de mi esposa, y quando la encontró tan poco dispuesta á condescender con sus alevosas demostraciones, es natural que estuviese ya muy arrepentido de haber andado tan bizarro, sin juicio y sin consideracion. No obstante procuró disimular conmigo su disgusto, pues ninguna novedad observé en él, quando volví con su dinero á mi casa, de la qual se partió el dichoso Mercader, esperanzado quizá en que con el tiempo expugnaria aquella fortaleza, que muy contra su expectacion habia encontrado en tan buen estado de defensa.

El dia siguiente sin perder tiempo fui á entregar mis cien doblones al Charlatán, y este me puso en las manos una especie de carta topográfica, en la qual se veían diseñados ciertos países desiertos del Canadá, en los quales me dixo en-

encontraria la singularísima yerva, que era indispensablemente necesaria para la química operacion de la piedra filosofal. Al mismo tiempo me entregó tambien otro diseño de la misma yerva, estampada primorosamente, con su propia dimension, colores y figura; pero me hizo una advertencia por cierto muy singular. Esta portentosa yerva (me dixo) á todos se hace invisible, si no llevan consigo una muger casada, que haya conservado intacta la fé conyugal á su marido. ¡O! (exclamé yo entónces) siendo eso así, estoy tan seguro de encontrarla, que ya me parece tenerla entre las manos. Tengo una muger, que puede pasar por el modelo mismo de la honestidad, y no creo que haya otra igual en el mundo. Me alegro mucho, replicó el Charlatán; y el éxito de tu comision nos dirá si es tal, como á tí te parece. Despedíme de él, y volví derecho á mi casa, donde informé á Angélica de todo lo que habia pasado, como tambien de lo que debíamos hacer. Preguntéla, si se atrevería á venir conmigo en busca de aquella maravillosa yerva, que se escondia á los ojos de todas las casadas infieles? Prontísima estoy, me respondió sin rastro de temor, ni de embarazo, á seguirte donde quiera que fueres y quisieres. Vamos, vamos quanto antes; y si para encontrar esa piedra de los Filósofos no es menester mas, que el que la busque una muger casada, que sea casta y recatada, nosotros, queriendo Fabricio, seremos los dos afortunados esposos que poseeremos ese importantísimo secreto. Par-

timos pues de México, sin dar parte de nuestro viage á ninguna alma viviente, y siguiendo el camino que señalaba la carta topográfica, ó el pequeño mapa que yo llevaba conmigo, y que á cada paso consultaba, despues de algunas jornadas comenzamos á entrar en los desiertos de que me habia hablado el Charlatán. Estos son, dixé entonces á mi esposa, los felicisimos campos Eliseos, que producen aquella milagrosa planta, que asegura á los maridos de la honestidad de sus mugeres, y sirve tambien para que logren una vida tan abundante de riquezas, como colmada de años. Animo pues, ¡ó fenix de las mugeres de nuestros tiempos! toma este diseño, confróntale con las yervecillas que vieres en estos verdes campos, y mira si algunas se parecen á la figura que el diseño representa; y diciendo esto, la entregué el diseño de la planta que tanto me habia ponderado el Charlatán. Tomóla Angélica, y comenzó á caminar muy poco á poco, mirando siempre á la tierra, y baxándose á ella de quando en quando, engañada de la semejanza, para coger la que tenia alguna con el vegetal deseado: lo que hacia con mano trémula, temiendo, como sucedió, que ninguna de las que habia arrancado era verdadero original de la copia que tenia en la mano. Anduvimos muchos dias por aquellos campos, derritiéndonos por el dia los ardientes rayos del sol, y expuestos por las noches á los peligrosos rocíos de aquel país, sin que se presentase á los ojos de Angélica la yerva tan deseada.

v. omo Ya

Ya comenzaba yo á dudar, si era tan casta como me parecia, y si lo único que nos impedia el encontrar la suspirada planta, era algun descuido en su fidelidad. Preocupado de esta sospecha, quizá me hubiera precipitado en alguna cruel y bárbara resolucion, si aquella misma mañana no hubiera encontrado, no muy lejos de aquí, á un pobre hombre, bañado todo en lágrimas, que estaba enterrando el casi ya corrompido cadáver de una infeliz muger. Al ver aquel espectáculo, me paré y pregunté al buen hombre, qual era el motivo que le hacia derramar tantas lágrimas. Quedé aturdido quando le oí responder, que el Charlatán de México era el que le habia precipitado en un abismo de miserias. Y me contó que le habia dado á entender poco mas ó menos lo mismo que me habia dicho á mí; y que muy persuadido á que era verdad lo que le habia encaxado, se puso muy alegre en camino con su querida muger, y que como ésta no habia podido encontrar aquella quimérica yerva, él lo atribuyó unicamente á alguna deshonestidad de su inocentísima esposa, y arrebatado de un furioso primer movimiento, la habia cosido á puñaladas, dexando el cadáver sobre la tierra, á merced de las fieras y las aves. Añadió, que despues de esta cruel barbaridad se habia vuelto á México medio desesperado, y halló que el infame impostor, despues de haber engañado á muchas personas, y chupádolas su dinero, habia desaparecido de repente, sin saberse donde paraba,

v. 2

ba,

ba, ni qué se habia hecho de él. Esta relación, prosiguió Nuñez, fué para mí, y para mi buena Angélica el remedio eficaz y saludable, que curó radicalmente la locura de entrambos. A la verdad, yo no pude menos de sentir la pérdida de los cien doblones, pero acordándome de que este dinero no me habia costado mas que dar las gracias al mercader, poco á poco me fui consolando. Y viéndome en este desierto tan distante de México, que me habia traído á esta gruta por casualidad, me sentí con una grandísima gana de entrar á verla, sin duda por un cierto presentimiento del corazón, de encontrar en ella alguna extraordinaria aventura, como efectivamente se verificó; pues para mí no puede haber otra mayor ni mas rara, que la de haberme hallado en un sitio tal con el mayor amigo que he tenido, que tengo, ni espero tener en este mundo.

CAPITULO XV.

De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y como éste se despidió de aquel.

Me reí fuertemente, prosiguió Gil Blas, de la cre-

credulidad de Fabricio, y no pude menos de decirle lo mucho que me maravillaba de que un hombre de su despejo, y que habia dado tantas pruebas de un entendimiento nada vulgar, se hubiese dexado engañar de un Charlatán, creyéndole unas cosas, que tenian tanto de irracionales, como de inverosimiles. Todo aquello que se desea con ansia, se cree con facilidad, me respondió Nuñez, y en verdad que no fuiste tú menos crédulo, ni mas prudente que yo, quando diste tanto crédito á las grandes mentiras que te encaxó aquel truhan petardista, que te sopló la cena en el meson de Peñafiel, ni mucho menos en Valladolid, quando la prima de Doña Mencía Mosquera hizo contigo el famoso cambio del anillo, que la habia regalado su tío el Gobernador de las islas Filipinas. Pero yo en aquel tiempo (le repliqué) era muy mozo, sin experiencia del mundo, y por consiguiente sin obligacion á saber distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mas dexemos á un lado nuestras juveniles ligerezas, y permíteme que te dé mil enorabuenas por tu feliz matrimonio. Hícele mis cumplimientos, celebrando mucho la decantada honestidad de su muger; pero al mismo tiempo haciendo conocer á uno y á otro, que la profesion del teatro era muy peligrosa para conservarse por largo tiempo ilesas entre los desórdenes que la acompañan. Estoy bien persuadido á eso, respondió Fabricio; pero á qué oficio nos hemos de

ba, ni qué se habia hecho de él. Esta relación, prosiguió Nuñez, fué para mí, y para mi buena Angélica el remedio eficaz y saludable, que curó radicalmente la locura de entrambos. A la verdad, yo no pude menos de sentir la pérdida de los cien doblones, pero acordándome de que este dinero no me habia costado mas que dar las gracias al mercader, poco á poco me fui consolando. Y viéndome en este desierto tan distante de México, que me habia traído á esta gruta por casualidad, me sentí con una grandísima gana de entrar á verla, sin duda por un cierto presentimiento del corazón, de encontrar en ella alguna extraordinaria aventura, como efectivamente se verificó; pues para mí no puede haber otra mayor ni mas rara, que la de haberme hallado en un sitio tal con el mayor amigo que he tenido, que tengo, ni espero tener en este mundo.

CAPITULO XV.

De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y como éste se despidió de aquel.

Me reí fuertemente, prosiguió Gil Blas, de la cre-

credulidad de Fabricio, y no pude menos de decirle lo mucho que me maravillaba de que un hombre de su despejo, y que habia dado tantas pruebas de un entendimiento nada vulgar, se hubiese dexado engañar de un Charlatán, creyéndole unas cosas, que tenían tanto de irracionales, como de inverosímiles. Todo aquello que se desea con ansia, se cree con facilidad, me respondió Nuñez, y en verdad que no fuiste tú menos crédulo, ni mas prudente que yo, quando diste tanto crédito á las grandes mentiras que te encaxó aquel truhan petardista, que te sopló la cena en el meson de Peñafiel, ni mucho menos en Valladolid, quando la prima de Doña Mencía Mosquera hizo contigo el famoso cambio del anillo, que la habia regalado su tío el Gobernador de las islas Filipinas. Pero yo en aquel tiempo (le repliqué) era muy mozo, sin experiencia del mundo, y por consiguiente sin obligacion á saber distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mas dexemos á un lado nuestras juveniles ligerezas, y permíteme que te dé mil enorabuenas por tu feliz matrimonio. Hícele mis cumplimientos, celebrando mucho la decantada honestidad de su muger; pero al mismo tiempo haciendo conocer á uno y á otro, que la profesion del teatro era muy peligrosa para conservarse por largo tiempo ilesas entre los desórdenes que la acompañan. Estoy bien persuadido á eso, respondió Fabricio; pero á qué oficio nos hemos de

de aplicar para comer? Yo no me acomodo á servir, ni mi Angélica es menos amiga que yo de vivir independiente. Siendo eso así, le repliqué, nada tengo que deciros, porque en el estado en que me hallo, no puedo ofrecerte empleos, como lo podía hacer quando era confidente del primer Ministro. Así, pues, lleva adelante tu genio, y diviértete en componer comedias, mientras yo en mi vida solitaria me entretengo en componer obras morales. ¡Cómo así! repuso Fabricio, quedando atónito al oír que el Señor de Santillana se había convertido en maestro de Moral. Sí, amigo, le respondí, y no te admires de eso; porque te hago saber, que tengo aquí una decente provision de libros, que tratan de esta ciencia, con cuya continua lectura he adquirido suficiente noticia de especies, bastantes á mí parecer para no desmerecer el título de Autor entre tantos como escriben sobre esta materia. Hazme el favor (me dixo entonces Nuñez) de dexarme ver alguno de tus trabajos, que no podrán menos de ser de un estilo puro, terso, castizo y elegante; siendo, como no dudo que será, muy parecido al de tus dos maestros el Arzobispo de Granada, y el Conde de Orvalies. Presenté un manuscrito mio al poeta de Asturias; pasó rápidamente los ojos por el sumario que estaba al principio, y despues de haber visto por éste el método de la composicion, y los puntos que en ella se tocaban, me restituyó el libro diciendo: ésta es una

una obra dignísima de que todo el mundo la lea: yo te aconsejo, que quanto ántes la des á la imprenta. Pues yo (le repliqué) estoy pensando en otra cosa. ¿Pues en qué piensas? me preguntó. En darla á las llamas, le respondí, para que la hagan ceniza. ¿Y eso por qué? me volvió á preguntar. Porque yo me habia lisongeado (le volví á responder) de haber compuesto una obra, de la qual no se pudiese hacer juicio prudente hasta haberla leído toda con mucha madurez, y considerado con la mayor atencion; y veo que tú, solo con pasar los ojos arrebatadamente por una ó dos páginas, has hecho ya juicio de ella: señal de que solo contiene cosas vulgares y muy sabidas, sin que en ella se encuentre cosa alguna que merezca particular atencion. Tú eres demasiadamente delicado, me replicó Nuñez, y se conoce bien que viviste en la Corte mucho tiempo; yo solo hice juicio del método y coordinacion del libro, y me agradó tanto, que desde luego me pareció que sería correspondiente á ella todo lo restante. Ese compendioso modo (repuse yo) de pronunciar sentencias definitivas sobre el mérito ó demérito de los libros, no me parece muy diferente de la que pronunció tu comensal Villegas sobre la Ifigenia de Eurípides. Mas yo no quiero altercar contigo; vete ahora á dormir, que mañana discurriremos mas despacio sobre lo que se ha de hacer con la tal obra mia. Condúxele á su

quar-

quarto, y quedó fuera de sí quando en el corazon del Canadá se vió dentro de una pieza alhajada á la Española, y estoy por decir, que á vista de esto nada tuvo ya que desear, despues que se le desvaneció la esperanza de hallar el misterioso ingrediente para hacer la piedra filosofal.

Luego que desperté el dia siguiente, esperé á que mis huéspedes se levantasen de la cama, y apenas me vió Fabricio, quando me dixo: Gil Blas, tú en todo has de ser un hombre singular y raro. Vives aqui como un verdadero Anacoreta en quanto á la soledad y á las costumbres; mas por lo que toca al regalo, comodidad y conveniencias de la habitacion, no veo gran diferencia entre el Anacoreta y el Cortesano. Calla, lengua mordáz y satírica (le repliqué yo): debieras tener presente que yo no soy uno de aquellos Hermitaños austeros y penitentes, que afectan este género de vida con el torcido fin de hacerse unos haraganes, y mantenerse á costa de la credulidad de los fieles. Yo me mantengo aqui de lo que es mio, sin ser gravoso á nadie, y solamente busqué en esta soledad mi quietud, y un asilo contra las tentaciones del mundo. Nunca pensé en dormir sobre unas pajas, ó sobre la desnuda tierra, ni echarme acuestas un saco grosero, y de hechura particular, porque conocí que no era esa mi vocacion. Procuré proporcionar mi retiro á lo que era compatible con mis fuerzas,

con

con mi edad y con mi temperamento; y en el aseó de esta mi estrecha habitacion solo he procurado mostrar, que no vive en ella un hombre entregado á la poltronería, ni mucho menos á la desesperacion. Despues de esta breve satisfaccion que dí á nuestro Poeta, le convidé á él y á su muger á que entrasen en el huertecillo, donde les hice una exácta descripcion de mis diarias distribuciones, que observaba inviolablemente, de lo que ambos quedaron sumamente edificados, teniendo, segun decian, gran envidia á mi suerte. Mientras tanto Fabricio se puso á componer sonetos y madrigales en todos los ángulos del jardin, y como esta era su pasion, se embebió en ella de manera, que enteramente se olvidó de volverme á hablar sobre mi libro de moral. El dia siguiente se volvió á México con su muger, diciendo que le estaban esperando con ansia los Comediantes para continuar sus representaciones. Desde entonces acá se han pasado veinte años, y en todo este tiempo no ha entrado en esta gruta alma viviente mas que tú, salvo el que una vez al año me trae mis provisiones de boca. Todas mis diversiones se han reducido á leer en mis libros, trabajar en mi huertecillo, y borrar papel con algunas de mis geniales composiciones. Y por lo que toca á las de moral, me determiné á quemarlas, no ya por lo que me sucedió con Nuñez, sino porque me pareció, que me venía alguna vanidad por aquel tal qual trabajo mio, y que le miraba con alguna pasion,

TOMO V.

X

dos

dos afectos que me resolví á vencer, sacrificándolos á mi quietud.

Así acabó su historia vuestro ilustre abuelo, me dixo el Soldado volviendose hácia mí; y aquí tambien puso él punto á su relacion; diciendo, que las cosas que le restaban por contar eran tantas y tan singulares, que pedian mucho tiempo, y él tambien necesitaba un poco de reposo, y tomar aliento para poder proseguirlas.

CAPITULO XVI.

Continuacion del viage del mozo Siciliano. Su detencion en Cotrona, y el motivo de ella. Trava amistad con un tal Demetrio, natural de la Isla de Cefalonia, y navega con él á dicha Isla.

Mientras tanto nos fuimos alejando de las costas de Sicilia, y nos hallabamos en la altura del Cabo de Spartivento, dirigiendo nuestro rumbo hácia el golfo de Squilache, para entrar en el puerto de Cotrona, donde el Capitan de nuestro navío debia dexar algunos géneros, que pertenecian á varios Mercaderes de la Calabria. Luego que desembarcamos allí, cayó enferma mi querida Irene, y fue preciso detenernos en una Ciudad,

dad, que aun no estaba á la mitad de nuestro viage, y temí que fuese sepulcro de aquella joven amabilísima. Era muy violenta su enfermedad, y hubiera cedido á ella la tierna y delicada doncellita, si un mocito de Cefalonia, que por casualidad se hospedaba en la misma posada, no nos hubiera sugerido algunos remedios, que no conocian los otros Médicos. Fue tanta su actividad, que en pocos dias se halló enteramente sana, recobrando todas sus fuerzas, y con ellas tambien toda su antigua belleza. Gran consuelo para un hombre que ama de veras, ver como resucitado de muerte á vida al digno objeto de su casto amor. Me declaré sumamente obligado al Cefaleno, y debiendo éste partir, me determiné á irme con él en aquel viage. Metímonos, pues, Irene, el Soldado y yo, juntamente con el Isleño, en una falúa, y atravesando felizmente todo aquel trecho de mar que hay entre el Promontorio Ricciuto y el de San Sidiro, en solos dos dias de navegacion nos puso en tierra en la misma Cefalonia, capital de aquella Isla. No permitió el Cefaleno que nos hospedásemos en otra parte que en su casa, donde fuimos recibidos por su padre, que era un venerable viejo, con un amor y un agasajo poco ordinario en la nacion Griega. Desde aquí escribí á mi padre, informándole de todo lo que me habia sucedido hasta entonces, y suplicándole, no solo que solicitase el permiso de poder restituirme libremente á la patria, y el consentimiento de los padres de Irene, para nuestros

esponsales, sino tambien que se sirviese enviarme algun dinero para poder mantenernos. Seis meses tardó en ir y venir la respuesta de esta carta, que al cabo llegó acompañada con una letra de cambio de seiscientos pesos. En medio de las severas palabras con que mi padre me afeaba lo que habia hecho, conocí que estaba igualmente afligido, que compadecido de mis sucesos, y me prometia hacer todo lo posible para consolarme. Durante este tiempo me habia estrechado tanto con nuestro joven albergador, cuyo nombre era Demetrio, que no podia estar un instante sin él. Habíale confiado todas mis aventuras, y él se mostraba infinitamente compadecido de la resolución que el amor me habia precisado á tomar. Con efecto por su parte no dexaba de practicar conmigo algunas de aquellas honradas y generosas acciones, que usan entre sí los verdaderos amigos, y yo me lisongeaba de tener en él el mayor y el mas fiel que podia haber entre los hombres. Exercitaba la medicina con infinito crédito, porque hacia curas, que le merecieron el nombre de *Esculapio de su tiempo*. Tenia secretos muy particulares, que él solo elaboraba por sí mismo, lo que le grangeaba el ódio mortal de todos los Boticarios. Era enemiguísimo de sacar sangre, y queria que todos sus enfermos bebiesen vino generoso y vigoroso. Decia, que este valiente específico ayudaba muchísimo á expeler las materias morbosas, y que teniendo tanto de cordial, preservaba las entrañas de todos los asaltos malignos. Sostenia

nia con el mayor empeño, que algunos específicos que nos vienen de lejanos países, de nada servian á los temperamentos de nuestro clima, y por eso abominaba del Ruibarbo y de la Quina, como de remedios pestilenciales. Era sectario de la escuela Salernitana, y nunca curaba los cuerpos sino con una rigurosísima dieta, no permitiendo á sus enfermos otro alimento que de algunos ligerísimos líquidos. Mas no por eso dexaban de irse al otro mundo, quando les llegaba su tiempo; pero esto siempre lo atribuía él, ó á que no habian bebido toda aquella cantidad de vino que les ordenaba, ó á no haber observado toda aquella rigurosa dieta que les prescribia. Algunas veces me divertia yo en acompañarle á sus visitas, y de esta manera poco á poco me iba instruyendo en el método de medicar, como si efectivamente tuviera ánimo de abrazar aquella profesion.

Llegó mientras tanto la templada y tentadora estacion del Otoño, y todos determinamos ir á pasar á una bella casa de campo que tenia el padre de Demetrio en las cercanías de Argóstoli, para gozar de las diversiones propias de aquella última parte del año. Un dia que quedamos solos Irene, el Soldado y yo, porque Demetrio se habia ido á la Ciudad, segun él mismo nos lo habia prevenido, á visitar no sé qué gran Señor que estaba enfermo, nos fuimos paseando hácia la orilla del mar, que estaba poco distante, y habiendonos sentado todos, supliqué al buen genio de Isidoro, nos hiciese el gusto de proseguir la

His-

Historia de mi abuelo, que dexó imperfecta y cortada, quando estabamos á bordo en el navio Inglés. No se hizo de rogar el Soldado, antes bien tardó poco en complacerme: tosió, gargajeó, sonóse, y prosiguió su relacion de esta manera.

CAPITULO XVII.

Vuélvese á atar la Historia de Gil Blas, y cuenta Matilde los sucesos de su vida.

Matilde y yo, dixo el Soldado, mirabamos á Gil Blas con sumo respeto, y con igual veneracion, y él nos correspondia, mirandonos como si fuéramos dos hijos suyos; pero como todavia no le habiamos declarado que aquella fuese muger, quedó muy sorprendido, quando ella misma le dió noticia de su verdadero sexô. Pero no basta, añadió la doncellita, que yo os informe de que soy muger disfrazada en traje de hombre: es menester que además de eso sepais, por qué motivo, y quanto tiempo há que desmiento mi verdadero sexô á la sombra de este traje. Yo, Señor, nací en Trivento, Ciudad poco numerosa del Condado de Molisa en el Reyno de Nápoles, en la que gozaba mi padre cierto feudo, que además de otros títulos, tenia adjunto el de Marqués, y era hereditario en nuestra casa. A mi madre no la conocí, porque murió pocos dias después que me dió

dió á luz: solo sé, que era de una casa noble del Abruzo. Quando murió Carlos Segundo, exercia mi padre un empleo muy honorifico en el Reyno por nombramiento de aquel Monarca; pero como se habia dedicado todo al servicio de la Casa de Austria, todos sus bienes se le confiscaron, quando subió al Trono de España Felipe Quinto, por lo que se vió precisado á refugiarse á Alemania con toda su familia, donde logró tambien algunos empleos lucrosos, con que pudo mantener el esplendor de su nobleza; y siendo nombrado poco despues para seguir al Archiduque á España, quiso llevarme consigo, quando solo contaba yo de once á doce años. Desembarcamos en Lisboa, donde me dexó en el Palacio de la Duquesa de Alburquerque, la qual hacía gran figura en la Corte de Portugal, y de alli partió mi padre á campaña á los confines de Estremadura, sin que yo le hubiese vuelto á ver, porque murió de una grave enfermedad en el ejército, dexandome heredera de las esperanzas de recobrar sus bienes, quando la guerra se terminase. No ignoraba mis derechos un Fidalgo Portugués, que frequentaba la casa de la Duquesa, y se llamaba Don Lope de San Sebastian, y quiso asegurarse de la expectativa de mi herencia, arrebatandome atrevidamente de las manos de mi Excelentísima depositaria. Con efecto logró su intento sin mucha dificultad, por lo mismo que ninguno podia imaginar, que tuviese valor para semejante temerario atrevimiento. Llevóme en sus brazos al puerto, y allí me

me embarcó en una nave, que en aquel mismo momento iba á partir para el Brasil, y luego que nos vimos en alta mar, me dixo: Señora, sin duda debeis perdonarme un exceso de amor, que me obligó á cometer un raptó, del qual espero que con el tiempo no os pesará; sin embargo, vos sois Señora absoluta de vuestro corazón; ni debeis pensar, que yo pretenda obligaros á darme la mano de esposa sin pleno consentimiento de vuestra libre voluntad. Efectivamente era un Caballerito muy Christiano y muy atento, de gran docilidad, y de la mayor condescendencia: me trató siempre con todas las respetuosas atenciones de la mas circumspecta honestidad, y de la mas noble y caballerosa educacion; de manera, que yo insensiblemente comencé á amarle con una especie de ternura, que jamás habia sentido por ningun hombre. Volaba por las ondas nuestra nave, y parecia que el cielo se declaraba parcial de nuestra navegacion. Arribamos felizmente al Brasil, donde pensaba él celebrar nuestro matrimonio con la mayor suntuosidad, aparato y magnificencia; pero habiendo hecho mi raptó grandísimo estrépito en la Corte de Lisboa, Don Lope fue declarado bandido á voz de pregonero, por la grande autoridad de la Duquesa de Alburquerque, y habiendose sabido que nos habiamos pasado al Brasil, se despacharon requisitorias con mucho encargo al Virrey, y á todos los Gobernadores de aquel Reyno, para que inmediate-

ma

te

se le prendiesen, y en partida de registro le enviásen luego á Lisboa. Tuvo con tiempo aviso pronto y reservado de estas órdenes por un Secretario del Gobierno, y pensó luego en que nos retirásemos de la ciudad de Todos Santos, donde nos hallábamos, para librarnos de las manos de la Justicia. A la sazón se hallaba en la Bahía una nave Holandesa, y ésta fué nuestro asilo, aunque sin habernos podido casar ántes que la tal nave se hiciese á la vela. Don Lope me habia tratado siempre como correspondía á un honestísimo Caballero, considerándome como hermana, hasta que llegáse el tiempo de mirarme como esposa. La nave Holandesa se volvía á Europa, y Don Lope habia ideado trasladarse de Holanda á la Corte de Viena, esperando que el Embaxador de Portugal en ella, grande amigo suyo, podria interesar al Emperador, para que pidiese mi persona al Rey su Señor por una gracia muy particular; pero todos estos proyectos se desvanecieron en el ayre, porque se encontró nuestra nave Holandesa con una Esquadra Española, á la qual fué preciso rendirse. Hiciéronnos prisioneros á D. Lope y á mí; pero con fortuna muy diferente, porque habiendo querido Don Lope que me vistiese de hombre, desde que resolvimos salir fugitivos del Brasil, todos me tuvieron por tal, y conducida al navío donde estaba el Comandante de la Esquadra, no volví á ver al enamorado autor de mi raptó, el qual quedó separado de mí en la revista que se hizo de todo nuestro equi-

TOMO V.

Y

pa



page. A pesar de mi desgracia tenia yo grande amor al que habia de ser mi esposo, tanto que hasta ahora no me he olvidado un punto de él. Admirábame sí, y siempre me admiré de que no hubiese encontrado modo de recobrarne, ó á lo ménos de saber en qué manos habia venido yo á parar: lo que desde entónces me hizo sospechar que segun el mas comun estilo de los hombres, enteramente se habia olvidado de mí. En medio de eso siempre está presente á mi memoria, y no puedo ménos de amarle aun quando le sospecho infiel. Me condujeron, pues, á Vera-Cruz, y desde allí pasé á México, haciendo figura de page de un Señor, hombre ya de muchos dias, y dueño de muchos mas doblones, grande amigo de cierto mercader de Madrid, tan rico y tan poderoso como él. Ya habrás conocido tú (prosiguió mirándome á mí) que éste tal mercader era justamente el dueño de aquella casa, de que tanto abominé, quando nos escapamos del poder de los Canadienses: le agradó mi fisonomia al tal Señor Comerciante, y pidió á mi amo, que me dexáse en su casa. Poca dificultad tuvo en darle éste gusto, porque debiendo volver á embarcarse presto para restituirse á España, consideró que mi persona, así por los pocos años que mostraba, como por la delicadeza de mi temperamento, mas le podía servir de embarazo, que de alivio, particularmente si llegaba el caso de pelear con los enemigos. Y éteme aquí domestico ya del Señor Beltrán de Naiva, que este era

el nombre del dichoso mercader. Una vez me llevó consigo á su casa, ó factoría del Canadá, y en cierta ocasion, que me oyó quejar y suspirar, creyéndome sola, y que nadie me sintiese, conoció que era muger disfrazada en traje de hombre. Inmediatamente se convirtió su corazon en un volcan de fuego libidinoso, y llamándome aquella noche á su quarto, luego que entré me tomó las manos, y apretándolas estrechamente entre las suyas, me declaró con los transportes mas violentos y mas apasionados su detestable amor, conjurándome con las mas vivas expresiones, y con los mas patéticos afectos, que descendiese con sus infames deseos. Hacíame mil promesas, ofrecíame oro, galas, joyas, y en fin hacerme heredera de todo quanto tenia, supuesto que se hallaba sin hijos, y sin heredero alguno forzoso. Me persuado á que ya ustedes creerán, que resistí á todas estas sollicitaciones con toda aquella indignacion, y con todo aquel espíritu que correspondia á mi nacimiento, á mi reputacion y á mi crianza, y que pasando de la repulsa á los improperios que merecia tan villano atrevimiento, no fuí escasa de ellos con aquel insolente comerciante de Madrid. Mal hombre (le dixé) quando el diablo te sugiera semejantes torpísimos pensamientos, nunca tengas valor para proponerlos á muger que haya nacido con mis obligaciones. Mucha ha sido tu temeridad en atreverte á tentar con tan fea pretension á una doncella, por cuyas venas corre una san-

sangre pura, noble y christiana, heredada de sus mayores, y cuyo corazon está animado con la pureza de un espíritu, correspondiente á su nacimiento, y á la santísima religion que profesa. Vete, sucio viejo, con esas pueras pretensiones á los postribulos, ó casas de mugeres públicas, y nunca te lisongees de poder vencer con ellas á una doncella de mi clase y calidad. Se quedó suspenso aquel hombre por un rato, y persuadido á que nada conseguiria de mí con toda su facundia y villana generosidad, se avalanzó furioso á mí para violentarme; le repelí con rabia, y salí corriendo de su casa, entregándome á la fuga, sin reparar en la obscuridad de la noche, ni en los peligros á que me exponia en un país para mí enteramente desconocido. Tomé el primer camino que al salir de una puerta se me puso delante, caminando con indecible velocidad, sin tomar el menor reposo, hasta llegar á la orilla de aquel riachuelo, desde donde descubrimos la luz que nos guió por nuestra gran fortuna á esta bendita y venerable cueva. Seguí mi camino por su margen, y al despuntar el día me hallé en el valle contiguo á la soterranea poblacion de los Canadienses. Sin duda que me debieron descubrir desde aquellos espesos matorrales, que les sirven de atalayas, porque baxando presurosos por diferentes sendas, me sorprendieron, y arrebatadamente me llevaron á sus madrigueras. Descubríme por Italiana, y esto me valió como á tí,

pa-

para no ser cruelmente sacrificada, pues ya me habian llevado para este fin á la casa de su Sacerdote, el qual despues me instruyó en sus disparatados dogmas, para que quando estuviere bien catequizada, abjurase nuestra santa religion, y abrazáse su impia secta. Lo demás ya lo sabes tú, y lo podrás añadir á la narracion de tus sucesos para contentar la inocente curiosidad de nuestro benigno bienhechor y albergador.

CAPITULO XVIII.

Fin de la historia de Gil Blas. Arribo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario Hermitaño, é impensado arribo de Don Lope.

Habiendo Matilde dado fin á su relacion de esta manera, dí yo principio á la mia, y despues que Gil Blas nos oyó á entrambos con extraordinaria atencion; paréceme, hijos míos, nos dixo, que estoy viendo como la divina Providencia os ha preservado de tantas desgracias para haceros gozar un dia algun rayo de felicidad. Los males que se padecen en los mas floridos años de la juventud, por lo comun se convierten en mayores bienes, quando se llega á una edad mas provecta; y si sufrimos con paciencia y constancia las adversidades, la divina

Mi-

sangre pura, noble y christiana, heredada de sus mayores, y cuyo corazon está animado con la pureza de un espíritu, correspondiente á su nacimiento, y á la santísima religion que profesa. Vete, sucio viejo, con esas pueras pretensiones á los postribulos, ó casas de mugeres públicas, y nunca te lisongees de poder vencer con ellas á una doncella de mi clase y calidad. Se quedó suspenso aquel hombre por un rato, y persuadido á que nada conseguiria de mí con toda su facundia y villana generosidad, se avalanzó furioso á mí para violentarme; le repelí con rabia, y salí corriendo de su casa, entregándome á la fuga, sin reparar en la obscuridad de la noche, ni en los peligros á que me exponia en un país para mí enteramente desconocido. Tomé el primer camino que al salir de una puerta se me puso delante, caminando con indecible velocidad, sin tomar el menor reposo, hasta llegar á la orilla de aquel riachuelo, desde donde descubrimos la luz que nos guió por nuestra gran fortuna á esta bendita y venerable cueva. Seguí mi camino por su margen, y al despuntar el día me hallé en el valle contiguo á la soterranea poblacion de los Canadienses. Sin duda que me debieron descubrir desde aquellos espesos matorrales, que les sirven de atalayas, porque baxando presurosos por diferentes sendas, me sorprendieron, y arrebatadamente me llevaron á sus madrigueras. Descubríme por Italiana, y esto me valió como á tí,

pa-

para no ser cruelmente sacrificada, pues ya me habian llevado para este fin á la casa de su Sacerdote, el qual despues me instruyó en sus disparatados dogmas, para que quando estuviere bien catequizada, abjurase nuestra santa religion, y abrazáse su impia secta. Lo demás ya lo sabes tú, y lo podrás añadir á la narracion de tus sucesos para contentar la inocente curiosidad de nuestro benigno bienhechor y albergador.

CAPITULO XVIII.

Fin de la historia de Gil Blas. Arribo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario Hermitaño, é impensado arribo de Don Lope.

Habiendo Matilde dado fin á su relacion de esta manera, dí yo principio á la mia, y despues que Gil Blas nos oyó á entrambos con extraordinaria atencion; pareceme, hijos míos, nos dixo, que estoy viendo como la divina Providencia os ha preservado de tantas desgracias para haceros gozar un dia algun rayo de felicidad. Los males que se padecen en los mas floridos años de la juventud, por lo comun se convierten en mayores bienes, quando se llega á una edad mas provecta; y si sufrimos con paciencia y constancia las adversidades, la divina

Mi-

Misericordia nos la recompensa , derramando largamente en nuestros corazones una alegría muy superior á la que causan los engañosos gustos de esta vida. Continúad, hijos míos , á vivir como habeis comenzado , y tú bella Matilde , guarda fielmente en tu pecho el asiento que has concedido en él á tu amante Don Lope de San Sebastian , porque no desconfío de que llegue algun dichoso dia en que le vuelvas á encontrar, y le halles aun mucho mas amable de lo que jamás te pareció en todo el tiempo pasado. Asi nos consoló el Santo hombre, el qual nos intimó , que desde aquel mismo punto el quarto que nos habia señalado para Matilde y para mí , teniéndonos á entrambos por varones, debía servir solamente para Matilde , y á mí me destinó para su compañero de celda. Duró nuestra vida en aquel santo lugar un año entero , porque no hubo forma de dexarnos partir ántes, quizá por alguna oculta disposicion del cielo, que sin violencia y muy naturalmente nos iba preparando la oportunidad de los lances , que ireis oyendo despues. No me acuerdo de haber tenido en toda mi vida otra mas quieta , mas alegre , ni mas esenta de toda pesadumbre , disgusto y amargura. Teníamos distribuido todo el tiempo en la oracion , en la leccion de libros espirituales , y en el trabajo de manos. Quien cuidaba de la cocina disponiendo la comida y la cena; quien iba á cortar leña al vecino bosque; quien tenia á su cargo el cabar , regar y cultivar el huer-

te-

tecillo recogiendo la fruta y las diferentes ensaladas que nos producía.

Un dia se dexó ver en la gruta un hombre en traje de marinero. Me hallaba yo á la puerta de ella , entretenido en varios pensamientos , y me preguntó ; si vivia el Señor Gil Blas de Santillana? Respondíle que sí , y que gozaba de una muy buena salud á pesar de sus muchos años. ¡ Bendito sea Dios! exclamó , que me ha dado el consuelo de poder ver ántes de morir á mi muy querido amo. Al oír esta última palabra , no tuve la menor duda , de que aquel hombre era el famoso Scipion , de quien se decian tantas y tan bellas cosas en la célebre historia de Gil Blas , y asi le respondí prontamente : entre usted Señor Scipion , que encontrará á su amo el Señor Santillana empleado de manera , que se quedará pasmado de admiracion. ¿ Es acaso este sitio , me replicó el hijo de la Cusculina , algun Seminario de Profetas? puesto que vos me habeis conocido por mi propio nombre, sin haberme visto jamás. Por ahora , le respondí , no me quiero detener en explicar este enigma ; entre usted quanto ántes , y no dilate un momento el consuelo que tendrá su amo en ver á un criado , que le mereció toda su confianza , todo su amor y todo su cariño. Entró , pues, Scipion en la gruta , y sorprendió á Santillana, que estaba dando á Matilde leccion de filosofia moral. Apenas le vió , se arrojó á sus pies, besóle las manos bañandose las con sus lágrimas,

y

y estuvo así un rato sin poder articular ni una sola palabra. Atónito Gil Blas al ver un cumplimiento tan extraordinario de aquel forastero, que enteramente desconoció, ya porque la edad tenía bastantemente turbados y obscurecidos sus ojos, como también porque las facciones de Scipion se habían mudado mucho con el discurso del tiempo, añadiéndose á todo esto la novedad del vestido. Pero quando al fin se aseguró, que era su antiguo y carísimo Secretario, ¡oh hijo mio! prorrumpió. Ningun consuelo mayor podía yo esperar en este mundo: y levantando los ojos al cielo, ahora, Señor, exclamó, librad en paz mi espíritu de la pesada compañía de este cuerpo, pues ya habeis concedido á mis ojos el mayor consuelo que podía apetecer en este valle de miserias. Con efecto parece que la divina Providencia había alargado la vida de aquel hombre, para que lograrse tan alegre día, porque despues de él parecía mas muerto que vivo, ya por el sumo desfallecimiento que sobrevino á todos sus miembros, y ya tambien por el velo de que se cubriéron sus ojos. Este fue tal, que vino á cegar del todo, y no pudiendo ya mantenerse en pie, se reduxo á la cama, para no volver á levantarse de ella. Los discursos que hacía en aquel estado eran los mas exemplares, y mas eficaces que se pueden imaginar, tanto que nunca me acuerdo de ellos sin sentirme movido de una vivísima compuncion. Todos los que nos hallábamnos en la gruta por dar-

darle gusto nos ocupabamos en continuos ejercicios espirituales, y acordandonos de lo que nos había dicho el segundo día que llegamos á ella, conviene á saber, que habíamos de ser testigos de su muerte, nos disponiamos lo mejor que nos era posible, á verle exhalar el último aliento, con aquel dolor con que los buenos hijos ven espirar delante de sus ojos á su amantísimo padre. Lo que mas admirabamos en aquel grande hombre fue, que nunca le oímos preguntar á Scipion cosa alguna tocante á los sucesos de su persona, ni á los de su familia, y aquel su discreto criado tuvo la prudencia de no decirle jamás cosa alguna de las que no quería saber. Conocia, que el único cuidado del enfermo en aquellos últimos momentos era tener siempre recogido su espíritu, pensando continuamente en las cosas celestiales, con total enagenacion de todo lo terreno, y no le quería tocar especie alguna, que le pudiese distraer. Murrió en fin Gil Blas de Santillana con tanta paz, y con tanta tranquilidad, que todos nos persuadimos á que ningun remordimiento alteraba la serenidad de su conciencia; solo si nos dixo poco antes de espirar estas memorables palabras: Amigos, voy á dexaros para siempre; sea heredero de mi alma aquel que la crió: sealo Scipion de esta gruta, y de los tales quales bienes que dexo en México; y vosotros dos, queridos amigos míos, dad sepultura á mi cadáver, y si sucediere que volvais á España, y viereis en ella



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lib. XIII. Cap. XVIII. 179

los habian separado. Matilde le informó en pocas palabras de las suyas, y su esposo la informó de las que á él le habian sucedido en estos ó en semejantes términos. Luego que nuestro navío fue preso de los Españoles, nos separaron, como ya sabes, y á mí me destinaron á otro. Inutilmente hice todo quanto pude para saber á qué vagél te habian señalado á tí, porque ninguno de los que estaban en el mio me supo dar la menor noticia. A esto se añadió, que mi embarcacion fue destinada para llevar á España ciertos avisos de grande importancia, por lo que, destacado de la Esquadra, no pude continuar en mis pesquisas. Quando desembarcamos en Cadiz, me dí á conocer por quien era, y con esto me dieron libertad sobre mi palabra. Ya puedes imaginar, que viendome libre, mis primeros pensamientos serian buscarte por todo el mundo. Supe que un Paquebot estaba para hacerse á la vela con destino á la Isla Española, me embarqué inmediatamente en él, y habiendo vuelto á correr el mar, supe del Comandante Español de la Esquadra que nos apresó, como te habia tocado por amo un Oficial viejo, que te habia llevado consigo á México. Volé luego á aquella Ciudad, donde todavía se mantenía el buen viejo, y éste me informó que habias mudado de amo, y que éste te habia llevado á no sé qué sitio del Canadá: noticia que me disgustó infinito, lo qual sería quizá un cierto presentimiento de los grandes peligros que

que corríste, según lo que tú misma me has contado. Partí sin detención alguna al sitio donde me dixo el Oficial que te habia llevado, y allí supe de tu segundo amo, que te habias escapado, dandome á entender el tal embustero Comerciante, que el motivo de tu fuga habia sido muy diferente, que el de su lascivo y temerario atrevimiento. Perdida entonces la esperanza de hallarte en aquella casa, anduve girando por todas las caserías del contorno, y no encontrando lo que buscaba, di la vuelta á México, preguntado á todos por tí. Ninguno me supo dar la menor noticia de tu persona; pero habiendo sabido con aquella ocasion, que en las cercanías del Canadá hacía vida heremítica un extraordinario y famoso Solitario, no pudiendo darme paz en ninguna, determiné volver segunda vez por estos parages, con esperanza de que el famoso Anacoreta me pudiese dar alguna luz, ó acaso tambien de que te hubieses refugiado á la sombra del mismo, para estar menos expuesta al furor de los bárbaros Canadienses, y mas resguardada contra los dientes y garras de las fieras, como quiso mi buena fortuna que sucediese.

Asi habló Don Lope, y quando dió fin á su relacion, se repitieron, y aun se redoblaron los alegres transportes de los dos amantes, los quales no se hartaban de darse con los ojos las mas tiernas y vivas contraseñas de su reciproco amor, é inexplicable complacencia. Determina-

ron

ron los dos partir á México el dia siguiente, para celebrar allí quanto antes su tan suspirado matrimonio, y me convidaron á mí para que los acompañase, porque Don Lope me habia cobrado un grandísimo amor, desde que Matilde le informó de las grandes atenciones que habia usado con ella. Pero como á todos nos picaba vivísimamente la curiosidad de saber antes de separarnos los sucesos de Scipion, despues que recibió el aviso de la inopinada y misteriosa salida que hizo Gil Blas de Zaragoza, suplicamos al Soldado con todo encarecimiento, que no nos defraudase de unas noticias, que podian hacer mas completa, aun en la parte tan necesaria de los episodios, la no menos divertida, que instructiva historia del héroe de Oviedo.

Iba Isidoro á referirnos prontamente lo que habia oído á Scipion; mas como ya se hacía muy tarde, reservo, dixo, para mañana la relacion de las aventuras, que hizo el buen Secretario de mi abuelo, las que el Soldado aseguró, eran mucho mas curiosas, y mucho mas singulares, que todas las que se habian publicado hasta allí. Con esto nos retiramos á casa de Demetrio, esperando con ansia que amaneciese el dia siguiente, para divertirnos oyendo las cosas tan particulares, y tan entretenidas, que el Soldado nos habia prometido.

FIN DEL LIBRO DECIMOTERCIO.

CON-

CONTINUACION

DE LA HISTORIA
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
LIBRO DECIMOQUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Prosigue la Historia de Scipion. Viajes que hizo para encontrar á Gil Blas. Llega á París, y el divertido lance que alli le sucedió.

Aun no bien comenzaba el Sol á declinar el día siguiente hácia el ocaso, quando salimos de la casa de Demetrio, y nos encaminamos hácia la orilla del mar, y al mismo sitio donde habíamos estado el día antecedente. Nos sentamos sobre la fresca yerva, y el Soldado principió la Historia de Scipion en la manera siguiente.

Queriendo el buen Secretario de Santillana complacer á Don Lope y á todos nosotros, nos conduxo al huerto, y haciendonos sentar, despues de habernos suplicado que le oyese-
mos

mos con silencio y con paciencia, dixo asi.

Luego que recibí la carta de mi muy amado y muy venerado Amo, en que me decia haber resuelto retirarse del trato y comunicacion con los hombres, inmediatamente, y sin perder un instante de tiempo, monté á caballo, y partí á Zaragoza, para informarme con arte y destreza hácia dónde habia enderezado su viage, juntarme con él, y hacerle inseparable compañía hasta la muerte, caso que no le pudiese reducir á que se restituyese á su casa, para cuidar de su hacienda y familia. Llegué con toda presteza á la Capital de Aragón, donde perdí malamente el tiempo en solicitar noticia cierta de él. Un criado del Señor Leyva, que segun todas las apariencias me engañó, solamente me dixo, que pocos dias antes le habian visto en Pamplona. Volé al momento hácia aquella Ciudad, donde habiendo hallado ser falso lo que aquel criado me habia dicho, estuve indeciso por algun tiempo, si proseguiría ó no en mis diligencias. Me ocurrió el pensamiento de que quizá se habria ido á Galicia, con el santo fin de visitar el sepulcro del Patron de las Españas, y lleno de esta imaginacion, que me parecia inspirada, tomé la vuelta de aquel Reyno, preguntando por su persona en todos los lugares por donde transitaba, no de otra manera, que si fuese en busca de un niño de pocos años, que se hubiese perdido, dando en todas las posadas individuales señas de su edad, de su estatura,
de

de sus facciones, de su voz, del color de sus cabellos, y de todo aquello que podía conducir á que al fin le descubriese. Todas estas diligencias fueron infructuosas. Recorrí todos los rincones de España, sin poder hallar el menor rastro ni indicio, de que hubiese parecido en ninguno de ellos. Desandé lo que había andado, y volviendo á leer mas despacio su carta, y á considerar bien sus expresiones, se me ofreció, que acaso se había ido á esconder en algun Monasterio solitario, y con esta idea visité todos los de España, pero particularmente aquellos que estaban en los bosques y en los desiertos. No habiendo encontrado la menor noticia de él en ninguno de ellos, pasé al Reyno de Francia, donde sabía, que entre las mas ásperas y mas deshabitadas montañas había insignes y exemplares Monasterios, donde se vivia con la mas rigida austeridad, y con el mayor retiro de todo humano comercio. Pero habiendome salido inútiles todos estos pasos, y hallándome en las cercanías de París, me vino gana de ver aquella gran Metrópoli, y entré en ella tanto mas sorprendido, quanto apenas me ví en el barrio de San German, quando á poca distancia de mí oí resonar el nombre de Gil Blas. ¡O! dixé entonces á mi colete, lleno de inexplicable alegría: gracias á Dios, que ya sé donde está mi Amo. Vamos claros, que ha encontrado el mas bello, y el mas solitario retiro del mundo. Venirse á la Ciudad mas florida, mas galante y aca-

so tambien la mas poblada de toda la Europa. Miré entónces hácia todas partes, por ver si entre aquel inmenso pueblo descubria las facciones de Santillana, y segunda vez oí repetir con grande prisa *Gil Blas, Gil Blas*; y pasado apenas un momento, oygo la misma voz, que decia: *Scipion, Scipion*. Lleno todo de admiracion, vuelvo la cabeza á todas partes, y de repente me quedo melancolico, pensativo, extático y suspenso, quando ví dos perrillos, que llamados de aquellas voces, acudieron retozones y festivos á hacer grandes fiestas á un mozalvete Parisiense, que estaba sentado en un banco á la puerta de un café. Pero llevando muy á mal, que los nombres de dos hombres como mi Amo y yo, se pusiesen á dos bestias, me llegué al mozuelo, y le pregunté en francés, ¿por qué razon habia puesto tales nombres á aquellos animalillos? El joven por entónces no me dió otra respuesta, que la de echarse á reir á toda fuerza; pero despues que se sosegó un poco, me respondió con bastante cortesia: Señor, aunque no es lícito á un hombre desconocido, y segun todas las señas extrangero, entremeterse á querer saber lo que ni le toca ni le tañe, y por lo mismo pudiera yo no hacer caso de la pregunta de Vmd., no obstante quiero satisfacerle. Sepa pues Vmd. que la historia de Gil Blas y de Scipion, aunque generalmente se tiene por fabulosa, en París anda en las manos de todos, y sus dos nombres se han hecho ya tan comunes

y tan triviales, que no se les podía negar á dos bestiezuelas que tienen todas las qualidades necesarias para merecerlos. Aquellos dos hombres nos los pinta su Historiador como dos raros modelos de verdadera amistad, y su inseparabilidad en todo género de fortunas siniestras y favorables, dexa muy atrás á la de Píldes y Orestes, como tambien á la de Acates y Eneas. Estos dos perriños, desde el primer instante que se vieron juntos, imitan con tanta exâctitud las acciones de los dos inseparables Españoles, que jamás se ha visto al uno sin el otro; y así como á ninguno disonaria, que á uno se le llamase Píldes y al otro Orestes, así tampoco se debe tener por extravagancia, ni mucho menos darse nadie por ofendido, porque al uno le llame yo Gil Blas y al otro Scipion. Gustóme mucho la satisfaccion que me dió el mozalvetillo, y aun me vino vanidad de haber sido comparado á Píldes y Orestes; pero por otra parte me pareció que podía perjudicar mucho á nuestra reputacion, si se dexase creer, que nuestras personas habian sido dos supuestos ideales, dos entes de razon, ó dos hombres imaginarios. Por tanto insinuándome á discurrir un poco con el Parisiense: Señor, le dixé, yo no me doy por ofendido de que Vmd. llame con los nombres de dos hombres á dos perros tan maravillosos por su extraordinaria amistad; pero con su licencia, no puedo llevar á bien que se tengan por fabulosos dos hombres reales y verdaderos, que viven, comen y beben, y cuyos

sucesos son todavía mucho mas particulares, que aquellos que se cuentan en su historia. Al oír esto el joven, rebentaba de risa; ¿y quién sabe, me dixo, si acaso es Vmd. aquel peregrino ingenio, y de tan fecunda fantasía, que amontonó tantos sucesos curiosos, como componen los quatro tomos de este romance, ó novela de nueva moda? Yo no soy Escritor, le respondí; pero puedo asegurar á Vmd. que conozco mucho á los dos Héroses de la tal histórica composicion, los quales me tocan mas de lo que Vmd. acaso imaginará. Ya le he entendido á Vmd. me replicó el mozalvete. Vmd. es un hombre caprichoso, que se quiere divertir á costa de los crédulos, dándoles á entender, que realmente hay en el mundo quimeras y centauros. Animo, Señor extranjero, y no dude Vmd. que hará una buena figura en París, y que será la diversion de la Corte y del Rey, quando sea conocido en el pueblo su raro talento. Hay en París muchas gentes que gustan infinitamente de las personas dispiertas, ingeniosas y desembarazadas, admitiéndolas á sus conversaciones, para hacerlas mas alegres y divertidas.

Dióse por ofendida la delicadeza de mi pundonor, y de mi sinceridad, con aquellas picarescas palabras que pronunció el muchacho con una risita falsa, y con cierto ayre truhanesco; y revistiéndome de toda la gravedad Española, con una buena dosis de la natural rusticidad Tudesca, de cuya sangre, como ya saben ustedes,

me

me habia tocado una buena porcion por parte de madre: Señor mio, le respondí, eso ya es demasiado; sepa usted que yo no soy algun charlatán, ni mucho menos un bufon; sino un hombre, que sabré defender con la punta de mi espada la verdad de lo que he dicho; y estoy pronto á dar, así á Vmd. como á todo el mundo, pruebas indubitables, y mayores de toda excepcion, que Santillana y el hijo de la Cusculina son dos entes animados y corpóreos, que existen real y verdaderamente. Apenas se me escapó de la boca el nombre de *la Cusculina*, que pronuncié con una cierta colérica energía, quando ví salir del café una perrilla, que se vino corriendo hácia mí, haciéndome mil fiestas y cariños. Proseguia el joven riyendo á carcajada tendida, y yo en medio de lo sorprendido, y aun cortado que me dexó este último ridiculísimo suceso, echando de mí con enfado y con desdén á la perrilla, me partí hecho un veneno de aquel lugar, donde veía igualmente escarnecida mi memoria, que la de mi nacimiento. Mientras tanto al rumor y bulla que habia metido con aquel mozo, concurrió muchísima gente, y divulgado el motivo, todo el barrio de San Germán se juntó al rededor de nosotros, gritando y palmoteando de manera, que me ví precisado á meterme en un meson que estaba cerca de allí, por no verme expuesto á los silvos de la gentualla, y á las befas de los pillos y ganapanes, que en París son insolentísimos. El

be-

hecho es, que esparcida por toda la ciudad de boca en boca la voz, de que habia llegado á París un Español, que pretendia haber conocido y tratado á Gil Blas de Santillana, y á su famoso criado Scipion, concurrieron aquel mismo dia á mi posada muchísimas personas por la curiosidad de verme, y entablar conmigo conversacion. Al mesonero, que al mismo tiempo era tabernero, le tuvo esto mucha cuenta, porque con esta ocasion vendió aquel dia mas vino, que hubiera vendido en una semana entera. Entónces depuse toda mi cólera, y revistiéndome de un ayre serio y señorial, hice comprehender á todos, que yo no era por ahí un visionario, ni algun miserable charlatán. Entre los muchísimos que entraron en mi posada, reconocí dos Señores por su noble porte y modales caballerosas. Atrevíme á suplicarles, que se acercasen mas á mí, y quando se llegaron á donde podian oirme, les rogué en voz baxa, que se sirviesen retirarse conmigo á otro quarto, si querian oir cosas que no les disgustaria saber. Parecióme que no habian tenido poca vanidad de ser distinguidos entre tantos, y convidados á una conversacion reservada, ó á un coloquio particular. Entramos pues todos tres en una estancia, y cerrando la puerta, ante todas cosas les pedí perdon de la libertad que me habia tomado en citarlos para un congreso reservado y sigiloso. Despues les referí con distincion y con puntualidad todo lo que me habia sucedido en el café; y hecho esto, les des-

cu-

cubrí claramente quién era, autorizando mi declaración con circunstancias, que no podían dexarles la menor duda, de que les decía la verdad. Quando me pareció que estaban bien persuadidos, imploré su proteccion, á fin de que con toda su autoridad se empeñasen en sostener contra todo el populacho de París, que mi Amo y yo éramos dos hombres de carne y hueso como todos los demás, y que era verdaderísimo todo lo que en la historia estaba escrito de nuestra vida. No obstante todo esto, dudaría mucho que mis palabras hubiesen hecho en aquellos dos Señores toda la impresion que yo me prometia, si uno de ellos, que siempre me estuvo fixamente mirando de pies á cabeza, no hubiese reconocido, que yo era verdaderamente aquel mismo personage, que en el palacio del Arzobispo de Sevilla habia hecho el papel del Rey de Leon. Yo, dixo el tal, me hallaba presente quando se representó la comedia de Benavides, y me acuerdo muy bien, que el nombre de Scipion se hizo famoso en toda aquella ciudad, por la graciosa burla que hizo Vmd. de los Moros, no dexándose coger de ellos en la cama de yerva, donde pensaban sorprenderle hallandole dormido. Esa es una parte de mi historia, repuse yo entónces, que Vmd. la habrá leído en el tomo quarto de la vida de Gil Blas. No por cierto, me respondió el Francés: no la he leído, porque ese tomo se imprimió en estos últimos años, en que mis ocu-

pa-

paciones no me permitieron divertirme en aquella gustosísima lectura, sin embargo de que la consideraba, como todos los demás, como un ingenioso, no ménos que provechoso parto de la fantasia, de la invencion y del capricho. Pero ahora (prosiguió) tengo el gusto de haberme desengañado, habiendo tenido el honor de conocer una persona, que hace tanto papel en ella, de cuya verdadera y real existencia no puedo admitir ya la menor duda, despues de haberla visto por mis propios ojos, de lo qual prometo á Vmd. que daré fiel y puntual testimonio á todo el género humano.

Con efecto, el dia siguiente no se hablaba de otra cosa en todo París, que de la verdadera y real existencia de mi Señoría, y todos á porfia solicitaban verme, tratarme y conocerme. Nunca salia de casa, sin verme rodeado y seguido de millares de personas. Llamábanme á los palacios de los Príncipes de la Sangre, y á los de otros primeros Señores de la Corte, para oír de mi boca las aventuras mas singulares que habian leído en la historia. Ya ustedes podrán discurrir cuánto tendria yo que hacer, para contestar á tantas preguntas, y satisfacer á una multitud de réplicas, dificultades y reparos. Mil veces me arrepentí, en medió de tantos favores como recibia, de la facilidad, vanidad y ligereza con que me habia empeñado en justificar la realidad de mi existencia. Víme precisado á detenerme en París muchísimo tiempo, para satisfacer la cu-

rio-

riosidad de los Franceses, la qual por otra parte me fructificó una buena cantidad de libras Tornesas. Salí en fin de París luego que pude, y tomé el camino de Alemania por los Estados de Flandes, resuelto á girar toda la Europa hasa encontrar á mi Amo. Los regalos que me habían hecho en París me valieron hasta dos mil escudos, con que caminaba con toda comodidad, y en todas partes hacía buena figura. Ví despacio todas las ciudades que encontraba en el camino; pero en Amsterdám me detuve mas que en ninguna otra.

CAPITULO II.

Encuentra Scipion en Amsterdám á su antiguo amo Don Abél. Unense los dos en el viage, y comienza éste á contarle su historia.

Una tarde que yo me paseaba por aquel grande Empório de Holanda, ví un hombre muy garboso, y nóblemente vestido, á quien quise conocer, pareciéndome haberle ya visto en otra parte. Consideréle atentamente, y luego caí en cuenta, conociendo que era Don Abél mi antiguo amo de Sevilla. Señor, le dixé, qué fortuna es la mia de encontrar á su merced en una ciudad

dad tan distante de aquella en que me despidió de su servicio? Tardó Don Abél en conocerme, porque mi edad, que ya me iba arrimando á viejo, había desordenado algun tanto mi fisonomia, pero habiéndome mirado un poco, y con alguna mayor atencion. ¡Oh! sí (exclamó) tú eres aquel desgraciado Scipion, que se adelantaba á prevenir mis órdenes, haciendo llevar mi baul al puerto de Sevilla. El mismo soy, le respondí, y ya que el cielo me ha presentado esta ocasion de volver á ver á Vmd., le pido humildemente perdon de una accion, que verdaderamente era ruin, taimada y maliciosa. Celebro, me respondió, esa christiana confesion de tu culpa, y declaracion de tu arrepentimiento, téngola por sincera, y vuelvo á recibirte en toda mi gracia, especialmente viendo como veo en tí todas las señas de una grande mudanza, haciendome conocer que ya eres otro hombre muy diferente, pasando de un grandísimo bribon á ser un hombre muy honrado, y muy de bien. Dá mil gracias á Dios, que te ha hecho un beneficio tan particular. Así lo hago, le respondí; ya no tienta mi codicia la hacienda ajena, y ahora me estaría yo gozando en mi amada patria de mi paz y mi quietud, si el ansia de encontrar un amo que tuve, y mucho me estimó, no me hiciera andar girando por la Europa. Contéle entonces todo lo que me había sucedido, y se quedó aquel hombre extremadamente maravillado de todo lo que me oyó. Luego que acabé mi relacion me dixo: pues-

riosidad de los Franceses, la qual por otra parte me fructificó una buena cantidad de libras Tornesas. Salí en fin de París luego que pude, y tomé el camino de Alemania por los Estados de Flandes, resuelto á girar toda la Europa hasa encontrar á mi Amo. Los regalos que me habían hecho en París me valieron hasta dos mil escudos, con que caminaba con toda comodidad, y en todas partes hacía buena figura. Ví despacio todas las ciudades que encontraba en el camino; pero en Amsterdám me detuve mas que en ninguna otra.

CAPITULO II.

Encuentra Scipion en Amsterdám á su antiguo amo Don Abél. Unense los dos en el viage, y comienza éste á contarle su historia.

Una tarde que yo me paseaba por aquel grande Empório de Holanda, ví un hombre muy garboso, y nóblemente vestido, á quien quise conocer, pareciéndome haberle ya visto en otra parte. Consideréle atentamente, y luego caí en cuenta, conociendo que era Don Abél mi antiguo amo de Sevilla. Señor, le dixé, qué fortuna es la mia de encontrar á su merced en una ciudad

dad tan distante de aquella en que me despidió de su servicio? Tardó Don Abél en conocerme, porque mi edad, que ya me iba arrimando á viejo, había desordenado algun tanto mi fisonomia, pero habiéndome mirado un poco, y con alguna mayor atencion. ¡Oh! sí (exclamó) tú eres aquel desgraciado Scipion, que se adelantaba á prevenir mis órdenes, haciendo llevar mi baul al puerto de Sevilla. El mismo soy, le respondí, y ya que el cielo me ha presentado esta ocasion de volver á ver á Vmd., le pido humildemente perdon de una accion, que verdaderamente era ruin, taimada y maliciosa. Celebro, me respondió, esa christiana confesion de tu culpa, y declaracion de tu arrepentimiento, téngola por sincera, y vuelvo á recibirte en toda mi gracia, especialmente viendo como veo en tí todas las señas de una grande mudanza, haciendome conocer que ya eres otro hombre muy diferente, pasando de un grandísimo bribon á ser un hombre muy honrado, y muy de bien. Dá mil gracias á Dios, que te ha hecho un beneficio tan particular. Así lo hago, le respondí; ya no tienta mi codicia la hacienda ajena, y ahora me estaría yo gozando en mi amada patria de mi paz y mi quietud, si el ansia de encontrar un amo que tuve, y mucho me estimó, no me hiciera andar girando por la Europa. Contéle entonces todo lo que me había sucedido, y se quedó aquel hombre extremadamente maravillado de todo lo que me oyó. Luego que acabé mi relacion me dixo: pues-

to que tú vas á Alemania, podemos hacer el viaje juntos, porque yo voy también á ver varias Cortes de los Principes del Imperio, y fuera de eso, mi fin de viajar es poco diferente del tuyo, reduciéndose toda la diferencia, á que tú viajas buscando á un hombre, y yo por mi desgracia me veo precisado á rodar el mundo en busca de una muger.

Al decir esto parece que se le querian saltar las lágrimas, pero habiendolas reprimido lo mejor que pudo y supo, mudó de conversacion, y me conduxo á su posada, donde absolutamente quiso, que yo hiciese trasladar mi valija, para poder madrugar el dia siguiente, y partir con tiempo al Electorado de Colonia. Efectivamente, despues que hizo su ajuste con el dueño del carruage, antes de amanecer nos pusimos en camino en un carrocin tirado de tres caballos. Poco despues de haber caminado como una legua de Francia, descubrimos hácia nuestra mano izquierda una bella casa de Campo, cuya vista hizo suspirar á Don Abél. Yo que estaba rebentando por saber el motivo por el qual me habia dicho, al parecer con dolor, que se veía precisado á viajar en busca de una muger, y al mismo tiempo me ocurría, que las lágrimas del dia antecedente podían tener alguna correlacion con los presentes suspiros, no quise perder la ocasion de persuadirle á que se desahogase conmigo, confiandome un secreto, que en mi modo de pensar no podia menos de ocultar sucesos extraordinarios. ¿Por qué suspira us-

03

87

y como red

ted tanto? le pregunté. ¿Qué es lo que ha visto, que tanto le ha turbado? ¿Qué objeto funesto puede haber en aquella casa de Campo, que está respirando alegría y amenidad? Amigo Scipion, me respondió, sabete que aquella casa me ofrece mil motivos, para que su vista me excite el mas acerbo dolor; en ella tuvieron principio los desastres que me persiguieron poco tiempo despues que te dexé en España; y porque el dolor se mitiga, quando se desahoga con amigos tiernos de corazon que saben compadecerse, quiero confiarte una desgracia, que me tendrá atravesado el corazon, mientras me duraré la vida; pero como sus principios tienen raices muy largas y muy profundas, será preciso que sea un poco prolija mi relacion, lo qual, así como servirá para entretener y aliviar por mas largo tiempo el tedio y molestias del viage, así también contribuirá á que su misma comunicacion disminuya mi dolor, el qual se aumenta excesivamente con el indiscreto empeño de querer tenerle siempre encerrado y comprimido.

El dia despues que te despedí de mi servicio emprendí efectivamente mi viage á Italia, donde me detuve algunos dias en todas aquellas Ciudades que están reputadas por las mas nobles, mas magníficas y mas bellas. Ya sabes que mi continua diversion es el juego, en el qual soy tan afortunado por lo comun, que me basta lo que gano para mantenerme con decencia, y hacer buena figura en qualquiera parte, sin incomo-

-961

BB 2

dar

dar mucho mis rentas. Lo mismo me sucedió en Italia, donde gané tanto, que pude hacer una visita á la Francia á costa de los Italianos. Me favoreció igualmente la fortuna en aquel Reyno, particularmente en París, donde desbanqué á mas de un famoso jugador. En el espacio de seis ó siete años que me detuve en dicho Reyno, el naype me habia juntado un peculio, que pasaba de quarenta mil escudos, con cuya suma determiné pasar á Holanda, para emplearla en el Comercio, que allí florece tanto, como sabes, no sin esperanza de duplicar y aun triplicar mi capital en poco tiempo. Pero me sucedió muy al contrario de lo que yo me figuraba, y hube en fin de quedar bien convencido con mi propia experiencia, que el dinero adquirido en el juego, con la misma facilidad se pierde que se gana.

CAPITULO III.

Entabla Don Abél cierto conocimiento en Cambray; y lo que le sucedió en la primera visita que hizo á una Aventurera.

No bien habia entrado en Cambray, quando me sentí con una ligera indisposicion, que contra toda mi voluntad me obligó á detenerme algunos dias en aquella Ciudad. Hallábame en un

meson, alojado en un quarto que correspondia á una callejuela, donde vivia una Aventurera de rara belleza. Se trataba á lo grande, y con una suntuosísima magnificencia; no eran admitidas á su conversacion sino aquellas personas que tenian espíritu para comprar á gran precio un amargo, pero ya inútil arrepentimiento. Por otra parte afectaba una singularísima modestia, tanto, que al verla fuera de su casa, todos la tendrian por una rigidísima sectaria de Diana. Casualmente la ví un dia que iba á misa, y me dió tanto golpe su extraordinaria compostura, que no paré hasta informarme quien era. Dixerónme, que era una Señoraza de Brusélas, la qual habia venido á Cambray precisamente á divertirse, y que los Señoritos hijos de familia que frecuentaban su casa, á pocos meses dexaban pobres á sus padres. Sin embargo de que nunca he sido muy inclinado á cortejar mugeres, pero esta muger, por no sé qué oculta fatalidad, me gustó tanto desde luego, que entré en grandísimos deseos de que me admitiese á una visita reservada. Apenas me recobré de mi indisposicion, luego solicité el que se fixase dia para la tal visita, por uno de aquellos interlocutores, que nunca faltan donde hay alguna casta de bellezas mercenarias, y se fixó para aquel mismo dia á las ocho de la noche. Me eché á cuestras el mas rico vestido que tenia, una finísima camisola, con pechugueras y puños bordados de finísima tela, sombrero del mas delicado castor, galoneado de oro, roseta encarnada á la ala izquier-

quiera, y boton de oro guarnecido de brillantes, relox, caxa y botonadura de el mismo precioso metal, y un bolsillo con cien doblones de prevención. Equipado asi me presenté á la puerta de su casa, donde fui recibido de dos criados, cada uno con su hacha, y conducido á una sala alhajada con muebles, que podian pasar por bellos, de donde me hicieron entrar en una antecámara, en que estaban dos pagecillos en ademan de abrir la cortina del gabinete donde se hallaba Madama. Luego que me vieron la alzaron con la mayor presteza, y ví salir del gabinete dos señoritas de un brio, y de un despejo muy particular. Sea V. S. bien venido, me dixo una de ellas, y sírvase sentarse aquí un poquito con nosotras. Madama (añadió) está ahora muy ocupada, perfumando á la Marquesita (que asi se llama su perilla): en desocupandose de tan indispensable como grave ocupacion, vendrá á honrar á V. S. con su bellissima presencia. Quando me ví con un recibimiento tan extravagante, casi me habia arrepentido ya de haber solicitado aquella visita, la que, segun todas las apariencias, se acabaria con poca satisfaccion mia. Mientras tanto, me senté en aquella antecámara, y lo mismo hicieron las dos camareras ó doncellas para darme conversacion. Una de ellas me preguntó ¿si cortejaba á alguna dama? Señora, la respondí, á ninguna cortejo; mi corazon está libre de esta pasion no menos que de la avaricia. Segun eso, replicó ella inmediatamente, será V. S. un Caballero bizarro,

li-

liberal y generoso. No puedo negar, la respondí, que declino un poco hácia el extremo de la prodigalidad. El dinero que tengo nunca es mio, le gasto con la misma facilidad con que le cuento quando me le traen, y el mismo caso hago de cien doblones, que de cien maravedises. Observé, que las dos doncellitas, mientras yo decia esto, se estaban mirando una á otra con unos ojitos muy alegres y risueños. Se volvió despues hácia mí la que todavia no habia hablado palabra, y me dixo: Segun eso será V. S. muy rico, puesto que siembra el dinero con tanta facilidad. Señora mia, la respondí, es cierto, que en mi país gozo una renta mas que decente; pero toda la dexo en depósito de un rico Mercader, puesto que la fortuna me favorece en el juego extraordinariamente, tanto, que me basta lo que gano para vivir con esplendor, y para tener siempre de reserva en el escritorio algunos millares de escudos. Mala cosa es Señor Caballero (me replicó ella) que V. S. sea tan aficionado al juego; la fortuna nunca es constante, á lo mejor abandona á los jugadores, y mañana lleva al hospital á los que hoy estaban llenos de doblones. Por tanto debe V. S. tenerse por muy dichoso en haberse merecido la gracia de mi ama; porque esta gran Señora entre tantas otras prendas, posee la singularísima virtud de curar radicalmente del vicio del juego á todos los que adolecen de él, y logran la fortuna de tratar frecuentemente á su Excelencia. Celebraré yo in-

fi-

finito, la respondí, una ocasion, por otra parte de tanto honor y de tanto gusto para mí, de librarme de una costumbre en la realidad nada loable, beneficio de que me confesaré siempre muy obligado á mi piadosa libertadora. En esto estabamos discurrendo, quando sentí una voccecita dulce, sonora y delicada, que llamaba á Leonilde. Respondió á ella una de las camareras prontamente diciendo: *Señora, estoy luego con Vuecelencia*, y entróse en el gabinete. Un momento despues se asomó á la puerta del mismo la Señora, pidiendome perdon, por no haber salido inmediatamente que la entraron mi recado, á causa de estar actualmente respondiéndolo á un villete muy urgente de Monsieur el Príncipe hereditario de Madagascar. Hízome reír un poco un título tan especioso, con su puntica de ridículo, que jamás habia llegado á mis oídos, y queriendo aparentar que no habia reparado en una tardanza tan incivil y poco atenta, pregunté como se llamaba la Señora. Aquella que se habia quedado conmigo, me respondió: Señor el nombre de mi ama es el mas precioso, y el mas significativo, que se puede imaginar, porque él solo explica todas sus raras prendas de cuerpo y alma. Entré con esto en mayor curiosidad, y así la insté con mas viveza, en que me declarase qué nombre era aquel tan raro y tan particular? porque yo no quiero perder mas tiempo (añadí) en una cosa como esta, y estoy persuadido que siendo usted tan cortés y tan atenta-

atenta, no me lo hará mas desear. Entónces la doncella, afectando un ayre reverente, respetuoso y encogido, baxando al mismo tiempo modestamente los ojos: *Señor*, dixo, *mi gentil, mi amable, mi noble, y mi incomparable Señora*, se llama... se llama... pero allí viene su Excelencia, y quiero reservar á sus dulcísimos labios el honor de pronunciar un nombre, que no merecen proferirle los que son tan vulgares como los míos.

Con efecto dexóse ver Madama toda llena de gracias, toda dengosa en el gesto, toda brio en los movimientos, y toda vivacidad en los ojos, con un villete en la mano. Saludóme cortesmente, y me convidó á entrar en el gabinete con una especie de gravedad, que me pareció olía poco á modesta. Obedecí, haciéndola una reverencia á la francesa, es decir, arrastrando los pies dulcemente por el suelo, cruzando un poco las piernas, de manera, que de éstas y los muslos se forme como una figura de X, ó aspa de San Andrés, acompañado todo con ciertos melindrosos meneos de brazos y de manos, que componen la figura de quien bayla un minué. Toma, dixo á Leonilde, despues que ésta la correspondió con ciertas inclinaciones, parecidas á las que hacen los mochuelos, quando juguetean con los paxarillos, toma este villete, entrégale á mi mercurio, y encárgale, que calzando las alas á sus pies, le lleve volando al gran Príncipe que dice el sobrescrito. Llama despues

á mi mayordomo, á mi tesorero, y al maestro de cámara, ordenando al repostero, que disponga el chocolate, y al bodeguero, que prepare los mas exquisitos vinos de Tocai, de San Lorano y de Alicante. Haz que me llamen al mercader, al sastre y al zapatero. Tráeme el vestido de cámara, porque con licencia de este Caballero, quiero desnudarme de este hábito de ceremonia. Todas estas órdenes que dió una tras de otra, casi sin tomar aliento, me sorprendieron tanto, que yo ciertamente no hubiera podido retenerlas todas en la memoria para ponerlas en execucion. Solo sí se me imprimieron fuertemente los nombres de mercader, sastre y zapatero, conociendo que estas eran las visperas de la gran fiesta, que se queria hacer á mi bolsillo. Ya Leonilde se habia ido con el villete para obedecer á su ama, quando ésta, volviéndose hácia mí, Caballero, me dixo, es gran fortuna mia la de haber merecido esta visita á la cortesana atencion de V. S. Siéntese V. S. en este sitial, y perdóneme si le hice esperar á mas no poder. Madama, la respondí, antes bien yo debo reconocer por un distinguido y particular favor que V. S. me hace, y yo no merezco, la rara suerte de ser admitido á la conversacion de una persona qual es la de V. S., honrada tan justamente con la estimacion de los mayores Príncipes, y con el rendimiento de los hombres mas visibles y mas calificados. En quanto á eso, repuso ella, no puedo negar que muchos grandes

des Señores me miran con inclinacion y con benignidad, confesando que en este particular he sido muy afortunada, porque en todas las partes del mundo á donde me ha conducido mi pasion á viajar, he congeniado con los mayores hombres, y he debido mil honras á los primeros Monarcas de la tierra. Y á propósito de esto os diré (porque dexemos á un lado el tratamiento), que hallándome en la Corte de Persia, no se desdeñó el Sophí de venir á hacerme una visita en mi jardín de Ispahan; y en la del Gran Mogól tuve el gusto de ver sentado á mis pies en un sofá al Grande Emperador de las Indias Orientales. Mucho me hubiera reido yo al oír tales discursos, si no me hubiera hecho gran fuerza para vencerme, y afectar al mismo tiempo un ayre de pasmo y de sorpresa. Es verdad (prosiguió ella), y en buena hora lo diga, que ni con todas las ventajas que debí á la naturaleza, ni con todos los grandes favores que me dispensó la fortuna, se me subió jamás el humo de la vanidad á la cabeza, ni dí entrada al desdeñoso espíritu de la soberbia, y que admito á mi conversacion con el mismo agrado y cortesía, que lleva de suyo mi genio y mi natural, aun á personas de clase y condicion inferior. Fuera de eso naturalmente soy inclinada á conocer y tratar con las personas de mérito, y quando me encuentro con un hombre de espíritu y bien nacido, nada me importa que esté ó no esté constituido en alta dignidad, ni

ni que sea ó no sea poderoso. A buena cuenta, por lo que toca á vos, estoy bien informada de que sois un Caballero muy digno de mi consideracion, y de mi honesta familiaridad, en cuya virtud sin el menor escrúpulo os dispenso la gracia de recibiros en mi casa, asegurándoos, que aun antes de conoceros ocupabais ya un lugar muy ventajoso en mi corazon. Esta última clausula me pareció bastante particular, y ya me disponia á responderla, quando entró Leonilde diciendo, que el mayordomo, el tesorero y el maestro de cámara habian salido de casa, sin saberse á donde habian ido; que el villete se habia enviado á su destino; que el repostero serviria presto el chocolate; que el bodeguero tendria siempre prontos los vinos que se le pedian, y en fin que el mercader, el sastre y el zapatero (estos eran los que yo tenia atravesados en el corazon), vendrian prontamente á recibir sus órdenes. ¡Gran cosa! exclamó entónces la Señora, ¡tener que pagar á la familia, y no hallarla pronto, quando se la ha menester! Lo mismo puntualmente sucedió el dia pasado, quando estaba conmigo su Excelencia el Gobernador de Flandes. Mientras tanto la camarera, que traía consigo el hábito de cámara, ayudó á desnudar á Madama de su trage de ceremonia. Quedóse en un zagalejo de tela de oro, guarnecido de cintas, y bordado de flores de la misma materia; y viéndola en esta figura, se fueron tras de ella mis ojos y toda mi atencion; me pareció en aquel *desabi-*

lló

llé tan chusco y tan precioso, una belleza agraciada y tentadora. Se puso encima el vestido casero, y étele aqui otra nueva figura, que daba tambien nuevo realce de gracia al ayre natural de su garboso cuerpo. Entró entónces el repostero, que desde luego sospeché sería algun cafetero público, el qual nos presentó el chocolate á Madama y á mí con mucha gentileza. Hallé que era pésimo el tal llamado chocolate, por mas que la Dama le ponderaba como el mas fino, y mas exquisito de España: de la misma calidad fueron las otras bebidas que se nos sirvieron, acompañadas de dulces y de pastas que se decian de Génova; y aunque eran tales que yo no las pude tragar, Madama se las engulló todas con tanta presteza, como voracidad. Se retiraron los que nos sirvieron, y poco despues se sintió en la antesala un gran rumor, cuyo motivo no pude percibir, porque la Señora mia de propósito alzaba la voz, y me tenia ocupado con sus discursos, para que no entendiese lo que pasaba fuera. La falta de mi mayordomo y de mi tesorero, me decia ella, ha sido la causa de no haber podido serviros como mereciais en bajilla de plata y de porcelana, de que tengo muy abundante provision, por los regalos que se dignaron hacerme los dos poderosos Emperadores de la China y del Japon. Otra vez que vengais á favorecerme, os haré ver las raras y preciosas cosas que poseo en este género, dignas por cierto de poderse presentar en la me-

®

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. VEGO"
Apdo. 1025 MONTECARMELI

mesa del mismo Carlo Magno. Con estas sus hinchadas ponderaciones tenía confundida la pusilanimidad de mi espíritu, de manera que no sabía qué responderla, quando me sacó de este embarazo para meterme en otro mayor, la venida del mercader. Madama, dixo Leonilde, aquí está Monsieur Basolieu, el primer mercader de Cambray, que trae consigo riquísimos surtidos de telas de oro y de plata, con finísima ropa blanca de todas especies. Dile que entre, la respondió Madama, y que nos muestre todo lo más raro que traxere. Entró entonces Basolieu con una cara de Hebreo, que causaba espanto. Comenzó á desenfardar sus géneros, y á irlos presentando sobre una mesa, al rededor de la qual estabamos sentados. Eran todas unas telas en la realidad riquísimas, y bordadas de aquellos dos metales que se habian dicho. Madama, la favorecida de los Monarcas de la Persia, de la China, del Japón y del Mogól, comenzó á examinar una por una todas aquellas telas, pidiéndome que la dixese, qual me parecia la mejor. Escuséme con la verdad, confesando lo poco ó nada que yo entendia de aquel género; pero ella insistió tanto, que al cabo la hube de complacer, diciéndola qual era la que me agradaba más. Celebró mucho mi eleccion, alabando mi buen gusto, y confesando, que se habia encontrado con el suyo. Inmediatamente hizo cortar de la tela que yo escogí lo que era necesario para hacerse un traje entero; y luego entró el sastre

tre á tomarla la medida. Inquietándose ella entonces, ó fingiendo inquietarse, porque no acababa de venir el tesorero para pagar al mercader, me ví precisado á sacar de mi bolsillo sesenta luises para despacharle. Poco despues entró el zapatero, y tambien le hube de dar á éste dos luises por un par de zapatos bordados de oro, y de hechura muy particular. Es verdad que Madama me prometió, que me sería pagado este dinero, luego que el tesorero se restituyese á casa; pero conociendo yo muy bien que esto no se verificaria, tomé el partido de mostrarme por aquella vez tan liberal y generoso, como me habia vendido hablando con las camareras; y así la supliqué se sirviese admitir por una cortísima expresion de mi veneracion y sumo respeto á su persona, el miserable regalo de aquellos pocos maravedises, pidiéndola su permiso para pagar tambien al sastre su trabajo, á quien entregué luego seis escudos. Este mi cumplimiento, aunque hecho en términos á la verdad no muy expresivos, pues mostraban bien que no correspondia el corazon á las expresiones, fue todavia gratisimo á Madama, la qual por su parte quiso darme tambien algunas señales de su agradecimiento. Tomóme luego la mano, y me la apretó con una alegría y con una dulzura inexplicable. Caballero, me dixo, este es el primer regalo que en toda mi vida he admitido de personas particulares. Pero vos ocupais en mi corazon el mismo lugar que los ma-

mayores Príncipes del mundo, y es tanto lo que os estimo, que no he querido desayraros con negarme á recibir vuestros favores. ¡Ah, Señora amabilísima! la repliqué; ¡y qué obligado me confieso á esa particular benignidad con que mirais mi persona! Pongo á vuestros pies todo quanto poseo; y así podeis disponer de ello con la misma libertad con que disponeis de todo lo que teneis confiado á vuestro tesorero. Desde aqui adelante fue mucho mas confidencial nuestra conversacion. Flechábanme sus ojos unas miradas tan encendidas, que no era facil me mantuviese en una indiferencia, en que el mismo Sócrates no se podria mantener. Cenóse despues alegremente, y en fin aquella noche no volví á mi posada. Nos sirvieron la cena las dos damiselas, que hacian de camareras; pero ni los mayordomos, ni los tesoreros, ni los pages, ni los lacayos, ni los reposteros, ni los bodegueros, ninguno de estos se dexó ver en la casa; porque, segun me dixo la Señora, los habia dispensado del servicio por aquella noche, para que nos dexasen con mas libertad. Ya podrán ustedes considerar, que de esto no me pesaria á mí, entre otros motivos, porque la tal providencia me ahorra algunas maulas, pues naturalmente al despedirme, algo habia de dar á cada uno de aquellos personajes, correspondiente al empleo que ocupaba en el servicio. Y aun en medio de eso, quando por la mañana me retiré á mi posada, regalé con otra docena de luises á las

las damiselas, porque me ayudaron á vestir de todo punto, sirviéndome despues agua de olor para labarme manos y cara. Madama se quedó en la cama, y yo me recogí á mi habitacion con un concepto de sus prendas muy superior al que habia formado el dia antecedente; pero ántes de separarme de ella me hizo darla palabra de que la repetiria la visita aquel mismo dia hácia la hora de ponerse el sol. Nada me dolia el mucho dinero que habia gastado en un solo dia, ántes bien me pareció que era muy merecedora de que todos mis bienes casi castrenses se empleasen en contentar sus caprichos. No se apartaban ni un momento de mi memoria, y de mi corazon los atractivos de su hermosura, y desde luego conocí, que ya me tenia traspasado de parte á parte con su arpon el hijo de Citeréa. Parecióme aquel dia interminable, y esperé á la noche con ansiosísima impaciencia, haciéndoseme siglos los momentos que tardaba en volver á la presencia de mi nueva amante. Llegó en fin el plazo señalado, y partí volando, despues de haber proveído abundantemente mi bolsillo, y comprado un anillo de gran precio, con ánimo de regalarsele, en prendas de la ciega y vehemente pasion con que la amaba.

CAPITULO IV.

Enamorado Don Abél de la Aventurera se va á vivir á su casa: desgraciadas conseqüencias de aquella resolución.

Fuí introducido de la misma manera que el día antecedente, y encontré á Madama jugando con dos Caballeritos Franceses naturales de Picardía: apenas me vió, hizo que me sentáse junto á ella, y de quando en quando lanzaba suspiros, y me echaba unas ojeadas, que me acabaron de arruinar. Aunque los dos Caballeritos mostraron que envidiaban mi fortuna, no por eso dexáron de hacerme mil finezas, quizá por lisongear á Madama, viendo la parcialidad con que me miraba. Pasada como una media hora de juego, dió muestras de estár ya cansada, y dixo á los dos Francesillos que la perdonasen si levantaba tan presto la conversacion, porque cierto negocio urgente y grave pedia que se informáse reservadamente de mí sobre ciertos puntos de la mayor importancia. Al oír esto levantáron luego la visita los dos Caballeritos, y nos dexáron solos á los dos. Entónces volviéndose á mí, me dixo: así me sacudo yo de estos moscones importunos y pisaverdes derretidos, que no los puedo sufrir, cansan-

dome infinitamente sus necias y atrevidas frialdades. He resuelto irme poco á poco deshaciendo de todos mis cortejantes, y solamente deseo (como tú lo quieras) vivir contigo una vida retirada, y muy distante de toda galantería. Sí, amado mio, tu sola conversacion es para mí mas gustosa y mas estimable que la de los mas grandes Señores, y desde que tuve la dicha de tratarte, conocí que la verdadera felicidad consiste en lograr la compañía de un hombre de un mérito como tú, que ponga á cubierto contra las malas lenguas á una muger, en quien nada encuentra que morder la maledicencia, sino la multitud de mis inocentes y decorosas amistades. Así me habló la tal Aventurera, y persuadido yo á que eran sincéras sus expresiones, en aquel mismo punto resolví unir á la mia su fortuna, y hacerme su comensal y compañero. Con esta ocasion la entregué el anillo, que admitió con la precisa condicion de que en correspondencia habia de recibir yo otro suyo, que ella misma me metió en el dedo.

Miéntas tanto tenia yo gran gana de ver la bellissima porcelana de la China, con que la habian regalado los Emperadores del Japon y de la China, no ménos que la gran cantidad de plata tan decantada, que estaba á la custodia de sus criados. Pero ella teniendo bien previsto este lance, y que yo no me descuidaria en hacer se me enseñáse lo que tan espontaneamente se me habia prometido, se habia anticipado á instruir á Leonilde en lo que debia hacer. Así que la mañana

del segundo día que me habia mudado á aquella casa entró la tal Leonilde toda desgredada, desaliñada y descompuesta, llorando amargamente, y poniendo los gritos en el cielo, pero afectando no poder articular palabra, como que todas se las interceptase el dolor; hasta que pasado algun tiempo, fixando los ojos en su ama en ademán de espiritada exclamó diciendo, que los grandísimos bribones del mayordomo, tesorero y repostero se habian escapado, despues de haber robado la tesorería, llevándose toda la preciosa porcelana, con casi todo el dinero y plata labrada, pues de ésta solo habian dexado quatro cubiertos, y de aquel como unos veinte ó treinta escudos que se encontraron en las navetas. Yo he sospechado que aquellos infames tramaban alguna otra burla mucho mas pesada, porque los días pasados tenian entre sí grandes conferencias y cuchuchos, y harto será que la noche en que todos faltaron de casa, no se juntásen á tomar sus medidas para asegurar mejor el general y lastimoso despojo que han hecho de todo lo bueno que habia en ella. Quien hubiera visto á Madama en aquel lance creería que la tal noticia iba luego luego á quitarla la vida; cayó desmayada en tierra, con dos ó tres accidentes sucesivos; siguióse á esto un temblor violento y universal de todos sus miembros, quedándose tan pálida como una difunta: de aquí pasó á enfurecerse contra sí misma, arrancándose con rabia sus dorados y bellísimos cabellos, y arañá-

ñándose desapiadadamente la cara, para dar á entender que el dolor la habia hecho perder el juicio. Procuré confortarla lo mejor que pude y supe, aplicándola á narices, sienes y pulsos ya agua de melissa, ya espíritu de romero, ya agua del carmen, y desabrochándola así la cotilla, como el justillo, para que respirase con mayor desahogo, y no la oprimiese tanto la violenta palpitation de su hermosísimo seno, escena en que habia mucho de trágico, sin dexar de mezclarse una buena dosis de cómico; y si un pintor nos hubiera retratado, pintando á cada uno en los diversos trages, acciones y posturas en que estábamos, no dexaría de formar el quadro mas bello y mas divertido del mundo. Pasado un quarto de hora volvió Madama en sí, y viéndome todo afanado en el piadoso exercicio de socorrerla, ¡ah dueño amado mio! prorumpió con voz lánguida y desmayada: tú sólo, y sola tu presencia puede hacer que yo viva despues de la cruel pérdida de todos mis bienes. Sí Señora, la respondí; no os turbeis ya mas por la desgracia que fabricó la villana infidelidad de vuestros codiciosos criados. Vuestro será de aquí adelante todo lo que yo poseo en este mundo; y aunque ni mis alhajas, ni mi dinero podrán nunca suplir la falta de unos efectos tan preciosos, que necesariamente han de ser muy superiores á todo lo comun, siendo dádivas de los mayores Monarcas de la tierra, servirán á lo ménos, para que nada nos falte de lo necesario para pasarlo con to-

toda decencia, y con bastante comodidad. Una oferta tan generosa, como no esperada, fué el milagroso elixir, que acabó de restituir á Madama todos sus espíritus, disipando enteramente aquel letargo mortal. Sosegóse aquella rabirosa inquietud, y poco á poco volvieron sus bellísimos colores á matizar el sitio que ocupaban en su tentador semblante. Caballero mio, respondió, según eso tú naciste para resucitar á una miserable. Si el amor que me tienes te hace hablar de esa manera, sería yo la muger mas ingrata del mundo, sino aceptára una gracia, que no admite superior. Aquí me tienes ya enteramente por tuya; quiero depender de tí y de tus insinuaciones todo el tiempo de mi vida, y jurándote una fé, que quizá dexará muy atrás á la que juró en otro tiempo la muger de Ulises, estaré siempre pronta á morir por tí, ya que por tí he vuelto á vivir. Arrojóse entonces á mí, echándome sus brazos al cuello, y bañó mi semblante con sus lágrimas. Pundonoroso cumplimiento de mi palabra dispuse que el dia siguiente se llevase á su casa todo quanto yo tenia en la posada; hice que todo pasase revista por sus ojos, y encontró lo que bastó para que no quedase descontenta su avaricia. De esta manera vivimos juntos en Cambray algunos dias, ni mas ni menos como si fuéramos marido y muger. Cerróse desde entonces la casa á todo género de hombres, tanto que los hijos de familia, para quienes ántes estaba tan franca has-

ta

ta dexarlos sin pellejo, viendo aquella novedad comenzáron á hablar con toda libertad, haciendo la mas solemne, y mas maligna chacota de su retiro. En todas las conversaciones se hablaba de mí con el mayor desprecio, ni podia andar por la calle sin exponerme á la risa y chacota de todos los que me veían, particularmente de la gente del bronce; y ella, que tenia grande miedo de que al cabo llegasen á mis oídos aquellas voces, y me hiciesen abrir los ojos en grave perjuicio suyo, una noche, mostrándose mas tierna y mas apasionada de mí que lo ordinario: Don Abél (me dixo) despues que hiciste por mí lo que jamás me atreveria á esperar, debo estar segura de que nada me negarás, y de que estarás pronto á darme un gusto, que puede redundar en gran beneficio de ambos: esta ciudad me causa ya tanto tedio, que quisiera nos fuésemos al campo á gozar tranquilamente sin sujecion, ni ceremonias de nuestra quietud y amable soledad. De esta manera podremos reformar y poner en economía nuestra casa, llevando únicamente con nosotros á Leonilde, y á un solo criado, con lo que ahorraremos mucho del gran gasto, que es preciso hacer manteniendo tanta familia. Por otra parte nos libraremos tambien de la importunidad de los petimetres que acostumbraban freqüentar mi casa, y no pueden llevar en paciencia que yo los haya despedido, cerrándoles la puerta. Me agradó infinito la proposicion de Madama, y con efecto

la

la complací inmediatamente, llevándola pocos días después á una casa de campo que alquilé en las cercanías de Amsterdám.

Sin duda estarán ustedes admirados de que hasta ahora no les haya declarado como se llamaba aquella muger, y es natural que tengan no poca gana de saberlo. Pero debo decirles, que tampoco yo lo supe en mucho tiempo, porque era tal el respeto que la tenía, en fuerza de mi amorosa pasión, que nunca me había atrevido á preguntárselo, y Leonilde había tenido siempre la precaucion de no nombrarmela, por guardar consecuencia, y llevar adelante lo que me había dicho, que ninguna boca era digna de pronunciarle, sino la de la misma Madama. Por tanto yo siempre la llamaba así, y á ella nada se la daba porque yo no la importunase sobre que me hiciese esta confianza, dexándome á oscuras en una cosa que es puntualmente la primera que desean saber todos los que se quieren bien. Pero oigan ahora ustedes la estraña casualidad con que supe al fin qual era su nombre.

Una mañana mientras ella estaba en la cama hasta medio día, segun su costumbre, me había baxado yo medio mal vestido en hábito de campo, á tomar el fresco á la puerta de la casa, que caía justamente al camino real. Ví venir hácia mí un pagecillo con un villete en la mano. Y como me vió en aquel sitio, y con un vestido ordinario, me preguntó: si era yo el criado de la Señora que estaba en aquella casa? Respon-

pondíle que sí, por la curiosidad de ver en qué paraba aquella pregunta. Pues tome usted este papel, me dixo, y entreguesele á la Señora, sin que ninguno lo vea, ni lo sepa. Ya sé yo que usted está acostumbrado á hacer estos recados con toda la habilidad que se requiere, y que no dexará de hacerlo como sabe en esta importantísima ocasion. Yo esperaré la respuesta en aquellos dos caminos que no están lejos de aqui, hácia la mitad del que va derecho á Amsterdám, á donde Vmd. tomará el trabajo de llevarmela. Tomé la carta con mano trémula, y corazon sobresaltado, aunque hice quanto pude para que no lo conociese el mensagero. Luego que éste volvió las espaldas, me entré en la casa, y encerrandome en un quarto baxo medio escusado, leí el sobrescrito de la carta, que decía así: *A mi Señora Doña Poliandria Gavilán.* ¡Bello nombre! dixé entre mí (1). ¡Admirable apellido! uno y otro expresan bien distintamente sus principales propiedades. Abrí después la carta con toda aquella turbacion que ustedes se pueden figurar, y hallé que contenia las siguientes lacónicas, aunque bien claras expresiones.

Querida mia.

Todo está ya prevenido para el gran golpe que tanto me has encomendado. Avísame la hora pre-
ci-

(1) *Poliandria* quiere decir una muger que se abandona á muchos hombres: y el apellido *Gavilán* denota su rapacidad contra estos amantes.

cisa, en que mañana á la noche deben estar los asesinos á la puerta de tu casa. El dia siguiente estarás ya libre de tu insigne bienhechor, y yo entraré á gozar contigo el bello patrimonio que te regaló, para consolarte en la pérdida de los Imperiales regalos que te hicieron los potentísimos Emperadores del Japón y de la China.

Tu Rafaelino Capicelatro.

Consideren ustedes, qué tal quedaria yo al leer el infame emplazamiento de una conspiracion, cuyo objeto era no menos que el de quitarme la vida. Todo mi amor se convirtió en un furiosísimo odio, y resuelto á dar la muerte con mis propias manos á la cruel ingratisima hembra, me armé con un puñal, corro á su quarto, entro en él, arrojando centellas por los ojos, y negra espuma por la boca; me arrimo al lecho para embaynarle en su seno, pero viendola tan hermosa, como verdaderamente era, una centella de amor me detiene el brazo, y me hace suspender la execucion. Lanzo un doloroso suspiro, pero tan fuerte y tan violento, que Doña Poliandria Gavilán despertó pavorosa. Me vé con el acero en la mano, dá un gran grito, salta en camisa de la cama, comienza á correr por la casa, sin que yo, neutral todavía en mi resolucion, diese un solo paso para impedirla. Acude Leonilde á los gritos de su ama, hace lo mismo el infame criado, que iba de acuerdo con ella en el exécrable homicidio, que pensaban cometer; pone á los dos por

testigos de lo que yo queria executar, y confiada en el abrigo de ambos, comienza á cargarme de improperios, sin que yo, sobrecogido enteramente de lo que veía, tuviese valor para alentar siquiera una palabra en mi defensa, ni darla en rostro con la alevosa traicion que me tenia tramada.

CAPITULO V.

Sale Don Abél desterrado de Amsterdám. Vuelve á Brusélas. Transita por Cambray; sucesos de esta Ciudad. Viaja por todas las Provincias de la Francia. Entra en Saboya, y su encuentro en Chamberi con cierta persona.

Concluida esta escena, vistióse la Señora mia, montó en una calesa que habia en casa, y partió derecha á Amsterdám, donde puso una querella contra mí en aquellos Tribunales, y valiendose de la necia donacion que yo la habia hecho, logró sentencia favorable, adjudicandola todos los bienes que malamente la habia donado. El poco dinero que me habia quedado se lo engulleron todo mis Abogados, sin haber hecho mas que divertirme siempre con buenas esperanzas, que nunca tuvieron efecto, y ella triunfó con una

enorme injusticia, que me consumió todo el peculio: pero tambien me curó radicalmente del amor. Lo peor de todo fue, que me desterraron por diez años del territorio de Amsterdám á título de asesino; y esto porque mis Señores Abogados, viendome ya sin dinero, no hicieron caso de mí, ni me aconsejaron siquiera que compareciese personalmente á justificar mi conducta. Viendome de esta manera, anduve algun tiempo vagamundo y mendigando, hasta que encontrandome en Bruselas un hombre que me conoció, halló modo de emplearme donde pudiese ganar lo bastante para presentarme en la calle con decencia, y poder tratar con la gente de bien. Desde aqui escribí á España, de donde me enviaron algunas letras de cambio, con las quales me puse en parage de poder volver al juego, y siempre con la misma igual fortuna. Acostumbrado yo, por buenos y muy racionales motivos, á detenerme poco en aquellos pueblos, donde el juego me ha producido ganancias considerables, partí de Bruselas para volverme á Francia por la via de Cambray. La misma noche de mi llegada á esta Ciudad entré en un café, donde quedé sorprendido, quando ví en él aquel mismo hombre que habia representado el papel de Repostero en casa de Madama Gavilán. El tambien me estuvo mirando fixamente por algun tiempo, y despues que me reconoció: Señor, me dixo, yo tengo pendiente una cuentecilla con Vmd. ¿Qué cuentecilla? le respondí. La de un luis de oro, repuso él, por el chocolate

que

que serví á Vmd. cierta noche en casa de aquella Ramera que Vmd. sabe. ¿Pues qué, le repliqué, no eras tú criado suyo con oficio de Repostero? Yo fui llamado de orden de su mercé, y quando salí del gabinete, donde su mercé tomó el chocolate, me dixerón que su mercé le habia de pagar. Siendo eso asi, repuse yo, estoy obligado á hacerlo: pero un luis de oro por dos xicaras de chocolate, me parece demasiado. Señor, replicó él, quando nos hacen salir de la tienda para despachar nuestros géneros, no los vendemos á menor precio; además de eso ¿no se ha de pagar tambien lo mucho que pierde un hombre, quando le ven entrar en casa de semejantes personas? Esto último me obligó á callar, y á darle prontamente lo que me pidió, sin querer enredarme en mas questões. Esta mi docilidad fue de mal exemplo, porque aquella misma noche vino á mi posada el que se decia Bodeguero, el qual era en suma un reyendedor de perversas pastas, y de una pestilente malvasía: vino á que cerrasemos su cuenta, y ésta se canceló pagandole al doble de lo que me habia llevado el del chocolate. Fácilmente creerá qualquiera, que el dia siguiente muy de mañana me partí de aquella Ciudad, no solo por temor de que viniesen otros acreedores de Madama á que les pagase lo que ella les debia, sino tambien por huir de las pesadas burlas, que me harían muchos pisaverdes, para desquitarse de las que mi Señora Doña Poliandria les habia hecho á ellos.

Des-

Desde entonces comencé á visitar todas las Provincias de Francia, y no habiendose cansado la fortuna de favorecerme en el juego, dentro de poco me volví á ver en el mismo brillante estado en que me hallaba, quando tuve la gran dicha de caer en gracia á la favorita de los Principes de Oriente. Determiné volver á Italia, y tomando la ruta de Leon, me encaminé por la Saboya al Piamonte. Habiendo llegado á Chamberi, me quise detener un día para ver lo mas notable de aquella Ciudad. Visité las Iglesias principales, como tambien los edificios mas celebrados en ella; pero nada encontré que mereciese mi particular atención. Al tramontar el sol me volví á mi posada, quando encontré un hombre, que se paró á mirarme con grandísima curiosidad. Tambien le miré yo á él atentamente, y nunca pudo mi memoria dar con la idea de aquella fisonomía. Sin duda que el tal hombre me vino siguiendo á la larga; porque apenas llegué al meson, y entré en mi quarto, quando llegó el Camarero á decirme, que preguntaba una persona por el Señor Don Abel. ¿Quién puede ser, dixé entonces, el que me conoce por mi nombre en una Ciudad, donde nunca he vivido, y esta es la primera vez que he entrado en ella? Respondióme el Camarero, que tenia traza de ser algun criado. Díle que entre, sea quien fuere, proseguí yo, y veremos qué es lo que me quiere. Hízole entrar, y conocí ser aquella mismísima persona que se habia parado en la calle á mirarme con

tan-

tanta atención, cuya cara me parecia haber visto otras veces, pero sin poder caer en cuenta de quién fuese. Volvíle á considerar de nuevo, mas tampoco entonces hubiera conocido al tal personaje, si él mismo no se hubiera anticipado á satisfacer mi curiosidad, diciendome: Señor Caballero, yo soy la segunda Camarera de Madama Poliandria Gavilán, aquella misma que Vmd. despidió de su servicio, quando partió de Cambray á la casa de Campo; pero que siempre he sido un hombre real y verdadero en traje de muger. Víle á Vmd. esta tarde, y habiendole conocido, vine á hacerle esta visita, solamente para pedirle perdon de una traición que se habia tramado contra su vida, y de que por gran fortuna suya se libró. Sepa Vmd. que yo soy aquel mismo Don Rafaelino Capicelatro, de quien estaba firmado el papel que entregó á Vmd. el mensajero de Amsterdám; y aunque habia salido de la casa con acuerdo secreto de Poliandria, mantenía con ella oculta correspondencia de cartas, precisamente para sacrificar á Vmd. en la forma que significaba el villete, aprovechando la primera ocasion que se ofreciese. Añadióme, que la Leonilde era prima carnal de Madama, y el criado con que se habian quedado, principal manipulador de tan detestable proyecto, era su tio. Aunque se me herizaban los cabellos al oír las maldades de una muger, que usaba conmigo una ingratitud sin exemplo, todavia tuve la curiosidad de saber de ella, y por qué razon la habia abandonado el mismo Ra-

fae-

faelino. De todo le informaré á Vmd. me respondió prontamente, solo con que me dé palabra de perdonarme todo lo que he maquinado contra su persona. Habla, y explícate con toda libertad, le dixé, puesto que mi cólera se pasó luego, y mas despues que los jugadores de Francia me facilitaron el modo de volver á llenar mis talegos de tanto y aun quizá mas dinero, que el que me consumió aquella ingratisima muger.

Hice entonces sentar al dichoso Don Rafaelino, y para que tuviese mas vigor para contarme sus aventuras, mandé al mesonero que le traxese de beber del mejor vino del Delfinado que tuviese en la bodega. Bebió, y despues que contentó la sed, dió principio á su discurso de esta manera.

Yo soy hijo de un vecino de Mompeller, que fue ahorcado por ladron en Aix la Chapele. La desgracia de mi padre nos obligó á andar vagamundeando á todos sus numerosos hijos: yo anduve mendigando por varias Ciudades de Francia, hasta que llegué á Amiens á tiempo que Madama Poliandria hacia en aquella ciudad una estrepitosa figura. Vióme un día á la puerta de una Iglesia, donde la pedí por caridad alguna limosnilla; sin duda la debió de agradar mi buena traza, gracias á mi madre que me la dió, y era una muger, que aunque plebeya, tenia grande inclinación á la nobleza. El hecho es, que Madama mandó á un criado suyo, que me dixese la fuese siguiendo á su casa, donde fuí recibido como una persona ya muy conocida y muy estimada de

de todos. Mandó Madama que me labásen, peynásen y puliesen, llenándome de perfumes, y que me vistiesen de muger con toda decencia, en cuyo trage me mantuve siempre, como Vmd. mismo me vió. Este trage que nada desdecia de las facciones de mi cara, y del candidísimo cutis, solo era para no dar lugar á las sospechas y murmuraciones de los que freqüentaban su casa, pues por lo demás servia á Madama en figura de hombre, siempre que estábamos solos y á nuestra libertad. Tenia muchas alhajas, y un grandísimo peculio; porque aunque es verdad que eran meros sueños los decantados regalos, que se jactaba haber recibido de los Príncipes del Asia, es cierto que sus navetas estaban atestadas de las liberalidades de sus necios amantes, á los quales habia tenido ella habilidad para reducirlos impunemente á la última miseria. Saltando de ciudad en ciudad llegó á Cambray, donde recogió los mas ricos despojos de la juventud mas florida, y á donde Vmd. mismo llegó á añadir nuevos trofeos á sus triunfos. Vmd. sabe mucho mejor de lo que yo se lo sabré decir, que á pesar de las grandes atenciones que mostraba tener á su persona, desprendiéndose de todos los objetos de sus pasados amores, nunca tuvo valor para desprenderse de mí, sino quando concertamos entre los dos hacerme dueño de ella, de sus riquezas y de las de Vmd. privándole de la vida. Asi que el haberme despedido de su casa, fué un mero y purísimo artificio, para disponer mejor, y volver á ella como dueño

despótico de todo; y del papel que tuvo Vmd. en su mano colegiria el medio de que se queria valer para ponerme en pacífica posesion de su cuerpo y de todos sus haberes.

CAPITULO VI.

Cuenta Don Rafaelino lo que sucedió á la Aventurera despues que D. Abel fué desterrado de Amsterdám.

Despues que Vmd. salió desterrado de Amsterdám, inmediatamente se restituyó á su casa de campo la Aventurera, y yo con ella. Desde entonces no quiso verme mas en traje de muger, ántes bien quiso que me aprovechase de los ricos y mas magníficos vestidos que habia dexado Vmd. en aquella casa. ¡Admirable transformacion para mí! Hacer de Señor, y mandar despóticamente, donde pocos dias ántes hacia todos los oficios de una simple criada. Dió orden para que la traxesen todas las alhajas, joyas y dinero que habia depositado en poder de cierto confidente suyo, ántes que Vmd. se pasase á vivir en su compañía, y dándose un nuevo ayre de grandeza comenzó á vivir con el mayor esplendor que podia imaginarse en una muger de su esfera. Pero lo cierto es, que por entonces habia renunciado ya todos los cortejos amorosos, y que era con-

migo mucho mas fiel, que lo habia sido con Vmd. Antes bien el ardentísimo amor que me tenia, fué casi la ocasion que me obligó á abandonarla, como lo conocerá Vmd. por lo que ahora le diré.

Leonilde, á quien yo habia tratado siempre con la mas estrecha confianza con motivo del uniforme empleo que exerciamos los dos, ocupaba en mi corazon un lugar muy superior al que creía ocupar nuestra ama. Es verdad que procuraba ocultar mi inclinacion, y que nuestra correspondencia habia estado hasta aquel tiempo felizmente ignorada de toda la familia. ¿Pero qué no vén, y qué no descubren los ojos lince de una muger enamorada? Poliandria por una sola ojeada que estando un dia comiendo, me vió echar á mi antigua compañera, conoció que su camarera, á quien jamás llamaba prima, no era para mí un objeto indiferente; y pareciéndola que nuestro amor no podia ménos de haber echado raíces muy profundas por el largo trato y familiaridad con que habiamos vivido juntos en tanto tiempo, pensó que solamente la separacion y la ausencia podrian desarraigarle. Resolvióse, pues, á deshacerse de ella, no obstante los importantísimos servicios que la habia hecho. Con este pensamiento la envió á Amsterdám acompañada de un criado, con el pretexto de que compráse alguna tela para ropa blanca; pero no volvieron á parecer ninguno de los dos. Mientras tanto se aplicó á observar atentísimamente qué

despótico de todo; y del papel que tuvo Vmd. en su mano colegiria el medio de que se queria valer para ponerme en pacífica posesion de su cuerpo y de todos sus haberes.

CAPITULO VI.

Cuenta Don Rafaelino lo que sucedió á la Aventurera despues que D. Abel fué desterrado de Amsterdám.

Despues que Vmd. salió desterrado de Amsterdám, inmediatamente se restituyó á su casa de campo la Aventurera, y yo con ella. Desde entonces no quiso verme mas en traje de muger, ántes bien quiso que me aprovechase de los mas ricos y mas magníficos vestidos que habia dexado Vmd. en aquella casa. ¡Admirable transformacion para mí! Hacer de Señor, y mandar despóticamente, donde pocos dias ántes hacia todos los oficios de una simple criada. Dió orden para que la traxesen todas las alhajas, joyas y dinero que habia depositado en poder de cierto confidente suyo, ántes que Vmd. se pasase á vivir en su compañía, y dándose un nuevo ayre de grandeza comenzó á vivir con el mayor esplendor que podia imaginarse en una muger de su esfera. Pero lo cierto es, que por entonces habia renunciado ya todos los cortejos amorosos, y que era con-

migo mucho mas fiel, que lo habia sido con Vmd. Antes bien el ardentísimo amor que me tenia, fué casi la ocasion que me obligó á abandonarla, como lo conocerá Vmd. por lo que ahora le diré.

Leonilde, á quien yo habia tratado siempre con la mas estrecha confianza con motivo del uniforme empleo que exerciamos los dos, ocupaba en mi corazon un lugar muy superior al que creía ocupar nuestra ama. Es verdad que procuraba ocultar mi inclinacion, y que nuestra correspondencia habia estado hasta aquel tiempo felizmente ignorada de toda la familia. ¿Pero qué no vén, y qué no descubren los ojos lince de una muger enamorada? Poliandria por una sola ojeada que estando un dia comiendo, me vió echar á mi antigua compañera, conoció que su camarera, á quien jamás llamaba prima, no era para mí un objeto indiferente; y pareciéndola que nuestro amor no podia ménos de haber echado raíces muy profundas por el largo trato y familiaridad con que habiamos vivido juntos en tanto tiempo, pensó que solamente la separacion y la ausencia podrian desarraigarle. Resolvióse, pues, á deshacerse de ella, no obstante los importantísimos servicios que la habia hecho. Con este pensamiento la envió á Amsterdám acompañada de un criado, con el pretexto de que compráse alguna tela para ropa blanca; pero no volvieron á parecer ninguno de los dos. Mientras tanto se aplicó á observar atentísimamente qué

éfecto hacía en mí la separacion de Leonilde ; y quando conoció que verdaderamente la sufría con impaciencia , dió libertad al torrente de sus rabiosos zelos , como también al de las injurias é improperios mas insolentes que una muger puede proferir contra un amante infiel. Pero yo hice poquísimo caso de todas sus palabradas , y no pudiendo olvidarme de mi Leonilde , cuya imágen tenia gravada en mi corazon , determiné abandonar absolutamente al ama , para ir en busca de la camarera , hasta lograr la dicha de encontrarla. Para cubrir mejor mi intento , afecté un grandísimo dolor de haber ofendido á Poliandria , y procuré cautivar de nuevo su confianza , haciéndola finezas muy extraordinarias. Pero esto mismo fue puntualmente lo que me hizo mas sospechoso á la astutísima muger , á la qual quizá la habria enseñado la experiencia , que por lo comun en los hombres suelen ser artificios peligrosos las excesivas finezas. En virtud de esto estaba en su casa tan cautelosamente guardado como lo pudiera estar un prisionero. No me era lícito poner un solo pie fuera de la puerta , y toda mi autoridad se restringia dentro de las paredes domésticas. No encontraba modo para engañar , ó adormecer su vigilancia en este punto , y mientras tanto creciendo cada dia mi deseo de ver á Leonilde , al paso que cada dia eran mayores las dificultades , me mudé de manera , que de alegrísimo y muy divertido , pasé de repente á melancólico , fastidioso , taciturno y pensativo.

Es-

Esta repentina mudanza hizo mas impresion en el ánimo de Poliandria , que la que ántes habian hecho los zelos , la cólera , el despecho y la venganza. Temia que enfermase , y que el humor hipocondriaco me conduxese al cabo á la sepultura. Movida de este temor me procuró todos los divertimientos imaginables , paseos , cazas , juegos , músicas y bayles , lisonjeandose de que lograria divertir mi melancolía con aquellas dulces distracciones , las quales por el contrario solo servian para acrecentarmela. Con efecto salió cierto su temor : me derribó en la cama una enfermedad crónica , que me tuvo en ella dos meses , y los médicos llegaron á desesperar de mi vida. Quien viese los gritos , los clamores , las lágrimas , y todas las demostraciones del mas amargo dolor en que Madama se deshacia , creeria sin duda que habia llegado hasta donde podia llegar el exceso de su amor. No salia un momento de mi quarto , no se apartaba de mi cabecera , y estaba prontísima á servirme en todo quanto ocurría en mi enfermedad. Llegó á tanto el singular amor de aquella muger , que resolvió salvar mi vida á costa de privarse ella para siempre y voluntariamente de mí , prometiéndome que haria volver á casa á Leonilde. Querido Rafaelino , me dixo un dia que estábamos los dos solos , puesto que conozco claramente que tu ardentísimo amor á mi camarera te ha reducido ya á ponerte casi en las garras de la muerte , he determinado salvar tu

tu vida á peligro de perder la mia. Sé muy bien que yo no podré vivir sin tí; pero con todo eso escojo ántes morir yo, quedándo tu vivo, que conservar mi vida para verte despues muerto. Te prometó que tu Leonilde volverá á tus brazos, y que podrás vivir con ella todo el tiempo que te duráre la vida. Voy en este punto á escribir para que se restituya á esta casa, y tú no debes pensar de aquí adelante en otra cosa, que en recobrar tu salud y ponerte bueno. Así lo prometió, y así lo cumplió Polian-dria. Dos dias despues ella misma me presentó á Leonilde, y su vista fue mas eficaz para curarme, que todos los específicos de Hipócrates y de Galeno. Pero observé, que al paso que yo iba recobrando la salud, Madama la iba perdiendo. En pocos dias se convirtió en el retrato mas vivo de la misma tristeza: deshaciase en continuo llanto, y desapareció de repente toda la brillantez de sus hermosísimas facciones. Quando yo comencé á levantarme de la cama, ella se vió precisada á echarse en la suya, y se comenzó á formar de su enfermedad el mismo concepto que se habia formado de la mia. Lo que no tiene duda es, que la ocasion era la misma. Ella se iba consumiendo porque perdía su amante, y yo me iba acabando porque habia perdido la mia. En medio del consuelo que yo podia tener, viendome con mi querida Leonilde, no podia menos de darme infinita pena lo que padecia la Señora; y sabiendo que yo era

era la causa de ello, no gozaba mas que la mitad de mi dichosa fortuna. Avergonzándome de que una muger tuviese mas valor que yo para vencer sus pasiones, sentí que comenzaban á despuntar en mi corazon los principios de una virtud, que nunca habia conocido en él. Estaba ya para renunciar absolutamente los dos amores que me atormentaban, y para que ni Polian-dria padeciese el disgusto de que yo fuese el predilecto de Leonilde, ni Leonilde se lamentase de que yo la habia abandonado por Polian-dria, habia resuelto partirme secretamente de aquella casa, é ir á buscar fortuna en otra parte, bien determinado á no volver á meterme en mas embrollos con mugeres. Parecíame que no dexaba de entrar algo de heroico en esta resolucion, y la vanidad de que el mundo me tuviese por un hombre capaz de concebirla, de tal manera se iba apoderando de mis cascos, que en un instante se me hubiera escapado todo el amor, si á Leonilde no se la hubiera ofrecido otro proyecto, que aunque no tan rumbo, me pareció mas practicable y mas acomodado que el mio.

Esta muger, excesivamente docil y condescendiente, conocia muy bien que su ama y señora prima facilmente se reduciría á los últimos extremos de la vida, una vez que no se la pudiese arrancar del corazon la cruel pasión que la devoraba, y sabiendo por otra parte, que era muy capaz de consentir en que yo repartiase mi

mi amor entre las dos, una noche que estábamos solos ella y yo con la enferma, se animó á decirla: Señora, ¿no es verdad que Vmd. no puede vivir sin su Rafaelino? Pues yo tampoco tendria valor para desprenderme totalmente de él, sin que esto me costase la vida. Y mas quando él mismo se anticipó á dar un testimonio tan claro como el que dió en su enfermedad, de lo mucho que me ama, para sufrir sin exponerse á morir nuestra total separacion. En este crítico estado de cosas, probemos si es posible algun medio para conciliar las dificultades, y veámos si se encuentra modo de que todos tres vivamos alegremente sin desconcierto de nuestra buena armonia, de nuestra salud, ni de nuestra amistad. Yo por lo que toca á mí tengo valor para conformarme en que mi amante lo sea tambien vuestro, Madama. Vos, Señora, disponeos por vuestra parte á contentaros con gozar la mitad del corazón de este jovencito. Suyo será el cuidado de compartir alternativamente con igual peso y medida á cada una de nosotras los mismísimos oficios de una indistinta correspondencia. Sonrióse Madama quando oyó tan extraordinario como no imaginado proyecto, y volviéndose á mí: ¿qué te parece? me dijo. ¿Te contentarás con dividir tu corazón entre dos amantes, sin dar á ninguna de las dos la preferencia, satisfaciendo igualmente á entrambas con tu amor, sin que el espíritu de los zelos se introduzca á perturbar nuestra paz? ¿Y por qué no lo

lo estaré, Señora, puesto que ya estaba acostumbrado á cargar con esta doble cadena, antes que vos tomaseis la providencia de separar á Leonilde de mí. Siendo eso así, replicó Poliandria, de esta enfermedad no me muero. Con efecto, se recobró de ella muy presto, y los tres vivimos juntos y acordes de la manera dicha por largo tiempo, sin que ninguna de las partes alentase la menor queja, ni mostrase el mas mínimo disgusto. Finalmente, como no hay en el mundo cosa mas variable que el corazón, ó antes bien porque el cielo no quiso permitir, que pasase mas adelante un comercio tan infame y tan infernal, sucedió, que celebrándose en Amsterdám cierta solemnidad, se le antojó á Poliandria concurrir á ella, despues de haber hecho por largo tiempo la vida solitaria en el campo. Llevó consigo á su camarera, á mí y dos criados. Fuímonos á apearse en una posada, que estaba vecina al puerto; y Poliandria, que por su natural vanidad gustaba mucho de sobresalir, y arrastrarse la atencion de todos, dexándose siempre ver pomposa y magníficamente vestida, desembarazada y brillante, se asomó á un balcon, que caía al mismo puerto, y á una calle muy frecuentada, para divertirse en ver y en ser vista de la gente. Todos alzaban los ojos para ver una belleza tan extraordinaria, y todos la saludaban con un respeto muy particular. Entre estos pasó por allí un Caballerito Escocés, ayroso, galán y de nobilísima presencia. Saludóla con mucho garbo: correspondióle ella; pero no contentándose con

las formalidades comunes, practicadas con los demás, acompañó sus reverencias con una cierta risita muy graciosa, con un cierto mirar alegre y tierno, y con otras varias señales de singular complacencia. El Escocés, demasiadamente advertido para no conocer, que no habia desagradado á Madama, se detuvo un poco debaxo del balcon, y tuvo la fortuna de oír de su misma boca, que podia subir, si era servido de descansar un rato. Hallabame yo con ella, quando él entró; y oí, que despues de un cumplimiento muy lacónico, la convidó á irse á divertir á la corrida de los Caballos, permitiendole el honor de que la fuese sirviendo. Ya se figurará Vmd. que Madama no le haría el desayre de negarse á tal convite. Aceptó-le prontamente, y se detuvo fuera de casa hasta bien tarde. Entonces, volviendome yo á Leonilde: querida, la dixé, este es el tiempo en que comenzaré á ser todo tuyo. Madama ya se ha proveído de otro amante, y se olvidará de mí. Lo peor es, me respondió la Damisela, que yo tambien estoy casi para seguir el exemplo de mi ama. ¿Has visto al Camarero de la posada? Tiene un corte de cara, que me gusta infinitamente. Confieso la verdad; me siento toda abrasada por él. Ya ves que yo no soy muger que sepa fingir. Yo te hablo con sinceridad. Si te dá la gana de admitir compañía en la posesion en que estás de mí, así como yo admití la de Madama en la posesion que me pertenecia, proseguirás gozando la mitad de mi correspondencia; ni mas ni menos,

como hasta ahora he estado gozando yo la mitad de la tuya. Juro á Vmd. que nunca he oído cosa que me dexase tan atónito como esta. Miré á Leonilde con todo el desprecio que merecia una muger tan infame, y en medio de mi baxo nacimiento tuve espíritu para abominar de tan descarada iniquidad. Desde aquel mismo punto huí de tan detestable compañía, y transitando por vuestra casa de campo, me proveí de un poco de dinero, me puse en camino para Francia, la giré casi toda, y llegué á esta Ciudad, donde tuve la fortuna de encontrar á Vmd. Acabado su discurso, se despidió de mí; y yo, lleno de un justo horror por la diabólica disolucion de aquellas dos infernales mugeres, dí mil gracias al cielo por haberme librado de ellas.

CAPITULO VII.

Abandona la fortuna á Don Abél en Turin. Encuéntrase en esta Ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya.

Líbrase impensadamente de su presente miseria.

Proseguí mi viage (continuó Don Abél), pasé los

las formalidades comunes, practicadas con los demás, acompañó sus reverencias con una cierta risita muy graciosa, con un cierto mirar alegre y tierno, y con otras varias señales de singular complacencia. El Escocés, demasiadamente advertido para no conocer, que no habia desagradado á Madama, se detuvo un poco debaxo del balcon, y tuvo la fortuna de oír de su misma boca, que podia subir, si era servido de descansar un rato. Hallabame yo con ella, quando él entró; y oí, que despues de un cumplimiento muy lacónico, la convidó á irse á divertir á la corrida de los Caballos, permitiendole el honor de que la fuese sirviendo. Ya se figurará Vmd. que Madama no le haría el desayre de negarse á tal convite. Aceptó-le prontamente, y se detuvo fuera de casa hasta bien tarde. Entonces, volviendome yo á Leonilde: querida, la dixé, este es el tiempo en que comenzaré á ser todo tuyo. Madama ya se ha proveído de otro amante, y se olvidará de mí. Lo peor es, me respondió la Damisela, que yo tambien estoy casi para seguir el exemplo de mi ama. ¿Has visto al Camarero de la posada? Tiene un corte de cara, que me gusta infinitamente. Confieso la verdad; me siento toda abrasada por él. Ya ves que yo no soy muger que sepa fingir. Yo te hablo con sinceridad. Si te dá la gana de admitir compañía en la posesion en que estás de mí, así como yo admití la de Madama en la posesion que me pertenecia, proseguirás gozando la mitad de mi correspondencia; ni mas ni menos,

como hasta ahora he estado gozando yo la mitad de la tuya. Juro á Vmd. que nunca he oído cosa que me dexase tan atónito como esta. Miré á Leonilde con todo el desprecio que merecia una muger tan infame, y en medio de mi baxo nacimiento tuve espíritu para abominar de tan descarada iniquidad. Desde aquel mismo punto huí de tan detestable compañía, y transitando por vuestra casa de campo, me proveí de un poco de dinero, me puse en camino para Francia, la giré casi toda, y llegué á esta Ciudad, donde tuve la fortuna de encontrar á Vmd. Acabado su discurso, se despidió de mí; y yo, lleno de un justo horror por la diabólica disolucion de aquellas dos infernales mugeres, dí mil gracias al cielo por haberme librado de ellas.

CAPITULO VII.

Abandona la fortuna á Don Abél en Turin. Encuéntrase en esta Ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya.

Líbrase impensadamente de su presente miseria.

Proseguí mi viage (continuó Don Abél), pasé los

los Alpes, llegué á Turín, donde resolví detenerme algunos dias, habiendo encontrado con quien exercer mi profesion. Pero en esta Ciudad (lo que jamás me habia sucedido) comenzó á abandonarme la fortuna. Me hallé con jugadores, que eran más afortunados que yo: fuese disminuyendo mi tesoro, y habiendome obstinado en no mudar de puntos (contra todas las leyes del juego), en el breve espacio de dos meses perdí todo quanto tenia. Comencé á hacer pronósticos, y me costó gran trabajo conseguir del amo de la posada, que me diese de comer y de beber, mientras me venian de España las letras de cambio. Habia conservado hasta entonces el anillo, que me habia dado Poliandria, y viendome precisado á deshacerme de él, hallé que apenas valia seis miserables pesetas, aunque en la apariencia se representaba de gran precio. Mientras tanto yo andaba siempre solo y pensativo, buscando de intento las calles menos frequentadas, visitando Iglesias, y paseandome por los claustros de los Conventos, divirtiendome en leer epitafios de sepulturas, y epígrafes de sepulcros. Una mañana que estaba embelesado, queriendo entender una inscripción Longobarda sobre cierta sepultura, que estaba á la entrada del mismo cementerio, sentí que me tiraban de la capa, y volviendo la cabeza, me encontré con una muger asquerosa; cubierta la cabeza con un sucio trapo de lienzo, y el resto de su desastrado trage remiendos mal zurcidos de diferentes colores, la

qual

qual me dixo: apostemos, Señor Don Abél, á que usted no me conoce? Cierito, la respondí, que no me acuerdo de haber tenido jamás ese honor, ni semejante fortuna. Y en medio de eso (replicó ella con gran desembarazo) en otro tiempo tuve la dicha de que Vmd. me mirase con buenos ojos, por mas de un dia, y aun por mas de un mes. Descubre tu bella cara, repuse yo con picaresca ironía, y entonces puede ser que te conozca. No se hizo de rogar para darme gusto, y entre los emplastos y pegotes, de que tenia entapizadas las megillas y la frente, pude descubrir no sin dificultad algunas facciones de la primera camarera de nuestra famosa Madama Poliandria. ¡Ah Leonilde! exclamé todo admirado y aturdido: ¿es posible que te he vuelto á ver, pero en estado tan infeliz y miserable! ¡O qué fortuna la mia! ¿Por qué me habla Vmd. de una manera, que me hace conocer la ninguna compasion que le merecen las desgracias de su próximo? Yo soy un hombre, proseguí, que me compadezco infinito de todos los que se compadecen de mí, y me conduelo, quando veo castigados del cielo los que hicieron algun mal. Me pareceria ofender á la Divina Justicia, si no mirase con dolor á los que ella castiga. Segun eso, replicó la pordiosera, usted se ha mudado mucho, y es muy diferente de aquel Don Abél á quien yo conocí? Asi es, la respondí yo, y de esta mudanza tiene la culpa tu gentilísima Señora. Por ella me veo en la mayor miseria y pobreza

que

que se puede imaginar; si hubiera ella sido mas agradecida, ó menos ingrata, gozaria yo ahora de todos los bienes que el Señor me dió, y ambos tendríamos mas de lo suficiente para pasarlo con decencia en esta vida. No vaya Vmd. mas adelante en esas quejas, me interrumpió Leonilde: yo le haré tocar con la mano, que está muy reconocida á los beneficios que recibió de Vmd. y que desea darle pruebas reales y efectivas de su grande arrepentimiento. ¡O! la repliqué prontamente: eso es lo que yo no quiero, ni deseo experimentar. Dale las gracias por su buena disposicion, y díla de mi parte, que ya Don Abél no se halla en estado de merecer sus favores, porque tampoco su bolsillo tiene fuerzas para suplir los robos de su Mayordomo y Tesorero. Verdad es, que, segun creo, al presente se contentaría con un par de quartos, y que la bastaria poder lograr por mi medio alguna plaza en el Hospital de los incurables: pero ni aun esto poco puedo hacer, porque tambien yo vivo de limosna, y me han recogido por caridad en una casa. Todas esas desgracias de Vmd., repuso Leonilde, las sabe muy bien la Señora Poliandria, quiere, y puede en gran parte remediarlas; para lo qual desea abocarse con Vmd. en este mismo sitio mañana á las ocho de la mañana. Esta si que es buena, repliqué yo medio enfadado y medio riendo. Si Poliandria no está mejor equipada de lo que te veo á tí, á fé que podrá bien efectuar sus generosas y loables intenciones. Antes bien,

re-

repuso ella, la verá Vmd. aun mas andrajosa que yo; pero ¿quién quita que Vmd. vea un efecto enteramente contrario á todas las apariencias? Está bien, la dixé entonces: mañana á estas horas estaré en este mismo sitio, y sin contestarla mas, la volví las espaldas, y me fuí á otra parte.

Esperé la mañana siguiente á que diesen las ocho, y me fuí en derechura al cementerio, curiosísimo de saber en qué paraba aquella cita de Madama. Tardó poco ésta en dexarse ver, no tanto vestida, como zabullida en un desdichado saco, todo cubierto de asquerosos trapos, que desprendidos y colgando por todas partes, hacían figura de flecos, y el resto atestado de remiendos heterogéneos como saco de bobo, ó vestido de botarga; un manto de tafetán, tan raído y agugereado, que por unas partes se asomaban los cabellos, y por otra se salia á trozos la mitad de la cabeza; la delantera de unos zapatos viejos enchancletados, de manera que parecían castañuelas de los pies; un rosarión largo y de cuentas gordas en las manos, que parecían labradas á lo mosayco, por las costras y costurones que formaba una sarna caballar que se descubria en ellas. ¡Bello espectáculo para un hombre que vuelve á ver á su dama despues de una larga ausencia! Con todo eso debo confesar, que no obstante lo mucho que me habia hecho sufrir aquella desdichada muger, no pude negarle la compasion, y aun acaso tambien alguna lágrima, quando la ví en tan lastimosa figura. Ella fue la prime-

ra

ra que rompió la conversacion, diciendome: Don Abél, este es el tiempo en que Poliandria quiere haceros conocer, que está muy arrepentida del exêcrable delito que cometió contra todas las leyes del agradecimiento y del honor. Aunque me veis en estos asquerosos trapos que por sí mismos están publicando la mas miserable pobreza, os aseguro que soy mas rica de lo que pensais. Entre los remiendos de este trapo viejo (poniendome en la mano un pedazo de sayál, todo embutido de arrapiezos) hallarás cosidos cien doblones; ellos servirán de restitucion con alguna usura, por lo que gastasteis conmigo la primera noche de nuestra conversacion. Usad de ellos como quisiereis, en la inteligencia de que esto solo es un principio de lo mucho que puedo hacer por vos. No puedo negar lo sorprendido que me quedé al oír tan estraña proposicion. Me parecia que soñaba; pero sin embargo tomé el pedazo de sayál, que hallé ser muy pesado: me le acomodé como pude debaxo del sobaco, y guardéle con infinito cuidado. Despues la dí gracias, y no pude menos de decirla con esta ocasion: Señora, supuesto que sois tan rica, ¿por qué no os haceis curar esas asquerosísimas costras, que forman un fastidioso baxo relieve de vuestras bellas carnes? ¡Ah, Don Abél! respondió luego ella; y qué sencillo que sois! Sabed, que todo esto que veis es una ilusion, una mera apariencia, efecto de cierto emplasto muy particular. En lavándome

con



*Encuentro de D.ⁿ Abel con Poliandra
y esta en trage de pobre, pordiosera, le dá
cien doblones embueltas entre unos remiendos.*

UNIVERSIDAD LEON
BIBLIOTECARIA
Agto. 1825 MONTFERRER, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con un poco de agua caliente, queda mi carne tan fresca, tan blanda y tan delicada, como si me lavára con el agua de manteca que venden los perfumeros de París. Baxo este astroso y pobrísimo traje se esconde otro que no estaria mal á qualquiera de las primeras damas de Londres, y mi camisa es mas fina y mas sutil, que la que viste el Gran Señor en Constantinopla, y el Emperador de la China en Pekin. El misterio que se esconde baxo esta ridícula y extravagante apariencia es grande y muy singular. Si os pica la curiosidad de saberlo, no tenéis mas que ir mañana á la Veneria, donde os conducirá una persona que yo os enviaré, y donde no dudo quedareis satisfecho y muy contento de todo lo que vereis. Diciendo esto, se despidió de mí, y yo me fuí á casa derechó y apresurado, para dar libertad á mis pobres cien doblones, que estaban presos, ó cosidos dentro del hipócrita sayal.

El día siguiente alquilé un caballo, y partí á la Veneria. Ya se sabe que ésta es una deliciosa casa de campo del Rey de Cerdeña, Duque de Saboya. Apenas entré en una hermosa y larga carrera de árboles, que vá á embocar en palacio, se me puso delante un hombre despilfarrado, que venia arrimado á un palo, y caminaba cogeando. Señor Don Abél, me dixo, sígame Vmd. y sin hablar mas palabra, me volvió las espaldas, y comenzó á caminar delante del caballo. ¿Creerán ustedes que el ca-



ballo, siendo así que era joven y de brio, apenas podía alcanzar á aquel lacayo de tan estraña figura? El hecho es, que quando llegamos como á doscientos pasos de la Veneria, el tal lacayo cogió el camino de la derecha, y arrojando de sí el palo, olvidado de que era cojo, comenzó á caminar como un gamo. Entónces sospeché que el dichoso lacayo era verdaderamente de aquella especie de criados, que mas convenian á una dama como mi Señora Doña Poliandria Gavilán. Caminariamos como una milla y media por senderos poco practicados, que nos condujeron á una casuca, fabricada en el rincón de un vallecito muy delicioso. Entramos en el corral, y luego que desmonté, me salió á recibir Leonilde, pero en traje muy diferente del que tenia quando se me presentó en el cementerio de Turin. Estaba vestida de blanco, sembrado á trechos el vestido de lazos, ó rosetones rojos, lo que daba un gran resalte al garbo natural, y muy proporcionada disposición de su persona. ¿Qué transformacion es ésta, Leonilde? la pregunté admirado. O yo deliro, ó estoy viendo real y verdaderamente efectivas las mentidas transformaciones de Ovidio. Yo estoy al presente ni mas menos como me hizo la naturaleza, me respondió ella; ni el artificio tiene otra parte en esto, que el haber acertado en la eleccion de un vestido que hace sobresalir un poco mas los dones con que me regaló aquella madre universal de todas las criaturas.

En-

Entre Vmd. Señor Don Abél, y allá dentro encontrará motivos para admirarse mucho mas, quando vea á su antiguo pique Madama Poliandria. Dicho esto me hizo entrar á un salón alhajado con mucho gusto y primor. Al mismo tiempo que yo, entró en él por otra puerta Madama, vestida del mismo modo que su camarera, solo que la tela blanca de su vestido estaba toda ricamente recamada de flores de plata y oro: calzaban sus menudos pies un par de zapatos cubiertos con la misma tela, bordada de las propias flores; y sus dorados cabellos estaban adornados con varias piochas de brillantes, que formaban diferentes figuras, distribuidas por toda la cabeza con exquisito gusto y delicada simetría; y tenia en la mano una especie de dardo, que terminaba en punta de plata. Hubiérala yo tenido por otra Diana, á no saber tan de antemano, que merecia mejor el nombre de Venus. Bella Poliandria, la dixé riendo, ya veo que el emplasto de que usais para que os tengan por el asco de las mugeres, es un milagroso específico para haceros parecer mas hermosa que vos misma. Ese traje de ninfa que cubre vuestros delicados miembros, es tan acomodado á lo que pide este ameno y solitario sitio, como los asquerosos trapos de que os vestís en la ciudad, son los mas convenientes para que todos os crean la mas infeliz pordiosera, y el deshecho mas miserable de un hospital. No creo yo que la diosa de la caza se presente vestida con

HH 2

ma-

mayor magnificencia, ni con gusto mas superfluo en el monte Parnaso, ni en ningun bosque de la Arcadia. Segun eso, me respondió ella, á vos os tocara hacer aqui una figura, que dexase muy atrás al amable pastor de Cária; Ah Señora! repliqué prontamente: no quisiera yo que ántes bien me tocáse hacer la de Anteon. Sonrióse un poco de esta mi chufleta, mas hablándola luego en serio: por Dios, la dixé, no me tengais suspenso por mas tiempo, á vista de las extravagancias que estoy viendo. ¿Decidme cómo se compone una habitacion tan acomodada y tan deliciosa como ésta, con la triste figura que quereis representar quando vais á Turin? Para que entendais mejor todo el misterio, respondió ella, me será preciso dar principio á mi relacion por todo lo que pasó desde aquel tiempo, en que con tanta ingratitud hice que te echasen de tu misma casa de Holanda. No es menester, la repliqué, que tomes el agua tan arriba: basta que comiences desde que Rafaelino te abandonó en Amsterdám, despues que te vió entregada á los amores del Caballerito Escocés. De todo lo que precedió á este suceso me informé menudamente mi inmediato sucesor, de cuya verdad no puedo dudar, habiéndome enseñado la experiencia, que eres una muger capaz de las mas árduas resoluciones. Siendo eso así, repuso Madama, me alivias de un gran trabajo, y llegaré mucho mas presto al fin de mi discurso.

CA-

CAPITULO VIII.

*Prosigue la historia de la Aventura,
y como Don Abél hizo las paces
con ella.*

Luego que el Caballero Escocés volvió del paseo, se halló sin rival que le pudiese competir (prosiguió Poliandria) y con esto fue inmediatamente colocado en el trono de mi amor, ni mas ni menos como el camarero de la posada lo habia sido en el de Leonilde. Mi nuevo amante tenia dinero, y esto era justamente por lo que yo le amaba tanto. Propúsome si me queria ir con él á Escocia, y no encontró en mí la mas mínima dificultad para darle gusto. Salí pues de Amsterdám, dexando recomendada la casa y todas mis cosas (ó por mejor decir las vuestras) á mi criada Leonilde, encargándose ella y su nuevo amigo de la custodia de todo hasta nuestra vuelta. Duró pocos meses mi viage á Edimburgo, patria de vuestro tercer sucesor: me probó mal el temple de aquel país por lo obscuro y nebuloso, y así facilmente le persuadí á que nos restituyésemos á Amsterdám. Teniéndome por noble, como me jactaba de ello á cada paso, se persuadió á que las complacencias que conseguia de mí, eran efecto de un vehementísimo amor á su persona, quando en realidad solamente lo eran de mi insaciable

ava-

mayor magnificencia, ni con gusto mas superfluo en el monte Parnaso, ni en ningun bosque de la Arcadia. Segun eso, me respondió ella, á vos os tocara hacer aqui una figura, que dexase muy atrás al amable pastor de Cária; Ah Señora! repliqué prontamente: no quisiera yo que ántes bien me tocáse hacer la de Anteon. Sonrióse un poco de esta mi chufleta, mas hablándola luego en serio: por Dios, la dixé, no me tengais suspenso por mas tiempo, á vista de las extravagancias que estoy viendo. ¿Decidme cómo se compone una habitacion tan acomodada y tan deliciosa como ésta, con la triste figura que quereis representar quando vais á Turin? Para que entendais mejor todo el misterio, respondió ella, me será preciso dar principio á mi relacion por todo lo que pasó desde aquel tiempo, en que con tanta ingratitude hice que te echasen de tu misma casa de Holanda. No es menester, la repliqué, que tomes el agua tan arriba: basta que comiences desde que Rafaelino te abandonó en Amsterdám, despues que te vió entregada á los amores del Caballerito Escocés. De todo lo que precedió á este suceso me informé menudamente mi inmediato sucesor, de cuya verdad no puedo dudar, habiéndome enseñado la experiencia, que eres una muger capaz de las mas árduas resoluciones. Siendo eso así, repuso Madama, me alivias de un gran trabajo, y llegaré mucho mas presto al fin de mi discurso.

CA-

CAPITULO VIII.

Prosigue la historia de la Aventura, y como Don Abél hizo las paces con ella.

Luego que el Caballero Escocés volvió del paseo, se halló sin rival que le pudiese competir (prosiguió Poliandria) y con esto fue inmediatamente colocado en el trono de mi amor, ni mas ni menos como el camarero de la posada lo habia sido en el de Leonilde. Mi nuevo amante tenia dinero, y esto era justamente por lo que yo le amaba tanto. Propúsome si me queria ir con él á Escocia, y no encontró en mí la mas mínima dificultad para darle gusto. Salí pues de Amsterdám, dexando recomendada la casa y todas mis cosas (ó por mejor decir las vuestras) á mi criada Leonilde, encargándose ella y su nuevo amigo de la custodia de todo hasta nuestra vuelta. Duró pocos meses mi viage á Edimburgo, patria de vuestro tercer sucesor: me probó mal el temple de aquel país por lo obscuro y nebuloso, y así facilmente le persuadí á que nos restituyésemos á Amsterdám. Teniéndome por noble, como me jactaba de ello á cada paso, se persuadió á que las complacencias que conseguia de mí, eran efecto de un vehementísimo amor á su persona, quando en realidad solamente lo eran de mi insaciable

ava-

avaricia, y de una lasciva pasión no menos insaciable. Suponia que la facilidad con que me habia entregado á él, solo habia nacido de una violentísima pasión, y haciendo escrúpulo de mantener en figura de amiga á la que en su concepto merecia ser su esposa, me propuso un día si me dignaria de recibir su mano; y aunque siempre habia tenido grande aversion, y mirado con horror al matrimonio, consentí no obstante en ello; precisamente por la esperanza de que tardaria poco en ser heredera de sus bienes; pero esto fue puntualmente lo que no quiso mi fortuna. Los sabrosos guisadillos que le hacia comer mi cocinero, le causaron una enfermedad, que fue para él la última; pero su testamento no correspondió á mi expectacion, por mas diligencias que hice para corromper al Notario con grandiosas promesas. Fueron llamados á la sucesion de sus bienes algunos parientes suyos colaterales, y yo quedé viuda del Caballero, sin otra cosa que un legado de seiscientas libras esterlinas. Viéndome ya sin esposo y sin amante, solo pensé en proveerme, pero sin ligarme á uno solo. Con esto dentro de poco tiempo comenzó á brillar mi casa como una florida concurrencia, por los muchísimos Caballeros y Señores de todas clases que la frecuentaban, todos los cuales pagaban su tributo á mi bella cara. Habian crecido á lo sumo mis riquezas, quando vino á deshacerlas, interrumpiendo, ó por mejor decir, cortando mis conquistas la quiebra de un mercader que habia fallido por los em-
prés-

préstitos ó fianzas hechas á muchos de mis cortejantes. Consideráronme como la única causa de un daño, que habia perjudicado no poco al comercio de Amsterdám, y añadiéndose á esto las quejas y los clamores de tantos padres que por mí estaban viendo á sus hijos asomados al precipicio, fui desterrada de Holanda, y confiscados todos mis bienes, honrándome en la sentencia con los decorosos títulos de hechicera, embustera, seductora de la juventud, y estragadora de las buenas costumbres. No pude salvar mis bienes raíces, pero preservé todos los muebles, que consistían en plata, joyas y dinero, de lo que junté un relevante caudal, que pude llevar conmigo á Alemania, donde me retiré. Me detuve un año en Francfort, dos meses en Augusta, y desde aquí pasé á Praga, capital de la Boemia. En todas partes encontré mentecatos que me pagaban bien los favores que yo les dispensaba; pero en Praga me hallé con un tesoro, tanto mas inestimable, quanto él solo me pone para siempre á cubierto de la pobreza, aun quando por alguna desgracia se pierdan todos mis capitales, y los años y las arrugas descompongan el principal que hasta ahora me ha mantenido con tanta pompa y ostentacion. Ya sabeis que en aquel Reyno hay una gran multitud de familias de Cingaros, así llamados alli y en muchas naciones de Europa, los que en España se llaman *Gitanos y Gitanas*. Estos andan vagando por todo el mundo, prometiendo decir á todos la bue-
na-

naventura, y se hacen impunemente ricos á costa de los mentecatos que los consultan y los creen, no menos que en virtud de lo mucho que en todas partes roban. Estos, segun dicen ellos mismos, poseen extraordinarios secretos, mediante los quales se aparentan cojos, tullidos, ciegos, leprosos, remedando quantas deformidades y enfermedades se les ponen en la cabeza. Todo lo qual lo consiguen mediante ciertos emplastos, de cuyo número fue el milagroso de que yo me valí para alucinarte y fascinarte, presentándome llena de aquellas asquerosas costras que tanto asco te causaron, creyendo ser verdaderas. Me lo comunicó uno de aquellos maravillosos Cingaros, que deseó mucho lograr mi conversacion, y parecia un verdadero Proteo, segun las varias figuras que mudaba á cada paso. Hizo en mí la experiencia de su prodigiosa virtud, y me enseñó el modo de usarlo y de componerlo, quando se me acabase la gran cantidad de él, contenida en una olla con que me regaló.

Luego que acabé de chupar todo el dinero á la juventud de Boemia, y ví que ya no tenia cañamones para cebar mi codicia, partí de aquel Reyno, y tomando el camino de la Austria y del Tiról, me entré en Italia, cuyo plácido cielo y benigno temperamento me determinó á fixar en ella mi residencia. Despues de haberme detenido en Milán tal qual semana, me vino gana de pasar á Turin, donde me encontré con un comerciante muy rico, que gustaba sin dolerle

pren-

prendas. Este volvió á casa una noche sumamente alegre, y preguntándole yo el motivo de aquella extraordinaria alegría, me respondió, que acababa de ganar en el juego una gran cantidad de doblones á un forastero que se hallaba en aquella Ciudad. Me picó la curiosidad de saber quién era, y cómo se llamaba aquel desafortunado Caballero, y quando le oí nombrar vuestra persona, se sobresaltó muchísimo mi pobre corazon. Desde aquel mismo dia comencé á sentir punzantísimos escrúpulos de todo lo que habia hecho contra vos, y remordiendome continuamente la conciencia, me puse á pensar de qué medio me valdria para merecer vuestro perdon. No se habian pasado dos semanas, quando supe, que el juego te habia arruinado enteramente, dexandote absolutamente por puertas: entonces creció sin medida mi compasion, apoderándose de mi corazon un arrepentimiento tan vivo de la infame traicion que habia usado contigo, que no me dexaba sosegar ni un solo momento.

Me desahogué secretamente con Leonilde, consultando con ella la manera de aliviarte, muy resuelta á solicitarlo, costáseme lo que me costase. Y para que en llegando la ocasion te pudieras asegurar de la rectitud y sinceridad de mis pasos é intenciones, determiné abandonar del todo la Ciudad, con todas las amistades que tenia en ella, y retirarme á una buena y deliciosa soledad. Ofrecióseme entonces afortunadamente la ocasion de comprar esta pequeña casa de Cam-

TOMO V.

II

po,

po, y determiné pasar en ella contigo, supuesto tu consentimiento, el resto de mi vida, sin enredarme en nuevas aventuras. Luego que la ví alhajada, como la ves, me escapé de Turín, sin decir palabra á nadie, y há solos dos dias que resido en ella: y como siempre habia procurado, que no te perdiesen de vista, para solicitar volver á tu gracia, quando fuese tiempo, luego que me vió mi camarera en este amable retiro, dexandose llevar de su genio alegre y graciosamente inventor, quiso valerse del secreto del Cingaro para hacerte una graciosa sorpresa. Se aplicó á la cara el consabido emplasto, y en virtud de él quedó aparentemente transformada en aquella astrosa y asquerosísima figura que se te presentó á la puerta del cementerio; y quando volvió á casa por la noche trajo no poco dinero, que habia recogido de limosna, excitando la caridad y la compasion de los fieles, particularmente de los hombres. Este suceso me confirmó en el concepto de lo mucho que convenia no comunicar á nadie el importantísimo secreto, que el gran bribon Boemo me habia confiado. Mas ya que yo lo habia hecho con Leonilde, quise tambien imitar su exemplo, dexandome ver de tí en aquella asquerosa figura, para hacer resaltar mas la loable accion con que pretendiendo desempeñar en parte las grandes obligaciones que te debo. Por lo demás estoy muy resuelta á nunca valerme de tan singular artificio, sino que sea en caso de extrema necesidad; la que

ha-

haré todo lo posible para que esté siempre muy distante de mí.

Así acabó su discurso Poliandria, dexandome á mí extático y pasmado, no solo á vista de su dolor, y de su generoso reconocimiento, sino tambien del floridísimo estado en que volvía á verla, de manera, que insensiblemente y poco á poco me fuí olvidando de todo lo pasado, mirandola ya como una muger, que verdaderamente estaba muy arrepentida de la terrible burla que me habia hecho. Mientras tanto entró un criado á decirnos que ya estaba la comida en la mesa. Nos levantamos, y salimos del quarto donde estabamos, para entrar en una especie de galería, que correspondia á un jardín admirablemente cultivado. Descubriense en él multitud de naranjos y limones, que hacian una deliciosa vista, sin contar gran número de vasos mas pequeños atestados de las mas bellas, mas delicadas y mas exquisitas flores del país. Nos sentamos á una mesa, á que nos servian Leonilde, y aquel hombre que fue á servirme de guía, para conducirme á la tal casa, el qual me dixeron era el Camarero de la posada de Amsterdám. Fueron exquisitos, delicados, abundantes y admirablemente cocinados todos los platos que se pusieron en ella; concluida la comida, y levantados los manteles me dixo Poliandria. Don Abél, de aquí adelante ésta será tu casa y tu mesa, si me quieres dar este gusto. Podrás ir á Turín cada y quando te diere la gana, y siempre tendrás

II 2

drás

drás á tu disposicion un caballo ensillado, y un buen criado que te sirva. Mientras tanto ven á vér y tomar posesion de todo este sitio, y hallarás, que sino es tan grande como aquel, de que me hiciste donacion en Amsterdám, por lo menos puede muy bien recibirse en contracambio, por los ricos y preciosos muebles de que le verás surtido. Condújome, pues, por todos los quartos de uno en uno, colgados suntuosamente con magníficos damascos de Génova de diferente color en cada quarto. Todos estaban adornados de sillas, vestidas del mismo damasco y color, que correspondia á cada uno, y en todos habia una mesa de las mas estimadas piedras, que hasta entonces se habian descubierto, labradas con el mayor primor, y observé que todas estaban llenas de varias curiosidades de platería, y de finísima porcelana, que parecia la misma que la del Japon y de la China. ¡Cómo es esto! la dixé entonces como en ayre de pasmado. ¡Pues qué! tus criados de Cambray fueron tan escrupulosos contigo como ahora lo eres tú conmigo, que al cabo te restituyeron tus tesoros? Sonrióse al oirme esta picaresca bufonada, y prosiguiendo en irme mostrando todas sus riquezas, me introduxo en un gabinete muy superior á todos los demás en la riqueza de los muebles, y en el finísimo gusto de todos ellos. Aquí tenia ella su cama verdaderamente imperial, y á la cabecera de ella un buró, ó un escritorio de mediana magnitud. Abrióle, y casi me deslumbró la vista de una

pro-

prodigiosa cantidad de monedas de oro, y de joyas preciosísimas que tenia encerradas en él.

Don Abél, me dixo entonces Madama, todo esto que vés será vuestro, solo con que queraís volverme á hacer dueña de vuestro corazon. Mas aun quando seais tan cruel, que me negueis esta gracia, todavia estaré prontísima á entregaros siempre que quisieréis, (y á entregarlos con usuras) los quarenta mil escudos que habeis gastado conmigo. No creo, querido Scipion, que me hagas la injusticia de tenerme por tan tonto, que pudiese dudar ni siquiera un momento en volver á ser esclavo de una beldad, cuya posesion, si antes la habia comprado á costa de quanto tenia, ahora ella misma se me venia á meter en la mano con una dote, muy superior á todo quanto me habia costado. Dí mil gracias á Poliandria por la nunca imaginable oferta que me hacia, y besandola mil veces aquellas bellísimas manos, sin acordarme que el dia antecedente faltó poco para que me hiciesen vomitar por el asco que me causaron, la juré serla fiel eternamente. Así jugó conmigo la fortuna hasta aquel tiempo. Ahora solo me falta contarte la última parte de mi Historia, la qual no te divertirá menos que las otras dos que me has oido.

CA-

CAPITULO IX.

La comida que Don Abél y Scipion tuvieron en Colonia. Prosigue la Historia de la Aventurera. Traicion de su camarera; prision de los dos amantes, y como Don Abél fue liberado de ella.

Al mismo tiempo que Don Abél acabó esta relacion, paró los caballos el Calesero, y nos obligó á desmontar en un infeliz meson, ó por mejor decir en una miserable venta, donde quiso que tomasen un pienso los caballos. Era á la verdad la hora del medio dia, y el Ventero, hombre muy ceremonioso, vino luego á preguntarnos qué gustáramos de comer. Respondióle Don Abél, que él queria comer poco pero bueno. Gracias á Dios, dixo el Ventero, en casa tenemos con que servir á ustedes, y así no tienen mas que mandar, y pedir lo que gustaren. Pues disponga Vmd., le respondió Don Abél, un principio, una menestra, un cocido y un asado. Eso es puntualmente replicó el Ventero, lo que unicamente nos falta; pues bribón, le replicó Don Abél muy enfadado, ¿para qué nos dixiste que en tu casa habia de todo? Lo dixiste, respondió con mucha arrogancia el Ventero, porque tenemos en casa una

una cierta bebida, que en este país puede servir por todos los platos que se pueden apetecer. ¿Pero qué bebida es esa, pregunté yo entonces, que equivale á todos los manjares? Presto la beberá usted, respondió él, solo con que tenga un poco de paciencia. Con efecto, puso los manteles con bastante cortesía, y luego que nos sentamos á la mesa con grande expectation de aquel raro y nuevo maná, que sabía á todas las cosas, nos presentó en un asqueroso plato de barro un fétido potage de habas, dentro del qual se veían algunos pedacitos de una carne desconocida, que verdaderamente mostraba haber sido ya mas de una vez cocida, frita ó asada, ¿y quién sabe si quizá tambien masticada? Su dureza nos hizo dudar si sería carne de perro ó de caballo, y por su mal olor se conocía, que habia servido á diferentes mesas, y permanecía intacta de los pasajeros. Considera ahora tú, si nosotros comeríamos de aquel delicadísimo plato; echamos pestes contra el Calesero, que nos habia hecho apearse allí, y era el caso que en aquella posada tenia su pique, porque la cocinera de la venta, que era una moza rolliza, pantorrilluda, y muy abastecida de conveniencias, le dispensaba mil favores.

Luego que nos levantamos de la mesa, volvimos á montar en nuestro carruage, y seguimos nuestro viage, durante el qual, Don Abél volvió á tomar el hilo de su Historia, y la prosiguió de esta manera.

Verdaderamente nada tenia yo que desear en Po-

256 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Poliandria. Nunca habia estado tan condescendiente conmigo, ni tan pronta á cumplirme todos mis deseos, y gozando de todo aquello, que era de mi gusto, no se tomaba mas libertad que la que yo la daba, y ella me pedia con todas las demostraciones de una entera subordinacion y perfecta obediencia. Yo habia hecho muchos viajes á Turin, no tanto por exercitar el caballo, que todos los dias se me tenia prevenido, quanto por recoger las cartas de España, y entre ellas las letras que habia pedido á mi Administrador, y estaba esperando cada correo. Efectivamente pocos dias despues recibí una letra de dos mil doblones, que en breve tiempo cobré, y luego los llevé á mi casa de Campo, metiendolos en el mismo escritorio de Madama, cuya llave quiso ella misma que siempre tuviese yo. Nada nos inquietaba el tumulto ni la sujecion de la Ciudad; no nos importunaban las visitas: ningun cuidado nos daba el vestirse de ésta ó de la otra manera. Nos divertiamos frecuentemente en la caza, ya de las tímidas liebres, ya de las inocentes avecillas, y vistiendonos ella de ninfa y yo de pastor, girabamos en este traje por los contornos de nuestra pequeña, pero muy deliciosa Quinta. Ya te podrás imaginar, que aquellos nuestros vestidos pastoriles serian mas que suficientemente ricos, para que no se nos confundiese con el traje de los que realmente exercitan aquella profesion. Lo cierto es, que ni el pastor Admeto, ni la celebrada hija de Peleo se desdeñarían del traje que usabamos nosotros.

Mien-

Lib. XIV. Cap. IX. 257

Mientras tanto, como las cosas que salen de lo ordinario, suelen crecer tanto en la boca de la fama, sucedió que nuestro particular modo de vivir, aunque sencillo y retirado, divulgándose por aquellas cercanías, llegó á noticia de la Corte, la qual en ciertos tiempos acostumbraba venir á divertirse á la Veneria. Algunos Caballeritos Cortesanos, por la curiosidad de vernos y conocernos, se entraron un dia en nuestra casa á la misma hora de comer: fueron recibidos y cortejados con todo el agasajo, y con toda la atencion que les era tan debida, y para satisfacer los deseos que tenian de saber quiénes fuésemos, les contamos á nuestro modo una historia, que allí mismo forjamos de repente. Mi ninfa ostentó una extraordinaria modestia y compostura, de manera que en el concepto de nuestros huéspedes, pasó por la muger mas cuerda y mas inocente del mundo. No sucedió lo mismo con Leonilde. Puso los ojos en un criado de aquellos Cortesanos, y en gracia de este nuevo amor olvidó del todo al camarero de la posada. Hizo en el mismo dia mil finezas al primero, las quales irritaron tanto al amante abandonado, que travándose de palabras con su novicio sucesor, fue aquel pobre hombre sacrificado al furor de los otros compañeros suyos, criados de los Cortesanos. De esta manera terminó trágicamente un dia que habia comenzado con tanta alegría, y habia continuado hasta allí con la mas festiva solemnidad.

Partiéronse los Caballeros con el disgusto del

TOMO V.

KK

fu-

funesto fin que habia tenido aquel su dia de campo; mas no por eso dexaron de proteger á sus criados, tanto que se quedó sin castigo un delito, que realmente merecia ser castigado con todo rigor. Desde aquel dia comenzamos á mirar á Leonilde con ceño y con aversion: y ella, que luego conoció haber decaído de nuestra gracia, revestida de una venganza bestial, nos tramó la mas horrible traicion que se podia imaginar. Salió una mañana de casa con varios pretextos mendigados, y se fue derecha á Turin, y nos delató á la justicia como reos de grandes y quantiosos robos en países forasteros. Fuera de eso acusó á su ama de ser una solemnísima hechicera, y supo vestir de tan vivos colores esta calumnia, que habiendo sido creída, fue despachada una ronda de Alguaciles con orden de prendernos. Cercaron la casa, entraron, y se apoderaron de todo quanto habia en ella. El Juez que mandaba la ronda, y habia de formar el proceso se consoló mucho con la esperanza de apropiarse gran parte de las riquezas que descubrió en el embargo que se hizo. Ya darás tu mismo por supuesto, que inmediatamente que nos prendieron, nos separarian á los dos, poniéndonos en quartos diferentes, de manera, que quando fuimos examinados, como no iban de acuerdo nuestras deposiciones, esta misma variedad añadió mucha fuerza á la presuncion del delito. Por lo que toca á mí, puedo asegurar con toda verdad, que nada oculté, y nada disimulé de todos los sucesos de mi vida: referi

al

al Señor Juez quanto me habia sucedido con aquella muger desde el primer instante que tuye la desgracia de conocerla. Sin duda que debian tenerla en concepto muy diferente de lo que yo la habia representado á la justicia, quando este fue el punto crítico y principal sobre que giró la pesquisa, ó judicial inquisicion. Yo presenté pruebas tan evidentes de mi inocencia, nacimiento y calidad, mediante la declaracion del mercader, por cuya mano me habia venido la letra de España, que luego se me puso en libertad, entregándome solamente la mitad de mi dinero, porque el Juez se quedó con la otra mitad, á título de satisfacer las costas del proceso. Hice entonces quanto pude para obtener tambien la libertad de la pobre Poliandria; pero este era un hueso muy duro de roer. Su mayor delito eran las riquezas que tenia. Me afligí infinitamente quando oí á un Escribano, que aquella infeliz muger infaliblemente seria quemada viva. No me quise detener en Turin ni un solo momento, por no hallarme presente á un espectáculo tan atroz; y así abandoné el cielo del Piamonte, mucho mas funesto para mí, que lo habia sido el de Amsterdám, y volví á Francia con la mayor diligencia en busca de la traydora y malvada Leonilde, firmemente resuelto si la encontraba, á tomar de ella la mas sangrienta venganza. Inutilmente giré por todo aquel Reyno, preguntando por su persona, y parándome á examinar atentamente á todas quantas pordioseras y mendigas encontraba en calles y

ca-

KK 2

ca-

caminos, persuadido á que se hallaria disfrazada en aquella figura, ó en trage de gitana, y determinado si la veia en este exercicio, á practicar contra ella lo mismo que ella habia hecho con su ama. Con el mismo objeto me transferí despues á Amsterdám, y desde aqui tomé el camino de Alemania; de todo lo qual podrás ya haber inferido, que la muger en cuya busca ando rodando por el mundo, es aquella pérfida calumniadora.

CAPITULO X.

Breve, pero substancial discurso que hizo Scipion á Don Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Caracter del mesonero, en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó.

Quando Don Abél puso fin á la dolorosa historia de sus aventuras, prosiguió Scipion, yo procuré consolarle, acordándole que todo bien considerado, no desmerecia enteramente acabar la vida con aquella muerte una muger tan malvada y rea de tantos enormes delitos como Poliandria. ¿Y quién sabe, añadió, si el cielo se sirvió de este

medio, para arrancaros de una amistad, que quizá os meteria segunda vez en los mismos peligros que corrió vuestra vida en Amsterdám? La experiencia, y lo que ella misma ha confesado, os ha hecho conocer con evidencia, cuánta ha sido siempre su inconstancia y su infidelidad. Ni seria irracional ó temerario el temor de que volviese á cansarse de vos, y del retiro del campo, la primera vez que se la pusiese delante un nuevo objeto que excitase su natural avaricia, ó su caprichosa luxuria. Las mugeres acostumbradas á la disolucion dificilmente se sujetan á vivir dependientes de uno solo. Son como las avejas, que solo se detienen sobre cada flor el tiempo que basta para chuparla el jugo. Pudiera contaros muchas historias que acreditasen lo que digo, si vos no fuerais un hombre á quien hace mas fuerza la razon que los exemplos.

Así hablaba yo á mi antiguo Amo, quando vimos que venia caminando hácia nosotros un hombre á caballo, que luego que se acercó conocí era el hijo de Baltasar Velazquez, aquel mercader de Córdoba, de quien ya se hizo larga mencion en esta historia. Hice parar el calesín, y habiéndonos desmontado todos, él mismo se me dió á conocer. ¿Pues qué! le pregunté admirado, ¿no estais ya en la Cartuxa de Sevilla? No, me respondió: no pude con el rigor de aquella vida, y mi debil temperamento no se habia hecho para tanta austeridad, cuyo horror no tenia bien considerado, quando me

caminos, persuadido á que se hallaria disfrazada en aquella figura, ó en traje de gitana, y determinado si la veia en este exercicio, á practicar contra ella lo mismo que ella habia hecho con su ama. Con el mismo objeto me transferí despues á Amsterdám, y desde aqui tomé el camino de Alemania; de todo lo qual podrás ya haber inferido, que la muger en cuya busca ando rodando por el mundo, es aquella pérfida calumniadora.

CAPITULO X.

Breve, pero substancial discurso que hizo Scipion á Don Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Caracter del mesonero, en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó.

Quando Don Abél puso fin á la dolorosa historia de sus aventuras, prosiguió Scipion, yo procuré consolarle, acordándole que todo bien considerado, no desmerecia enteramente acabar la vida con aquella muerte una muger tan malvada y rea de tantos enormes delitos como Poliandria. ¿Y quién sabe, añadió, si el cielo se sirvió de este

medio, para arrancaros de una amistad, que quizá os meteria segunda vez en los mismos peligros que corrió vuestra vida en Amsterdám? La experiencia, y lo que ella misma ha confesado, os ha hecho conocer con evidencia, cuánta ha sido siempre su inconstancia y su infidelidad. Ni seria irracional ó temerario el temor de que volviese á cansarse de vos, y del retiro del campo, la primera vez que se la pusiese delante un nuevo objeto que excitase su natural avaricia, ó su caprichosa luxuria. Las mugeres acostumbradas á la disolucion dificilmente se sujetan á vivir dependientes de uno solo. Son como las avejas, que solo se detienen sobre cada flor el tiempo que basta para chuparla el jugo. Pudiera contaros muchas historias que acreditasen lo que digo, si vos no fuerais un hombre á quien hace mas fuerza la razon que los exemplos.

Así hablaba yo á mi antiguo Amo, quando vimos que venia caminando hácia nosotros un hombre á caballo, que luego que se acercó conocí era el hijo de Baltasar Velazquez, aquel mercader de Córdoba, de quien ya se hizo larga mencion en esta historia. Hice parar el calesín, y habiéndonos desmontado todos, él mismo se me dió á conocer. ¿Pues qué! le pregunté admirado, ¿no estais ya en la Cartuxa de Sevilla? No, me respondió: no pude con el rigor de aquella vida, y mi debil temperamento no se habia hecho para tanta austeridad, cuyo horror no tenia bien considerado, quando me

escapé avergonzado de los ojos de mi padre á las montañas de Fesira. Apenas acabé el noviciado, dexé aquel santo y tosco hábito, para vestirme de seglar, y volverme á Córdoba, donde encontré á mi buen padre muy vecino á la muerte. Me perdonó todos mis graves excesos, dióme consejos muy saludables, y ántes de espirar me echó su paternal bendición. Quedé dueño de un riquísimo patrimonio, y facilmente creerás que tardaría muy poco tiempo en disiparlo. Despues de esto me ví precisado á desterarme voluntariamente y para siempre de mi patria, huyendo de la persecucion de mis acreedores, que hacian quanto podian para que me metiesen en una carcel. Me acomodé por criado de un Capitan de Guardias Walonas, en cuyo servicio pensaba mantenerme toda mi vida, si un terrible caso que me sucedió, no me hubiera obligado á huir de él una mañana. Luego que dixo esto, sin esperar á mas, metió espuelas al caballo, y se alejó de nosotros con grandísima celeridad. Nosotros continuamos nuestro viage, y yo hice reir muchísimo á Don Abél, contándole las freqüentes visitas que á contemplacion de aquel mozo hacia yo al cofre del buen hombre de su padre el mercader.

Aquella noche llegamos á dormir á una villa, que podia pasar por una mediana ciudad, donde nos apeamos en un meson, cuyo mesonero era un hablador eterno, siendo su pasion dominante una irrestañable y desatada charlata-

ne-

nería, con la qual se figuraba que tenia muy divertidos y contentos á los pasajeros. Aun no bien nos habiamos apeado, quando sin dar lugar á que le respondiésemos ni una sola palabra, nos espetó la siguiente retaña: Señores, sean ustedes bien venidos á esta pobre posada: tén-gome por muy dichoso, logrando la fortuna de servirlos en mi casa, porque su cara me dice, que son dos personas de buen humor. O, y á cuántos como ustedes he tenido el honor de alojar aquí en mis días! No podian sus mercedes caer en mejores manos: yo solo soy capaz de satisfacer su curiosidad, refiriéndoles uno por uno todos los grandes sucesos que desde su fundacion han ilustrado esta nobilísima villa, las raras antigüedades que se conservan en ella, y las particularísimas novedades que acaban de suceder en la misma en este propio día, dignísimo de ser notado por ellas, no digo ya con piedras blancas, sino con rubies, piropos y ametistas. Empeño á ustedes mi palabra de no añadir ni quitar, siendo puntualísimo y sincerísimo en todo lo que dixere, y espero en Dios tenerlos muy divertidos, dando pábulo á su curiosidad. Señor mio, le dixere no sin algun enfado, cortándole el rebesino, é interrumpiendo su eterna parladuría; lo que ahora hemos menester es alimentar nuestros cuerpos, porque quiero contar á usted una novedad, antes que nos cuente las suyas. Esta es, que desde esta mañana no hemos probado bocado, gracias á la abundan-

te

te comida de palabras, que nos sirvió á medio día un cierto hermano de la misma profesion y cofradía de usted. ¡O! replicó el mesonero, por lo que toca á comer, serviré á ustedes con preciosos y exquisitos platos. Tengo caza de la mejorcita, pan como rosquillas, manteca de Holanda de la mas delicada, y si ustedes quieren, los podré servir tambien con un plato de pescado, que les sorprenderá por su singularísimo gusto. Yo les diré á ustedes los sitios donde se encuentra este delicadísimo pez, el raro modo con que se pesca, y la particularísima manera de tender las redes, para que pueda caer en ellas. Probenos primero el tal pez, dixo Don Abél, y entonces veremos si merece que nos informemos de su historia. Al punto voy á servir á ustedes, repuso el mesonero, y verán en mí una prontitud y una puntualidad, que no la encontrarán igual en ninguno de mi oficio. En menos de dos horas he de preparar á ustedes una cena verdaderamente real, y he de hacer que se les pase este breve tiempo casi sin sentir. Sé que han de alabar mucho mi presteza y mi celeridad, de manera que á do quiera que vayan, han de desear encontrar otro mesonero que se me parezca; pero dónde le hallarán? Hubiera proseguido en hablar tan insulsamente sin intermision, á no haberle mandado expresamente Don Abél y yo, que se dexase de chácharas, y se fuese á disponer nos la cena. Se partió de alli poco contento, por que no le dexamos desembuchar á su gusto, y

es-

estuvo refunfuñando entre dientes en la cocina, hasta que llegó el tiempo de traernos la tanto ponderada, y no menos deseada cena. Debo confesar, que la cena no fue mala; pero el pez tan exâgerado, despues de haberle probado, nos pareció, que no merecia le hiciesemos el honor de querer exâminar las circunstancias de su pesca, las cuales segun todas las apariencias temimos que se nos hiciesen muy tediosas. Y para que el mesonero no se adelantase á encaxarnoslas, nos anticipamos nosotros á decirle, que nos contase lo que corria de nuevo en el lugar. Grandes cosas, Señores, son las que corren. Quedarán ustedes atónitos al oír el impensado accidente, que hoy mismo ha sucedido; y mas de una vez han de arquear las cejas oyendo las extravagancias parte cómicas, y parte trágicas verdaderamente muy extraordinarias. No son tan fecundos de fantásticas ideas todos los noveleros en sus estrafalarias fantasías ó invenciones; pues ya darian algo por tener noticia de lo que hoy mismo ha sucedido aquí, bastando esto solo á suministrarles materiales para una divertidísima novela. Prepárense ustedes para oír cosas, que no se leen en Don Quixote de la Mancha, y que parecerian fabulosas, si no hubiera pruebas efectivas y reales de su innegable verdad. Prestenme, pues, su benigna atencion, y comienzo.

Hecho este exórdio, paróse un poco, escupió, sacó el pañuelo, sonóse, pasóle blandamente por la cara, como para limpiarse el sudor, á

TOMO V.

LL

ma-

manera de ciertos predicadores, y prosiguió de esta manera. Habrá mas de dos meses, que llegó á este pueblo un Capitan de Guardias Walongas con un hijo suyo y un criado, que se llamaba Gaspar, tan amado de su amo, que apenas le distinguía del hijo. Se alojó en casa de un amigo suyo, donde pensaba detenerse hasta que le llegasen de Bruselas ciertos avisos sobre la pretension que tenia de un grado, y juntamente de un empleo importante. Habita en una calle de esta villa cierta familia, que se compone de una madre y dos hijas: la madre, que solo tiene treinta y cinco años, puede pasar por una de las mugeres mas bien parecidas y mas garbosas de este pueblo; las hijas que eran gemelas, y entre las dos contaban solos treinta años, exceden en hermosura á quantas Elenas pudo producir la Grecia, y á quantas Angelicas ha dado al mundo el Reyno del Catai. Aunque este Triunvirato de mugeres hacia en la apariencia una vida retirada, no daban poco que decir en el país; porque no se sabia el modo de componer con una verdadera honestidad el fausto y la pompa de sus ricas galas y magníficos vestidos, muy superiores á su baxa condicion, y nada compatibles con la moderadísima ganancia, que las podian producir las labores de sus manos. A la verdad frequentaba su casa uno de los mas fuertes Comerciantes de Amsterdám, que tiene alguna hacienda en este lugar, con cuyo motivo hace larga mansion en

él

él una gran parte del año. Los que no quieren juzgar temerariamente de las acciones ajenas, suponian que el buen Mercader las socorria largamente, no solo para aliviar su pobreza, de manera que pudiesen vivir con toda comodidad, sino tambien y mucho mas con el santo y zeloso fin de alejar de ellas todo peligro de que fuesen ajadas aquellas dos blancas y puras azuzenas, que por tales reputaban á las dos bellísimas hermanas. Pero los que no juzgan tan piadosamente ni discurren con tanta delicadeza, murmuraban á taco tendido de aquella sospechosa comunicacion, diciendo publicamente, que el tal Mercader era el galán de la madre, y que reconociendo á las hijas por fruto de su cosecha, cumplia con las obligaciones de padre, supuesto que el verdadero y legítimo marido de la madre se habia voluntariamente ausentado, por no ser testigo de la afrenta que se hacia á su persona y del deshonor con que se manchaba su tálamo nupcial. Otros adelantaban todavia mucho mas la maledicencia: decian, que este hombre no hacia el mas mínimo escrupulo de añadir al antiguo comercio con la madre, el novísimo que tenia con las dos hijas; pero yo, Señores, no quiero meterme en tantas honduras, porque no hay cosa que mas aborrezca, que el murmurar, y hacer juicios temerarios, por lo qual dexo á cada uno de ustedes, que crea aquello que mejor le pareciere. Pero no puedo menos de contarles, como habiendo visto á un mismo tiempo á aquellas tres mu-

LL 2

ge-

geres el Capitan, su hijo y su criado, todos tres quedaron enamorados de ellas, mas de una manera verdaderamente original y curiosa. Ya dixere, que las dos hermanas eran gemelas, y tan semejantes una y otra, que era imposible distinguir las. Por otra parte ambas tenian el gusto de vestir en todo uniformemente, solo usaban una señal para ser distinguidas, pero comunicada á muy pocos: esta era un lazo ó roseta formada de una cinta que cada una tenia al pecho, ambas de color diferente; con que los que ignoraban esta reservada contraseña, á cada paso confundian á las dos hermanas, teniendo á una por otra. La madre, aunque excedia en mas de la mitad de los años á cada una de sus hijas, como era todavía moza, y tan bien parecida, los que ignoraban el secreto, la tenian por hermana mayor de las otras.

Deslumbrados, pues, los tres forasteros con las tres bellezas, que los habían encantado, facilmente hallaron modo de introducirse en su casa, mediante un buen regalo en dinero á una vecina que tenia gran talento para conciliar el ánimo de las mugeres con los deseos de los hombres que las cortejaban. El maravilloso efecto que produjo la primera visita que hicieron á las tres deidades, fue, que atraídos igualmente de todas tres, ninguno supo determinarse á qual de las tres había de dedicar sus obsequios. Por lo que toca á las dos hermanas, eran en todo tan semejantes, que se haría agravio á qualquiera de las dos

que

que no fuese preferida, ó por mejor decir, era imposible amar á la una sin amar á la otra. Su madre, como mas práctica del mundo, era una muger de tanto y tan particular espíritu, que siempre haría declarar la victoria en su favor, mientras no encontrase con hombres, que fuesen enemigos del garbo, de la festividad, de un noble desembarazo, y de una fina discrecion. Finalmente fue grandísimo el embarazo en que se hallaron los tres amantes para convenir entre sí, qual había de ser el idolo, á quien debía dirigir sus inciensos cada uno. Y como al cabo era menester que en esto quedasen todos de perfecto acuerdo, por evitar todo peligro de encontrarse en el cortejo, y para precaver todos aquellos inconvenientes, que necesariamente habían de nacer de la confusion, luego que volvieron á casa se cerraron todos tres en un quarto, y entraron en consulta para resolver el pártido que habían de tomar. No creo que se admirarán ustedes de ver un padre y un hijo concurrentes en un empeño de amor. Entre los militares no suele haber muchos escrupulosos en esta especie de empeños, y como no suelen ser pocos los padres, que en esta materia dan mal exemplo á sus hijos, tampoco son muchos los que reparan en que éstos sean muchas veces testigos, y algunas tambien compañeros en el objeto de sus disoluciones. A buena cuenta el padre, á quien tocaba hablar el primero, dixo, que á aquellas tres ninfas las sobraba mucho mérito para ser amadas sin distincion, ni prefe-

ren-

rencia; que le parecería hacer una grande injusticia, si pospusiese la madre á las hijas, ó si éstas fuesen excluidas por respetos de la madre; con lo que parece quiso dar á entender, que todos tres se aprovechasen alternativamente de la una y de las otras. Mostraronse poco inclinados á este proyecto tanto el hijo como el criado, y conociendo el padre la disonancia que les habia causado, ó por mejor decir, lo mucho que les habia escandalizado oírle manifestar por su misma boca una lascivia tan desenfrenada, les dixo como para cubrirse. ¡Ola Señores míos! que lo dicho fue una mera chufleta para alegrar la consulta; pues por lo demás conozco muy bien que la que á mí me toca de las tres, por mi mayor edad, es la madre, y así desde luego la escojo para mí, y espero estar muy contento con ella. Ahora componganse ustedes dos en la eleccion de las hijas, y buen provecho le haga á cada uno aquella que le tocáre. Habiendo dicho esto el Capitan, comenzaron á deliberar el hijo y el criado, pero tardaron poco en resolverse; porque diciendo el criado echemos suertes, y consintiendo el otro, así lo executaron, y habiendo tocado al hijo la del lazo verde, y al criado la del blanco, desde la segunda visita comenzó cada uno á distinguirse en finezas y en obsequios con aquella que el destino ó la voluntad le habia deparado. Al principio derramaron bastante oro, y supieron llegar presto á la posesion del corazon, sin mas trabajo que el de habersela pedido. Duró por mucho

cho tiempo aquella triple alianza de nueva invencion, sin que acaeciese cosa que la desconcertase, ni aun se atreviese á turbarla con el mas ligero disgusto; hasta que á las dos muchachuelas se las antojó un día hacer á sus amantes una burla, que á ellas les pareció muy inocente, y tuvo despues pesadas consequencias. Cambiaron una con otra los lazos, que las distinguian, poniendo el verde la que usaba el blanco, y llevando el blanco la que acostumbraba el verde, no solo para zumba, y divertirse despues con sus cortejantes, sino acaso tambien para convencerse con su propia experiencia que la variedad es el mejor sainete en los desahogos del amor. Solióles la burla á medida de su paladar, porque ninguno de los dos amantes la conoció, y conversando las dos muchachas ya con uno ya con otro, las daba el mayor gusto aquel juguete tan original. La madre, que no podía gozar del mismo juego, y era la única que tenia noticia de él, estaba sumamente melancólica, porque se habia ciegamente enamorado del hijo del Capitan; y ya saben ustedes lo mal que se lleva, que el objeto amado sea poseido de otro. La pobre muger se iba consumiendo de una amorosa rabia, quando veía que sus hijas eran dueñas absolutas del corazon de aquel mozo, y creció tanto su zelosa pasion, que no pudiendo sufrir, que sus mismas hijas fuesen sus rivales, se resolvió á descubrir el engaño, mediante el qual triunfaban impunemente de su infidelidad. Confióselo en gran se-
cre-

creto al hijo del Capitan, pareciendola que aquel jóven se llenaria de horror, y concebiria la mayor indignacion contra la monstruosa confusion de tan infames complacencias. Pero aunque al principio se quedó altamente sorprendido, un instante despues se echó á reir á taco tendido, reflexionando un poco sobre una aventura tan estafalaria. Con efecto hay ciertas gentes, que hacen chacota de las acciones mas abominables, quando en ellas se mezcla alguna gracia en el exercicio de la mayor disolucion, precisamente porque se acomodan á su genio libertino y relaxado. Pero lo peor del caso fue, que habiendo el hijo del Capitan comunicado á Gaspar la graciosa pieza (como él la llamaba) que les habian jugado, Gaspar, que como buen Español no entendia de chanzas tan ofensivas á la honestidad, y al honor, entró en una furiosa cólera, la que disimuló por algun tiempo con prudencia; pero anoche tuvo ocasion de desahogarla, porque entrando en casa de las amigas á tiempo que estaban solas en ella las dos hermanas, cortó á una las narices, y á otra las orejas, y habiendo enfilado unas y otras en aquellos lazos que servian á las gemelas del distintivo, y habian sido como el instrumento que facilitó la nefanda equivocacion, hilvanó las narices en el pecho de la que habia quedado sin orejas, y las orejas en el lazo de la que estaba sin narices: hecho esto, puso pies en polvorosa, y partió de este país, sin que se sepa adonde habrá ido á parar. Discurren ustedes, qué

CO-

cosas se dirán en el Lugar. El hecho es, que los mas celebran el oportuno ofrecimiento del Español, que supo encontrar un distintivo tan justo y tan visible para no equivocarse las dos hermanas, quitándolas al mismo tiempo la ocasion de continuar los escándalos á que habian dado principio con tanta facilidad. Mucho nos hizo reir el mesonero con su relacion, así por el satírico modo con que la habia dispuesto, como por las cosas tan raras que se encontraban en sus mas curiosas ó mas interesantes circunstancias; y considerando yo por autor de aquel suceso al hijo de Baltasar Velazquez, el mismo que habiamos encontrado aquel propio dia, tuve la discrecion de no dar á entender que le conocia, y con esto despidiéndonos del mesonero, nos fuimos todos á dormir.

CAPITULO XI.

Prosiguen juntos su viage Scipion y Don Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con Don Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras.

El dia siguiente proseguimos nuestro viage, sin esperar á que nuestro mesonero nos espetase mas relaciones, y en pocos dias llegamos á Colonia. Quando me ví en un país donde se profesaba la

TOMO V.

MM

Re-

creto al hijo del Capitan, pareciendola que aquel jóven se llenaria de horror, y concebiria la mayor indignacion contra la monstruosa confusion de tan infames complacencias. Pero aunque al principio se quedó altamente sorprendido, un instante despues se echó á reir á taco tendido, reflexionando un poco sobre una aventura tan estafalaria. Con efecto hay ciertas gentes, que hacen chacota de las acciones mas abominables, quando en ellas se mezcla alguna gracia en el exercicio de la mayor disolucion, precisamente porque se acomodan á su genio libertino y relaxado. Pero lo peor del caso fue, que habiendo el hijo del Capitan comunicado á Gaspar la graciosa pieza (como él la llamaba) que les habian jugado, Gaspar, que como buen Español no entendia de chanzas tan ofensivas á la honestidad, y al honor, entró en una furiosa cólera, la que disimuló por algun tiempo con prudencia; pero anoche tuvo ocasion de desahogarla, porque entrando en casa de las amigas á tiempo que estaban solas en ella las dos hermanas, cortó á una las narices, y á otra las orejas, y habiendo enfilado unas y otras en aquellos lazos que servian á las gemelas del distintivo, y habian sido como el instrumento que facilitó la nefanda equivocacion, hilvanó las narices en el pecho de la que habia quedado sin orejas, y las orejas en el lazo de la que estaba sin narices: hecho esto, puso pies en polvorosa, y partió de este país, sin que se sepa adonde habrá ido á parar. Discurren ustedes, qué

CO-

cosas se dirán en el Lugar. El hecho es, que los mas celebran el oportuno ofrecimiento del Español, que supo encontrar un distintivo tan justo y tan visible para no equivocarse las dos hermanas, quitándolas al mismo tiempo la ocasion de continuar los escándalos á que habian dado principio con tanta facilidad. Mucho nos hizo reir el mesonero con su relacion, así por el satírico modo con que la habia dispuesto, como por las cosas tan raras que se encontraban en sus mas curiosas ó mas interesantes circunstancias; y considerando yo por autor de aquel suceso al hijo de Baltasar Velazquez, el mismo que habiamos encontrado aquel propio dia, tuve la discrecion de no dar á entender que le conocia, y con esto despidiéndonos del mesonero, nos fuimos todos á dormir.

CAPITULO XI.

Prosiguen juntos su viage Scipion y Don Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con Don Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras.

El dia siguiente proseguimos nuestro viage, sin esperar á que nuestro mesonero nos espetase mas relaciones, y en pocos dias llegamos á Colonia. Quando me ví en un país donde se profesaba la

TOMO V.

MM

Re-

Religion Católica, me informé de todos los monasterios que habia en él, y todos los visité uno por uno, para ver si encontraba en alguno de ellos á Gil Blas. Al mismo tiempo Don Abel espiaba con la mayor atencion á todas las mugeres pordioseras, por si entre ellas descubria á la traydora Leonilde; pero ambas diligencias fueron igualmente inútiles y vanas. Es Colonia una ciudad rica y grande, por lo que nos detuvimos en ella diez ó doce dias, y despues en el discurso de año y medio recorrimos casi toda la Alemania. Habíamos llegado ya al Tiról, para entrar por él en Italia, de manera, que solo nos faltaba ver la ciudad de Inspruch. Partimos á ella hácia fines de Noviembre, y el cochero nos guió á una muy buena hostería (que asi se llaman en Italia los mesones), donde se alojaban casi todos los forasteros distinguidos. Al entrar en el zaguán ví en él una persona, que me parecia haber visto muchas veces. Volvíla á mirar mas fixamente, y ella hizo lo mismo conmigo. Al cabo caí en cuenta, y conociendo que era Don Manrique Medrano, aquel buen Amo y mi Señor, que yo habia tenido en Córdoba, ¡ah, Señor! exclamé: es posible que vuestro buen siervo y fiel criado Scipion ha tenido la fortuna de volver á ver á V. S. antes de morir. ¡O querido mio Scipion! me respondió él, á quien siempre estimé tanto, y cuya pérdida me fue tan sensible, quando sin hablar palabra te saliste de mi casa, y partiste de Toledo: ¿no me dirás qué motivo tuviste para haberme abandonado en aquel

tiem-

tiempo, y cuál ha sido tu vida desde entónces? Le informé de todo quanto me habia sucedido, sin callarle el motivo que me hacia andar rodando por el mundo, y despues le pregunté: ¿pero V. S. Señor, cómo lo pasó con la Marquesa de Almenara? ¿Vive todavia aquella admirable y amabilísima Señora? ¿ó quizá le dexó luego en plena libertad de poder pasar á segundas nupcias, mas proporcionadas á los años de V. S. y tambien á la necesidad de dexar un propagador á su nobilísima familia? Scipion (me respondió) la Marquesa murió quatro años despues que tú te saliste de mi casa; me dexó por heredero de todo quanto tenia, y yo me ví precisado á pensar en dexar en el mundo quien me sucediese, como tú mismo lo has adivinado. Tomé por esposa á una de la gran casa de Mendoza, la que me regaló con numerosa propagacion, que seria hoy el dulce consuelo y precioso báculo de mi vejez, si no la hubiera perdido toda de la manera que ahora te quiero contar.

Diez años ha que me dió el Rey un Gobierno en la isla de Cerdeña, á donde me fue preciso pasar, llevando conmigo toda mi familia, porque verosimilmente iria larga mi permanencia en aquel país. Nos embarcamos en Barcelona en un navio Español, y nos hallábamos ya á la altura del cabo de Cáller, muy cercanos al suspirado puerto, quando nos dieron caza dos Corsarios Argelinos. Cañonearon nuestro buque, abordáronle, y nos vimos precisados á rendirnos despues de habernos defendido con valor. Conduxéronnos á Argel: (R)

cap

MM 2

to-

toda mi familia fue separada una de otra; mi esposa fue conducida al serrallo del Bey; á mis hijos los vendieron á diferentes amos, y en diferentes lugares: á mí me tocó ser esclavo del Comandante de los dos navios Corsarios, el qual me hizo pasar á un lugarcito suyo en las faldas de las montañas de Argel, hácia el Reyno de Tunez. Aunque es tan terrible el estado de una esclavitud en tierra de bárbaros, no se me hacía tan dolorosa por mi persona, como por la de mi cara muger, y nuestros inocentes hijos: me tenía inquietísimo la incertidumbre de su estado; y sabiendo bien el desprecio con que se miraban las leyes de la honestidad y de la decencia respecto de las mugeres en un país donde se hacía mérito de la misma disolucion, tenía grandes motivos para estar continuamente sobresaltado por el peligro de mi buena esposa, y de dos tiernas doncellitas hijas nuestras, que habian ido en su compañía. Es cierto que en llegando á España la noticia, se practicarían las mas poderosas y mas eficaces diligencias para nuestro rescate; pero iria largo, y el peligro en que estaban aquellas pobres criaturas, era inminente y continuo: por tanto toda mi esperanza estaba colocada en alguno de aquellos reservados y extraordinarios medios, que son tan fáciles á la divina Providencia. Mientras tanto yo mudé de amo, y esta mudanza fue la ocasion de mi suspirada libertad. Fui vendido á un renegado, que era patron de un barco Berberisco armado en corso,

-01

S. M. M.

que

que salia todos los años. Nos embarcamos en él, y habiendo dirigido nuestro rumbo hácia las aguas de Sicilia y de Nápoles, un dia me llamó el patron á su camarote, y me habló en estos términos. Gran gusto tengo de que seas esclavo mio: solo te compré para hacerte un importantísimo servicio. Sábeta que mi nacimiento es igual al tuyo: le logré en la ciudad de Florencia, y quando tenia solos doce años fui preso por los Corsarios en la costa de la isla de Elba. En aquella corta edad les fue fácil persuadirme á que abrazáse su Religion; pero luego que crecí, mi Religion natural cobró el ascendiente sobre mi titubeante corazon, y desde entónces acá me he mantenido en la apostasia con grandísima vergüenza, y con no menor repugnancia. No obstante yencia una y otra en lo exterior, tanto, que en vista de lo que me veían obrar en la apariencia, todos me tenían por un perfectísimo y zelosísimo Musulmán, en cuyo concepto, con el mayor gusto me dieron licencia para que saliese al corso contra los Christianos. Pero esto no lo solicité yo con otro fin, que con el de lograr ocasion de meterme en un puerto de ellos, para abjurar la ley de Mahoma, y restituirme al gremio de la Santa Iglesia Católica. Con este fin procuré formar mi equipage y marinería del mayor número de esclavos que me fué posible, para que siendo superior al de los Turcos, me facilitasen la execucion de lo que habia resuelto, y de antemano ideado. Me hallo al presente en estado de dar la última ma-

no

no

no á mi proyecto, á lo qual principalmente me espolea el grande amor que tengo á una esclava de bellísima índole, que está en mi casa, y la compré dos meses há. Esta buena muger es tan observante de los dogmas de la verdadera Religion, que habiendo resistido por largo espacio de tiempo á las grandes y lisongeras sollicitaciones de su primer patron, que es un rígido sectario del falso Profeta, aburrido éste y despechado resolvió exponerla públicamente en el baño, y venderla al que mas diese por ella. Yo fui el dichoso que la compré, y espero que quando ella vea que profeso su misma ley, no tendrá escrúpulo de darme su mano, y unirse conmigo con el sagrado vínculo del santo matrimonio. Uso con ella de toda condescendencia, y no solo no la he hecho jamás la mas mínima proposicion de amor, sino que siempre la he tratado con todas aquellas atenciones que dicta el respeto y la veneracion á su virtud y á su sangre. Y bien informado yo de tu desgracia, procuré, movido de aquella natural inclinacion que tengo á todos los esclavos Christianos, y mucho mas particular á los que son nobles como tú, procuré, vuelvo á decir, traerte á mi servicio; lo que conseguí mediante una buena suma de dinero que desembolsé para comprarte. Mi ánimo pues no es otro, que enderezarme al puerto mas cercano de Sicilia, haciendo primero tomar las armas á la chusma de los esclavos, y poniendo en su lugar á la cadena á todos los bárbaros, en cuyo intento te ruego me asistas

con

con tu consejo, con tu persona, y con la autoridad que te daré, declarandote Capitan de todos tus compañeros. No podrás creer, querido Scipion, lo sorprendido que quedé al oír semejante discurso; pero no puedo menos de decirte, que en medio del dulce nombre de libertad con que me brindaban, me costaba gran dolor abandonar un país donde dexaba las mas preciosas y estimadas prendas de mi amor. Con todo eso se tomaron las medidas mas necesarias para asegurar el buen éxito de la peligrosa empresa, y puestos sin grande dificultad á la cadena todos los Turcos, entramos alegremente en el puerto de Palermo, enarbolando primero vándera francesa. No es decible el asombro que causó en todos los vecinos de aquella gran ciudad la resolucion del renegado. Todos le miraban como un hombre extraordinario, y habiendo entregado su buque en manos del Intendente de Marina, desembarcó con todo su equipage y con todas sus riquezas, que eran muchas, y luego alquiló una casa muy decente, la que alhajó inmediatamente con muebles ostentosos y de exquisito gusto.

Aun no habia visto yo á la esclava, de quien el renegado me habia hecho tan honorífica como respetuosa mencion; porque la tenia muy guardada en un bellissimo camarote de su galeota, negándola no solo á los ojos, sino tambien á la noticia de la tripulacion. Pero gran Dios! qué tribulacion fue la mia quando el primer dia que entramos á habitar la nueva casa, me llamó mi

li-

libertador, y conduciéndome él mismo á un gabinete, me presentó mi cara esposa, diciéndome, que aquel era el objeto de su puro y legítimo amor, de que él me habia hablado. El gozo que me causó aquella inopinada vista, me trastornó los sentidos, y caí medio desmayado en tierra. Ella tambien padeció un deliquio que la dexó fuera de sí; luego que fixó los ojos en mí, y reconoció mi persona; el renegado se quedó atónito quando se halló con aquella escena, sin acertar á pronunciar una sola palabra en largo rato. Finalmente luego que se recobró, me dixo: Don Manrique, ¿qué quiere decir esto? ¿qué conexión tienes tú con esta dama? Por qué razon se han agitado tanto los espíritus de ambos. ¡Ah! Señor, y amigo mio, le respondí. Vos me habeis dado la libertad, pero al mismo tiempo quereis quitarme mi muger. Esta es la que el cielo me dió por compañera de mi vida, la que nuestra desgracia separó de mí en nuestra esclavitud, y la que la misma, ó acaso mayor desgracia ha dispuesto que nos volvamos á ver, quando el cielo por vuestro medio nos habia restituido á nuestra libertad. Yo sé por vuestra misma boca, que vos la amais, y siento que por ahora no os sea posible lograr el honesto fin de juntar con la vuestra su fortuna, sin hacer un grande agravio á la justicia, y vulnerar enormemente una indispensable ley de aquella santa Religion que deseais volver á profesar. Basta: no prosigais adelante; me interrumpió el renegado. Seria yo el mas im-

pío

pio profanador de los mas venerables ritos de de aquella Religion, que tan desgraciadamente abandoné, y á la qual deseo volverme ahora, si diera principio al arrepentimiento de mi negra apostasia por una accion tan torpe y tan villana, como seria la de pretender quitarte tu legítima esposa. Fuera de eso, ligandome contigo una verdadera y sincerísima amistad, esta solo me bastaba para desistir de una pretension, que reconozco incompatible, con lo que se debe, no digo ya á un amigo, pero ni aun al hombre mas ruin, mas indiferente, y menos conocido. Goza pues de tu esposa en adelante, ni mas ni menos como quando estaba en tu poder, que yo estaré contentísimo de hacer un sacrificio tan justo y tan necesario, al segundo noviciado que voy á comenzar de la vida christiana, y á las obligaciones de una verdadera amistad. Dixo, y aquel buen hombre nos dexó en una entera libertad de explicarnos reciprocamente en todas las amorosas demostraciones correspondientes á tan impensado como próspero suceso. Una sola cosa turbaba nuestra alegria: conviene á saber, la memoria de nuestros hijos, y el dolor de no saber su paradero. Informado nuestro libertador de lo que motivaba nuestra afliccion, quiso añadir al primer beneficio otro no menos estimable. Propusonos, que él mismo volveria en persona á Berberia, para solicitar la libertad de aquellos niños del mismo modo que habia dispuesto la nuestra: pro-

TOMO V.

NN

yec-

yecto que no podían desaprobarnos unos padres tan amantes como eramos nosotros de nuestras queridas prendas. En cuya consecuencia, pasó el Renegado á informar de su virtuosa intencion al Virrey de Sicilia, y obtenido el permiso de éste para volver al Africa en la misma Galeota en que habia partido de Argél, y equipandola con suficiente número de aquellos Turcos, que servian de esclavos en Palermo, dandoles á entender, que habia conseguido su libertad, cambiandolos por otros tantos Christianos, se hizo á la vela con ellos, abandonando las costas de Sicilia, y acompañado de nuestras continuas oraciones, pidiendo al cielo por el buen éxito de tan piadosa y generosa expedicion.

En qué paró aquel buen hombre, eso es lo que yo no sé; solo sé, que le estuve esperando largo tiempo en Palermo, á donde me dió palabra que volvería dentro de un término limitado. Esperéle muchos meses despues que aquel se habia cumplido, y viendo que no parecia, resolví restituirme á España en compañía de mi muger, sin haber podido lograr noticia alguna del Renegado por mas diligencias que hice para saber de él. Hallandome en estas circunstancias, procuré que se escribiese á los Padres Redentores de Argél para tener alguna noticia de mis hijos. Respondieron que un Corsario los habia comprado á todos uno por uno, y que con ellos habia partido á Constantinopla, de donde no habia vuelto todavía. Esta noticia me

hizo sospechar vehementemente, que el Renegado, faltandome á lo prometido, habria regalado al Gran Señor mis inocentes hijos; pensamiento que me sacó fuera de mí, recelando que las dos infelices muchachas fuesen ya desgraciadas víctimas sacrificadas á la brutal sensualidad de aquel insaciable Soberano. Hízome tanta impresion este horrible pensamiento, que determiné hacer un viage á Constantinopla, solo por saber si era cierta una desgracia, que solamente el considerarla posible, me llenaba de susto y de pavor. Partí, pues, de España, y pasando por la Corte de Francia, logré algunas cartas de recomendacion para el Embaxador, que reside en la Puerta, á donde me encaminé con la mayor solicitud. Pero todas mis vivas diligencias fueron inútiles y vanas. Ninguna noticia pude adquirir del Renegado Abdulá Osman (que este era su nombre) antes bien supe con total é indubitable certeza, que jamás se habia visto tal hombre en aquella gran Capital del Imperio Otomano. Así que medio desesperado determiné volverme á tierra de Christianos, y transitando por Ungría y por el Austria, llegué á esta Ciudad, donde entre tantas aflicciones logré el consuelo de volver á verte, y desde aquí pienso dar otra vuelta por Sicilia, y quién sabe, si desde allí me impelerá el amor paterno á ir voluntariamente á meterme de nuevo en Berbería; porque no me puedo resolver á restituirme á España sin ad-

quirir alguna noticia cierta del paradero de unas personas, que tengo tan dentro del corazón, y que hoy son todo el objeto de mis amorosas inquietudes.

Esta fue la relación que me hizo Don Manrique Medrano, de cuyos estraños y dolorosos sucesos tanto Don Abél como yo quedamos verdaderamente condolidos. Pero habiéndole oído, que pensaba hacer el mismo viage que nosotros pensabamos hacer, tuvimos grandísimo gusto, y la mañana siguiente nos pusimos todos en camino, dirigiendonos á Trento, primera Ciudad de Italia por aquella parte.

CAPITULO XII.

Llegan á Trento Don Manrique, Don Abél y Scipion. Lo que vieron en aquella Ciudad, y relación de las enormes maldades de Leonilde.

Luego que llegamos á Trento, salimos á ver las cosas mas raras de aquella Ciudad, que á la verdad son poquísimas; pero Don Abél tuvo gran gusto, quando vió conducir dos personas á cierto parage, para ser quemadas vivas. Miró con mucha atención á una y á otra, ambas de diferente sexô, y en la muger reconoció á la in-

infelíz Leonilde, la qual aunque iba con los ojos baxos entre la turba de los que la conducian al suplicio, no mostraba estar muy acobardada á vista de una muerte tan terrible y tan vecina, como la que la estaba esperando. Preguntó entonces con curiosidad, ¿qué delitos habia cometido aquella pobre muger, que mereciesen una pena tan atroz? Informaronle de que habiendo muchos años que Leonilde habia llegado á Trento, en compañía de aquel mismo hombre, que ahora la iba acompañando al suplicio, vivia muy retirada en una casa, que habia alquilado á cierto ciudadano rico.

Ella (prosiguió el que informaba á Don Abél) no salia de casa sino para ir á la Iglesia, en la que estaba con una devoción, que edificaba á quantos la veían. Ninguno frequentaba su casa, cuya puerta solamente se abría á su compañero, que en el concepto de todos pasaba por su marido: el ciudadano, que era dueño de la casa, iba de mes á mes á cobrar el alquiler, y al instante se salia. Era este tal un hombre como de quarenta años, el qual por su desgracia se habia enamorado de una muchacha de quince años. Esta (sea el que quiera el motivo) por ningun caso queria corresponderle: crueldad que despedazaba el pobre corazón del miserable ciudadano, tanto, que viendole sus amigos consumido de tristeza y de melancolía, les causaba grandísima compasión. Un dia, que poseido enteramente de una negra hipocondría, fue á casa de Leo-

quirir alguna noticia cierta del paradero de unas personas, que tengo tan dentro del corazón, y que hoy son todo el objeto de mis amorosas inquietudes.

Esta fue la relación que me hizo Don Manrique Medrano, de cuyos estraños y dolorosos sucesos tanto Don Abél como yo quedamos verdaderamente condolidos. Pero habiéndole oído, que pensaba hacer el mismo viage que nosotros pensabamos hacer, tuvimos grandísimo gusto, y la mañana siguiente nos pusimos todos en camino, dirigiendonos á Trento, primera Ciudad de Italia por aquella parte.

CAPITULO XII.

Llegan á Trento Don Manrique, Don Abél y Scipion. Lo que vieron en aquella Ciudad, y relación de las enormes maldades de Leonilde.

Luego que llegamos á Trento, salimos á ver las cosas mas raras de aquella Ciudad, que á la verdad son poquísimas; pero Don Abél tuvo gran gusto, quando vió conducir dos personas á cierto parage, para ser quemadas vivas. Miró con mucha atención á una y á otra, ambas de diferente sexô, y en la muger reconoció á la in-

infelíz Leonilde, la qual aunque iba con los ojos baxos entre la turba de los que la conducian al suplicio, no mostraba estar muy acobardada á vista de una muerte tan terrible y tan vecina, como la que la estaba esperando. Preguntó entonces con curiosidad, ¿qué delitos habia cometido aquella pobre muger, que mereciesen una pena tan atroz? Informaronle de que habiendo muchos años que Leonilde habia llegado á Trento, en compañía de aquel mismo hombre, que ahora la iba acompañando al suplicio, vivia muy retirada en una casa, que habia alquilado á cierto ciudadano rico.

Ella (prosiguió el que informaba á Don Abél) no salia de casa sino para ir á la Iglesia, en la que estaba con una devoción, que edificaba á quantos la veían. Ninguno frequentaba su casa, cuya puerta solamente se abría á su compañero, que en el concepto de todos pasaba por su marido: el ciudadano, que era dueño de la casa, iba de mes á mes á cobrar el alquiler, y al instante se salia. Era este tal un hombre como de quarenta años, el qual por su desgracia se habia enamorado de una muchacha de quince años. Esta (sea el que quiera el motivo) por ningun caso queria corresponderle: crueldad que despedazaba el pobre corazón del miserable ciudadano, tanto, que viendole sus amigos consumido de tristeza y de melancolía, les causaba grandísima compasión. Un dia, que poseido enteramente de una negra hipocondría, fue á casa de Leo-

Leonilde, le preguntó ésta cuál era la causa de aquella extraordinaria aflicción, que le salía á la cara, ofreciéndose si le merecía la satisfacción de confiársela, á poner en obra quanto podia y sabía para ayudarle. No crea usted (añadió ella) que le hago esta pregunta por curiosidad; soy una muger que no puedo ver sin grandísimo dolor las desgracias que suceden á los hombres, y mucho menos las que turban la quietud de los que son del mérito de Vmd. Tengo ciertos modos muy particulares para consolarlos, y sé ciertos rarísimos secretos para hacerlos felices á pesar de su mala estrella. Confieme Vmd. sinceramente todos sus trabajos, y esté cierto, que no le pesará. El buen hombre, pareciendole que nada iba á perder en contar todo lo que le estaba sucediendo en materia de amor, la confesó claramente su violentísima pasión, y quando llegó á contar la crueldad con que le trataba su querida, apenas acertaba á pronunciar las palabras, anegadas en un amarguísimo llanto. No se aflija Vmd. mas, le interrumpió la muger, que yo le empeño mi palabra, de que en menos de veinte días será absoluto dueño de esa rapaza, que se muestra tan enemiga del amor. Yo misma la haré venir á esta vuestra casa, y aquí tendreis con ella una conversacion, que no os disgustará. En mucho empeño os metéis, la replicó el ciudadano; y si he de decir la verdad, nunca creeria yo que una muger tan devota como vos se quisiese entremeter en estas aventuras amor-

sas

sas. A esto respondió ella (cegandola sin duda la Divina Providencia, que la iba ya disponiendo al castigo que merecian sus maldades) respondió, vuelvo á decir, en la susbtancia siguiente: Quiero corresponder á la confianza que has hecho de mí, con la que voy á hacer de tí confiandote lo mas secreto de mi verdadera vida. Has de saber que todos los ejercicios de devoción, que me ves hacer, son una mera apariéncia. Sin este devoto artificio mal pudiera emplearme en semejantes oficios, particularmente quando se trata de poner en manos de un apasionado amante alguna de aquellas doncellitas, que viven retiradas entre las quatro paredes de su casa, y están baxo la custodia de sus vigilantísimos padres ó parientes. Para lograr, pues, lo que pretende mi compasivo corazon con estos oficios, me insinúo en las casas, y en el corazon de sus madres, ó de aquellas que las tienen á su cargo, por medio de una melosa y almivarada virtud, que afecto con el mayor decoro, dandome grandes golpes de pechos, y lanzando tiernos pero profundos suspiros, quando conozco que puedo ser vista ú oida. De esta manera, yo misma las oigo exclamar muchas veces: ¡O qué santa muger! ¡quién fuera como ella! ¡y qué diera yo porque mi hija tuviese siempre á la vista y dentro de casa sus exemplos! Despues de esto buscan ocasiones de hablarme y tratarme; y yo en sus conversaciones correspondo tan bien al buen concepto que han formado de mí, que

que me tienen por la mayor santa del mundo. Si me quieren dar alguna limosna, la reuso generosamente diciendo, que un poco de pan y agua me basta para conservar la vida, y con un trapo viejo tengo lo suficiente para cubrir mis carnes decentemente. De aquí paso á darlas á entender, pero sin el menor ayre de ostentación, ni de artificio, las abstinencias particulares que practico, las disciplinas y cilicios de que uso, y que yo ningún mérito tengo en observar todas las vigalias y ayunos de precepto con el último rigor, porque para mí no es penitencia chica ni grande. Todas estas exágeraciones las decia yo con un cierto ayre de sencillez y de desprecio, que parece no debía darse, ni aun por levemente ofendida mi modestia. Quando me pedian que las encomendase al Señor, respondia, que era muy pecadora, para que Dios oyese mis oraciones. Sembrada toda esta paja, tardaba poco en producir algun grano, porque no se pasaban dos ó tres días sin que viniesen á pedirme, suplicarme, instarme é importunarme, para que fuese á sus casas, y venir ellas despues á la mia, donde no podian menos de acabar de edificarse viendola toda alhajada con la mayor pobreza y simplicidad, y adornadas las paredes con varias imágenes de papel, que todas respiraban piedad y devocion. Quando veo ya bien arraigado en su ánimo el concepto de mi virtud, entonces, y no antes, procuro hablar á solas con sus hijas, y poco á poco las voy disponiendo á querer todo lo que quiero yo, ó por mejor decir

cir lo que desean sus amantes, siendo éste para mí un negocio de suma facilidad. Mi primer estudio es descubrir qual es el flanco de las mozuelas que quiero pescar. Si son sencillas, me sirvo de un medio; si dispiertas y taymadas, de otros; si tímidas y pusilánimes, las aliento; si intrépidas y atrevidas, las voy deteniendo para que no se precipiten: y como las mugeres por lo comun flaquean por la ambicion y por la avaricia, no es creible quanto poder tenga, para desvanecer todos los respetos y miramientos que las puedan contener, qualquiera regalillo que lisongee alguna de aquellas sus dos pasiones. Lo cierto es, que hasta ahora ninguna ha resistido á mis persuasiones, y puedo contar tantas victorias, como son los combates que he dado para rendir la honestidad de innumerables doncellas. Por lo que toca á vuestra amada, no dudo será lo mismo que las otras: basta que me digais quién es, y dónde habita, como tambien quiénes son sus padres, ó los que cuidan de ella, y lo demás dexadlo de mi cuenta. Asi habló aquella hipócrita y perversa muger al enamorado ciudadano; este resuelto á servirse de qualquiera medio, por detestable que fuese, para contentar su pasion, no se descuidó en informarla inmediatamente de todas las circunstancias que podrian facilitar el logro de la empresa.

Con estas noticias comenzó la diabólica alcahueta á frequentar la calle donde vivia aquella pobre muchacha, no de otra manera que los lo-

bos andan rondando los rediles de las inocentes ovejas, y se paseaba por ella. Un dia que conoció la miraban, dió una vuelta por la calle, afectando un ayre penitente con la mayor naturalidad. Habíase dado un color pálido y ceniciento, de manera que parecia un vivo retrato de la misma santidad, y quando llegó cerca de la casa, se fingió desmayada, y se dexó caer en tierra. La dueña de casa lo vió, que era la misma de quien el ciudadano estaba enamorado, y llena de compasion acudió á socorrerla; hizo que la metiesen dentro, y á fuerza de espíritus y de quintas esencias, logró que volviese en sí del bien remedado deliquio. Prorrumpió entónces la malvadísima embustera en un profundo suspiro, y levantando los ojos al cielo, exclamó diciendo. Mil gracias os doy, Dios mio, por la piadosa asistencia que esta buena gente, por su grande caridad, ha querido prestar á esta gran pecadora, y vuestra indignísima sierva. Hallábase presente á este paso la muchacha á quien pretendia enganar, y con mucha sencillez la preguntó, ¿quál le parecia que podia haber sido la causa de aquel deliquio? No creo fuese otra, la respondió ella, que la malicia del demonio, el qual se valió de este medio para impedirme que fuese á la Iglesia, como lo acostumbro, á encomendarme á Dios, hacer oracion, y cumplir con otras devociones; pero tú, hija mia, con tu caritativa y misericordiosa atencion le has burlado de manera, que no se saldrá con su diabólico intentó; porque yo

des-

desde aqui voy derecha á cumplir mi obligacion. Púsose en pie, fingiendo costarla grande trabajo por su extrema debilidad; y quando hizo que se volvía para salir de aquella casa, fingió otro nuevo accidente, lo que puso á todos los concurrentes en mayor y mas apresurada solicitud de socorrerla. Despues que volvió en sí esta segunda vez, no quiso permitir la inocente muchacha que saliese de su casa, y ayudándola dos hombres á subir las escaleras, la obligaron casi por fuerza á que reposáse en una silla poltrona, ya que no fue posible reducirla á que se acostáse en una cama que la habian prevenido, porque decia ella, que no se acomodaba á tanto regalo, pues habia veinte años que solo podia dormir un poco sobre una dura y desnuda tarima. A esto añadió otras mil expresiones de una grandísima resignacion; y en suma nada omitió de todo aquello que la parecia podia contribuir á cautivar el ánimo de la doncella. Creyendo ésta todo quanto la decia, facilmente se persuadió á que era un vivo retrato de la misma santidad, mirándola con tanta veneracion, que la faltaba poco para adorarla. Quando volvió á casa su padre (porque la madre habia muerto), Señor, le dixo, tenemos en casa un gran tesoro: el cielo nos ha enviado para santificarnos á todos, la mejor muger que hay en todo el mundo, porque respira el mas suave olor de una perfectísima vida. Diciendo esto, le conduxo donde estaba la pérfida Leonilde, la qual, si alguna vez puso estudio en parecer lo que no era,

®

00 2

nun-

nunca puso tanto como en esta ocasion, quando se halló en presencia de aquel buen hombre á quien pretendia engañar tan horriblemente. A la verdad era un pobre simple, de cortísimo talento, incapáz de discernir entre lo verdadero y aparente, con que luego se dexó embaucar de lo que aparentaba la fingida enferma, y en el mismo punto hizo ánimo á no dexar piedra por mover para conseguir de ella que le hiciese el gran favor de quedarse en su casa, para ayudarle á gobernarla con el título de maestra y directora de su hija. Hizola con efecto la proposicion, y ya ustedes se figurarán el gusto con que la oiria la grandísima embustera, aunque afectó suma repugnancia en echarse acuestas una carga, que conocia ser muy superior á las pocas fuerzas de sus debilísimos hombros. Así que despues de haberse escusado por algun tiempo, al fin apurándola el padre y la hija, les respondió: aunque me reconozco insuficiente para desempeñar una cosa en que jamás me he exercitado, y de que siempre he procurado estar muy distante, el cielo (cuya voluntad me parece cumplo en esta aceptacion) espero que suplirá con su asistencia todo lo que me falta, particularmente quando solo me resuelvo á dar gusto á ustedes, porque siento no sé qué interior seguridad de que esto ha de ceder en mayor gloria del autor de todo bien.

Establecióse pues desde aquel mismo punto en casa de Leopoldo, que así se llamaba el padre de la doncella, de quien estaba enamorado el ciu-
da-

dadano. Desde los principios se le dió noticia á éste de todos los pasos que se habian dado en su favor, y estaba esperando con impaciencia que se llegase el dia, que en su modo de entender le habia de hacer feliz. Con efecto la perversa Leonilde, habiendo sondeado bien el temperamento y el genio de la doncellita, la halló demasiadamente crédula, y preocupada de ciertas opiniones, que argüían en ella una simplicidad extraordinaria, en virtud de lo qual facilmente la persuadió á que ella tenia el dón de profecía. Sobre este supuesto la contó varias fábulas, de las quales era fecundísimo su ingenio, con lo qual quedó enteramente convencida. Pero nunca estuvo mas segura de salir con su enorme y depravado intento, que un dia en que la doncellita la suplicó que la pronosticase lo que la habia de suceder á ella. Voy, la respondió prontamente, voy á postrarme ante el acatamiento del Señor, y pedirle aquella luz celestial que he menester para contentarte. Postróse efectivamente en tierra con una humildad que inspiraba veneracion, y despues que estuvo mas de una hora en aquella postura, sin mover los ojos, y sin que apenas se la sintiese respirar, levantándose de repente, como si estuviese llena de un espíritu celestial, y poseída de un furor divino. ¡O! ¡y qué cosas tan extraordinarias (exclamó) estoy leyendo en tu persona, escritas con caracteres indelebles por toda la eternidad en los decretos del cielo! Despues comenzó á pronosticarla con una impiedad que cau-

sa verdaderamente horror; como se habia de casar con un ciudadano de su misma patria, cuyo nombre la expresó, y porque de este matrimonio habia de nacer un fruto, que llenaria de honor y de admiracion al mundo por su prodigiosa santidad, el demonio pondria en execucion todas las artes y todo el poder para desvanecerle, si se quisiesen observar en él aquellas formalidades que comunmente se practican y se usan en el país, porque estaba decretado que debia efectuarse con un modo muy particular. Yo sé (añadió) porque así se me ha revelado, que este hombre te ama mucho tiempo ha, y sé tambien que tú te has negado constantemente á todas sus pretensiones. Igualmente sé, que precisamente por el amor á la honestidad, nada se te daba el perder este partido. Pero es menester que no quede defraudado el linage humano de tantos hijos tuyos, é individuos suyos, que á competencia han de sobresalir en la mas elevada perfección: es menester que dexes á un lado esos vanos respetos de honestidad, y que ciegamente te entregues á los impulsos de un amor, que ha de ser principio y origen necesario de tanto y tan precioso bien. Estas y otras palabras semejantes, pero aun todavia de mucho mas impío significado, fueron empleadas por la Pseudo-Profetisa, para convencer á la simple y cándida paloma encargada á su custodia. Facilmente se dexó persuadir esta inocente de todo lo que se la habia dicho con toda la eficacia y artificio de aquella abominable muger. La vanidad de ser

ser madre de una generacion que habia de eternizar la gloria de su nombre, fue el último y mas poderoso empuje que la hizo caer en los brazos de su profano y ciego amante. El teatro de la alevosa disolucion fue la casa de la misma seductora, á la qual iba la hija de Leopoldo siempre que quería, con la bendicion y aun beneplacito de su pobre y simple padre. Pero dentro de pocos meses se manifestaron los efectos de aquellas idas, y con esto se desconcertó mucho Leonilde, la qual tomó luego su resolucion, y ausentándose de Turin, se imaginó libre ya del castigo que ella misma conoció que merecia. Su ausencia dió motivo á Leopoldo para descubrir presto su grandísima desgracia. La hija contó á su padre toda la série de su detestable seduccion; éste acudió á la Justicia, que hizo las mas vivas diligencias para prenderla, logró su intento, y fue conducida á estas cárceles. Viéndose entonces convicta, confesó otros gravísimos delitos de varias fingidas revelaciones, hurtos y traiciones de particular enormidad, y habiéndose hallado á su compañero, imaginado marido, no menos reo que ella, como complice en todos sus delitos, ambos fueron condenados á la hoguera, miserable fin que al cabo deben esperar todos los malvados. Don Abél, Don Manrique y yo no pudimos menos de quedar horrorizados despues de haber oido aquella relacion; y contentos de haber sido testigos de un suplicio, que Leonilde tenia tan merecido, proseguimos nuestro viage hácia Italia. [®]

CAPITULO XIII.

Llega Scipion á Nápoles con sus compañeros. Sucesos de aquella ciudad, y fin de la historia de la Aventurera.

Visitamos todas las ciudades mas famosas de Italia (prosiguió Scipion) y no me descuidaba de preguntar por Gil Blas en todos los lugares que encontráramos en nuestro tránsito, particularmente si en ellos ó cerca de ellos habia algunos Monasterios de Recoletos ó Solitarios. Despues de habernos detenido en Roma algunos dias, nos dirigimos á Nápoles: en esta ciudad se habia de separar de nosotros Don Abél, pensando embarcarse en qualquier navio que se hiciese á la vela para España, á dónde habia resuelto restituirse despues de haber viajado tanto, para vivir en paz y en sosiego los dias que le restasen de vida. Una tarde que todos tres nos fuimos paseando al puerto, le observé que de repente se inmutó extraordinariamente, perdido del todo el color, interceptada la respiracion, y pálido como un difunto. ¿Qué tiene Vmd. Don Abél? le pregunté inmediatamente. ¿Qué cosa ha visto, que tanto le ha alterado? ¿O qué repentino mal le ha

so-

sobrevenido? Al mismo tiempo veo destacarse de entre un grueso pelotón de gentes, que á todas horas y en todas partes se encuentra en aquella populósísima ciudad, una muger modestísimamente vestida, que se viene á nosotros, se arroja á los pies de Don Abél, y prorrumpe en un deshecho llanto. Nos pareció muy extravagante un cumplimiento como aquel en aquella publicidad, y á vista de un inmenso pueblo; pero cesó nuestra admiracion, quando la oimos llamar á Don Abél por su nombre, y reconocimos que era la famosa Poliandria. Luego nos picó la curiosidad de saber, cómo se habia librado de los rigores de la Justicia de Turin, y Don Abél, no cabiendo en sí de alegría, la tomó por la mano, y la conduxo á nuestra posada.

Llegados á ella, todos nos sentámos, intimándonos nosotros mismos un profundo silencio, y Poliandria dió principio á su relacion de esta manera. Despues que mi Don Abél se partió de Turin todo horrorizado, por no ser testigo del terrible suplicio que me estaba aparejado, y que yo tenia tan merecido, comenzó á mudar de semblante mi desgracia. El Señor Juez, que con motivo de llamarme freqüentemente á recibir mi confesion, habia tenido gran tiempo para observar y contemplar todas mis facciones, se sintió un poco inclinado á quererme bien, y tuvo la bondad de mandar al Alcayde de la cárcel, que me tratase con la mayor atencion. No contento con esto, comenzó á honrarme con algunas visitas noctur-

TOMO V.

PP

nas

®

nas, y agradándole mi conversacion, determinó hacerse toda la fuerza posible para que por esta vez tuviese paciencia su avaricia, y lleváse á bien ser sacrificada á la otra mas dulce y mas alagüeña pasion. En suma me dieron libertad, quando todos estaban persuadidos á que moriria en una hoguera. Se me restituyó la mayor parte de mis alhajas y dinero, con lo qual me volví á mi bella casa de campo, á donde el Señor Juez iba con frecuencia á favorecerme, pero valga la verdad: yo no podia gozar completamente de mi impensada felicidad, porque no participaba de ella mi adorado Don Abél. Vuestra memoria Señor (añadió, volviéndose á él) habia echado tan profundas raices en mi alma, que á todas horas os deseaba, y en todos los momentos os tenia presente. En suma, ya no me era posible estar mas largo tiempo sin vos; y así tomé la resolucion de buscaros por todo el mundo. Puse en orden mis cosas, y di principio á mi giro corriendo todas las ciudades de Lombardia, donde inútilmente solicité noticias de vuestra persona. Al llegar á Génova, me embarqué en un pingue Catalán, para trasladarme á España, donde esperaba encontraros. Desembarcamos felizmente en Barcelona, donde con gran sorpresa mia, me encontré con mi antiguo Don Rafaelino Capicelatro. Halléle muy bien puesto, y preguntándole qué empleo tenia en aquella ciudad, me respondió que tenia el honor de suplir al Capatáz de los Alguaciles, empleo que no solo me dá

dá para tratarme decentemente, sino tambien para regalarme, y por otra parte me hace ser muy respetado de toda clase de personas. He aprendido, que para ser uno rico en esta profesion, es menester no ser muy escrupuloso en no exercitar las órdenes de la Justicia. Los que no están en gracia de ella, pagan bien las infidelidades que usamos en nuestro ministerio á su contemplacion. Explicaréme: uno de estos dias vino orden de la Corte para arrestar á un Caballero forastero que estaba en esta ciudad, el qual estaba tenido por espía del Rey de Francia; yo tuve la caridad de avisarle, y habiendome regalado cincuenta doblones, se burló felizmente de todas las diligencias que de ceremonia hicimos en su casa para sorprenderle. Justamente quando Don Rafaelino me estaba diciendo estas palabras, y me daba á entender la buena fortuna en que se consideraba, llegó una tropa de sus mismos subalternos, y en presencia mia le maniataron, y arastrando le llevaron á la cárcel. Lo peor de todo fué, que tres dias despues le ví convertido en racimo de una horca, sin que todas las conveniencias de su empleo, ni lo mucho que le respetaban, según él decia, toda clase de personas, le hubiesen podido librar de aquel importante infortunio. Confieso que sentí mucho haber llegado á Barcelona á tan mal tiempo, no ya porque conserváse todavia la mas mínima inclinacion á aquel mozo, sino porque recelé que quizá habria sido yo la primera causa de su desgracia, por haber-

berle sugerido máximas ménos arregladas á lo que nos piden la Religion, el honor y la sociedad. Dexando, pues, la capital de Cataluña, viagé por toda España, y habiendo llegado á vuestra patria, supe por vuestros agentes, que á la sazón estabais para entrar en Italia. Al punto volé á Alicante, y encontrando una embarcacion que se dirigia á este puerto, pasé el mar, y he tenido la fortuna de encontraros con aquel gozo que podeis imaginar, quando creais que vos sois la mitad de todos mis deseos.

Dicho esto, se hicieron recíprocamente los dos enamorados las mas finas expresiones, y concluidas todas aquellas que convenian á las presentes circunstancias: ¿qué se hizo (preguntó Don Abél á Poliandria) de vuestra plata, de vuestras joyas y de vuestro dinero? Ya os lo diré, respondió ella, que gracias á lo que me favoreció el Señor Juez de Turin, se me restituyó la mayor parte de todo lo que era mio: y así la plata y las joyas quedaron depositadas en un Convento de Monjas de aquella ciudad, como tambien el dinero que restó de una buena cantidad que yo tomé para gastos del viage. Pero habiendo tenido la dicha de encontraros, quiero poner en execucion lo que firmemente tengo determinado, y es, dexaros á vos todo lo que tengo, y retirarme á un Convento de mugeres arrepentidas, para hacer en él penitencia de mis enormes y gravísimos pecados. Es posible (replicó Don Abél, lleno de confusion al oír semejante propo-

si-

sicion) es posible Poliandria que hayais tenido valor para una resolucion tan heroyca! No lo dudeis, respondió ella prontamente; tengo bien conocida, ó por mejor decir, muy experimentada la inconstante fortuna de este mundo; fuera de eso sé muy bien que soy rea de innumerables y enormísimas culpas, de las cuales ya es mas que tiempo de hacer penitencia. Desde que salí de la cárcel me hallé dispuesta á emprender este género de vida, y solamente lo dilaté por hacer todo lo posible para verme otra vez contigo, y renunciar en tu favor todas mis riquezas. En quanto á eso, replicó Don Abél, si vos habeis tenido valor para desprenderos de vuestros tesoros, yo le quiero tener para corresponderos con la generosidad de no aceptarlos. Perdonadme Poliandria, si os digo que fueron muy mal adquiridos, para que yo me prometa la seguridad de conservarlos, antes bien siempre estaria temiendo que tras de su disipacion se fuese tambien la de los que legítimamente poseo. ¿Pues qué he de hacer de ellos? replicó la arrepentida muger. Queréis que tenga siempre á la vista estos objetos que perpetuamente me están acordando mis abominables disoluciones? No por cierto, repuso Don Abél. Lo que podeis hacer es consignarlos en manos de un discreto y timorato comisario, que tenga cuidado de repartirlos entre los pobres. ¡Oh! eso no, replicó con viveza Poliandria. Hay grande peligro de que al discreto y timorato comisario le deslumbre el esplendor del oro, y con-

vier-

vierta en enriquecerse á sí y á su familia, la mayor y mejor parte del pan destinado para mantener á los mendigos. Por mis manos pasó el caso de uno de estos Señores, á quien se le habian dexado las pingües rentas de cierta familia, para que todas las emplease en obras pías, y el tal Señor mio no hizo escrupulo de gastarlas todas en obras abominables. No, no, amado Don Abél, no echemos acuestas sobre la conciencia de ninguno un peso tan peligroso. Hagamos nosotros mismos el repartimiento de nuestras riquezas, y vamonos á Turin, que allí encontraremos sin duda familias miserables, que perecen de hambre; doncellas pobres que peligran; oprimidos, que no saben donde volverse, y encarcelados, que padecen gran miseria. ¡O y qué bellas obras de misericordia serán éstas! Alto pues: no nos detengamos, que yo no veo la hora de ver tan bien empleado mi dinero. Don Manrique y yo quedamos gustosamente admirados de oír hablar así á una muger, que habia vivido en el mundo con tanta vanidad, y con tanta disolución, no hartandonos de alabar á Dios por haber mudado aquel corazon, inspirandole máximas tan virtuosas, y tan santos sentimientos.

CA-

CAPITULO XIV.

Vuelve Don Abél á Turin. Scipion, y Don Manrique parten á Sicilia, donde se embarcan para Argél. Padecen una borrasca, y Don Manrique encuentra á sus hijos en una isla desierta.

Con efecto Don Abél y Poliandria, despues de haberse despedido de nosotros, partieron el dia siguiente la vuelta de Turin, para poner por obra sus piadosos y muy juiciosos proyectos. D. Manrique y yo baxamos á Regio por la Calabria: desde aquella ciudad atravesamos el Faro, y tomamos tierra en Mecina. Dexando luego aquella ciudad, volamos á Palermo, donde Don Manrique no cesó de solicitar noticias del renegado. Ninguno supo darle la menor luz, y entónces fue quando impelido del amor paterno, tomó la extraña resolucion de volver á Berbería. Puntualmente estaba pronto para pasar á Argél un navio Inglés, que habia hecho escala en aquel puerto. Mejor coyuntura no se le podia ofrecer á mi antiguo amo. Hizo su ajuste con el Capitan, y yo por no sé qué oculto presentimiento, de que aquel viage, aunque no tenia correlacion alguna con mis

mis intentos, todavía quizá me podría servir de algo para adquirir alguna noticia de Santillana, determiné acompañarle. Habíamos llegado ya á la mitad de nuestro viage, habiendo dexado á las espaldas la isla de Malta, quando nos vimos cogidos de una horrorosa y terrible tempestad. La furia de los vientos sacó fuera de linea á nuestro buque, á pesar de la gran pericia de nuestro piloto, y anduvimos perdidos por el Mediterráneo, sin saber dónde nos hallábamos. Finalmente, abanzado el viento, sondeado el fondo, y observada la altura nos hallámos poco distantes de los peligrosos bagios de Berbería. Una escarpada y montuosa isla, que descubrimos al despuntar de la aurora, que daba indicios de contener algun seno, donde pudiese fondear nuestro navio, nos hizo resolver á tomar tierra en ella, para repararnos algun tanto de lo mucho que habíamos padecido, durante la pasada tempestad; y es forzoso confesar que parecia habernos conducido alli la divina Providencia, para que lográsemos el afortunado encuentro que voy á referir. Aun no bien habíamos desembarcado del navio, con el ansia de pisar tierra, quando se nos presentáron dos jóvenes de bellissima presencia, en el mismo traje que acostumbran los esclavos de Berbería. Acudieron estos á las voces que daban los marineros, quando amaynaban las velas, y echaban las áncoras al mar, llevados solamente de la curiosidad, y deseo de saber de qué nacion era nuestro equipage. Quando conocieron que éramos Christianos,

nos, comenzaron á saltar de alegría, y se vinieron á nosotros, recibendonos con el mayor amor, y el mas cortesano modo. Ambos fixaron los ojos en Don Manrique, mirándole continuamente con la mas curiosa atención, hasta que al cabo de rato, no pudiendose contener el mayor de los dos, prorrumpió diciendo: ¡Ah! no, no me engaño. Vos, Señor, sois mi amado, mi venerado y mi suspirado padre; y diciendo esto, se arrojó á sus pies, bañado en dulcissimas lágrimas; siguióle luego el segundo, no menos enternecido que el primero. Consideren ustedes, qual sería la admiración de Don Manrique, al encontrarse con sus dos hijos en aquel lugar, no podia hablar palabra por el exceso del gozo, y quando despues de un largo rato se desahogaron todos en aquellas ternisimas demostraciones que se acostumbran en semejantes casos, las quales son mas fáciles de concebirse, que de explicarse; hijos míos, los dixo, con que al fin Dios me ha dado el consuelo de volveros á ver, y de encontraros. Ahora decidme, qual es vuestro destino, y qual es el de los demás vuestros hermanos. Todos estamos aqui, respondió el mayor, y todos gozamos de nuestra libertad, menos la de salir de esta Isla, porque esa nos la quita el mar que nos circunda, y la falta de barco para navegar. Al decir estas palabras, se dexó ver el Renegado, con el resto de la progenie de Don Manrique. Se renovó entonces el asombro en todos, y por largo tiempo la amabilissima prole de aquel buen Caballero estuvo regando el dulce seno de

su amado padre con las suaves lágrimas, que hilo á hilo hacian desprender de sus ojos el amor y la ternura. Viendose el Renegado en presencia de su buen amigo, no pudo menos de dar mil gracias al autor de todos los bienes por aquella tan no esperada fortuna. Mientras duraba esta escena, el Capitan del navio y los demás pasajeros levantaban los ojos al cielo, en señal de la grande admiracion que les causaba una aventura, cuyo misterio no podian entender. Conoció Don Manrique, que todos tenian grandísimo deseo de que se les explicase el secreto que se escondia en unas demostraciones de tan recíproco júbilo, como las que acababan de ver. Y así despues que él contó á todos la historia de sus casos particulares, suplicó al Renegado, que perficionase la obra, refiriendonos lo que le habia sucedido despues que partió de Palermo, y qual fue el motivo por qué no pudo cumplir la palabra de volver á aquella Ciudad en el término que él mismo se habia prefixado.

Mostróseme muy favorable la fortuna (así comenzó su relacion el Renegado) hasta que restituido á Argél, pude rescatar á fuerza de dinero á vuestros hijos, comprandolos á sus patronos. Esto me costó no poca fatiga, particularmente por lo que tocaba á las niñas, que habiendo crecido como veis, y siendo de extraordinaria belleza, sus dueños las destinaban á cosa muy diferente, que á comerciar con ellas. No habia mas que un medio, y éste le sabia yo, para sacarlas de las uñas de sus amos. Fuime derecho al Bey, y le dí á entender,

112

QQ

que

que yo deseaba regalarlas al Gran Señor, y logré mediante un gran desembolso, que el Bey interpusiese su autoridad con los dueños de las dos damitas. Luego que ví en mi casa á toda vuestra familia, equipé á mi modo mi navio, echando la voz de que iba á Constantinopla. Ya creerá Vmd. Señor Don Manrique, que teniendo muy presente mi palabra, luego que perdimos de vista las costas de Berbería, daría todas las providencias necesarias para volver á veros en Sicilia. Pero aquí fue donde comenzó á abandonarme la fortuna. Mi navio, por no sé qué fatalidad, empezó á hacer agua por todas partes, y nos vimos casi irremediablemente perdidos. Despues de haber tentado en vano todos los remedios que enseña el arte, nos vimos precisados á recurrir al último y mas peligroso, que fue meternos todos en el esquite, para tomar tierra, si nos fuese posible, en la parte mas vecina. Hice entrar en él á vuestros hijos, y á un fiel esclavo mio, y cortado el cable, dexé al navio en inminente peligro de perderse con el resto del equipage. Caminé un dia y una noche por las ondas, sin descubrir ni un palmo de tierra por ninguna parte. Esto me representaba continuamente la espantosa imagen de una muerte próxima: lloraban inconsolablemente vuestros pobres hijos, y yo no teniendo con que ni siquiera divertir por un poco nuestra mortal hambre, todos veíamos amenazada nuestra vida de dos enemigos igualmente terribles y espantosos. Presentóseme al fin esta Isla, quando Dios quiso:

2011

QQ 2

me

me dirigí á ella, haciendo toda la fuerza de remos, que aunque manejados por manos tan inexpertas como eran las nuestras, al cabo nos sirvieron admirablemente para llegar á la orilla. Saltamos luego en tierra uno despues de otro, y trepando al lugar mas alto de estos montes, miramos hácia todas partes, por si podíamos descubrir alguna habitacion. Pero cuál fue nuestro espanto, quando extendiendo la vista hasta donde alcanzaban los ojos, todo lo vimos desierto y abandonado! No se descubrió el menor vestigio de persona viviente, y reynaba en toda la Isla un silencio lleno de horror. Entonces sí que nos dimos por absolutamente perdidos. Ningun sitio se encontraba donde nos pudiesemos reparar contra los ardientes rayos del Sol, que nos abrasaban de día; ni cubrirnos contra el copioso y frigidísimo rocío, que en aquel caprichoso clima casi nos helaba de noche. El terreno esterilísimo no producía fruta, ni aun yerba con que ir entreteniendo el hambre. En semejante estado nos parecía irremediable la muerte, y ya nos disponíamos para recibirla, pero con todo aquel horror, con que la esperan los hombres siempre que la miran cercana, quando oímos ladrar á un perro, aunque en alguna distancia. Esta es señal, dixé yo entonces con voz animosa y ésforzada, de que cerca de aquí habita alguna persona humana, porque esta especie de animales no puede vivir sin el hombre; con que sin duda hallaremos algun asilo en nuestra desgracia, y así va-

mos
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos siguiendo el son de la voz de aquella bestia. Entonces todos nos pusimos á escuchar con mayor atencion de donde salía aquella voz, y pareciendonos que salía de un profundo valle, que se veía al pie de la escarpada montaña, comenzamos á deslizarnos por la misma, bien persuadidos á que quanto mas nos fuesemos acercando, mayores y mas freqüentes serian sus ladridos. Así sucedió puntualmente: luego que nos descubrió el animal, comenzó á ladrar con mayor fuerza, viniendose hácia nosotros; pero quando llegamos á cierta distancia, nos volvió las espaldas, y como si solo hubiera venido á enseñarnos el camino, se convirtió en nuestra guia, y nos fue conduciendo al último ángulo del valle, donde vimos que se elevaba hasta las estrellas un soberbio y magnífico edificio en figura de sepulcro. ¿Es este (exclamé yo en un tono mas que de admirado) el Mausoléo de Artemisia? Seguramente que lograremos descubrir en él alguna cosa muy singular. No bien habia pronunciado estas palabras, quando hétele aquí, que se nos presenta una vieja con ojos legañosos, turbados y hundidos, muy enjuta de carrillos, como totalmente monda de dientes, dos ó tres mechones mas blancos que la nieve, sembrados á trechos por la cabeza, su trage á la africana, pero muy viejo, como que ya era un vestido bisabuelo, sostenida de un baston, con cuyo auxilio se movia á paso de tortuga jubilada. Acercandose á nosotros, quiénes soís, nos preguntó con

VOZ

voz trémula y trabucante, ¿quiénes sois vosotros, y qué destino os ha traído á este lugar, donde há tanto tiempo que yo sola habíto? Entendida con dificultad su pregunta, la dí cuenta de todos nuestros sucesos, y habiendo observado, que sus orejas, cansadas por la antigüedad de tanto como habian oído, eran un poco tardas en percibir mis palabras, levanté extraordinariamente la voz, para que me entendiese. Ora bien, replicó la vieja, venid todos conmigo, que quiero daros un poco de colacion. Hízonos primero andar al rededor del sepulcro, el qual era de figura semicircular, con una circunferencia como de cincuenta pasos regulares, en cuyo giro, acomodandonos á su paso, gastamos un buen quarto de hora, y abriendo una portezuela, nos hizo entrar en un quarto, en medio del qual vimos una arca de mármol, y observamos que todas las paredes estaban llenas de inscripciones berberiscas. Sentámonos todos aqui, y la vieja abrió otra portezuela, que franqueaba la entrada á otra estancia, de donde poco despues salió con una cesta llena de marisco, y otra atestada de bellotas dulces, presentandonos una y otra para que almorzasemos. Nuestro apetito era tal, que no ya las comimos, sino que las devoramos, y mientras tanto la decrepita bienhechora fue á traernos un poco de agua dulce, que la subministraba cierto manantial, que brotaba de una dura peña. Quando nos hubo refocilado con unos platos tan es-

qui.

quisitos, nos dixo la buena muger, tratandonos con la mayor familiaridad y llaneza. No dudo que estareis pasmados de haber encontrado una persona viviente en un sitio como este, donde veis ese sepulcro. El misterio que se esconde en este extraordinario espectáculo es verdaderamente muy raro: quiero tener el gusto de contaroslo, para que vosotros tengais el de saberle.

CAPITULO XV.

Historia de la Vieja del Sepulcro en la Isla desierta.

Todos nos mostramos muy deseosos de oirla, y ella esforzando la voz todo lo que pudo, habló en la manera siguiente. Habeis de saber, Señores, que yo naçí en la Ciudad de Bugía, Capital de la Provincia de este nombre dentro de la Mauritania. Mi temperamento en mi juventud era muy ardiente, y por lo mismo muy inclinada á enamorarme. Conté hasta veinte maridos, los quales uno tras de otro en poquísimos tiempos se fueron al otro mundo. Me consideré entonces como una muger muy perjudicial al linage humano, y me pareció que hacía un acto heroico en huir la ocasion de enlazarme en nuevos matrimonios, por no cometer otros tantos homici-

ci-

voz trémula y trabucante, ¿quiénes sois vosotros, y qué destino os ha traído á este lugar, donde há tanto tiempo que yo sola habíto? Entendida con dificultad su pregunta, la dí cuenta de todos nuestros sucesos, y habiendo observado, que sus orejas, cansadas por la antigüedad de tanto como habian oído, eran un poco tardas en percibir mis palabras, levanté extraordinariamente la voz, para que me entendiese. Ora bien, replicó la vieja, venid todos conmigo, que quiero daros un poco de colacion. Hízonos primero andar al rededor del sepulcro, el qual era de figura semicircular, con una circunferencia como de cincuenta pasos regulares, en cuyo giro, acomodandonos á su paso, gastamos un buen quarto de hora, y abriendo una portezuela, nos hizo entrar en un quarto, en medio del qual vimos una arca de mármol, y observamos que todas las paredes estaban llenas de inscripciones berberiscas. Sentámonos todos aqui, y la vieja abrió otra portezuela, que franqueaba la entrada á otra estancia, de donde poco despues salió con una cesta llena de marisco, y otra atestada de bellotas dulces, presentandonos una y otra para que almorzasemos. Nuestro apetito era tal, que no ya las comimos, sino que las devoramos, y mientras tanto la decrepita bienhechora fue á traernos un poco de agua dulce, que la subministraba cierto manantial, que brotaba de una dura peña. Quando nos hubo refocilado con unos platos tan es-

qui.

quisitos, nos dixo la buena muger, tratandonos con la mayor familiaridad y llaneza. No dudo que estareis pasmados de haber encontrado una persona viviente en un sitio como este, donde veis ese sepulcro. El misterio que se esconde en este extraordinario espectáculo es verdaderamente muy raro: quiero tener el gusto de contaroslo, para que vosotros tengais el de saberle.

CAPITULO XV.

Historia de la Vieja del Sepulcro en la Isla desierta.

Todos nos mostramos muy deseosos de oirla, y ella esforzando la voz todo lo que pudo, habló en la manera siguiente. Habeis de saber, Señores, que yo naçi en la Ciudad de Bugía, Capital de la Provincia de este nombre dentro de la Mauritania. Mi temperamento en mi juventud era muy ardiente, y por lo mismo muy inclinada á enamorarme. Conté hasta veinte maridos, los quales uno tras de otro en poquísimo tiempo se fueron al otro mundo. Me consideré entonces como una muger muy perjudicial al linage humano, y me pareció que hacía un acto heroico en huir la ocasion de enlazarme en nuevos matrimonios, por no cometer otros tantos homi-

ci-

cidos. Compuseme pues con el Capitan de un navio Corsario, quien se obligó á echarme en un lugar separado de todo humano comercio, donde ningun hombre habitase. Ya discurrirán ustedes, que no me olvidaria de llevar conmigo provisiones para mucho tiempo, como de vizcocho y otros comestibles, de aquellos generos que resisten mas á la corrupcion, con la idea de hacer una vida penitente, encerrandome en alguna gruta ó boqueron, de los que suelen encontrar en los escollos y en las selvas, donde quando me llegasen á faltar mis vituallas, me pudiese mantener de las yerbas silvestres, y de todo lo demás que me subministrase la calidad del sitio que escogiese, para purgar de esta manera las culpas y los excesos de mi desordenada concupiscencia. Con efecto, el tal Capitan me dexó en esta Isla, sitio el mas á propósito del mundo para poner por obra mi resolucion. Giréla toda, para ver si encontraba algun parage, donde descubriese una habitacion, que me pusiese á cubierto de los encendidos rayos del Sol, y de las destemplanzas de la noche. Tardé poco en descubrir este sepulcro, donde me hallé con una persona verdaderamente singular. Era un jóven como de treinta años, y de bellísima disposicion, bien que muy desfigurado á violencias de su dolor, y de la vida que se daba. Luego que me vió, corrió á cerrarse en esta misma estancia, y me costó grandísimo trabajo el conseguir que me abriese. Qué mal os he hecho yo (le decia desde

de afuera) para que negueis la entrada en vuestra habitacion á una pobre y desgraciada muger? Acáso es mi figura tan monstruosa, que solo el verla os causa horror? ¿Habeis renunciado la humanidad, para obstinaros en no dar acogida á una viuda infeliz? El jóven, despues de haberme dexado pedirle, rogarle, suplicarle, importunarle por un gran espacio de tiempo, abrió finalmente la puerta, y con los ojos siempre fijos en el suelo, me dixo modestamente que entráse. Obedecíle, y al ver aquella arca, que ahora estais viendo vosotros, me comoví estrañamente: Muger me dixo entonces el jóven, aquel esqueleto que estás mirando en aquella urna, es el funesto objeto de mi imponderable dolor. Aquella fue mi querida, y mi adorada muger: su pérdida me causó tanto tormento, que ni un solo día hubiera sobrevivido á ella, á no haberme mantenido la vida un pensamiento que me ocurrió, y una firme resolucion que desde aquel punto formé: esta fue la de dexar á todas las edades venideras en un magnifico y suntuoso monumento memoria eterna de mi amor y de mi fidelidad. Determiné, pues, fabricar á las preciosas cenizas de mi amada esposa un soberbio Mausoléo en un sitio, donde ningun hombre del mundo habitáse ni verisimilmente le pudiese venir gana de habitar. El fin de esta resolucion fué lo primero para poderme encerrar con su frio cadaver, en este asilo de la muerte, y acabar en él mi vida, sin que ninguno de mis amigos ó parientes pudiese venir ja-
 más

más á importunarme para que le dexáse, y lo segundo para no volver á ver muger alguna del mundo, huyendo toda ocasion de ser infiel ni aun con el pensamiento, ni el deseo á mi adorada difunta. Tenia yo mucha noticia de la soledad de esta Isla, y por lo mismo la escogí para efectuar aquel intento. Habiendo encontrado obreros y materiales en país muy distante de mi patria, fleté un navio, y con ellos arribé á esta Playa, donde en brevísimo tiempo se levantó la fábrica, en que se habian de encerrar para siempre dos esposos tan singulares. Luego que deposité en aquella urna el embalsamado cadáver de mi querida Esposa, despedí el equipage, y me quedé aquí sin otra compañía que la de mi perpetuo dolor. Vos, Señora, sois el primer objeto que se ha presentado á mi vista en todo este tiempo; pero objeto (perdonadme) poco gustoso para mí, precisamente porque sois de un sexô que renuncié para siempre. Así terminó su discurso el jóven viudo, y yo quedé como encantada al oír una resolucion tan fuera de lo comun que se observa en los hombre, los quales se suelen olvidar de sus mugeres el día despues que las enterraron.

Mientras tanto aquel hombre no se atrevia á mirarme, antes bien mostrando aversion, y hastio á mi persona, no apartaba un momento los ojos de la urna, que encerraba su tesoro. Confieso, que desde la primera vista quedé muy prendada de la bellissima traza de aquel admirable solitario, y que poco á poco se me fué desvaneciendo todo el

hor-

horror que tenia al matrimonio veinte y uno. Parecíame, que seria yo la mas dichosa muger del mundo, si lograra gozar viva un Esposo, que tan apasionadamente amaba á otra Esposa ya difunta, y que seria la mayor de todas mis glorias poder vencer un corazon tan poseido del dolor que le causaba su pérdida. Con esta disposicion procuré disiparle su melancolia, y arrimándome á él con toda franqueza, le tomé por un brazo, y moviéndole con apresurada agitacion como en ademán de despertarle, le dixé sonriéndome, que abriese aquellos ojos, y me mirase toda bien de pies á cabeza. Así lo hizo él, no dexando tambien de asomarsele alguna risa: esto me animó, y aun me hizo esperar que saldria con mi empresa. Y así, entablado desde luego un discurso, dí principio á él mostrándole con fuertes razones, y con no pocos exemplos, que habia satisfecho con usuras á todos los oficios de amor y de piedad, á que era acreedora su primera Esposa, y que todo quanto hiciere de mas seria no solo vanísimo, sino verdaderamente reprehensible, porque se tendria, y con razon, por una flaqueza muy indigna de un hombre de su entendimiento, y de su espíritu. Añadí otras cosas en el mismo asunto, y pasando de aquí á discursos indiferentes, comencé á celebrar su florida juventud, y á darle á entender seria gran lástima que la dexáse pasar empleándola en lágrimas inútiles. Me oyó al principio con desabrimiento, y con agitacion, poco despues con indiferencia y con silencio,

RR 2

pe-

pero al fin con gusto y complacencia. De esta manera poco á poco se fue resfriando en el duro proposito que habia hecho, tanto que dió fáciles oídos á la demanda que le hice de su corazón y de su amor. Ya ustedes darán por supuesto (añadió la vieja, al llegar aquí), que yo me guardaria bien de darle á entender, ni de mil leguas, la multitud de víctimas que habia sacrificado á mi perniciosa concupiscencia, y que para acabarle de persuadir á que me diese su mano, le pintaria como un golpe muy particular del destino, mi casi milagroso arribo á aquella Isla deshabitada y desconocida, donde no habia otra persona que nosotros dos, para que necesariamente tuviesemos siempre una sola voluntad, y una indivisible compañía. De esta manera en aquel mismo dia se celebró nuestro matrimonio, sin otra ceremonia que la de nuestro mútuo consentimiento, sirviendo de hacha nupcial al himeneo la misma luz, que ardía ante la urna, donde yacia mi predecesora.

Halléme pues con mi veinte y un marido, tanto mas amado, quanto aquel número habia de ser el clavo que fixase la rueda de mi fortuna, pues tuve el gran gusto de ver, que felizmente pasó los términos que habian sido fatales á todos sus antecesores. Vivimos juntos muchos mas y mas años, manteniendonos de las provisiones que él y yo habiamos llevado, consumidas las quales nos sustentamos del marisco y bellotas que ya dexo dichas; porque el mar arroja todos los dias

á la orilla gran cantidad de los primeros, y las segundas son fruto de dos viejísimas encinas, que hizo nacer en esta Isla la madre naturaleza, por sola su virtud; y están á las espaldas de aquel monte, de donde ustedes baxáron. Finalmente este mi último marido acabó su vida habrá cerca de diez años, y yo le dí sepultura en la misma urna, donde yacia su primera muger, uniendo en la muerte aquellos dos cuerpos, que tanto se habian amado en vida. Desde aquel mismo dia me encargué yo de todos aquellos piadosos oficios, que le habia visto prestar á su difunta esposa; y en medio de el grandísimo pesar que me causa la pérdida de un compañero tan amado, me consuela la consideracion de que ya no estoy en estado de turbar su silenciosa sombra con el pensamiento de pasar á otras nupcias.

Mas no obstante todas estas bellas expresiones, ántes de muchos dias se sintió la buena vieja encendida en una nueva llama. Yo, yo fui el afortunado objeto de sus recientes amores, y ella no tuvo el mas mínimo reparo en convidarme con su vigesimo segundo esponsalicio. Qué bella gloria para un hombre como yo. Haber tenido virtud para excitar fuego en un corazón, donde la multitud de los años debiera haber trasladado todo el hielo del mar Caspio. A la verdad no habria tenido poca dicha, si me hubiera tocado una muger cuya cara gótica, fabricada á lo mosaico, y cuya piel fluctuante á manera de trapos descosidos, fuese objeto digno de mis tiernas complacencias, así que

que fácilmente creerán ustedes que yo me libraría bien de meterme en un empeño, cuyo arrepentimiento necesariamente habia de comenzar en el primer instante de contraído, y solamente habia de acabarse con la vida; pero la pobre vieja viéndose destituida de todas esperanzas, devorada del dolor, y aun de la rabia que concibió por tan terrible desaire, murió dentro de pocos días, con su muerte quedámos dueños absolutos de el Mausoleo que estais viendo sin otra compañía que la nuestra, y la de el perro que habia sido nuestro conductor. Pero aun esta pobre bestia, décimo y ultimo descendiente de una cria de su especie, transportada á la Isla, por el arquitecto que dirigió la obra del Sepulcro, al cabo de un año nos dexó, y todo este tiempo hemos vivido tranquilamente sin otra ansia que la de ver arribar á esta costa alguna embarcacion de Christianos que navegásen á Europa, para poder restituíros estas dulces, y amables prendas de vuestra noble y virtuosa Consorte. Cada día subíamos á las mas empinadas montañas de la Isla para hacer el descubrimiento de lo que tanto deseábamos; pero solamente hoy con grande admiración y gozo nuestro hemos visto renacer, y aun damos ya por cumplidas nuestras esperanzas. Así habló el Renegado, y viendo Don Manrique que habia cesado ya el motivo de pasar á Argel, determinó quedarse en la Isla con su querida prole, pactando con el Capitan Ingles, que á su regreso del Africa, pasaria por aqui, para tomarle á él y á nosotros á bordo, y conducirnos todos á Cadiz.

CA-

CAPITULO XVI.

Desembarca en la Isla desierta un no esperado y muy festivo equipage. Embarcarse para Cadiz D. Manrique con sus hijos, y juntamente Scipion. Curiosos razonamientos que hicieron en el viage hasta que tomaron tierra en aquel Puerto.

Pero nunca llegó el dichoso día tan ansiosamente suspirado por nosotros, y vanamente hubiera yo deseado encontrar á mi amo Gil Blas, si un día, despues de diez años que nos hallábamos en aquella miserable parte separada á larga distancia del resto de todo el mundo, no hubiera arribado improvisamente á la playa, por la misma causa que á nosotros nos habia arrojado á ella, un barco Español que conducia un muy curioso equipage. Componíase todo él de Músicos, Comediantes, Baylarines y Charlatanes de uno y otro sexó, que la Corte de España habia hecho conducir de Italia, para diversion del Carnaval en la Villa de Madrid, con ocasion del matrimonio del Rey. Todas estas alegrisimas personas saltaron en tierra muy maltratadas del mar, que por muchos dias las habia zarandeado con sus alborotadas olas,

pe-

que fácilmente creerán ustedes que yo me libraría bien de meterme en un empeño, cuyo arrepentimiento necesariamente habia de comenzar en el primer instante de contraído, y solamente habia de acabarse con la vida; pero la pobre vieja viéndose destituida de todas esperanzas, devorada del dolor, y aun de la rabia que concibió por tan terrible desaire, murió dentro de pocos días, con su muerte quedámos dueños absolutos de el Mausoleo que estais viendo sin otra compañía que la nuestra, y la de el perro que habia sido nuestro conductor. Pero aun esta pobre bestia, décimo y ultimo descendiente de una cria de su especie, transportada á la Isla, por el arquitecto que dirigió la obra del Sepulcro, al cabo de un año nos dexó, y todo este tiempo hemos vivido tranquilamente sin otra ansia que la de ver arribar á esta costa alguna embarcacion de Christianos que navegásen á Europa, para poder restituíros estas dulces, y amables prendas de vuestra noble y virtuosa Consorte. Cada día subíamos á las mas empinadas montañas de la Isla para hacer el descubrimiento de lo que tanto deseábamos; pero solamente hoy con grande admiración y gozo nuestro hemos visto renacer, y aun damos ya por cumplidas nuestras esperanzas. Así habló el Renegado, y viendo Don Manrique que habia cesado ya el motivo de pasar á Argel, determinó quedarse en la Isla con su querida prole, pactando con el Capitan Ingles, que á su regreso del Africa, pasaria por aqui, para tomarle á él y á nosotros á bordo, y conducirnos todos á Cadiz.

CA-

CAPITULO XVI.

Desembarca en la Isla desierta un no esperado y muy festivo equipage. Embarcarse para Cadiz D. Manrique con sus hijos, y juntamente Scipion. Curiosos razonamientos que hicieron en el viage hasta que tomaron tierra en aquel Puerto.

Pero nunca llegó el dichoso día tan ansiosamente suspirado por nosotros, y vanamente hubiera yo deseado encontrar á mi amo Gil Blas, si un día, despues de diez años que nos hallábamos en aquella miserable parte separada á larga distancia del resto de todo el mundo, no hubiera arribado improvisamente á la playa, por la misma causa que á nosotros nos habia arrojado á ella, un barco Español que conducia un muy curioso equipage. Componíase todo él de Músicos, Comediantes, Baylarines y Charlatanes de uno y otro sexó, que la Corte de España habia hecho conducir de Italia, para diversion del Carnaval en la Villa de Madrid, con ocasion del matrimonio del Rey. Todas estas alegrisimas personas saltaron en tierra muy maltratadas del mar, que por muchos dias las habia zarandeado con sus alborotadas olas,

pe-

pero luego que se repararon un poco de su general descomposicion, comenzaron á dar pruebas de su habilidad y profesion, cantando este en voz baxa una arieta, recitando aquel una scena, tocando el otro un instrumento, dando el de mas allá una cabriola, y haciendo un Charlatan sus arengas y sus declamaciones, de manera que toda la Isla comenzó á resonar con el confuso estrépito de tantos, y tan diferentes ejercicios. Al ruido de ellos salimos de nuestro sepulcro, y luego que nos vieron cada uno de aquellos entes extravagantes se puso á mirarnos con la mayor atencion. Nuestros desgreñados cabellos, nuestras incultas y prolongadas barbas, y nuestros afilados y consumidos semblantes, efecto natural de lo mucho que habíamos padecido. Todo este conjunto de obgetos desapacibles fue sin duda el motivo de la grande admiracion que mostraron los Istriones de Italia, pues no creo que sea pecado aplicar este nombre genérico á todos aquellos que se dedican á divertir los hombres con qualquiera especie de públicas scenas. Estos pues, quando se hartaron de mirarnos con aquel linage de espanto, viendo que al fin tenian ya algun auditorio sus pantomimicas bufonadas, reforzaron sus arietas, sus recitados, sus sonatas, sus saltos, y sus groseras charlatanerias. ¡O qué bello espectáculo para nosotros! Ver un desierto, colocado en medio del mar Africano, poblado en un instante de gente alegre, tan enemiga de toda incomodidad, como de toda melancolia. A qual-

qualquiera parte donde volviéramos los ojos, ó aplicáramos el oido, encontraban estos dos sentidos su pasto y su diversion. Aqui una cantarina muy preciada de linda, terminaba una arieta, repitiendo diez veces una misma palabra, con una especie de deliquio que hacia derretir de compasion y de gusto los mas duros corazones. Allí un capón arrogante y jactancioso daba principio á cantar otra, alargando los trinados y gorgeos mas que una calandria al principio de la primavera. Allá una comedianta remedaba á una simple con gestos, y con movimientos tanto mas ridículos, quanto mas afectados y menos naturales. En esta parte hacia uno amorosas lamentaciones sobre la crueldad de su enamorada Filis. En aquella un baylarin se guindaba en el ayre, ni mas ni menos como se guinda un ahorcado quando le aprieta el lazo el garguero. Mas allá una baylarina hacia mil violentas contorsiones con sus miembros, no tanto para mostrar su agilidad, quanto por hacer ostentacion de la perfecta simetría con que la naturaleza habia ordenado su bello cuerpo. Finalmente entre los charlatanes, uno hacia juegos de manos, otro ponderaba la maravillosa virtud de cierto secreto para curar todo género de males; éste hacia experimentos ilusorios, aquel contaba patrañas para hacer reir á los páparos.

Quando hubimos empleado, ó por mejor decir, perdido mucho tiempo en tan bellos ejercicios, los quales daban mucho gusto, y diver-

tian infinito á toda la gente moza , es decir , á los hijos de Don Manrique , todo el mundo volvió á su seriedad , y el impresario , ó llámase sino el director de toda aquella tropa , acercándose hácia Don Manrique , cuyo señorial y magestuoso semblante , aun en medio de tantos trabajos , le hacía distinguir de todos los demás , le habló de esta manera : yo , Señor , he practicado largo tiempo el ejercicio de Astrólogo , y por tanto he llegado á adivinar , que vos estais arrinconado en este infeliz desierto por un extravagante revés de vuestra adversa fortuna. Por lo demás distingo en vos , mediante la perfecta inteligencia que poseo de la fisonomía , un Señor de un carácter nobilísimo , y como toda la vida me ha llevado la inclinacion y el respeto á personas de vuestra clase , habiendo logrado el honor , acompañado con el buen gusto de tratar con muchas de ellas , me tomó la libertad de ofrecerme respetuosamente á vuestro servicio , pronto siempre á obedeceros , hasta donde alcanzaren mis fuerzas. Don Manrique , cuya mayor ansia era salir quanto antes de aquella isla , le contó toda la série de sus aventuras , y despues de darle mil gracias por sus cortesanas y atentas expresiones , le significó lo mucho que le estimaría que nos recibiese á él y á todos nosotros en su navio. Harélo con el mayor gusto , le respondió el impresario , pero quisiera ver antes ese gran sepulcro , cuya historia servirá para un divertido intermedio de alguna obra dramática entre las muchas que hemos de representar en la Corte de Madrid.

drid. Con efecto fue visitado el sepulcro , y mientras el pintor de la compañía tomó el diseño para formar una escena , el poeta de la misma hizo sus apuntamientos para componer una tragi-comedia.

Embarcámonos pues en el referido buque , y el día siguiente se hizo á la vela con el rumbo hácia las costas de España. Divertíamos el viage con alegres discursos y festivas conversaciones. Saldria demasiado fuera de mi centro , si pretendiera referirlas todas ; mas no puedo dexar de contar una , que se me quedó muy estampada en la memoria , porque dió ocasion á una disputa de especie muy particular. Ante todas cosas es necesario saber , que cada una de las diferentes compañías que formaban nuestro equipage , tenia señalada la diferente porcion del navio que habia de ocupar. Las cantarinas estaban en el primer puesto , los comediantes en el segundo , los baylarines en el tercero , los músicos en el quarto , en el quinto los charlatanes , y despues de estos entraban en monton el poeta , el pintor , los apuntadores , y la chusma de los criados de cada tropa. Habia entablado yo alguna amistad particular con el poeta , y éste , reducido á servir á unas personas como en este tiempo suelen ser por lo comun las del teatro , todavia me pareció un hombre de no vulgar ingenio , y de mas que mediano talento. Mé tomé un día la libertad de preguntarle , cómo un hombre de sus prendas hacía tanto desprecio de la profesion de poeta , que se abatiese hasta confundirse con la baxísima ga-

billa de los asalariados por los istriones. Señor, me respondió, porque me obligó la necesidad á tomar partido con esta gente, la qual llevaria muy á mal que yo pretendiese ser igual á ella, quanto mas que aspirase á la preferencia. Usted mismo está viendo aquella especie de ridícula gerarquía que observan entre sí, prefiriendo los músicos á los comediantes, éstos á los baylachines y á los charlatanes. En virtud de eso todos ellos pretenden que los poetas deben entrar en el número de sus dependientes y subalternos, por quanto nuestras composiciones sirven á sus representaciones, ya músicas, ya cómicas; y como apenas saben distinguir lo malo de lo bueno, ni lo bueno de lo mejor, muchas veces pretenden que acomodemos al gusto de cada uno aquellas partes que les señalamos en la representación. Esta expresion (dice uno) es muy fria, quando es mas viva y mas expresiva, por lo mismo que es mas natural. La otra es hinchada y *ampulosa*, siendo así que solo es seria, grave y magestuosa. Alguna dirá: *este paso amoroso es poco apasionado*; precisamente porque es mas contenido y mas modesto. Otra tratará *de demasiado conciso* un razonamiento, porque no encuentra en él loquacidad, y á otro le llamará *ascético*, porque se halla en él un rasgo de erudicion con alguna moralidad. Un verso que disuene al destemplado tímpano de su oído, se calificará de duro, y á otro se le despreciará de baxo, solo porque es fluido, inteligible y cor-

rien-

riente. De esta manera nos vemos muchas veces precisados á desfigurar nuestras composiciones con ciertos pasos exóticos, pero que se adapten, como ellos dicen, al uso del teatro. De aquí nace tambien, que se vean tan pocas óperas y comedias verdaderamente sólidas y perfectas, donde se encuentre la unidad de accion, tiempo y lugar que piden los preceptos del arte. Ello es necesario acomodarnos al gusto del tiempo, que hace el mas solemne desprecio de las reglas de Aristóteles, las quales no pueden ser mas contrarias á la reynante moda del teatro. Llámanse insípidas y frias todas aquellas acciones trágicas y cómicas, donde no entran muchos incidentes extravagantes y maravillosos, solo porque son inverosímiles. Al que compone á la Griega, le hacen ridículo, y el que se aplica solo á lo verosímil, se le condena á ser tenido por un pobre ingenio, enteramente falto de fantasía y de invencion. Nos es preciso pues acomodarnos al tiempo, y puesto que gusta lo malo, aplicarnos á lo peor, con la seguridad de que será mas aplaudido un drama embrollado y lleno de enredos incomprensibles, que otro sencillo y formado de lances muy parecidos á los que están sucediendo cada dia, siendo indubitable, que por lo general logrará mayor aceptacion una representación atestada de sucesos, que ni fueron, ni son, ni podrán ser, que una accion seria, arreglada y natural.

Así hablaba el poeta; pero yo acostumbrado

á

á las composiciones que suelen estar llenas de los defectos que tanto desaprobaba, no pude entender bien cuáles eran los poemas que él llamaba sérios, puros y sencillos. Roguéle que me mostrase uno de estos que tenía consigo: hizo lo al punto, le leí, y si he de confesar la verdad, me agradó mucho, no obstante la costumbre que ya tenía de gustar de lo malo, y mi poco conocimiento en aquella materia. Era el tal poema de un estilo muy terso, pero al mismo tiempo muy puro y muy castizo, observándose en él una cierta gravedad, que no dexaba de ser naturalísima. Expresabanse noblemente los caracteres de las personas, y con la misma nobleza se conservaban en todos los varios lances de la acción, siendo todo el sugeto de ella varonil, fuerte y sério, sin mezcla de amores, ni de otras extravagancias que desmintiesen su fuerza, ó á lo menos la enervasen. En quanto á lo que se llama *agnición, mudo y desentace* no puedo hablar en ello; porque aunque es verdad que he aprendido estos terminos, por haberlos oído muchas veces á mi amigo Fabricio Nuñez, confieso que todavía no entiendo bien lo que significan. No obstante estoy bien persuadido á que aun estas partes principales, que dicen respeto á la qualidad de la fábula, no sería menos circunspecto, exácto y diligente el autor, que en las otras accesorias ó menos principales. Despues que hice este encomio de aquella composición; y en medio de eso (dixo el poeta) tuvo la desgracia de

de ser despreciada por todos los señores recitantes quando se la propuse, y asi está arrinconada como Vmd. la vé, entre el farrago de otros manuscritos míos, sin que hasta ahora haya visto la luz del mundo. Malísima señal, le respondí; y en verdad que lo siento mucho, porque esos señores severísimos críticos, se acreditan de muy ignorantes, quando miran con aversion todo aquello que se acerca á lo verosímil y á lo natural. Pero hágame Vmd. el favor de mostrarme alguna de aquellas composiciones que gustan mas á esos señores míos, y que son mas celebradas en el día. No puedo servir á Vmd. (respondió el poeta) con otra que sea mas al intento, que la ópera que se ha de representar en Madrid á presencia del Rey y de toda la Corte. Diciendo esto, me puso en la mano un cartapacio manuscrito, intitulado: *el caos del Capitolio*. ¿Qué caos de mis pecados, le repliqué, puede ser ese del Capitolio? Lea Vmd. la obra, me respondió, y hallará que el título conviene perfectamente al embrollo y confusion que reyna en ella desde el principio hasta el fin; pero en todo caso en el mismo título se encuentra un no sé qué de extraordinario, que llama la atención y excita la curiosidad de los lectores, y esto solo puede acreditarla mas que todas las reglas de Aristóteles. Volví la primera hoja, y en la segunda hallé escrito el *argumento*. Véiase en él, que en una sola ópera se pretendia representar á un tiempo el sitio de Roma por los Galos, la

der-

derrota de Canas, la guerra civil de Mario y Sila, juntamente con la de Catilina, y finalmente la revolucion de la República en tiempo de Julio César. Esto en la accion principal; mas para los episodios ó intermedios habian de servir el ilustre hecho de Mucio Scévola, el de Tucia la Virgen Vestal, el de Vigilio, que mató á su hija por asegurarla el honor contra la brutal lascivia de Apio Claudio, y finalmente la accion desesperada de Lucrecia. ¡Bella diversion para el auditorio! tener el gusto de ver en tres horas de tiempo tantos sucesos como pasaron en el discurso de muchos años. Pero como todos ellos paraban en llenar de confusion á Roma, juzgó el autor, que á la tal obra le venia de molde el especioso título de: *el caos del Capitolio*. Prosi-ga Vmd. en su letura, me dixo el poeta, que todavia ha de hallar otras cosillas mucho mas donosas. Efectivamente, en la primera escena habian de salir los gansos, que con sus graznidos fueron causa de que los enemigos no se apoderasen de la famosa Peña Tarpeya. ¡Gran invencion! exclamé entónces. ¿Quién vió jamás hacer papel de actores en un drama á unos páxaros tan singulares? Esto todavia ha sido mucho mas, que introducir en la escena la caza de osos, de ciervos y de javalies. Señor poeta, esta es una invencion verdaderamente original, nunca pensada y siempre maravillosa. ¡Gran ruido meterá esta obra! Pero vamos adelante. Leí despues, que concludido un concierto armónico que ha-

bian

bían de tocar aquellos músicos volátiles, debía salir al teatro el río Tiber vestido con los ornamentos de las deidades fluviales, y habia de cantar una arieta, lamentando las grandes desgracias que amenazaban á su amada Ciudad de Roma. Volvíme entonces al Poeta y le pregunté ¿quién habia de hacer el mojado papel del Tiber? La Señora Lindaura Arpaliuti me respondió, virtuosa del Mogolistan. Vamos poco á poco, le interrumpí, y respóndame usted á dos preguntas: la primera, ¿cómo puede una muger representar con propiedad á un numen del género masculino? En eso, respondió el Poeta, no hay que reparar, porque ya está introducido, que las mugeres hagan el papel de Emperadores, de Reyes, de Generales, de Héroes, y aun de Dioses. La Señora Arpaliuti tiene una voz de perfecto contralto, que equivale al baritono, y sin duda, que lo lucirá perfectamente en esta parte. Pase enhorabuena esa costumbre, le repliqué yo, no obstante que parece un poco ofensiva al decoro del Rey de los Ríos; pero respóndame usted á mi segunda duda, que ciertamente es mucho mas substancial é importante que la primera, y dígame, ¿por qué se dá el nombre de *Virtuosa* á una cantarina? No se admire usted, me respondió: ese es un título, que en Italia se dá á todos los músicos, aun quando se sabe muy bien, que la que comunmente se llama *virtud*, no es lo que por punto general conviene mas á la mayor parte de ellos. Aun no bien habia pronun-

TOMO V.

TT

cia-



ciado estas palabras, quando entró hecha una furia á turbar nuestra conversacion la Señora Lindaura, que quizá estaba escondida escuchando lo que hablabamos. ¿Qué es lo que dices temerario? me dixo, encarándose á mí como una vívora. ¿Con que la virtud no es lo que conviene mas á la mayor parte de nosotros? Mucho mas nos conviene á nosotras las Cantarinas, que á vosotros los Poetas, puesto que con las modulaciones de nuestras angélicas voces hacemos resaltar la insulsez ó la frialdad de vuestras necias palabras. Estamos en una tal posesion de ese bello título, que no se desdeñan de darnosle los mayores Príncipes de la tierra; y usted, Señor Poetilla, quiere acreditarse de un mono, que hará reirse de su simpleza á todo el mundo, quando pretende disputarnos un atributo, que tanto nos conviene. Pero yo me vengaré del agravio que nos hace, y en castigo de una injusticia tan clara, propongo desde luego no querer cantar cosa alguna que usted haya compuesto, bien segura de que lo mismo hará la Señora Melofonia Timpanelli, virtuosa del Seriffo de la Meca, la Señora Armonseta Stinfalichini, virtuosa del Preste Juan, y la Señora Melpomenini, virtuosa del Emperador del Monomotapa. Ahora mismo voy á avisarlas, y de camino hablaré al Impresario, para declararle mi voluntad, y usted perderá su pan, si el Impresario quiere que me oigan en Madrid. Con efecto iba á partir en aquel punto la envenenada muger; pero el Poeta, acostumbrado ya á tratar

con

con aquella casta de páxaros, sin alterarse poco ni mucho por las injurias que le habia dicho: Señora Lindaura (la dixo) sírvase Vmd. de oirme, que yo espero persuadirla, solo con que dé oidos á mi justificacion. No Señor mio, replicó ella, si usted persiste en su temeraria opinion de que nosotras no somos virtuosas, nunca conseguirá de mí que le oiga, ni por un solo momento. No por cierto, la respondí: convengo desde luego en que este bello epíteto es muy debido á las de su profesion: solo pretendo decir que quando se me escapó de la boca aquella proposicion de que *la virtud por punto general no es lo que conviene mas á la mayor parte de los músicos*, y por consiguiente no es aplicable á las Señoras Cantatrices, no pretendí hablar de la virtud musical, sino de la virtud moral. Una vez que Vmd. haya hecho esa distincion, repuso Lindaura, ya no digo mas, y quedo sosegada, mostrando con esto que no habia entendido lo que significaba aquella distincion. No obstante, poco despues que yo habia vuelto á continuar la lectura del *Caos del Capitolio* entraron en nuestro quarto todas las cantarinas, y con ellas todos los cantores, los quales hablando todos á un tiempo, volvieron á encender contra el pobre Poeta el fuego que ya se habia acabado. Un capon llamado Argentinello Cembaloni, que se habia hallado presente á la escena de Lindaura tomó la palabra por todos, y despues que se aquietó algun tanto la confusa vocinglería, dió al triste Poeta una terrible mano, diciendole que él habia enten-

TT 2

di-

dido muy bien lo que queria decir aquello de la virtud moral. ¿Qué creía usted? prosiguió: creía que era yo tan simple como la Señora, ó que no hubiese estudiado mas que la música, para no entender sus satíricas y mordaces distinciones? Pues ¿qué somos acaso las personas de teatro hombres de un moral escandaloso? ¿No nos dirá usted en qué son reprehensibles nuestras costumbres? ¿Ni quién podrá negar que se hallan en nosotros las virtudes mas sublimes, de que habló Aristóteles en su Etica, quando no es otro nuestro oficio, que inspirar horror á todos los vicios, y veneracion á la virtud en todas nuestras representaciones teatrales? Luego no somos menos virtuosos en las costumbres, que en la música, siendo asi que nuestra profesion no es otra que enseñar la moralidad. Y así, Señor Poeta, si Vmd. no se desdice de lo que ha dicho, dése por despedido de nuestro servicio, y tenga por cierto, que tambien seguirán nuestro autorizado exemplo los señores comediantes. Así habló el descocado Capón: con que el pobre Poeta se vió precisado á recibir la dura ley, y á conceder absolutamente y sin limitacion el bello título de virtuosas á unas personas, que no tienen otra idea de la virtud, que la que consiste en la apariencia de sus fingidas representaciones. Así se acabó aquel pleito; y yo no quise proseguir en la lectura del *Caos del Capitolio*, bien persuadido á que no podia menos de ser una obra muy ridícula, si lo que restaba correspondia á lo que habia leído hasta allí. Entró despues Don Man-

Manrique á la parte de nuestra conversacion, y nos reimos bien entre todos de la presuncion y vanidad de los músicos, los quales por su parte se daban un grande ayre de señores, figurandose personas calificadas, y acreedoras al respeto y veneracion de todo el género humano. A este tiempo avistamos desde lejos la Baía de Cadiz, y entramos en aquel Puerto despues de un mes de viage.

CAPITULO XVII.

Abjuracion del Renegado. Encuentro de Scipion con Don Abél. Embarcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viage, y fin de la Historia del Secretario de Santillana.

Luego que saltamos en tierra se despachó un expreso á la muger de Don Manrique en Córdoba con la alegre noticia de su vuelta á España, y del afortunado recobro de sus hijos. Al mismo tiempo se la encargaba, que librase á Cadiz una buena suma de dinero para vestir á toda la familia, y suplir los gastos que necesariamente se habian de hacer en la abjuracion del Renegado, en cuya ceremonia se habia ofrecido á ser Padrino. Habiamelo dado á mí el mismo Don Manrique el cargo de disponer todo lo necesario, y me hallaba muy ocupado en esta comision, andando continuamen-

dido muy bien lo que queria decir aquello de la virtud moral. ¿Qué creía usted? prosiguió: creía que era yo tan simple como la Señora, ó que no hubiese estudiado mas que la música, para no entender sus satíricas y mordaces distinciones? Pues ¿qué somos acaso las personas de teatro hombres de un moral escandaloso? ¿No nos dirá usted en qué son reprehensibles nuestras costumbres? ¿Ni quién podrá negar que se hallan en nosotros las virtudes mas sublimes, de que habló Aristóteles en su Etica, quando no es otro nuestro oficio, que inspirar horror á todos los vicios, y veneracion á la virtud en todas nuestras representaciones teatrales? Luego no somos menos virtuosos en las costumbres, que en la música, siendo asi que nuestra profesion no es otra que enseñar la moralidad. Y así, Señor Poeta, si Vmd. no se desdice de lo que ha dicho, dése por despedido de nuestro servicio, y tenga por cierto, que tambien seguirán nuestro autorizado exemplo los señores comediantes. Así habló el descocado Capón: con que el pobre Poeta se vió precisado á recibir la dura ley, y á conceder absolutamente y sin limitacion el bello título de virtuosas á unas personas, que no tienen otra idea de la virtud, que la que consiste en la apariencia de sus fingidas representaciones. Así se acabó aquel pleito; y yo no quise proseguir en la lectura del *Caos del Capitolio*, bien persuadido á que no podia menos de ser una obra muy ridícula, si lo que restaba correspondia á lo que habia leído hasta allí. Entró despues Don Man-

Manrique á la parte de nuestra conversacion, y nos reimos bien entre todos de la presuncion y vanidad de los músicos, los quales por su parte se daban un grande ayre de señores, figurandose personas calificadas, y acreedoras al respeto y veneracion de todo el género humano. A este tiempo avistamos desde lejos la Baía de Cadiz, y entramos en aquel Puerto despues de un mes de viage.

CAPITULO XVII.

Abjuracion del Renegado. Encuentro de Scipion con Don Abél. Embarcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viage, y fin de la Historia del Secretario de Santillana.

Luego que saltamos en tierra se despachó un expreso á la muger de Don Manrique en Córdoba con la alegre noticia de su vuelta á España, y del afortunado recobro de sus hijos. Al mismo tiempo se la encargaba, que librase á Cadiz una buena suma de dinero para vestir á toda la familia, y suplir los gastos que necesariamente se habian de hacer en la abjuracion del Renegado, en cuya ceremonia se habia ofrecido á ser Padrino. Habiamelo dado á mí el mismo Don Manrique el cargo de disponer todo lo necesario, y me hallaba muy ocupado en esta comision, andando continuamen-

te por la Ciudad para tener prontas todas las provisiones, quando tan impensada como dichosamente me encontré un día con Don Abél. Me abrazó luego que me vió, y noticioso ya de todas las circunstancias de nuestras pasadas desgracias, se alegró infinito, quando nos vió restituidos sanos y salvos despues de tanto tiempo á nuestra patria. Pero usted, Señor (le pregunté yo); qué me cuenta de sí mismo? ¿Qué se hizo de Poliandria, y de todas sus riquezas? Todo caminó felicísimamente, me respondió: la buena muger practicó con el mayor valor su christiana resolucion, y vive ahora exemplarmente en la casa de las arrepentidas de Turín. Sus bienes se distribuyeron con el mas piadoso arreglo; con ellos se dió estado á muchas doncellas pobres, y salieron de la miseria y de la hambre no pocas familias honradas que perecerian de ella. Yo no quise reservarme ni un solo maravedí, y hoy vivo mucho mas contento y mas sosegado que nunca. Abandoné el juego enteramente, y ahora estoy determinado á pasar á la América, para ver aquella parte del mundo tan separada de nuestro continente. Inmediatamente que le oí esta su resolucion, entré en una grandísima gana de seguirle, no por otro motivo que por el de buscar á mi dilectísimo amo Gil Blas en todos los rincones de la tierra. Le supliqué, pues, que me hiciese el gran favor de admitirme en su compañía, y efectuada la abjuracion del Renegado, habiendome despedido, no sin lágrimas, de
Don

Don Manrique y de sus hijos, nos embarcamos en un navio de guerra que escoltaba la flota, y en él logré finalmente las suspiradas noticias de mi amo, que inutilmente habia solicitado en tantas partes.

Hallabase en el mismo navio un pasajero, cuya melancólica y profunda taciturnidad daban á entender, que le giraban por la cabeza grandes y poco gustosos pensamientos. Su semblante perpetuamente sério, y sus palabras pocas, pero que respiraban siempre una perfecta resignacion en la voluntad del Señor. Así á Don Abél, como á mí nos picó grandemente la curiosidad de saber quién era, se lo preguntámos á él mismo con toda cortesania, y él con la misma nos respondió, diciendo, que se llamaba Diego, y que habia nacido en una cueva de un modo muy singular. Pasó despues á contarnos muchos sucesos de su vida, en cuya relacion nombró inadvertidamente á *Gil Blas*, quando hasta entonces habia ocultado su nombre, apellidandole siempre con las voces generales de *su segundo padre*. Al oír yo este nombre, exclamé transportado de alegría. ¡Mil veces dichoso yo! ¡felicis tantos pasos dados en busca de lo que tanto he deseado! Afortunadísimo viage, que despues de tanto tiempo me proporcionará el imponderable consuelo de volver á ver á mi venerado, á mi amado Amo. Quando Diego oyó esto con tantas exclamaciones, se mostró como arrepentido y confuso, por haber quebrantado, como él decia, el secreto que tanto le habia re-

comendado Gil Blas. Con todo eso, después que entendió nuestras razones, se consoló y se aquietó, concluyendo su historia con decirnos, que por consejo de Santillana había ido á Roma y á Jerusalén, y que al presente se volvía á su país, con determinacion de acabar su vida en la misma gruta, donde había comenzado á vivir. Efectivamente luego que desembarcamos, él y yo nos pusimos en camino para México: desde aquí nos partimos para estos desiertos, en medio de los cuales nos salió al encuentro una cuadrilla de salteadores, que nos despojaron de todo quanto teníamos, hasta de los vestidos que traíamos acuestas, dexandonos desnudos en medio del camino, y enteramente abandonados á la inclemencia del cielo. Lo peor fue, que habiendonos desviado los ladrones de la senda que guiaba á la gruta, no sabíamos despues como encontrarla; pero llevandonos la casualidad á unas Caserías, donde habitaban solas tres ó quatro familias de Españoles, connaturalizados ya en aquel país, compadecidos éstos de nosotros, nos dieron por caridad á cada uno un vestido de marinero, porque no tenían otros. Sintióse Diego indispuerto en aquellas Caserías, y aunque la indisposicion no parecía de cuidado, tenía señas de ir un poco larga, por lo que, impaciente yo por ver quanto antes á mi amo, determiné dexarle á la caritativa asistencia de aquella buena gente, que nos había recogido, y dandome ellos mismos una buena guía que me pusiese en el camino real de Mé-

xico, viéndome en él, me fue facil, por las señales que me había dado mi compañero, encontrar la senda que conducia á la gruta. Así sucedió, y logré de esta manera volver á ver á mi amo el Señor Santillana ántes que espiráse, y no dudo que Diego, luego que se recobre, no dexará de venir á hacer compañía al sucesor de su segundo padre.

Con efecto así lo executó Diego, dixo entonces Isidoro, tomando la palabra, porque ántes que Don Lope, Matilde y yo partiéramos á México, llegó á la gruta aquel hijo del buen sobrino de Motezuma, y despues de haber llorado la muerte de Gil Blas, se quedó en compañía de Scipion, determinado á no respirar otro ayre que el de aquella soledad. Segun todas las señales, estos dos hombres tan extraordinarios, ó ya son muertos, ó todavia viven en aquella gran separacion de todo humano comercio; porque quando nosotros nos despedimos de ellos, los dexamos llenos de una perfecta resignacion y de un total desasimiento de las cosas de este mundo.

Matilde y Don Lope se casaron en México con toda solemnidad, y habiendonos transferido todos á Vera-Cruz, pasamos el mar, y yo dexé en Cádiz á los dos amabilísimos esposos, queriendo dar una vista á Sicilia, para saber si era muerta mi buena madre, y si el Señor Abogado de Palermo era todavia de opinion, que debía usurparme la posesion de los bienes que por derecho de sangre eran míos, despues de la muerte

338 *Las Aventuras de Gil Blas.*

de mi madre. Pero no se pudo efectuar esta mi intencion, por uno de aquellos accidentes que se ven menudear con demasiada frecuencia en la mal aconsejada juventud. Duraba todavia la guerra por la sucesion á la Corona de España, y como los Estados que esta Monarquía tenia ántes en Italia, estaban ocupados á la sazón por las armas Austriacas, no salian de los puertos de España embarcaciones para aquellos Estados, por no caer en manos de las esquadras Inglesas que cruzaban en el Mediterráneo; y así me fue forzoso hacer el viage por tierra hasta Francia, y embarcarme para Génova en el puerto de Tolón. Hábiame dado Don Lope algun dinero para hacer este viage, y creyendo yo que me habia de durar eternamente, despues que desembarqué en San Pedro de Arenas, fui á aloxarme en una posada de aquella ciudad, donde comencé á tratarme á lo grande, queriendo regalarme, y comer los mas exquisitos bocados de aquella abundante tierra. De esta manera en breve tiempo se disipó todo mi escaso tesoro, y quando el posadero advirtió que ya nada tenia que chupar, me dijo que no queria tenerme mas en su casa, y me despidió de ella, como pudiera á un pillo ó á un bribon. Vime entonces precisado á discurrir el modo de comer. Varios partidos se me ofrecieron á la imaginacion: el primero fue ponerme á servir en alguna buena casa; pero si por un lado me estimulaba la consideracion de que así me libraria del hambre, y de los otros trabajos que
ne-



Tomó Asidoro el empleo de Astrologo, y fizo su primer Teatro en la Plaza de Genova.

necesariamente la acompañan, por otra me retraía el miedo de encontrarme con algun amo bárbaro y mezquino, que hiciese intolerable la servidumbre. Añadíase á esto la dificultad de hallar quien me recibiese en su servicio, siendo yo extranjero, y desconocido. Abandonado por tanto este pensamiento, entró á sucederle otro: éste fue sentar plaza de soldado en alguno de tantos Regimientos como habia entónces en Italia; pero los peligros de la guerra, las inevitables incomodidades de las marchas, el frio y el calor, con las otras muchas cosas de poco gusto, que hacen tan trabajosa la milicia, me hacian mucha mas fuerza, que todas las grandes ventajas que suele traer consigo aquella noble profesion.

En medio de esta confusa indecision de pensamientos, me ocurrió que mi ingenio pronto y vivo podria muy bien ayudarme, sugiriéndome algun empleo independiente y libre de sujecion. Entre tanta multitud de estos como hay en el mundo, ninguno me pareció mas acomodado á mi genio, que el de astrologo. Sabía muy bien que con un libro de chiromancia, otro de fisonomía, una caña, tubo ó trompeta para hablar á los páparos, á los crédulos, y á los simples que están algo distantes, puede un hombre de talento alborotar una gran ciudad, y hacer grandísimo ruido en una plaza ó en un mercado. Enamorado de este bello pensamiento, vendí dos camisas, y con el precio de ellas compré todo lo necesario para engañar á los mentecatos. Mi pri-

mer teatro fue la plaza de Génova, en la qual no dexé de hacer alguna fortuna. En poco tiempo pasé en el concepto de los hombres por un singular astrólogo, tanto, que era llamado de los Conventos de las Monjas, y de varias casas particulares por muchas personas que no pudiendo por la decencia, y por sus particulares circunstancias dexarse ver en mi publico tablado, deseaban saber privadamente de mí, qué signo ó qué planeta era el que las dominaba, y quáles habian de ser los sucesos de su vida.

Acaecieron curiosísimos y preciosísimos casos, que estoy pronto á contárselos á ustedes siempre y quando quieran hacerme el honor de oírme los, y tengan la paciencia de escucharlos. Esto dixo Isidoro, porque vió que ya iba á ponerse el sol; así que todos nos levantamos, y poco á poco nos fuimos arrimando á la casa de Demetrio.

FIN DEL QUINTO TOMO.

IN-

INDICE DE LOS CAPITULOS
contenidos en este quinto tomo.

LIBRO DECIMOTERCIO.

- C**AP. I. Nacimiento y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educacion, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene pag. 1.
- C**AP. II. Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su arresto, cómo le trataron en él, y el partido que tomó en la prision 7.
- C**AP. III. Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto 16.
- C**AP. IV. Medidas que se tomaron para salir de la Ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano quando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embárcanse en Siracusa, y su viage á Corfú 25.
- C**AP. V. Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá 31.
- C**AP. VI. Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á dónde los conduxo su fortuna 53.
- C**AP. VII. Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado y á Matilde. Descripción de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana 63.
- C**AP. VIII. Prosigue el Soldado con la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotea. Muerte de esta su segunda mujer 83.

mer teatro fue la plaza de Génova, en la qual no dexé de hacer alguna fortuna. En poco tiempo pasé en el concepto de los hombres por un singular astrólogo, tanto, que era llamado de los Conventos de las Monjas, y de varias casas particulares por muchas personas que no pudiendo por la decencia, y por sus particulares circunstancias dexarse ver en mi publico tablado, deseaban saber privadamente de mí, qué signo ó qué planeta era el que las dominaba, y quáles habian de ser los sucesos de su vida.

Acaecieron curiosísimos y preciosísimos casos, que estoy pronto á contárselos á ustedes siempre y quando quieran hacerme el honor de oírme los, y tengan la paciencia de escucharlos. Esto dixo Isidoro, porque vió que ya iba á ponerse el sol; así que todos nos levantamos, y poco á poco nos fuimos arrimando á la casa de Demetrio.

FIN DEL QUINTO TOMO.

IN-

INDICE DE LOS CAPITULOS
contenidos en este quinto tomo.

LIBRO DECIMOTERCIO.

- C**AP. I. Nacimiento y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educacion, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene pag. 1.
- C**AP. II. Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su arresto, cómo le trataron en él, y el partido que tomó en la prision 7.
- C**AP. III. Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto 16.
- C**AP. IV. Medidas que se tomaron para salir de la Ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano quando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embárcanse en Siracusa, y su viage á Corfú 25.
- C**AP. V. Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá 31.
- C**AP. VI. Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á dónde los conduxo su fortuna 53.
- C**AP. VII. Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado y á Matilde. Descripción de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana 63.
- C**AP. VIII. Prosigue el Soldado con la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotea. Muerte de esta su segunda mujer

- ger, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad 70.
- CAP. IX. Historia del nieto de Motezuma, último Emperador de México 80.
- CAP. X. Prosigue la historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del hermitaño Motezuma: vuelve de su viage, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia 108.
- CAP. XI. Relacion del establecimiento de los Españoles en la isla desconocida. Sus costumbres, leyes, y admirable gobierno 116.
- CAP. XII. Muerte del Hermitaño nieto de Motezuma. Afliccion de Gil Blas. Vuelta de Diego á la gruta: sus terribles desgracias; y aconsejale Gil Blas que haga un viage á Roma 122.
- CAP. XIII. Ejercicios de Gil Blas en su desierto. Improviso arribo de Fabricio con otro compañero. Quién era éste, y relacion de las aventuras de aquél, desde la última vez que habia visto á Santillana 138.
- CAP. XIV. Costumbres de los comediantes de México, y matrimonio de Fabricio con una comedianta de la misma tropa. De un Charlatán famoso en aquella capital, y con qué ocasion y motivo se halló el poeta de Asturias en la gruta del Anacoreta del Canadá 145.
- CAP. XV. De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y como éste se despidió de aquel. 156.
- CAP. XVI. Continuacion del viage del mozo Siciliano. Su detencion en Cotrona, y el motivo de ella. Trava amistad con un tal Demetrio, natural de la isla Cefalonia, y navega con él á dicha isla. 162.
- CAP. XVII. Vuélvese á atar la historia de Gil Blas, y cuenta Matilde los sucesos de su vida 166.
- CAP. XVIII. Fin de la historia de Gil Blas. Arribo

lo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario Hermitaño, é impensado arribo de Don Lope 173.

LIBRO DECIMOQUARTO.

- CAP. I. Prosigue la historia de Scipion. Viages que hizo para encontrar á Gil Blas. Llega á París, y el divertido lance que allí le sucedió 182.
- CAP. II. Encuentra Scipion en Amsterdám á su antiguo amo Don Abél, únense los dos en el viage, y comienza éste á contarle su historia 192.
- CAP. III. Entabla Don Abél cierto conocimiento en Cambray, y lo que le sucedió en la primera visita que hizo á una Aventurera 196.
- CAP. IV. Enamorado Don Abél de la Aventurera, se vá á vivir á su casa: desgraciadas consecuencias de aquella resolucion 210.
- CAP. V. Sale Don Abél desterrado de Amsterdám. Vuelve á Bruselas. Transita por Cambray: sucesos de esta ciudad. Viaja por todas las provincias de la Francia; entra en Saboya, y su encuentro en Chamberi con cierta persona. 219.
- CAP. VI. Cuenta Don Rafaelino lo que sucedió á la Aventurera despues que Don Abél fue desterrado de Amsterdám 226.
- CAP. VII. Abandona la fortuna á Don Abél en Turin. Encuéntrase en esta ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya. Líbrase impensadamente de su presente miseria 235.
- CAP. VIII. Prosigue la historia de la Aventurera, y como Don Abél hizo las paces con ella 245.
- CAP. IX. La comida que D. Abél y Scipion tuvieron en Colonia. Prosigue la historia de la Aventurera. Traicion de su camarera; prision de los dos amantes,

344

- tes, y como Don Abél fue libertado de ella 254.
- CAP. X. Breve, pero substancial discurso que hizo Scipion á Don Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Caracter del mesonero en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó 260.
- CAP. XI. Prosiguen juntos su viage Scipion y Don Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con Don Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras 273.
- CAP. XII. Llegan á Trento D. Manrique, D. Abél y Scipion. Lo que vieron en aquella ciudad, y relacion de las enormes maldades de Leonilde 284.
- CAP. XIII. Arriba Scipion á Nápoles con sus compañeros. Sucesos de aquella ciudad, y fin de la historia de lo Aventurera 296.
- CAP. XIV. Vuelve D. Abél de Turin. Scipion y D. Manrique parten á Sicilia, donde se embarcan para Argél. Padecen una borrasca, y D. Manrique encuentra á sus hijos en una isla desierta 303.
- CAP. XV. Historia de la vieja del sepulcro en la isla desierta 311.
- CAP. XVI. Desembarca en la isla desierta un no esperado y muy festivo equipage. Embárcase para Cádiz Don Manrique con sus hijos, y juntamente Scipion. Curiosos razonamientos que hicieron en el viage hasta que tomaron tierra en aquel puerto 319.
- CAP. XVII. Abjuracion del renegado. Encuentro de Scipion con Don Abél. Embárcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viage, y fin de la historia del Secretario de Santillana 333.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

